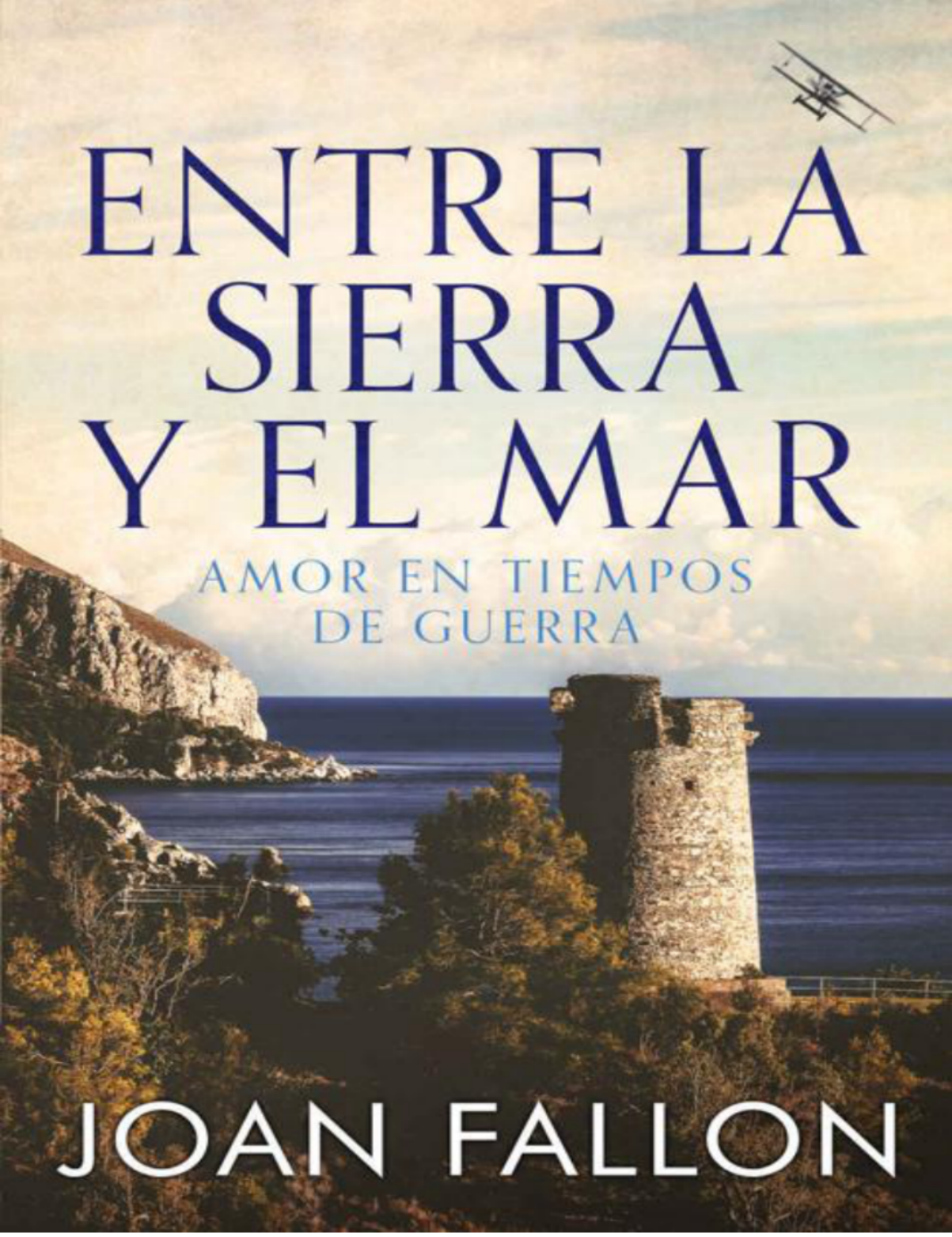
ENTRE LA SIERRA Y EL MAR
AMOR EN TIEMPOS DE GUERRA
JOAN FALLON

ISBN 978-84-09-
Escrito por Joan Fallon
© Copyright 2013
Todos los derechos reservados
Traducido por Eva Romero Lozano

A María Matilde Ramírez, cuyo relato de los acontecimientos que acaecieron en Málaga durante la Guerra Civil Española me sirvió de inspiración para escribir esta novela.

ENTRE LA SIERRA Y EL MAR

PRÓLOGO

La guerra siempre en un acontecimiento confuso y tanto más la Guerra Civil española. Este corto prólogo intenta proporcionar al lector una breve descripción de los principales protagonistas de una Guerra Civil que dividió la nación en dos.

El 17 de julio de 1936, se llevó a cabo un intento de golpe de estado contra el Gobierno Republicano de España, democráticamente elegido; esto condujo a una guerra entre los nacionales por una parte, y los republicanos por otra. Los nacionales, algunas veces denominados insurgentes, rebeldes o fascistas, tenían un ejército bien organizado y muy disciplinado, que incluía a la mayoría de los oficiales del Ejército Español; los Requeté, milicianos bien entrenados; tropas africanas y la Legión Extranjera Española. También tenían el apoyo de La Falange, que jugó un papel importante en la política y el adoctrinamiento. El Gobierno Republicano tenía tropas, muy pocos oficiales y muchos voluntarios que no habían recibido formación y que se unieron para formar milicias de inspiración política: anarquistas, comunistas, socialistas, grupos en pro de los derechos de la mujer, separatistas y sindicatos. Los republicanos recibieron apoyo extranjero de las Brigadas Internacionales, México y el Movimiento de la Internacional Socialista. Compraban armas a Rusia, el único país que se las vendía debido al Acuerdo de No Intervención redactado en 1936 por Francia y Gran Bretaña y firmado por las potencias europeas. Alemania e Italia también incumplían el acuerdo y proveían a los nacionales con tropas, munición, tanques, aviones y barcos.

La fuerza policial estaba compuesta por la Guardia de Asalto, leales al gobierno, y la Guardia Civil, muchos de los cuales desertaron para unirse al bando nacional.

Los nacionales atraían entre sus partidarios a la parte conservadora, de derechas y rica de la sociedad; esto incluía a la Iglesia Católica, los terratenientes, los monárquicos, fascistas y también centristas. Proclamaban estar luchando por la restauración de los valores tradicionales y contra la amenaza comunista. Los republicanos provenían de la clase trabajadora, la clase media educada y los intelectuales; sus partidarios iban desde centristas que querían la democracia hasta anarquistas y comunistas que querían una revolución.

ESPAÑA
ENERO 1937

CAPÍTULO 1
ELIZABETH

El viento soplaba desde el mar, una ligera brisa que portaba el aroma del romero y el tomillo en sus brazos al pasar por las laderas de las montañas a su derecha. Respiró profundamente, disfrutando de la quietud de la mañana; el aire era limpio y fresco después de cuatro días de lluvias continuas, con un ligero toque de suavidad. Se sentía extrañamente distante; todo tenía cierto aire de ensueño. Amarrados un poco alejados de la orilla, podía ver dos grandes barcos, inmóviles, contornos negros contra el reluciente Mediterráneo; desde aquella distancia apenas podía distinguir los detalles, pero estaba segura de que eran cruceros. Sabía que debía sentirse asustada al verlos, pero desde allí, le recordaban solo los barcos de juguete que su hermano pequeño, Peter, hundía por las noches en la bañera. Por eso sabía que eran cruceros; la había instruido bien acerca de la forma de las chimeneas y las torretas, e incluso en las banderas de conveniencia. No podía distinguir los colores de las banderas; seguían siendo anónimas siluetas negras, pero ya sabía su nacionalidad. Concepción le había hablado de ello la noche anterior. Uno se llamaba «El Baleares»; era todavía una nueva adquisición de la flota española y el otro, ligeramente más viejo, «El Almirante Cervera». Habían venido a protegerlos del Terror Rojo, dijo Concepción. Los barcos llevaban allí dos días ya, esperando, parecía, a que alguien les diera órdenes. Todavía no sentía aprensión; el cielo era demasiado azul y el sol demasiado brillante para tener miedo. Un movimiento provocó que se diera la vuelta; la perra había espantado a una perdiz y el asustado pájaro agitaba sus alas frenéticamente para alejarse, apenas alzándose del suelo por las prisas. Al tiempo que volaba raso y rápido por el

monte bajo, atisbó las rayas rojizas de sus flancos. Su miedo era contagioso y, mientras volaba, otros pájaros asustados emprendieron el vuelo, inseguros de la naturaleza exacta del peligro, pero huyendo de todos modos presas del pánico.

Llamó a la perra para que se pusiera a su lado y continuó andando por el sendero. Cuando llegó a un recodo, vio la amplia extensión del Valle del Guadalhorce extenderse bajo sus pies, semejaba una colcha de retales con sus campos verdes y naranjales, con su amplio río que discurría entre altas superficies de caña de azúcar. Más allá podía ver el aeródromo militar, salpicado de diminutos aviones y más allá la ciudad de Málaga. Una niebla azul grisácea se formaba sobre ella, flotando suavemente hacia las montañas, delicadas volutas de humo que ascendían en espiral, luego se quebraban y tomaban caminos opuestos, haciéndose más ligeras y etéreas hasta que gradualmente se mezclaban con el aire de la montaña. Sus ojos se volvieron como era habitual hacia la catedral, con su inacabada torre, una víctima de los fondos enviados para apoyar una causa largo tiempo olvidada, pero hoy estaba oculta a la vista, inmersa en una nube densa de humo negro. Un fuego devoraba las calles; aquello lo sabía por los comentarios de los sirvientes. Habría calor y humo y las maderas crujirían al desplomarse; la gente correría, intentando escapar a las llamas; el aire estaría colmado del olor de la pintura derritiéndose y de la madera quemándose. Intentó imaginárselo, pero el sol brillaba tanto y el canto de las alondras la distraía. Se quedó de pie un buen rato observando la destrucción de allá abajo, aunque sin realmente asimilarla. Luego, un sonido la despertó de su ensoñación; el más cercano de los navíos abría fuego contra la ciudad. Observó como el cañón del barco retrocedía y luego se sacudía, lanzando un breve destello de fuego y una delicada voluta de humo, con un estruendo similar al de los fuegos artificiales al explotar. Vio el proyectil aterrizar en algún lugar cerca del muelle, su posición remarcada por una explosión de tierra y escombros. Hipnotizada observó cómo se disparaba proyectil tras proyectil al mismo lugar y la tierra continuaba levantándose y volteándose, cambiando de forma ante sus ojos. Al fin, como si despertara de un embrujo, se giró y llamó a la perra para que la siguiera, bajó corriendo el sendero hasta el pueblo. Se sintió repentinamente muy vulnerable y ansiaba regresar a la seguridad de su hogar.

Cuando se aproximaba a las afueras del pueblo, aminoró su paso

para caminar. Su corazón todavía latía intensamente y podía sentir el sudor correrle por las mejillas. Le puso la correa a Willow y se obligó a caminar más tranquilamente por las estrechas calles. No había nadie en la plaza principal donde los ancianos normalmente se reunían, se sentaban y cotilleaban, estaba vacía y las puertas de la panadería y de la carnicería estaban cerradas a cal y canto. Un niño pequeño tirando de las riendas de un burro pasó a su lado sin hablar; se detuvo cuando alcanzó el abrevadero, esperó mientras el animal bebía y luego continuó su camino ascendiendo la colina una vez fuera del pueblo. Podía oír los cascos del burro repicar en el empedrado, sonidos agudos y fuertes reverberaban en las silenciosas calles. Cuando pasó el bar de Paco, vio a sus clientes, sentados en silencio detrás de balanceantes tiras de cuentas de colores que colgaban de las puertas para mantener alejadas a las moscas. Sentía que necesitaba hablar con alguien, cualquiera, preguntarle si habían visto los barcos de guerra en el puerto, verificar que lo que acababa de ver había sucedido realmente y no era producto de su imaginación. En lugar de eso, siguió andando, continuó por el sendero empedrado que descendía de la colina y se alejaba del pueblo hacia su casa.

Vivía en un caótico cortijo de piedra con muros encalados y desconchados; sus padres se lo habían alquilado al terrateniente local, Don Francisco. Era una casa construida para soportar los estragos del tiempo y el clima; parecía como si hubiera sido desgajada del lado de sotavento de la montaña usando la superficie de granito puro como muro defensivo. Orientada al sur y protegida de los vientos del norte y del este por la misma montaña, los gruesos y sólidos muros de la casa contenían un patio interno como si fuera su corazón, donde su madre, siempre una romántica jardinera, había plantado macetas de buganvilla, hibisco, jazmín y dama de la noche, de dulce olor. Sus tallos se apoyaban contra los muros, abriéndose paso por la superficie de piedra, agarrándose para ascender en cualquier cosa que pudieran encontrar, buscando el sol, manchas de brillantes colores: estambres inclinados de color rojo brillante, púrpura y escarlata y pétalos dorados. Hacía tiempo alguien había plantado un limonero cerca del pozo y construido unos cuantos destartalados corrales para guardar animales; más recientemente, su madre había creado un huerto casero donde las ramas de los tomates verdes se enroscaban con la caña de azúcar y el romero, el tomillo y el perejil descansaban en macetas de terracota al lado de la puerta de la cocina. Las ventanas de la casa

eran estrechas y sombrías, protegidas por pesadas contraventanas verdes y rejas de hierro ornamentado, y el único medio de entrar desde el mundo exterior era a través de una puerta de madera maciza tachonada con clavos de hierro.

Alguien había dejado la puerta delantera abierta y mientras entraba, sintió la madera, desgastada por una miríada de manos, caliente y sólida bajo la suya. Cerró la puerta firmemente tras ella, girando la pesada llave de hierro en la cerradura y colocando la barra de madera en su lugar. Mientras descansaba en aquel silencioso recibidor, apoyada contra el marco de la puerta, esperando a que su corazón dejara de acelerarse, podía sentir la perdurabilidad de la casa penetrar en ella, calmarla al saber que había permanecido allí muchos años y lo seguiría haciendo en los años venideros. Al fin, se sintió lo suficientemente calmada para contemplar el familiar entorno: las desniveladas losas de piedra que cubrían el suelo, el candelabro multicolor que colgaba sobre su cabeza, los azules y grises de sus cristales marroquíes parpadeando a la débil luz del sol que había conseguido colarse a través de las ventanas cerradas, la alfombra de retales que su madre había confeccionado a partir de restos de ropa vieja un invierno. En una mañana tan espléndida y soleada, de repente parecía menos dramático entrar precipitadamente por la puerta.

—¿Elisabeth, eres tú?

La voz de un hombre perturbó la calma; parecía preocupado.

—Sí, padre. Soy yo.

Abandonó su lugar de descanso y se dirigió hacia el sonido. Sabía que su padre estaría en su estudio a aquella hora.

—Gracias a Dios. Hemos estado preocupados por ti. ¿Dónde has estado? Son casi las once.

Su padre estaba sentado en su escritorio, papeles y libros se extendían delante de él. Willow ya estaba tumbada a sus pies. Extendió sus largos brazos y se reclinó en su silla, mirándola.

—Sí, supongo que he tardado mucho, pero era una mañana tan hermosa que fui hasta La Puerta del Diablo y luego regresé por el pueblo.

Se inclinó y besó a su padre en la mejilla. Las arrugas de su habitual plácido rostro parecían más pronunciadas hoy y el ceño fruncido había provocado que sus espesas y grises cejas describieran una línea recta, proporcionándole una expresión preocupada aunque algo cómica.

—Preferiría que te quedaras más cerca de casa por el momento, querida. Hay mucha agitación en el pueblo. La gente está asustada. No quiero que te veas envuelta en nada sin quererlo —le dijo cogiéndole la mano.

Ella se apartó de él.

—No va a sucedernos nada; saben que somos ingleses. Somos sus amigos después de todo.

—Sé que es eso lo que parece, pero la gente puede ser impredecible, especialmente si está asustada. Nunca se sabe a quién culparán.

—Bueno, no me sorprende que estén asustados. He podido ver el fuego en Málaga desde lo alto de la montaña; ha estado ardiendo durante días. Y esos barcos de la playa, han empezado a bombardear el puerto ahora. ¿No los has oído?

—Sí. Me temo que parece que va en aumento. No creo que sea una buena idea que nos veamos envueltos en esto, ya sabes. Timothy telefoneó esta mañana; cree que debemos marcharnos.

Miró a su hija para calibrar su reacción.

—¿Marcharnos? ¿Es un poco exagerado, no?

Elizabeth intentó dar la apariencia de no estar preocupada, pero su corazón empezó a latir más rápido con la noticia. Cruzó la habitación para ir hasta la ventana y sentarse en el banco cogiendo uno de sus cojines al hacerlo y abrazándolo contra su pecho inconscientemente.

—Bueno, dice que la postura oficial de Cónsul Británico es que los expatriados civiles deberían retirarse mientras puedan. Un destructor británico proveniente de Gibraltar llegará en los próximos días para evacuarnos.

Elizabeth no respondió; una docena diferente de emociones luchaba en su interior. Tenía que admitir que estaba asustada, pero también excitada; algo trascendental estaba a punto de suceder y quería estar allí para presenciarlo. Se puso en pie.

—Creo que voy a refrescarme. ¿Dónde está madre?

Su padre había vuelto a sus libros; alzó la vista distraídamente.

—Creo que tu madre está en la cocina, intentando calmar a Concepción. Está en un estado tal que no creo que vayamos a comer nada hoy —dijo, su ceño fruncido volvió a ensombrecer su rostro de nuevo.

Decidió ir a su propia habitación antes de buscar a su madre.

Tocó el pelo de su padre con cariño cuando pasó por su silla, recibiendo un gruñido apagado en señal de reconocimiento. Willow se estiró perezosamente y luego se levantó para seguirla.

Su habitación, como todas las habitaciones de la casa, daba al patio. Al lado del huerto casero, justo debajo, donde cada primavera su madre y Pepe plantaban una variedad de verduras y hierbas, podía también ver sobre los tejados de terracota las formaciones rocosas de las montañas de detrás. Muy poco crecía allí, salvo algún matorral de espliego y alguna que otra jara; algunas veces oía los cencerros de las cabras y miraba fuera a tiempo para ver las escuálidas criaturas escarbando en busca de brotes, porque la mayor parte del tiempo, las montañas estaban desnudas. Su habitación no era muy espaciosa; había una cama individual, un angosto armario empotrado en frente y un tocador con un espejo sobre él. Cuando era una niña, su padre había clavado unas estanterías rudimentarias en uno de los extremos de la pared y allí guardaba libros y algunos restos de su niñez: su muñeca favorita, ahora maltrecha y desgastada, un reloj de cuco que su abuela le había enviado desde Suiza, un muñeco de nieve encerrado en un globo de cristal que se convertía en un paisaje nevado cuando lo agitabas y una caja de música de madera donde guardaba sus pocas joyas. El tocador estaba vacío a excepción de su cámara, una libreta de rayas y algunos lápices; se había deshecho de todas las cosas de chicas que todavía lo atestaban cuando volvió la última vez de Inglaterra. Debajo de la cama estaba su maleta.

Se tumbó de espaldas mirando al techo y abrazando la almohada en sus brazos. Era todo tan familiar y aún así extraño. Tres años en la universidad en Inglaterra la habían cambiado; veía las cosas de manera diferente ahora. Sus padres siempre la habían protegido del mundo, pero ahora veía por sí misma como las cosas cambiaban. Había mucha incertidumbre; la gente estaba asustada por lo que sucedía en Europa. El fascismo estaba en auge y cada día se hablaba de Hitler y los nazis, y corrían inefables rumores acerca de lo que les sucedía a los judíos. Josef Stalin gobernaba Rusia con mano de hierro y Mussolini había declarado un Imperio italiano. El mundo parecía volverse loco. Pero no podía ignorarlo; sabía ahora que era parte de una gran comunidad, una de los muchos que lucharían contra la locura. Había cosas que tenía que hacer con su vida si quería marcar una diferencia; no estaba segura de cómo o dónde, pero algo dentro de ella le decía que aquel era su momento. Cuando terminó sus

estudios, se había mostrado renuente a abandonar a sus amigos y regresar a España; solo la Navidad y la insistencia de sus padres la habían hecho regresar, pero ahora que estaba allí, no quería marcharse tan pronto. Aunque sus padres tuvieran que marcharse, ella se iba a quedar.

INGLATERRA 2007

CAPÍTULO 2
KATE

Robert Percy de «Percy, Percy y Rowland» era un hombre anciano; había sido el abogado de Sir Alexander por muchos años y antes de eso, su padre, Rupert Percy, había ostentado aquel puesto. Sacó brillo a sus gafas sin montura con un pañuelo blanco impoluto que volvió a colocar en el bolsillo superior de un inmaculado traje gris de rayas finas y, colocando cuidadosamente las gafas sobre la nariz, miró al grupo reunido con aquella mirada seria mezclada con tristeza que había refinado con los años justo para tales ocasiones.

—Ya que estamos todos reunidos, empezaré a leer el testamento —anunció.

Se aclaró la garganta y empezó:

«Yo, Sir Alexander James Reeves, estando de cuerpo presente y en plenas facultades mentales, por el presente...»

Kate intentó concentrarse, pero en la habitación hacía demasiada calor y estaba tan cargado el ambiente y la voz del abogado había empezado a sonar como un monótono zumbido. Miró alrededor de la habitación; eran un grupo pequeño: su tía abuela Angela, sentada en una butaca de terciopelo que empequeñecía su diminuto cuerpo, su pelo blanco cuidadosamente peinado para disimular su escasez y sus ojos azules todavía brillantes a pesar de la seriedad de la ocasión; su tío Jeremy, todavía un hombre atlético para sus setenta y cinco años, vestido hoy con un traje oscuro de sarga y una corbata negra, y sus primas Ruth y Rachel, idénticas al nacer y todavía idénticas cuarenta y cinco años después, en georgette negro y tacones de siete centímetros y medio.

«Y por esta, mi última voluntad y testamento, doy y lego todo mi patrimonio para ser dividido en partes iguales entre mis tres hijos supervivientes y la Fundación de Hogares Reeves».

Hizo una pausa y los miró por encima de sus lentes.

—Desgraciadamente, todos estáis al tanto de que dos de los hijos de Sir Alexander han fallecido desde que este testamento fue escrito. Se lo hice notar a Sir Alexander en su momento, pero dijo que no se modificara. Por eso es por lo que he invitado a sus nietas, Ms. Scott, Mrs. Perry-Smith y Mrs. Pinkerton, como miembros supervivientes de sus respectivas líneas, para que asistieran hoy.

Hizo una pausa y los miró antes de continuar:

—Ms. Scott heredará una cuarta parte del patrimonio de Sir Alexander a través de su madre Isabela Scott, nacida Reeves y Mrs. Perry-Smith y Mrs. Pinkerton heredarán cada una, una octava parte del patrimonio a través de su madre Rosemary Williams, nacida Reeves. Mr. Reeves, como el hijo superviviente de Sir Alexander, heredará una cuarta parte y la cuarta parte restante irá directamente a la Fundación de Hogares Reeves.

Nadie habló, así que continuó leyendo:

«También quisiera hacer las siguientes donaciones: la primera, a mi querida hermana Angela, que sé que no necesita más dinero o casas. Le dejo mis papeles personales y una colección de fotografías. Siempre ha sido mi querida amiga y confidente y sé que sabrá qué hacer con ellos. También podrá seguir viviendo en mi casa tanto como desee. La segunda donación es para mi secretario, Paul Ian Thomson...».

Continuó leyendo durante unos cuantos minutos más y luego colocó el testamento sobre la mesa y miró a su audiencia.

—¿Tienen alguna pregunta? —preguntó.

La cabeza de Kate era un hervidero de preguntas, pero no dijo nada. Estaba aturdida por las noticias y no daba crédito a que su abuelo le hubiera dejado algo. Le había tenido afecto a pesar de que podía ser un poco cascarrabias en algunas ocasiones, pero desde que había crecido y se había trasladado a Londres, apenas lo había visto. Sabía que sus primas se habían esforzado por visitarlo regularmente y siempre lo invitaban a pasar las Navidades en una u otra de sus casas. También sabía que nunca había aceptado tales invitaciones, prefiriendo permanecer en su vieja mansión en la costa del norte de Devon con su hermana viuda y su ama de llaves. A medida que su abuelo había ido envejeciendo, se había tornado en algo así como en un recluso, solo abandonaba su hogar en pocas ocasiones al año para visitar los hogares infantiles que había fundado y comprobar su progreso. Todos sus otros negocios los llevaba desde casa, convocando

a abogados, contables y asesores de inversiones allí. Su secretario, en el que confiaba para toda su correspondencia con los Hogares Reeves, era un hombre joven agradable en el que se podía confiar. Kate lo había visto en Londres en las raras ocasiones en las que había asistido a la apertura de un nuevo hogar.

—Sí. ¿Exactamente, a cuánto asciende el patrimonio de mi padre? —preguntó su tío Jeremy.

Se había dado cuenta de que la miraba durante la lectura del testamento; parecía contrariado cuando escuchó leer su nombre en alto. Seguramente no albergaba aún rencor contra su madre. Aunque eran hermano y hermana, sabía que nunca se habían llevado bien.

—Bueno —comenzó el abogado quitándose las gafas y volviendo a sacarles brillo—. No puedo darle una cifra definitiva en este preciso momento porque todavía tenemos que recibir la valoración de sus numerosas propiedades: la casita de campo de vacaciones en Dorset, el piso en Hampstead, los apartamentos en Niza y, por supuesto, la mansión. También espero el cálculo final de sus acciones y otras inversiones; no hay una gran cantidad de dinero en efectivo, unas cien mil libras o así.

Se detuvo y los miró por encima de sus gafas.

—¿Supongo que todos saben que con los años transfirió gran cantidad de su dinero a la Fundación de Hogares Reeves? Durante los últimos seis meses, en particular, ha realizado donaciones muy generosas.

—Bueno, ¿puede darnos una idea? Una estimación valdrá por ahora —insistió su tío.

—Bueno, lo intentaré. Pero recuerden que es solo una suposición, estimo que su patrimonio total asciende a algo aproximado a los diez o doce millones de libras.

Kate estaba estupefacta. Sabía que su abuelo era un hombre rico, pero no que lo fuera tanto. Miró a los demás; las gemelas parecían tan sorprendidas como ella lo estaba, pero podía adivinar por su cara que su tío estaba contrariado. Solo iba a recibir una cuarta parte de aquello: dos millones y medio. Para ella era una fortuna, pero quizás él había esperado recibir la parte de sus hermanas muertas también. Kate era hija única, recibiría la herencia completa de su madre, Rachel y Ruth tendrían que compartir la parte de su madre entre ellas, pero su tío Jeremy tenía tres hijos para heredar su porción. Kate siempre se había llevado bien con sus primas; esperaba que aquello no fuera a

cambiar las cosas. Había leído acerca de familias perfectamente felices que se habían distanciado por el reparto de una herencia; no parecía importar si eran unas cuantas reliquias familiares y la mecedora de la abuela o millones de libras, todo desataba los demonios de la avaricia y de la envidia.

Su abuelo había nacido en una familia erudita de clase media, bien provista, pero no rica; había comenzado su vida laboral como reportero en un periódico local y luego había seguido su carrera en la industria editorial. Cuando sus padres murieron, le dejaron a él y a su hermana una casa confortable y unos cuantos cientos de libras a cada uno. Su abuelo destinó su parte a poner en marcha «Apollo Books», una pequeña compañía que publicaba obras literarias actuales, nuevas ediciones de los clásicos y algo de poesía. Había tenido éxito de una forma modesta, pero nunca pareció que fuera a hacerle millonario, hasta que un día la compañía fue comprada por un rival mucho más grande y agresivo. Entonces invirtió las ganancias de la venta en acciones, en una época en que el mercado estaba pujante, y descubrió, para sorpresa de todos, que tenía un talento natural para hacer dinero. Aunque era un hombre generoso, nunca fue ostentoso y lo primero que hizo con su recién adquirida riqueza fue crear la Fundación de Hogares Reeves. Él y su mujer fueron copresidentes de la fundación hasta que su abuela murió en 1964. Su muerte le afectó mucho y llamó al siguiente hogar que abrió «Hogar Elizabeth Reeves» en su memoria.

—¿Cuándo cree que lo sabremos? —preguntó una de sus primas.

Fue Rachel, o Ruth; era difícil distinguirlas. Esperó a que el abogado le diera una pista.

—Espero tenerlo todo a finales de mes, Mrs. Pinkerton —respondió.

Así que era Ruth. Realmente era un poco ridículo vestirse de manera idéntica a su edad; Kate estaba segura de que lo hacían solo para tener ventaja sobre el resto de la gente. Aún así les tenía afecto a sus primas; cuando eran niñas habían pasado muchas vacaciones de verano juntas en el norte de Devon en la casa de sus abuelos. En la actualidad apenas las veía.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Jeremy Reeves.

—Les escribiré a todos de manera individual para hacerles saber la cantidad exacta de su herencia y, a menos que me aconsejen otra cosa, les transferiré el dinero a sus respectivas cuentas bancarias tan

pronto como sea liberado. Tengo todos los datos aquí.

—Un momento; me gustaría ver algunas de las inversiones que mi padre tenía; puede que merezca la pena conservarlas.

—Por supuesto, podemos concertar una cita para la próxima semana y revisarlas con detalle si quiere.

Kate vio que las dos gemelas se miraban.

—Quizás sería buena idea si pudiéramos venir a verlo nosotras también —dijeron a coro.

—¿Y usted, Ms. Scott?

—No, por mí no. Le llamaré si cambio de opinión —dijo ella.

—Muy bien, haré venir a mi secretaria tan pronto como terminemos.

Bajó la vista a sus papeles.

—Bien, bueno, si no hay más preguntas, entonces no tengo nada más que decir, excepto que me pondré en contacto con ustedes tan pronto tenga la cifra definitiva.

Así que eso era, entonces. Era una heredera. Miró alrededor de la habitación. Todo el mundo estaba murmurando y su tío James parecía estar enfadado por que se la hubiera incluido en la herencia. Bueno, nunca había tenido mucho tiempo para su madre, así que no debería estar sorprendida. Probablemente esperaba ser el único beneficiario ya que su hermano y hermana estaban muertos. Pero su abuelo tenía otra opinión.

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 3
ELIZABETH

La puerta de la cocina estaba entreabierta y el olor de la comida llegó hasta ella. Su madre estaba de pie en la mesa colocando flores silvestres en un viejo jarro azul con dibujos de girasoles amarillos. Había colocado estratégicamente ramas de espliego, con sus fragrantes flores azules y sus tallos leñosos, como soporte para flores más delicadas de una segunda variedad que colgaba precariamente y se oponían a los intentos de Margaret por disciplinarlas. Luego, cortó algunas margaritas amarillas y blancas y las sumergió en el agua. Al otro extremo de la mesa de la cocina, Concepción amasaba el pan del día, levantando y dejando caer la pegajosa masa a turnos antes de volver a golpearla. Tenía las mangas arremangadas dejando a la vista sus fuertes y morenos brazos manchados de harina y su delantal, que no era adecuado para cubrir los voluminosos pliegues de su falda negra, estaba atado alrededor de su regordeta cintura con un lazo. Su pelo liso estaba peinado en un moño que descansaba sobre la nuca; brillaba con una fina capa de brillantina que se había aplicado aquella mañana, su reflejo escondía con su negrura el gris de sus canas que Elizabeth sabía que aumentaban año tras año. Satisfecha porque ya había golpeado y sacudido la masa lo suficiente, Concepción le dio forma de barra cilíndrica, la cubrió con un trapo húmedo y la apartó a un lado. Luego empezó a limpiar la superficie de la mesa con amplios movimientos circulares. El calor de la estufa en el hogar inundaba la habitación y hacía que el ama de llaves sudara. Se detuvo un momento para secarse su amplia y redonda cara con su delantal y luego continuó su trabajo, hablando todo el rato con la madre de Elizabeth con su áspera voz andaluza. Las noticias de su partida la habían trastornado y toda la tristeza que ahora sentía la canalizaba a través de aquellas rutinarias tareas domésticas.

Concepción había trabajado para la familia Marshall desde que se habían trasladado a España cuando Elizabeth solo tenía once años y

antes de que Peter naciera. Para Elizabeth era parte de la familia; su aspecto maternal y su amable rostro eran tan familiares para ella como el de su propia madre. Los padres de Elizabeth eran artistas; eso era lo que su madre decía, y los artistas no podían vivir en la fría y húmeda Inglaterra; necesitaban el sol para calentarlos y dar vida a sus creaciones. Así que, mientras aún tenían unos treinta años, se habían trasladado al sur de España, donde Margaret podía pintar sus algo corrientes acuarelas y el padre de Elizabeth podía repartir su tiempo entre la investigación de la vida de Juan de Gante y la escritura de una poesía un tanto melancólica. La agotadora tarea de ganarse la vida se veía resuelta por las críticas literarias que escribía de cuando en cuando para el Times y ampliamente complementada transcurridos unos años por una herencia que habían recibido a la muerte de su padre, un exitoso empresario. Elizabeth había sido enviada a una escuela en Inglaterra porque sus padres consideraron que la escuela internacional local solo era adecuada para la educación de niños hasta la edad de diez años. Regresaba por Navidades, Pascua y dos meses en el verano. Ahora, al fin finalizada su educación, con una licenciatura en Lengua Inglesa en su bolsillo y un diploma de la Young Ladies' School en mecanografía y taquigrafía, era libre de quedarse o irse a voluntad. O eso había pensado. Ahora, se marchaban, regresaban a Inglaterra, a la humedad y a la niebla, y esperaban que se fuera con ellos.

Cuando abrió más la puerta, se dio cuenta de que había más gente en la cocina; un hombre joven con una cara un tanto sucia estaba sentado con la espalda pegada a la pared observando la entrada atentamente, y dos mujeres mayores estaban sentadas en un banco al lado de la estufa. Al oírla entrar, Concepción volvió su rostro cubierto de lágrimas hacia ella y le dedicó una tímida sonrisa.

—Elizabeth. Aquí estás. Todos hemos desayunado, pero te puedo hacer algo. ¿Qué te parece un poco de pan recién hecho? Hay algo en el horno; estará listo en un minuto o dos —dijo el ama de llaves señalando el horno—. ¿O un trozo de empanada? ¿O quizás un huevo? Pepe acaba de traer algunos huevos frescos. ¿Qué quieres, cariño?

—Nada, gracias, Concepción. No tengo hambre.

—Pero tienes que comer, preciosa. Estás muy flaca. Nunca conseguirás un marido si te quedas en los huesos.

Elizabeth se rió; siempre tenían la misma conversación. Si otra persona hubiera sido la que la animara a comer y a subir de peso, le

habría molestado, pero los exhortos de Concepción rezumaban la calidez de un ritual familiar que hablaba más de su afecto mutuo que de cualquier resultado futuro.

—No quiero un marido, gracias, al menos aún no. Y de todas formas, estar delgada está de moda.

—Pero no aquí en España, cariño. A los hombres españoles les gustan las mujeres con algo a lo que agarrarse. Como yo —dijo colocándose las manos en sus amplias caderas y burlándose de su miembro favorito de la familia Marshall.

—Concepción deja de malcriarla. Si tiene hambre que coja algo —dijo la madre de Elizabeth.

Habitualmente de naturaleza plácida, parecía molesta y había cierto tono de irritación en su voz causada por su frivolidad. Por fin, se sintió satisfecha con su arreglo floral y, antes de colocarlo sobre una pequeña mesa al lado de la puerta, aspiró profundamente su aroma. Se quedó de pie apreciándolo durante unos cuantos segundos y luego se volvió a su hija.

—¿Has hablado con tu padre?

—Sí, justo ahora. Parece un poco preocupado.

—Bueno, la situación no es buena. Nos han aconsejado partir, sabes. El vicecónsul nos llamará y nos dirá cuándo llega el barco.

Elizabeth pudo escuchar a Concepción comenzar a llorar de nuevo; era un lloriqueo entremezclado con grandes resoplidos y ayes ahogados. Las dos mujeres mayores que estaban al lado de la puerta se le unieron.

—¿Se van a ir entonces? —le preguntó a su madre.

—No creo que tengamos otra opción, querida, aunque solo sea por el bien de Peter. Tenemos que ponerlo a salvo.

—Pero les gusta esto, madre. No serán felices en Inglaterra, lo sabe. De todas formas, ¿a dónde van a ir?

—Ya hemos pensado en eso; iremos a casa de tu tío Brian en Dorset. Es un lugar muy bonito, sabes, y el clima es bastante agradable, creo. Podemos meter a Peter en el colegio unos cuantos meses más pronto. No creo que tengamos problemas a ese respecto; Brian está en la junta directiva, sabes. Creo que todo saldrá bien.

El rostro de Margaret estaba lívido; estaba intentando ser positiva y mantener la calma por el bien de todos, pero Elizabeth podía ver que estaba empezando a sentir la tensión. No era por naturaleza una mujer muy organizada; le gustaba dejar que el día la llevara a donde

él quisiera. Ahora se le pedía tomar una decisión crucial respecto a su evacuación y la de su familia, y sus tristes ojos azules le decían al mundo que no podía hacerlo.

—¿Quiénes son estas mujeres? —susurró Elizabeth en inglés.

Su madre se volvió a mirar a las dos mujeres como si acabara de darse cuenta de su presencia. Estaban sentadas una al lado de la otra, lloriqueando calladamente. Ambas iban vestidas completamente de negro: largos vestidos negros que habían visto días mejores y estaban descoloridos por los muchos lavados, que les conferían un color más similar al marrón que al negro; pañuelos negros que cubrían sus cabezas y oscurecían sus rostros y zapatos negros con los tacones tan desgastados que tenía que ser imposible caminar sin cojear.

—Son las hermanas Fernández, del pueblo.

—¿Por qué están aquí?

—Se sienten más seguras aquí, dicen. Dicen que los soldados no atacarán esta casa porque el inglés vive aquí —respondió su madre.

—Pero ¿qué hay de sus familias? ¿Dónde están sus familias?

Su madre parecía desconcertada; no había pensado en preguntarles. Elizabeth se volvió hacia Concepción, que había parado de llorar ahora y estaba ocupada cortando verduras en trozos pequeños para hacer una sopa.

—Concepción, ¿qué ha pasado con la familia de las mujeres? —le preguntó señalando con la cabeza a las dos mujeres que continuaban llorando y lamentándose, meciéndose todo el tiempo de un lado al otro al unísono.

—Rosario y Mercedes son del pueblo —dijo—. Las conozco desde hace mucho. Oyeron que unos soldados rebeldes torturaron a las mujeres de Artipena para hacerlas confesar dónde estaban sus hombres, y tienen miedo de que les hagan lo mismo. Quieren que las protejamos.

Las dos mujeres levantaron la vista cuando oyeron a Concepción pronunciar sus nombres. Elizabeth podía ver que probablemente no eran tan viejas como había pensado, pero la mala alimentación y una vida de duro trabajo físico había hecho estragos en ellas. La más joven de las mujeres le sonrió, una sonrisa desdentada que suplicaba compasión.

—Pero ¿qué hay de sus familias? —repitió—. ¿No tienen maridos o hijos que se ocupen de ellas?

—Mercedes es viuda. Tiene dos hijos, pero ambos se han ido a

luchar por la República. No le queda nadie, excepto su hermana.

Bajó el tono de su voz y continuó:

—Mercedes siempre ha tenido que cuidar de su hermana; es lo que se llama una loca, está un poco loca. No puede cuidar de sí misma y dice tonterías todo el tiempo. Mercedes tiene miedo de que le hable a los soldados de sus hijos y que los maten.

Elizabeth miró un poco más atentamente a la hermana más joven; había algo salvaje en sus ojos, algo extraño en la forma en que balanceaba su cabeza de un lado a otro.

—Bueno, Concepción, ¿les has dicho que nos vamos y que la casa quedará cerrada?

—Sí, pero quieren quedarse aquí por ahora.

Elizabeth se volvió hacia su madre.

—Bueno supongo que está bien, ¿verdad, madre? Después de todo no hacen ningún daño.

Su madre asintió con la cabeza; parecía que había dejado que Elizabeth tomara la decisión sobre el futuro de sus dos huéspedes. Ahora estaba abriendo todos los armarios de la cocina y sacando parte de su contenido.

—Madre, ¿qué estás haciendo?

Las acciones de su madre parecían guiadas por cierta locura; la ponían nerviosa.

—Tenemos que esconder todas nuestras cosas buenas antes de irnos. No nos las podemos llevar; solo nos permiten coger una maleta a cada uno. Solo tenemos que llevarnos lo esencial. Ya se lo he dicho a Peter, la está haciendo ahora.

—¿No te puede ayudar Adela?

Adela era una chica del pueblo que venía dos veces a la semana a ayudar a Concepción con la colada.

—No, Adela ya no viene más. Tiene que cuidar de su madre y de sus hermanos y hermanas. Todos tienen miedo de dejar su casa.

Elizabeth se dio cuenta de que no había visto a su hermano pequeño aún aquella mañana. Se preguntó cómo iba a elegir entre todos sus barcos; cuáles se llevaría y cuáles tendría que dejar.

—Entonces, ¿planea regresar, madre?

—Sí, por supuesto. Esto no durará; Timothy dice que todo pasará en unos cuantos meses. Entonces podremos regresar. El problema es lo que le pasará a la casa mientras tanto. Los rojos están quemando todos los cortijos; todo lo que pertenece a la aristocracia es su objetivo. Pepe

nos ha dicho esta mañana que una de las haciendas de los Larios fue reducida a cenizas la semana pasada; la familia se salvó, pero la casa quedó destrozada.

—¿Y qué van a hacer?

—Bueno, —Su madre bajó la voz y continuó hablándole a su hija en inglés— Pepe ha encontrado un pasadizo secreto que va desde la bodega a la montaña. Hay una pequeña habitación, parecida a los pasadizos que se encuentran en las casas de estilo jacobino de Escocia. Probablemente fue construida con un propósito similar, para esconder a alguien o a algo en tiempos difíciles. Bueno, pensamos que podía ser un buen lugar para almacenar nuestros objetos de valor hasta que la contienda termine y podamos volver a reclamarlos.

Su madre parecía encantada con la solución. Elizabeth pensó, no por primera vez, que su madre nunca perdía la habilidad de sorprenderla. Parecía deambular por la casa, colocando un cojín o dos, arreglando las flores o ocupándose de los tomates totalmente ajena a lo que ocurría a su alrededor y, de repente, sorprendía a todo el mundo con una súbita intuición o con auténtico sentido común. Cualquier problema que surgiera se resolvía y luego recuperaba la serenidad de sus pensamientos íntimos.

Escuchó la voz de un hombre pedir agua y se giró; se había olvidado del hombre sentado contra la pared. Sus ropas estaban sucias y rotas, y estaba descalzo; se preguntaba si era un pastor de ovejas o de cabras. Cuando le cogió la taza de agua a Concepción, se dio cuenta de que su mano temblaba y de que tenía que levantar la otra mano para sujetarla antes de poder beber. Cuando vio que lo miraba, puso la taza en el suelo a su lado y se levantó, quitándose la gorra que cubría su cabeza.

—Buenos días, señora —dijo—. Me llamo Alberto, soy el cuñado de su jardinero, Pepe.

—Buenos días Alberto —respondió educadamente—. ¿Vienes de lejos?

El hombre se sentó y miró al suelo; le resultaba difícil responder la pregunta.

—Es de Puerta de la Miel —susurró Concepción—. Ha cruzado las montañas para venir con su hermana y la familia de esta. Le ha costado tres días. Tuvo que caminar por la noche por el campo para evitar las carreteras, porque tenía miedo que los soldados lo pillaran.

—¿Su hermana? ¿Inmaculada? ¿La mujer de Pepe?

Concepción asintió con la cabeza, una lágrima se deslizó por su ancha nariz y aterrizó en su delantal. La mujer de Pepe había muerto el verano pasado al dar a luz a su quinto hijo. Había sido una mujer joven y fuerte, llena de vida y energía, pero eso no le había ayudado cuando el bebé decidió venir al mundo asomando los pies primero y con el cordón umbilical enrollado en su cuello. A Elizabeth le gustaba la joven mujer; recordaba verla subir la colina que llevaba a la casa trayéndole a Pepe su almuerzo de pan con queso de cabra, con el niño más pequeño cargado a las espaldas y tres más siguiéndola. Se preguntaba quién cuidaba de los niños ahora. La gente apenas tenía suficiente comida para ellos mismos; era difícil imaginar que cualquiera aceptara cuatro bocas más que alimentar.

—¿No sabía lo de Inmaculada? —preguntó sintiendo pena por aquel pobre hombre joven que había caminado hasta tan lejos para nada.

—No. No había forma de hacérselo saber. Pepe había esperado que el viejo que va de pueblo en pueblo afilando cuchillos le hubiera llevado la noticia, pero hoy en día está la cosa tan inestable.

Se detuvo y miró al hombre.

—Me pregunto si puede quedarse aquí unos cuantos días, solo hasta que decida qué hacer —preguntó.

Elizabeth se preguntó por qué se lo pedía a ella y no a su madre; miró a su madre, pero esta no parecía haber escuchado. Había puesto su mejor vajilla para la cena en la mesa de la cocina y estaba ocupada revisándola con el objetivo de encontrar cualquier grieta o astillado para retirar la pieza.

—Estoy segura de que estará bien, Concepción. Solo lo consultaré con mi padre, pero no creo que le importe —respondió.

Se preguntó si el hombre era un comunista.

—¿Qué está pasando en Puerta de la Miel? —le preguntó—. Han...

El hombre la miró a los ojos tan lleno de terror que no pudo continuar. Al fin, este habló.

—Los soldados africanos llegaron una noche, justo antes de que se hiciera de día. Todavía estábamos en la cama. Parecían demonios, con sus caballos negros y bandoleras en sus pechos, y turbantes verdes enrollados en la cabeza. Cabalgaron por la calle principal disparando sus rifles al aire y, cuando salimos corriendo afuera para ver qué pasaba, empezaron a dispararnos. La gente caía a la entrada de su

casa, algunos de los soldados desmontaron y fueron a asegurarse de que estaban muertos. Si solo había heridos, les clavaban la bayoneta, no les importaba si eran jóvenes o viejos. Mi padre tenía setenta y tres años y lo sacaron de casa y le dispararon en el patio como a un perro. Algunos de nosotros nos escapamos y nos escondimos en las colinas, pero podíamos oír los gritos de las mujeres y tuvimos que regresar a ver qué estaba pasando. Los moros se habían ido, pero pudimos vez media docena de camiones aparcados en el centro del pueblo; otros soldados rebeldes iban de casa en casa interrogando a la gente, la mayoría mujeres o niños pequeños, porque, para entonces, los hombres o se habían ido o estaban muertos. Incluso dispararon a niños de tan solo ocho años de edad. No sabíamos qué hacer; no teníamos armas, nada para combatirlos. Nos escondimos hasta que oscureció y luego bajamos arrastrándonos para ver si podíamos ayudar, pero llegamos demasiado tarde. No había casa que se hubiera salvado; nunca había visto tanta destrucción: puertas derribadas, mesas patas arriba y en todas partes las manchas y el olor de la sangre. Pero los gritos de las mujeres eran lo peor; todavía no puedo sacármelos de la cabeza.

El joven hombre se detuvo y sostuvo su cabeza entre sus manos, presionando sus dedos contra sus ojos como si así pudiera arrancarse los horribles recuerdos que la pregunta de Elizabeth había desatado. Cuando continuó, lo hizo de una forma monótona e incesante, como si tuviera miedo de que, si esperaba demasiado, no pudiera ser capaz de terminar su espantoso relato.

—Lanzaron cadáveres al pozo para contaminarlo y se llevaron toda la comida que pudieron encontrar. No nos dejaron nada. No tenían respeto por nadie ni por nada; vi a dos soldados agarrar a una mujer; era lo suficientemente vieja para ser mi madre, y le vertieron aceite de ricino por la garganta hasta que vomitó en la carretera. «Dinos dónde se esconden tus hombres», le gritaron, y como no les pudo decir nada, también le dispararon.

»Aquella tarde se fueron. Esperamos hasta que estuvimos seguros de que se habían ido y entonces hicimos lo que pudimos. Enterramos todos los cuerpos que pudimos encontrar en tumbas poco profundas en la ladera de la montaña y las marcamos con cruces de madera. El cura del pueblo pronunció unas cuantas palabras para cada uno de los muertos e hizo la señal de la cruz sobre sus tumbas. Personalmente, no me agrada especialmente la Iglesia, pero tengo que admitir que

nuestro cura es un hombre bueno; nació en nuestro pueblo. Quizás deberíamos haber intentado razonar con los soldados, pero no creo que hubiera servido de nada; estaban sedientos de sangre y nadie iba a detenerlos. Ni siquiera intentaron averiguar si éramos republicanos o nacionales; realmente no les importaba. Por supuesto que no le hicieron nada al cura; solo lo sacaron de su propia iglesia y cerraron la puerta. Supongo que su cruz lo protegía.

Hizo una pausa y luego dijo:

—Así que, cuando terminamos de hacer lo que pudimos, dejamos a las mujeres llorando las pérdidas y nos dirigimos aquí.

—¿Nos? ¿No estás solo? —preguntó Elizabeth.

—Ahora sí. Mis compañeros se han ido a Málaga para unirse a las milicias, pero yo quería ver a mi hermana primero. Ella y mi madre eran la única familia que me quedaba; mataron a mi padre, mis dos hermanos y mi cuñado.

Llegado a aquel punto, no pudo continuar y, apoyando su cabeza contra la pared, empezó a sollozar en silencio. Las lágrimas le caían por la cara, llevándose la mugre y la sangre que la cubrían. Elizabeth se dio cuenta de que solo era un niño, probablemente no tenía más de diecisiete años. No sabía qué hacer; miró a Concepción.

—Será mejor dejarlo un rato —dijo—. Está en estado de shock. Le haré una infusión de hierbas para calmar sus nervios.

Elizabeth miró a su madre. Estaba metiendo la porcelana en una caja de madera y cubriéndola con paja.

—Madre, ¿qué pasará con Willow si vuelven a Inglaterra? —preguntó.

—Vendrá con nosotros, por supuesto, tonta —intervino una aguda voz infantil.

Su hermano había entrado en la cocina seguido de la perra.

—Mamá, he hecho mi maleta, pero no puedo meter todas mis maquetas. ¿Qué hago?

Su madre lo miró confusa.

—¿Qué es eso, querido?

—Mis maquetas, mamá, no caben en la maleta. No las puedo dejar. ¿Qué voy a hacer?

—Mira, mete las más especiales en la maleta y baja el resto aquí y las meteremos con la porcelana. Estarán a salvo hasta que regresemos —le prometió.

Una vez más Elizabeth tuvo aquella sensación de irrealidad; le

parecía estar en la intersección de dos mundos. ¿Qué tenían que ver la porcelana marca Spode de su madre y las maquetas de barcos de Peter con el relato de destrucción y muerte de Alberto? Miró a las dos mujeres mayores que habían comenzado de nuevo a lamentarse y se aferraban la una a la otra desesperadas.

INGLATERRA 2007

CAPÍTULO 4
KATE

Cuando Kate Scott había entrado en la oficina de Robert Percy aquella mañana, nunca había soñado que saldría de ella millonaria. La palabra no tenía sentido para ella; había tenido que trabajar para lograr todo lo que poseía hasta entonces y ahora le habían entregado una fortuna increíble, en bandeja. ¿Qué iba a hacer con ella? Cerró los ojos y dejó que el movimiento del tren la meciera suavemente de un lado a otro. El siglo veintiuno ciertamente le deparaba sorpresas: primero, sus padres; luego, Bill; ahora esto. El tren empezó a disminuir su velocidad al entrar en Twyford; abrió los ojos para comprobar la estación y vio su reflejo en la ventana del vagón. Un rostro serio con ojos oscuros y almendrados le devolvió la mirada; no se parecía a ninguno de sus padres, pensó. Un cuco en el nido, eso es lo que soy. Su madre había tenido la figura alta y esbelta de una súper modelo e, incluso a los sesenta, había resultado impresionante con su bien cortado pelo rubio y sus enormes ojos azules. ¿Cómo demonios había dado a luz a una niña tan morena y regordeta como Kate? Su padre había sido soldado raso y había tenido un porte militar; en su juventud, había medido más de un metro ochenta y dos centímetros, y era muy rubio. En la escuela, cuando Kate era muy pequeña, la maestra le había hablado de los Vikingos y Kate se había imaginado claramente a su padre en el papel de sus guerreros; le había encantado la idea de que siempre las defendería, a ella y a su madre, del peligro. Si las fantasías de los niños se pudieran hacer realidad; cuando el tiempo pasó, su pobre padre no pudo salvarse ni a sí mismo ni a su mujer.

Había asistido al funeral de su abuelo la semana anterior. Aunque ya era la primera semana de mayo, el tiempo había sido sombrío y frío; una niebla húmeda se cernía sobre el patio de la iglesia, cubriendo la senda de piedra de una película resbaladiza y haciendo gotear a los lúgubres tejos que lo protegían. La iglesia también estaba

fría, habían quitado la calefacción para el verano, pero estaba llena con sus amigos, familiares y muchos de los niños, algunos ahora adultos, que se habían beneficiado de la bondad de su abuelo. Se preguntaba a cuántos miles de niños había ayudado con los años y qué lo había motivado a hacerlo. Ciertamente era un hombre muy querido y el sacerdote se tomó su tiempo para recordarle a la congregación este hecho. Por una vez, los tópicos que salían de sus labios tenían mucho de cierto; aquel hombre se había entregado desinteresadamente a los pobres y necesitados durante tantos y tantos años, y a los noventa y dos años el Creador lo había llamado a su lado. Si existía el cielo, entonces no tenía duda de que su abuelo estaría allí. Mientras escuchaba el panegírico, se sorprendió al darse cuenta de que sabía muy poco de él. No sabía que había combatido en España durante la Guerra Civil, o que había participado en la Campaña del Norte de África durante la Segunda Guerra Mundial. Nadie le había hablado de estas cosas y su abuelo, aunque había tenido tiempo y dinero para niños que no conocía, tenía poco tiempo para ella. Siempre la había tratado amablemente, pero algunas veces lo había pillado mirándola de una forma extraña. Su madre decía que no era nada; era un hombre viejo, decía, los hombres viejos tenían sus rarezas. Pero Kate siempre sintió que había algo más que eso; parecía mantener una casi imperceptible distancia entre ellos.

Había estado bien hasta que se reunieron en torno a la tumba para el entierro, luego, escuchó al sacerdote entonar «cenizas a las cenizas, polvo al polvo» y se halló de nuevo ante la tumba de sus queridos padres, llorando por su innecesaria y prematura muerte, y las lágrimas fluyeron sin control. Sabía que la gente la miraba, pero no podía contenerse. Lloró y sollozó ajena a todo a su alrededor; lloró por su abuelo, por sus padres y por ella y su desperdiciada vida. Después, mientras caminaba de vuelta a su coche, se sintió vacía, carente de toda emoción, y parte de aquella insensibilidad permaneció todavía en ella.

Ella y Bill habían estado celebrando la llegada del nuevo milenio con algunos viejos amigos cuando se enteró. Estaba bebiendo su tercera copa de champán, sentada en el sofá mirando a su marido babear por la au-pair de Jenny, cuando el teléfono sonó. Eran sus padres, dijeron; habían tenido un accidente. Tenía que ir directamente al Hospital

Royal Berks, a Urgencias. No le dijeron más. De inmediato estaba sobria. El hermano de Bill, que no bebía porque tenía que conducir de vuelta a Henley aquella noche, se ofreció a llevarlos. Se sentó rígida en la parte trasera de su coche, incapaz de pronunciar una palabra; con los dientes apretados podía sentir la tensión de su mandíbula propagarse hasta su cuello, luego a sus hombros y a su espalda. No se movió; se controlaba, no dejando traslucir nada. Si no se movía, no tendría que pensar qué le esperaba en el hospital. En lugar de eso, intentó recordar la última vez que había visto a su madre, pero su memoria no funcionaba; aunque lo intentaba con todas sus fuerzas, no podía recordar si había sido el domingo anterior u otro. Quería desesperadamente conjurar su familiar rostro, pero no podía ver nada. Bill estaba sentado en la parte delantera al lado de James, pero ninguno de los hombres hablaba; había poco que pudieran decir.

Tan pronto como el coche se detuvo, Kate salió de un brinco y corrió la corta distancia que separaba el hospital del aparcamiento. Su corazón estaba acelerado. Abrió de par en par las puertas de Urgencias. Estaba repleta de gente, algunos de ellos en varios estados de embriaguez, otros esperando pacientemente a pacientes heridos, otros esperando paciente a sus familiares heridos, otros cuantos esperando atención médica. Los ignoró a todos y corrió directa al mostrador para dar su nombre, pero antes de que siquiera pudiera explicar por qué estaba allí, un doctor en bata blanca estaba a su lado guiándola a una sala de tratamiento vacía. Supo entonces, en aquel preciso momento, con una fría certidumbre que le rasgó el corazón, que estaban muertos; lo podía leer en su rostro.

Iban de camino de regreso de la cena de fin de año en casa de sus viejos y queridos amigos, cuando un coche se saltó un semáforo en el centro de la ciudad y se empotró contra un costado de su Peugeot. Su padre había muerto al instante, pero su madre sobrevivió hasta que llegó al hospital, donde murió veinte minutos más tarde a causa de heridas internas. El conductor del otro coche, que después descubrieron que superaba en cinco veces el límite legal, había escapado con una clavícula rota y varios moratones. Escuchó al policía explicarlo todo, dándole palmaditas en la mano inútilmente mientras hablaba y ella lo miraba sin comprenderlo.

—Será procesado por conducir ebrio. Eso puedo prometérselo —dijo.

¿Qué importaba? Nada podría traerlos de vuelta ahora, pensó.

Pero, cuando fue a juicio, ella acudió a la Audiencia de Reading a verlo sentenciado. No parecía un doble asesino; era joven, imberbe, apenas lo suficientemente mayor para conducir, por no decir para beber. Cumpliría su sentencia y todavía le quedaría el resto de su vida ante él. Intentó sentir furia contra él, pero parecía demasiado patético, allí de pie, en el banquillo de los acusados, con un traje azul ligeramente demasiado grande para él y vistiendo, probablemente por primera vez en su vida, camisa y corbata. Perdió su carnet de conducir y fue sentenciado a dos años de prisión; un año por cada padre, pensó, pero aún así no podía sentir enfado. Podía oír la voz de su madre:

—El perdón es más fuerte que la ira, Kate. La ira te consumirá si la dejas; te reconcomerá la mente y se cebará en tu corazón, pero el perdón te purificará —le había dicho un día cuando Kate llegó de la escuela llena de rabia porque su mejor amiga había estado contándole al maestro chismes acerca de ella.

El tren entró en la estación de Reading y paró. Kate se secó una diminuta lágrima de su ojo, cogió su chaqueta y se apeó. Les había dicho en el trabajo que necesitaba la mañana libre para ir al médico; pensó que le harían muchas preguntas si decía que iba a ver a un abogado. Sin embargo, ahora no se sentía con ánimo de volver al trabajo; había demasiados pensamientos extraños rondándole la cabeza para concentrarse. Sacó su móvil y marcó el número de su jefe.

—Geoffrey, soy Kate. Mira, lo siento, pero no me siento demasiado bien. Al final no iré.

—¿Fuiste al médico? —preguntó solícitamente.

—Sí, no es nada serio. Solo dijo que me lo tomara con calma unos días; me ha recetado un reconstituyente.

—Bien, no te preocupes por el trabajo; no hay nada urgente por el momento, nada que no pueda esperar un par de días. A ver cómo te sientes después del fin de semana.

—Gracias, Geoff. Estoy segura de que estaré bien para entonces.

Su casa era una casa adosada victoriana alta y estrecha en Caversham, con recurrentes problemas de humedad y una enorme hipoteca. Los jardines, el delantero y el trasero, eran del tamaño de un sello; el diminuto cuadrado del frente lo mantenía arreglado e incluso había conseguido cultivar unas cuantas rosas en él, pero el trasero había sido abandonado a la suerte de los hierbajos y las zarzas. Había vivido allí por al menos seis años y todavía no había conseguido amueblar todas las habitaciones. Para ella era un lugar donde comer y

dormir, nada más. La había comprado con una gran ilusión por transformarla en un hogar de ensueño, una joya de residencia urbana. Tenía planes para tirar las paredes e instalar baños modernos y una cocina de vanguardia; incluso tenía un plan para la selva que crecía fuera de su puerta trasera, pero ninguno de ellos se había realizado. Vivía solo en dos habitaciones, la cocina, que hacía también las veces de sala de estar, y el dormitorio. Había comprado la casa con las ganancias del divorcio, una amarga batalla de la que había salido llena de cicatrices y más pobre que antes. La pequeña herencia que había recibido de sus padres había ido a parar al fondo común del matrimonio y había desaparecido en el acuerdo definitivo de divorcio.

Desde el divorcio había vivido sola. Había habido novios ocasionales e incluso amantes, pero ninguno había durado. Si se le preguntara, sería la primera en reconocer que probablemente era culpa suya; todavía no estaba preparada para confiar en nadie de nuevo.

Cerró la puerta tras ella y se apoyó contra el panel de vidrio. Cerró los ojos; ahora era millonaria. Millonaria. Podía dejar aquella casa, con su creciente humedad y sus vecinos noctámbulos, que optaban por poner la lavadora a las tres de la mañana. Se podía trasladar a un barrio en el que no necesitara tener ni alarma ni bloqueo en el volante en su coche; en el que no tuviera que recoger botellas vacías de cerveza y envoltorios de fish and chips en su jardín cada domingo por la mañana. Sonrió para sus adentros. Su vida estaba a punto de cambiar, pero ¿a mejor o a peor? No podía dejar de sentir que había aún muchas incógnitas por resolver.

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 5
ELIZABETH

Cuando Elizabeth bajó a desayunar a la mañana siguiente, la cocina ya estaba repleta de gente que no conocía. Las dos mujeres todavía estaban sentadas en el banco al lado de la chimenea; parecían más calmadas que el día anterior y estaban comiendo el pan casero de Concepción untado con aceite de oliva y un puré de tomate cocinado. Otra mujer, con un niño pequeño en el regazo, estaba sentada al lado de la puerta y parecía estarle contando a Concepción los últimos acontecimientos del pueblo. Pepe también estaba allí, hablando con un hombre viejo, tan marchito y doblado que dudaba que fuera capaz de moverse de la silla en la que había estado sentado. No había rastro de su madre.

—¿Más gente del pueblo? —le preguntó a Concepción.

—Sí, pensaron que podían pasarse a ver cómo estábamos —respondió—. Todo el mundo está muy preocupado. Los soldados han tomado Marbella y la gente huye para salvar sus vidas. Tienen miedo de que vengan también a nuestro pueblo. Nadie sabe qué hacer. Han venido a ver si estamos bien.

Elizabeth se percató ahora de que había más gente de pie fuera en el patio. Reconoció a Pablo, el carnicero, un hombre alto y ancho con espeso pelo rizado y un rostro rubicundo. Estaba escuchando atentamente a Alberto, que se había quitado de encima la suciedad del día anterior, y tenía un aspecto bastante presentable con una vieja camisa y unos pantalones que pertenecían a su padre. Alguien más le había dado un par de botas marrones y, ahora, vestido con ropa limpia, ya no parecía tan vulnerable como el día anterior.

—¿Qué es esto, el lugar de reunión del pueblo? —dijo abriendo la puerta trasera y saliendo al sol invernal.

—Buenos días, señorita —dijo el carnicero acercándosele—. Queríamos hablar con su padre. ¿Está aquí?

—Buenos días, Pablo. Sí, está por alguna parte. Iré a buscarle.

Pero ¿por qué estáis todos aquí? ¿Quién es esa gente?

—Oh, son solo unos vecinos, gente pobre del pueblo. Quieren saber si tenéis noticias de lo que está sucediendo. Hemos oído muchas historias horribles de asesinatos y bombardeos. Todo el mundo está aterrorizado y no quiere salir. Tienen miedo de que los moros vengan y quemen el pueblo. No sabemos qué hacer.

Parecía angustiado y no paraba de pasarse los dedos por su espeso pelo mientras hablaba.

—¿Dónde está el alcalde? ¿No sabe él qué está sucediendo?

—No, el alcalde se ha ido. Nadie lo ha visto a él o a su familia desde el sábado. No sabemos si se fue motu proprio o si se lo llevaron. Todo es muy misterioso.

Sacudió la cabeza confuso.

—Mira, no te preocupes. Iré a buscar a mi padre. Puede que haya oído algo en la radio —dijo Elizabeth.

Su padre estaba, como siempre, en su estudio. Por una vez, su escritorio estaba completamente despejado. Los montones de libros con páginas marcadas y numerosas anotaciones habían sido cerrados y cuidadosamente colocados en una caja de madera; sus libretas y folios sobre ellos, con su colección de plumas estilográficas, lápices y una gran cantidad de botes de tinta. Todo estaba listo para ser colocado en el escondite de su madre. Estaba sentado en el sofá al lado de la ventana, con la oreja pegada a la radio toqueteando el sintonizador.

—Padre, Pablo, el carnicero, está aquí con más gente del pueblo. Quieren hablar con usted.

Su padre continuó con su tarea.

—Estoy intentando obtener noticias de Gibraltar, pero la señal es muy mala. Sin embargo, he conseguido algo de información.

Alzó la vista para mirarla.

—Parece que los consulados extranjeros en Málaga estar cerrando y abandonando el país. Justo lo que dijo Timothy, tendremos que irnos pronto o será demasiado tarde.

Se escuchó un fuerte sonido siseante y un silbido; era obvio que la radio no iba a proporcionar más noticias, así que la apagó y se levantó. Se quedó de pie de espaldas a ella, mirando por la ventana. Elizabeth le puso la mano en el hombro.

—¿Qué querías, Elizabeth? —le preguntó al fin, volviéndose para

mirarla.

—Es Pablo, el carnicero. Quiere hablar con usted; hay más gente del pueblo con él. ¿Puede venir?

—Por supuesto. Necesito desayunar de todas formas. Espero que quede café y Concepción no se lo haya dado a cualquier persona del pueblo.

Cogió su chaqueta de tweed del respaldo de la silla y, poniéndosela, la siguió por el pasillo hasta la cocina.

Los hombres estaban de pie al lado del pozo, con semblante serio y hablando en voz baja entre ellos. Se callaron cuando el padre de Elizabeth entró en el patio y se aproximó a ellos.

—Buenos días, amigos. Buenos días, Pablo —les dijo con una cálida sonrisa iluminando su rostro.

—Don Ricardo, ¿cómo está?

El carnicero dio un paso adelante tendiéndole la mano al padre de Elizabeth.

—Muy bien, gracias, Pablo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Don Ricardo, queremos saber si tiene noticias. ¿Ha oído algo en la radio? La gente del pueblo tiene miedo de que vengan los moros. Algunos ni siquiera se atreven a salir de casa.

Elizabeth se preguntó si su padre les contaría lo que había escuchado por la radio. Observó como su padre condujo al carnicero hasta un banco de piedra a la sombra del limonero y lo invitó a sentarse. Algunos de los otros hombres se acercaron para poder oír, pero la mayoría parecían reacios a tomar parte en la discusión.

—Elizabeth, mi amor, te importaría pedirle a Concepción que nos traiga algo de café.

Volvió a la conversación con el carnicero.

—No sé si puedo decirte mucho, Pablo. El cónsul nos ha aconsejado abandonar España; dice que los insurgentes han tomado Estepona y Marbella, y se dirigen hacía aquí. Esperan que lleguen a Málaga muy pronto.

—Don Ricardo, ese hombre joven de allí —El carnicero señaló hacia el lugar en el que estaba sentado Alberto y luego continuó— ha venido cruzando las montañas de Ronda. Dice que los soldados fascistas se dirigen a Ronda y que, a menos que se detengan allí, pronto estarán aquí. ¿Qué hacemos?

—Pablo, lo siento. No sé qué decir. Solo soy un pobre escritor; no sé nada de estas cosas. Solo puedo sugerir que os quedéis en el pueblo

y roguéis por que las tropas no vengan. Puede que no tengan que pasar por aquí. Si vienen por la carretera de la costa, estaréis a salvo aquí en las montañas.

—Pero, Don Ricardo, no somos comunistas; no queremos una revolución. Somos gente sencilla que ama a Dios y obedece la ley. No nos importa qué ocurre en las grandes ciudades. Solo queremos continuar con nuestras vidas en el pueblo. Pero ¿nos creerán cuando les digamos esto?

Su padre puso su brazo alrededor de los hombros del gran hombre y repitió:

—Lo siento Pablo. Quién sabe qué pasará; son tiempos aciagos.

—Perdóneme, Don Ricardo.

Uno de los otros hombres habló. Sostenía un amplio sombrero de ala ancha en sus manos que retorcía y giraba sin cesar.

—Ernesto. ¿Cómo estás? ¿Está mejor tu pierna? —preguntó el padre de Elizabeth mirando la pierna torcida del cabrero.

—Mucho mejor, gracias, Don Ricardo —respondió—. Aunque a veces me duele con estas mañanas tan frías.

Hizo una pausa por un momento y, frunciendo el ceño con la mirada fija en el sombrero que tenía entre las manos, como si no fuera suyo, continuó:

—Don Ricardo. El alcalde se ha ido; el cura se ha encerrado en su casa y no habla con nadie, y el maestro se ha ido a Málaga para unirse a los rojos. No tenemos a nadie que hable por nosotros. ¿Qué haremos cuando vengan los soldados, Don Ricardo?

—¿Habéis considerado uniros a la gente de Aznate? Su pueblo está muy cerca del vuestro. Quizás su alcalde os ayude.

Pablo dejó escapar un resoplido de disgusto.

—Aquel pueblo tiene agua mala, Don Ricardo. Lo sabe.

Decir que aquel pueblo tenía agua mala era el mayor insulto que Pablo podía dispensarle al pequeño pueblo que pendía de la ladera de una colina a unos cinco o seis kilómetros de distancia. El padre de Elizabeth se acordó de la animosidad que había existido durante años entre los dos pueblos; nadie podía recordar cómo había empezado, si había sido por una disputa a causa de tierras o animales o si habían plantado a alguna novia, pero cualquiera que fuera la causa, el odio ardía con una intensidad que no disminuía con los años.

—Lo siento. En ese caso no sé qué aconsejaros. Quizás podríais convencer al cura para que salga. Quizás interceda ante los soldados

por vosotros.

—No nos responderá, Don Ricardo. Le ha echado el cerrojo a la puerta y ha bajado las persianas —respondió Pablo.

—¿No vendría a hablar con él, Don Ricardo? A usted le escuchará. Es un inglés —le pidió Ernesto casi rogándole.

El padre de Elizabeth suspiró; miró a su hija y luego se dirigió al pequeño grupo de hombres.

—Lo siento. No hay nada que pueda hacer. No me quedaré aquí mucho tiempo más; tenemos que irnos pronto. Estoy seguro de que, cuando el cura se dé cuenta de que no le vais a hacer daño alguno, saldrá y os ayudará. Pero, como digo, los soldados probablemente no vendrán al pueblo de todas formas. Estáis igual de a salvo aquí como en cualquier otra parte.

Apartó la vista, la incomodidad que sentía al fallarles a aquellos hombres que tanta amistad le habían mostrado con los años se reflejaba claramente en su rostro.

El carnicero se incorporó.

—Gracias por su tiempo, Don Ricardo. Espero que su barco venga a por usted y a por su familia y que regrese a Inglaterra sin contratiempos.

Elizabeth pensó que percibía un ligero toque de sarcasmo en su voz a pesar de las formalidades, pero su padre pareció no darse cuenta.

—Espera y tómate un café. Mira, aquí viene —dijo cuando Concepción se acercó con una cafetera y dos pequeñas tazas en una bandeja de bambú.

—No, gracias, Don Ricardo, tengo que volver al pueblo. Mi familia me espera.

Elizabeth lo vio marcharse acompañado por sus silenciosos seguidores. Mientras se alejaba, con la cabeza ligeramente agachada y los hombros caídos, parecía abatido por la responsabilidad que el destino le imponía.

Su padre había colocado la bandeja sobre el banco, a su lado, y se servía el espeso y negro café.

—Alberto, ¿quieres café? Está caliente y cargado —llamó al hombre joven.

Concepción pasó rozándola a su lado portando otra bandeja, esta cargada con rebanadas de pan, un frasco de aceite de oliva y un plato de ajo.

—Gracias, Concepción. Puedes traer otro plato para este joven y algo de azúcar, por favor.

Elizabeth pensó que la escuchó resoplar algo sobre «tener que atender a todos los del pueblo ahora» mientras se dirigía con prisas a la cocina para hacer lo que se le pedía. Elizabeth cogió una naranja de una fuente de la cocina y fue a buscar a su madre. La encontró en su habitación; estaba metiendo unas ramitas de espliego en dos ojales. Su cama estaba cubierta con sus ropas.

—Oh, Elizabeth, qué bien, puedes ayudarme a escoger qué llevarme. Es tan difícil. No sé cómo esperan que me las arregle con solo una maleta.

Ató el espliego y se lo tendió a Elizabeth.

—Algo que nos recuerde nuestro hogar —dijo con una triste sonrisa—. Un poco de espliego.

Elizabeth se metió el espliego en el bolsillo. Por supuesto, este era el hogar de su madre; sería una extranjera en Inglaterra después de todos aquellos años. No era de extrañar que estuviera triste.

—Meta algo de abrigo. Hará frío en Dorset en esta época del año —dijo.

—Sí, querida, pero no vamos directos a Dorset, ¿o sí? El barco nos llevará a Gibraltar primero y luego tendremos que esperar hasta que consigamos plazas en un barco para Inglaterra. Tengo que tener algo que ponerme en Gibraltar. Todo el mundo va tan elegante allí.

—Bueno todavía no hará tanta calor, madre. Mire, por qué no se pone este abrigo azul para el viaje y así no tiene que meterlo en la maleta. Y coja un par de jerséis y una falda o dos.

—Sí, bueno, supongo que puedo llevarme este.

Sostenía un jersey de lana blanca con un cuello babero contra ella y miraba su reflejo en el espejo. Elizabeth pensó lo joven que parecía; su pelo castaño claro tenía apenas un ligero toque gris y su cara algo cuadrada carecía casi completamente de arrugas. A pesar de haber vivido bajo el sol durante diez años, su rostro y sus brazos eran de un blanco crema como si aún estuviera bajo los cielos grises de Inglaterra. Elizabeth miró su serio reflejo irguiéndose por encima del de su madre. Las dos mujeres eran muy parecidas, a pesar del hecho de que Elizabeth era más alta y mucho más rubia y en comparación con su madre había estado más expuesta a los rayos del sol, que a cambio, habían salpicado su fresca y saludable piel con pecas. Tenían los mismos ojos azul claros y una mirada ligeramente soñadora que

compensaba la dureza de la línea de sus mandíbulas. Ambas eran delgadas, con pechos pequeños y ambas tenían cinturas diminutas que comprimían con cinturones aún más diminutos.

De repente, Elizabeth se sintió irritada con su madre.

—¿Realmente importa, madre? Como dijo, estará en casa en unos cuantos meses.

Los ojos de Margaret brillaron con lágrimas incipientes. Sacó un pañuelo y se sonó la nariz ruidosamente.

—Por supuesto que lo estaremos, querida. Tienes mucha razón. Solo me llevaré lo esencial y eso tendrá que bastar. Ahora por qué no vas a hacer tu propia maleta.

Su madre cogió su ramito de espliego y se lo puso en la chaqueta.

Elizabeth, obediente, se dirigió a su habitación. Podía oír el teléfono sonando, y luego la profunda voz de su padre respondiendo en inglés. Esperó un instante en lo alto de las escaleras, pero él no la llamó, así que continuó hasta su habitación. Sacó la maleta de debajo de su cama y empezó a meter dentro una cuanta ropa.

—Elizabeth, Elizabeth.

Era su madre.

—Acaban de llamar del Consulado; el barco llegará mañana al amanecer. Tenemos que irnos allí hoy.

Su madre se sentó en el borde de su cama, dejando fluir las lágrimas que había estado reprimiendo toda la mañana hasta ese momento. Elizabeth la rodeó con su brazo y le dio unas ineficaces palmaditas en la espalda. ¿Qué podía decir?

—Tenemos que marcharnos después de comer. Nos costará al menos dos horas bajar allí, quizás más con Peter; ya sabes lo tortuga que puede llegar a ser.

—De acuerdo, madre, estaré lista. No se preocupe. ¿Ha hablado ya con Concepción?

—No, aún no. Querida, ¿te importaría hablar a ti con ella? No estoy segura de que pueda hacerlo sin derrumbarme. Desearía poder llevarla con nosotros; no estoy segura de que pueda arreglármelas sin ella. Tu padre de hecho le preguntó al vicecónsul si podía venir con nosotros, pero este dijo, muy enfáticamente, que no. Dijo que estaba haciendo una gran excepción al permitirnos llevar a Willow con nosotros, pero un nacional español estaba fuera de discusión. De todas

formas, dudo que tenga pasaporte.

Había parado de llorar ahora y se dirigía a la puerta.

—Será mejor que vea si Peter ya ha hecho la maleta. Estoy segura de que lo he visto fuera jugando con el hijo mayor de Pepe. Oh, y tengo que hacer que Pepe lleve estas cajas a la bodega para esconderlas antes de marcharnos.

Desapareció por la puerta dejando a Elizabeth mirando su maleta a medio hacer. Lanzó unos cuantos objetos más en la maleta y la cerró asegurándola bien con un cinturón de cuero resistente antes de colocarla en la entrada de su habitación. Luego se tumbó en la cama. Necesitaba unos instantes sola para pensar en lo que pasaba; todo sucedía demasiado rápido. Aquella era su oportunidad; no podía simplemente huir y abandonarla solo porque sus padres se lo decían. Desde que había acabado la universidad, había pasado los últimos meses preguntándose qué hacer con toda la educación que había adquirido. No quería enseñar, la sugerencia de su madre, tampoco quería convertirse en secretaria, la idea de su padre. No era académica, pero le gustaba escribir: no poesía, como a su padre, ni siquiera ficción; quería ser reportera, pero no cualquier tipo de reportera. Quería ser reportera gráfica. Sus padres le habían comprado una Kodak hacía unos meses como regalo de graduación. Le gustaba. Había venido a España aquella vez con la intención de hacer una crónica de la vida española y se había traído docenas de rollos de película con ella. ¿Qué sentido tenía llevárselos de nuevo a Inglaterra sin usarlos? Se le presentaba ahora la oportunidad de tomar fotografías interesantes y quizás hacerse un nombre. Su única preocupación era cómo decirles a sus padres lo que planeaba.

Concepción estaba ocupada destripando un conejo que Pepe le había traído por la mañana; las calientes entrañas yacían sobre la mesa de madera, al lado de la piel del animal, despidiendo un olor que era a la vez acre y dulce al mismo tiempo.

—Dios, qué peste, Concepción. ¿Por qué no lo haces fuera, al lado del pozo? —se quejó Elizabeth. Su ansiedad la hacía hablar más ásperamente de lo habitual.

—No hagas tanto alboroto, cariño. Casi he terminado y luego se lo sacaré a la perra. Voy a hacer un guiso muy rico para la cena de hoy. Tengo zanahorias y cebollas y algunas de las preciosas hierbas de tu madre.

—No hay necesidad de ello, Concepción. No estaremos aquí. Padre ha recibido una llamada de teléfono del Consulado; tenemos que irnos esta tarde o no conseguiremos pasaje en el barco.

—¿Qué barco?

—Ya sabes qué barco. Madre te dijo que regresábamos a Inglaterra. Este lugar es demasiado peligroso para los extranjeros en estos momentos.

Su propia angustia le hacía hablar sin miramientos. Podía ver las lágrimas corriendo por las mejillas de Concepción mientras continuaba diseccionando el conejo.

—Bueno, aún así tenéis que comer —dijo.

—Sí, pero lo que intento decir, Concepción, es que tenemos que irnos ya. No podemos esperar al guiso de conejo. Tenemos que irnos justo después de comer.

Intentó evitar que su voz temblara. Aquella era la peor parte, tener que dejar atrás a Concepción. Su ama de llaves no se había casado y no tenía otra familia aparte de ellos; sus padres habían muerto cuando era muy joven y no tenía ni hermanos ni hermanas. ¿Qué haría cuando se marcharan? ¿Dónde viviría?

—Pero solo tengo tortilla de patata para que comáis; es muy poco.

—Con eso bastará, de verdad. No te preocupes, Concepción; estará bien.

Se acercó y puso sus brazos alrededor de los hombros de la mujer.

—Por favor, no te preocupes, Concepción. Estaremos bien, ya verás. En unos cuantos meses volveremos y todos nos reiremos de esto. Por favor, no llores, Concepción. No puedo soportar que llores.

Las anchas espaldas de la mujer temblaban a causa de sus sollozos; una sucesión de sonidos desgarradores que le decían a Elizabeth que no importaba lo que dijera, no importaba lo que le prometiera, a pesar de sus lugares comunes, Concepción sabía que nunca iba a regresar.

—¿Tenemos pan? Quizás puedas hacernos algunos bocadillos para el viaje.

Sabía que lo mejor para Concepción en aquel momento era mantenerse ocupada; de aquella forma todos podían ignorar, al menos por un instante, el peligro que acechaba de puertas afuera.

—Por supuesto, necesitáis algo para el viaje. Qué estúpida por no haber pensado en ello. Os haré unos buenos bocadillos y pondré

naranjas también en caso de que tengáis sed. Es un camino largo hasta la costa.

Empezó a despejar la mesa haciendo la carne de conejo a un lado y poniendo los despojos en una fuente para tirarlos. Luego, cogió el cubo del agua del suelo y empezó a fregar la sangre de la mesa convirtiendo una vez más su angustia en duro trabajo físico.

La comida fue sombría; nadie habló y Concepción no paró de hacer ruido con las ollas y las sartenes, desafiando a todo el mundo a que le dijera algo. Elizabeth se dio cuenta de que las dos mujeres ya no estaban en su sitio al lado del hogar; todos los habitantes del pueblo se habían ido, incluso Alberto no se veía por ninguna parte. La casa estaba inusualmente tranquila. Peter era el único que no parecía afectado por los acontecimientos; se comió su tortilla y luego le pidió a Elizabeth que le diera el resto de la suya.

—Sí, cógela. No tengo mucha hambre —dijo.

Concepción empezó a despejar la mesa de los restos de la parca comida.

—Le dije a Pepe que fuera a buscar el burro de Eusebio —dijo—. Irá con ustedes a Torremolinos. Está demasiado lejos para andar llevando esas pesadas maletas. Estará aquí pronto.

Acababa de hablar cuando tocaron a la puerta. El padre de Elizabeth fue a abrirla. Era Pepe. Llevaba atado de una cuerda un escuálido burro pardo.

—Don Ricardo, les acompañaré hasta la playa. Si sacan las maletas, se las cargaré al burro —dijo. Su largo rostro melancólico parecía aún más triste de lo habitual.

Verlos bajar por las escaleras llevando las maletas fue demasiado para Concepción y empezó de nuevo con su lastimero llanto. Los abrazó a todos por turnos, apretándolos fuerte contra su pecho y cubriéndolos de lágrimas. Cuando fue el turno de Elizabeth, se la quedó contemplando fija y largamente a la distancia de un brazo y finalmente la envolvió en un enorme abrazo. Para entonces, todos estaban llorando, incluso el padre de Elizabeth tuvo que limpiarse los ojos con el pañuelo recién lavado que Concepción le acababa de meter en su bolsillo.

—Tengan, llévense esto para el viaje: jamón ahumado y pan, un poco de queso de cabra y aquí hay un poco de vino, en un frasco.

Les puso las provisiones en las manos y los empujó suavemente

hacia la puerta.

—Váyanse ahora. No querrán caminar en la oscuridad. No se preocupen por la casa, Pepe y yo lo cerraremos todo y le echaremos un ojo. Váyanse ya.

—Adiós, Concepción. Gracias por todo. Espero que esta guerra no dure mucho y podamos volver a verte —dijo el padre de Elizabeth besando a su ama de llaves en las mejillas.

—Adiós, Concepción. Te mandaré una postal desde Dorset —dijo Peter.

Tenía a Willow atada a un trozo de cuerda y ya estaba corriendo por el sendero hacia la carretera, la perra saltaba detrás de él.

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 6
ELIZABETH

Mientras se dirigían hacia la costa, el sol ya estaba empezando su descenso. Avanzaron en silencio durante un rato, el único que estaba animado era Peter. Brincaba delante de ellos, sin parar de hablar; cuando nadie lo escuchaba, le hablaba a la perra, diciéndole lo mucho que disfrutaría viviendo en Inglaterra, que habría cientos de conejos a los que perseguir, que la llevaría a pasear todos los días, que dormiría en su habitación cuando no estuviera en el colegio.

—Peter, podrías intentar mantenerte callado un rato. Todavía tenemos un largo camino por delante; ahorra energías —dijo su madre, pero sin mucho efecto.

La verdad era que su verborrea infantil era una bienvenida distracción a los pensamientos que se agolpaban en sus cabezas. Mientras reía y cantaba sus tontas canciones, podían fingir que no había nada fuera de lo normal en aquella marcha hasta Torremolinos; era solo una ocasión, como otra cualquiera, en la que podrían reunirse con viejos amigos y ponerse al día. Llegarían al Club Internacional, un pequeño alivio a su caminata, y Margaret podría pedir un gin tonic y Richard un whisky y se darían una vuelta para mezclarse con conocidos, con los que intercambiarían unas cuantas palabras de cortesía. Esta vez nadie sabía qué esperar, así que caminaban con las cabezas bajas sin pensar en lo que les aguardaba, dejándose arrastrar por el destino.

Elizabeth estaba feliz por que Pepe hubiera traído el burro; sus piernas le dolían a causa de la caminata por la irregular carretera y su cámara, colgada de su cuello, parecía pesar más a cada paso. Sentía que seguramente no habría podido con su maleta también. Se rezagó para caminar al lado de Pepe.

—¿Está cansada, señorita? —le preguntó solícitamente este.

—Solo un poco, Pepe. Estoy feliz de que sea cuesta abajo la mayor parte del tiempo.

—Sí. Sería más fácil si fuéramos por la carretera principal, pero eso nos llevaría por Alhaurín y Churriana. No creo que sea una buena idea acercarse a esos pueblos; no se sabe lo que puede estar pasando allí.

—Estoy segura de que tienes razón. Es mejor seguir por los caminos de las montañas, pero es muy duro para mis pies.

Elizabeth hizo una mueca; a pesar de llevar sus zapatos más viejos y cómodos, ya podía sentir que se formaba una ampolla en sus talones. Miró a su alrededor; el mar todavía parecía estar muy lejos. Aún no estaban a mitad de camino.

—Pararemos pronto a descansar —le prometió Pepe.

Pensó en Concepción y los otros en el pueblo. ¿Qué estarían haciendo ahora? Sabía lo asustados que estaban todos; todos habían creído a Alberto cuando les contó lo que había sucedido en su pueblo, pero ¿era tan terrible como decía? Nadie le había preguntado en realidad. Ahora, caminando bajo el sol de la tarde hacia el resplandeciente mar, no sabía qué creer. La niebla gris todavía pendía en el cielo sobre Málaga, pero no se escuchaban armas hoy; los barcos de guerra todavía permanecían en el puerto, pero estaban silenciosos, impertérritos, una vez más diminutas réplicas de los juguetes de Peter.

—Pepe, ¿hablaste con Alberto antes de irte?

—Sí, señorita.

—¿Te dijo lo que planeaba hacer?

—Sí, dijo que iba a ir a Málaga para unirse a sus amigos. Dice que no hay nada aquí para él, así que quiere luchar; quiere matar a la gente que asesinó a su familia. Supongo que quiere venganza.

—¿Y qué harás tú?

—¿Yo? Me quedaré en el pueblo; aquí es a donde pertenezco. Además, tengo cuatro hijos de los que ocuparme y no tengo mujer que me ayude. No puedo combatir en la guerra de otra gente.

—Pero no es la guerra de otra gente, Pepe. Es tu guerra; es la guerra de España.

—No, señorita, no lo entiende. En nuestro pueblo no queremos la guerra. No queremos la revolución. Queremos trabajar y alimentar a nuestras familias; queremos vivir en paz. Si la guerra viene a nuestro encuentro, supongo que tendremos que luchar, pero no voy a ir a Málaga a pelear.

Elizabeth podía entender cómo se sentía; tenía que poner a su familia por delante de todo. Pero, había mucho más que eso: había

sido uno de los pocos afortunados de haber trabajado para extranjeros. En lugar de ganar dos pesetas diarias en los campos, ganaba cincuenta pesetas a la semana trabajando como jardinero y haciendo trabajillos para su padre. Para los estándares del pueblo, era una fortuna; su padre pensaba que era barato. Aquellos diez años, mientras que otros trabajaban solo seis o siete meses al año, Pepe había tenido un trabajo habitual y mucha comida. ¿Qué haría ahora?, se preguntaba. No había trabajo; tendría que vivir de su ingenio, cultivando la comida que pudiera en aquel terreno adverso o cazando conejos y perdices. Si tenía suerte, quizás encontrara un trabajo en la época de la cosecha, pero en aquella zona los cultivos eran mayormente de olivos y almendras, y ambas cosechas ya habían pasado. Había pocos cítricos que recoger en el valle y muchos hombres para hacerlo. Nadie quería viajar a otros pueblos buscando trabajo; no querían tentar a la suerte en las grandes haciendas que normalmente contrataban cuadrillas de trabajadores temporales. Todos tenían demasiado miedo de abandonar sus pueblos, al no sentirse seguros de lo que podrían encontrar. Iba a ser duro para él ahora que regresaban a Inglaterra.

Ya casi estaban allí. Pepe les había prometido que la carretera de la costa estaba justo pasada la siguiente elevación. Abría el paso ahora; lo seguían, acalorados, cansados y polvorientos. Nadie se quejaba. Elizabeth se había atado un pañuelo alrededor de la cabeza a modo de diadema para evitar que el pelo se le pegara a la cara a causa del sudor. Se habían quitado los abrigos y los habían colocado encima del ya sobrecargado burro. Incluso Willow se arrastraba detrás de ellos con la cola baja y la lengua casi tocando el suelo. Elizabeth llevaba a Peter de la mano y jugaba con él para animarlo a seguir caminando; durante la última media hora no había parado de pedir que pararan a descansar.

—Ya casi estamos, Peter. Vamos, chico, lo has hecho muy bien. No queda mucho ahora. —Richard intentó animar a su hijo, pero el entusiasmo de Peter por el viaje se había desvanecido.

—Mira solo unos cuantos metros más y podremos ver Torremolinos —le prometió Elizabeth tirando de él—. Vamos, te echo una carrera hasta lo alto de la montaña.

El chico se apartó de su hermana y corrió, tanto como sus cansadas piernas le permitieron, hasta donde el camino describía un

recodo al pie de la montaña y les ofrecía una vista de la costa. El chico se paró sorprendido.

—¿Qué pasa, Peter? —escuchó Richard que Elizabeth le preguntaba.

—Mira a toda esa gente —dijo Peter—. Hay cientos de ellos. ¿Dónde van?

Elizabeth y Richard llegaron corriendo al lugar donde él miraba sorprendido la escena a sus pies.

La carretera de Torremolinos a Málaga estaba llena de gente: una tortuosa procesión de hombres, mujeres y niños, caminando lenta y silenciosamente, refugiados cansados, con las cabezas bajas dirigiéndose a la capital. Algunos empujaban carros cargados con sus pertenencias, algunos conducían burros como el suyo, pero la mayoría cargaba sus escasas posesiones envueltas en mantas y colgadas de los hombros.

A Richard le recordó otra procesión de hombres desalentados en la Francia de 1918, cuando estando en un claro en el bosque y observó al resto de su batallón retirarse en silencio. Los jóvenes rostros brillantes y frescos de unos hombres que habían desfilado con las cabezas bien altas para combatir por su patria y por su rey, ahora se escabullían de las líneas enemigas, derrotados y desmoralizados, con sus limpios uniformes y brillantes hebillas hechos jirones y manchados, hambrientos, cansados, y arrastrando sus rifles, víctimas cojas y vendadas de la guerra. En aquella época la lluvia había caído a plomo empapándolo todo y volviendo la carretera por la que desfilaban en un barrizal resbaladizo y negro. Hoy el sol caía sin piedad sobre las cabezas y hombros de aquellos agotados viajeros, y sus pies levantaban nubes de polvo que ondeaban tras ellos como un estandarte. Pero aquella gente tenía el mismo aire fatalista, de estar exhaustos en lo más profundo de su interior y aún así se las arreglaban para encontrar las fuerzas para poner un pie delante del otro.

—¿Quiénes son, padre?

—No lo sé, Peter, pero supongo que será gente intentando escapar de los soldados.

Se volvió hacia Elizabeth.

—Timothy me dijo que Estepona y Marbella habían sido invadidas por los fascistas. Dijo que cientos de personas habían huido aterrorizadas por lo que pudiera sucederles. Deben de ser ellos.

—¿Qué hacemos?

—Haremos lo que planeamos. No podemos regresar ahora. Si algo demuestra esto es que hicimos lo correcto al marcharnos. Será muy peligroso con tanta gente en marcha.

Miró hacia atrás, a su esposa, que caminaba por el sendero con Pepe y el burro; parecía muy cansada. Su rostro estaba rojo a causa del esfuerzo y podía ver el brillo de la transpiración sobre su labio superior. Estaba hablando tristemente con Pepe. Sabía que le apenaba marcharse, abandonar a aquellos buenos amigos, pero él no podía hacer nada al respecto. Su principal prioridad era su familia; tenía que ponerla a salvo.

A diferencia de muchos de sus amigos, había sobrevivido a la Gran Guerra, invalidado después de apenas seis meses. La guerra que pondría fin a todas las guerras, la llamaban, y allí estaban, menos de veinte años más tarde, al borde de otra. Había venido a España para escapar de todo aquello, la política y el poder belicista, pero era imposible escapar. Estaba feliz de sacar a su familia de España, pero no sabía cómo la protegería en el futuro. Los dictadores dominaban las noticias: Mussolini, Hitler, ahora Franco. ¿Cuánto tiempo permanecerían observando las naciones democráticas? Miró de nuevo la procesión de gente que se dirigía a Málaga y, a pesar de que brillaba el sol, sintió un escalofrío recorrerle la columna vertebral. Aquella gente desvalida buscaba un santuario donde esconderse de las fuerzas invasoras: los moros con sus turbantes verdes, los despiadados mercenarios de la Legión Extranjera, los bien entrenados Requetés. ¿Qué esperanza tenía el populacho malnutrido y mal equipado de allí abajo contra ellos? Podía distinguir las capas negras de unos cuantos milicianos, pero la mayoría de los evacuados eran mujeres, niños y ancianos. ¿Qué encontrarían cuando llegaran allí? Timothy le había dicho que la gente se moría de hambre en Málaga; no había pan en ninguna parte. El puente de Motril había sido derribado hacía unos días y la carretera estaba inundada; todo nexo de unión entre la República y Málaga había sido cercenado y no podía pasar nada a su través. La ciudad estaba aislada. Sintió una oleada de pena por aquella pobre gente, conducida por la desesperación a un nuevo hogar que no estaba preparado para recibirlos. Una vez más le agradeció a Dios poder sacar de allí a su familia. Observó el puerto con sus prismáticos buscando un barco británico, pero solo había cruceros españoles con las armas apuntando a la ciudad, y unos cuantos barcos de guerra pequeños. No estaba seguro, pero pensó que podía distinguir los

colores de la bandera alemana.

—Don Ricardo.

Era Pepe que estaba descargando las maletas del burro.

—Don Ricardo, no puedo continuar. Lo siento. Tengo que regresar con mis hijos. Lo siento.

Parecía angustiado.

—Por supuesto, Pepe, lo entendemos. Ya no queda mucho ahora de todas formas; estaremos fácilmente en el Club antes de que oscurezca. Regresa con tu familia.

Cada uno cogió su abrigo y se lo puso para aligerar la carga, luego cogieron sus maletas. Qué inapropiadamente de media clase y pulcros parecían; qué ingleses eran allí de pie, sobre la ladera de una colina española, con sus maletas Burberry a cuestas y sus abrigos. El sombrero de sol de su esposa reposaba ladeado sobre sus rizos castaños; parecía más triste que cansada.

—Pepe, muchas gracias por venir con nosotros. Nunca habríamos llegado aquí tan rápido sin ti y tu hermoso burro —le dijo cogiéndole las manos—. Espero que todo te vaya bien a ti y a tus hijos.

—Gracias, señora. Espero que tengan un buen viaje.

Pepe estaba muy serio. Todos le estrecharon la mano a turnos dándole las gracias.

—Pepe, espero que esta guerra termine pronto y podamos regresar y vivir aquí de nuevo. Mientras tanto, aquí tienes algo para ayudarte mientras encuentras algo más de trabajo.

Richard puso un fajo de pesetas en las manos callosas del hombre. Su jardinero lo miró sorprendido.

—Gracias, Don Ricardo. Gracias. Mil bendiciones. Que Dios los guarde a usted y a su familia.

Se despidieron de Pepe y su burro y empezaron a descender a la carretera de la costa que se hallaba debajo de ellos.

INGLATERRA 2007

CAPÍTULO 7
KATE

Cuando Kate entró en el trabajo la mañana del lunes, ya había decidido que no le contaría a nadie las buenas noticias. No era que fuera particularmente reservada, o que le preocupara que se pudiera esperar que compartiera parte de su buena fortuna con sus colegas, era más bien que todavía no se creía demasiado lo que había sucedido. No podía olvidar la extraña mirada que su tío Richard le había dedicado cuando se estaba leyendo el testamento, y una débil voz parecía decirle que todavía había tiempo para que las cosas se torcieran. Después de todo, podía haber habido algún error, así que decidió guardárselo para sí misma por el momento.

Kate era la asistente personal de Geoffrey, y Geoffrey era el Director de Recursos Humanos de una vieja y consolidada firma fabricante de galletas en el centro de la ciudad. Kate llevaba en la firma más años de los que se acordaba: de hecho, era el único trabajo de jornada completa que había tenido. Al principio había visto su trabajo como un mero peldaño para conseguir otro mejor y más interesante; había fantaseado con la idea de conseguir un trabajo en publicidad y trasladarse cada día a Londres, pero Bill la había disuadido. Luego, cuando ella había sugerido tener un bebé, el había dicho que primero tenían que ahorrar; dijo que deberían esperar hasta que lo ascendieran a profesor titular, luego, cumplida esa meta, fue profesor principal y luego Jefe de Departamento. Siempre había habido una razón para retrasarlo. Una vez conseguidos sus ascensos, dijo que tenían que tener una casa más grande si querían tener hijos, mejor esperar hasta que se trasladaran. Así que esperó y esperó; a ojos de Bill el tiempo nunca parecía ser el indicado. Finalmente, cuando tenía treinta y cinco años, dejó de tomarse la píldora y no se lo dijo. No importaba; para entonces hacer el amor se había convertido en algo insustancial y nunca se quedó embarazada. O lo habían postergado demasiado o no tenía que ser. Se lo comenzó a tomar con

filosofía, o quizás se lo había tomado con filosofía hasta el día en el que se enteró de lo de Ursula.

—Ah, Kate. Estás de vuelta. ¿Te sientes mejor?

Su jefe estaba de pie en el quicio de la puerta sonriéndole.

—Sí, gracias, Geoffrey. Estoy bien. ¿Voy?

—Dame cinco minutos mientras hago una llamada rápida y luego tráeme los archivos de personal para la Comisión de Ascensos de mañana. Me gustaría revisarlos contigo.

—Bien.

Reunió los archivos, hizo café para los dos y entró en la oficina de su jefe.

—¿Has tenido un buen fin de semana? —le preguntó él educadamente como hacía todos los lunes por la mañana.

—Sí, tranquilo. Estuve en la cama la mayor parte del tiempo —respondió ella.

Se maravilló de lo buena que se había vuelto mintiendo; en realidad había pasado el fin de semana en una competición de golf de dos días de duración en Oxford. Ella y Bill se habían habituado al golf poco después de casarse. Recordaba como él había llegado una noche a casa y anunciado que un colega y él habían decidido aprender a jugar. La intuición le dijo que si no se pronunciaba de inmediato, pasaría años esperando los fines de semana sola en casa a que su marido regresara de su partida habitual de golf.

—Yo también quiero aprender —había dicho.

Había tomado a Bill demasiado por sorpresa como para que la rebatiera, así que empezaron a tomar lecciones. Nunca se arrepintió de ello; Bill se enganchó al juego tanto que jugaba cada vez que podía. Aunque ella nunca se hizo tan adicta, al menos era parte de aquella nueva obsesión suya y estaba incluida en el círculo de amigos golfistas de su marido. —Bien, veamos a quién tenemos aquí entonces —dijo Geoffrey sacándola de su ensueño.

—Bueno, la primera candidata es Mrs. Rita Jones —comenzó ella.

Cuando hubieron terminado de revisar los candidatos, Kate volvió a su escritorio. Había una nota pegada en su pantalla; decía:

«Kate, un tal Mr. Percy telefoneó. Llámalo, por favor. Jill».

La cogió y fue en busca de Jill. Estaba, como era habitual, en la máquina de café.

—Hola, Jill. ¿Quién es ese tal Mr. Percy? —le preguntó fingiendo ignorancia.

—Oh, hola, Kate. No lo sé. No dijo de qué se trataba, solo que necesitaba hablar contigo de inmediato.

—¿Dejó un número de teléfono?

—No, pero si esperas un minuto, lo sacaré del aparato.

Terminó de servirse una gran taza de un café muy negro que remató con un chorrito de nata montada que sacó del frigorífico, y volvió a su escritorio.

—Ten; este es —dijo tendiéndole un post-it a Kate.

Kate fue a su oficina y cerró la puerta. Mientras marcaba el número sintió aprensión. Nunca le había llamado al trabajo antes.

—Mr. Percy, por favor —dijo.

—¿Quién debo decir que llama?

—Kate Scott. Creo que quiere hablar conmigo —respondió.

—Oh, sí, Ms. Scott. Espere un momento que le paso.

Kate sintió unos cuantos zumbidos y clics, y luego la habitual voz nasal de Robert Percy.

—Ms. Scott, gracias por devolverme la llamada. Iré directo al grano; ha surgido una ligera complicación con el testamento de su abuelo, tengo que hablar con usted al respecto.

—¿Sí? ¿Qué clase de complicación? —preguntó ella.

Sabía que era demasiado bueno para ser cierto; gracias a Dios que no se lo había dicho a nadie aún.

—Como le digo, es un poco complicado y preferiría hablar con usted en persona. ¿Puede venir a mi oficina un día de esta semana?

—Bueno, Mr. Percy, es una molestia para ser honesta. Pedí tiempo libre la semana pasada y odio pedir otro día tan pronto; estamos muy ocupados en estos momentos. ¿No puede decírmelo por teléfono?

—No, en verdad preferiría verla en persona. No le retendré mucho. Quizás pueda venir temprano una tarde si le cuadra mejor con su horario de trabajo.

—Bueno, espere un minuto y comprobaré mi agenda.

Kate abrió su agenda. Por suerte, Geoffrey estaría en Bristol dos días, el jueves y el viernes. Podía salir pronto el jueves y nadie lo sabría.

—¿Le vendría bien el jueves? —preguntó—. ¿Sobre las seis?

—Sí, perfecto. La veré entonces. Oh, por cierto, podría traer

cualquier documento personal que tenga consigo. Ya sabe: pasaporte, certificado de nacimiento, cosas así.

—Sí, por supuesto, si cree que es necesario.

—Bien, Ms. Scott, no deje que le quite más tiempo. La veré el jueves a las seis en punto.

Lo oyó colgar el auricular. Era extraño que no hubiera mencionado la documentación en su anterior reunión. Se preguntaba por qué estaba siendo tan misterioso.

Al día siguiente estaban tan ocupados con la Comisión de Ascensos que no tuvo tiempo para pensar en Mr. Percy y sus complicaciones. Empezaron con el primer candidato a las nueve en punto y terminaron justo antes de la una. El procedimiento era el mismo, así que la preparación no había sido tan pesada como pudiera haber sido.

—Jill, ¿la noche de compras en el West End es los jueves? —preguntó sirviéndose un descafeinado.

—Sí, hasta las ocho o las nueve; creo que algunas tiendas están abiertas hasta las nueve.

—Quizás me marche un poco más pronto el jueves entonces y coja el tren rápido hasta allí.

—¿Buscas algo bonito?

—Oh, solo algo para una boda a la que voy a asistir.

—Oh, bien. ¿Quién se casa?

Sabía que no debía haber dicho nada; qué era lo que su madre siempre le decía: «una mentirijilla pronto lleva a una mentira mayor».

—Un primo mío, en Escocia —dijo esperando que sonara lo suficientemente vago para evitar más preguntas.

—Tengo primos en Escocia —empezó Jill, pero Kate la interrumpió.

—Lo siento, Jill, tengo que volver, Geoffrey me espera para algo.

El problema era que su listón estaba muy alto; lo sabía. Bill había sido el amor de su vida durante veinte años. Lo había conocido en una reunión estudiantil en el instituto de enseñanza superior; había estado hablando con sus amigas y estaba un tanto achispada a causa del vino francés barato cuando lo vio mirándola. Era tan guapo en aquel entonces: alto y fornido, con el físico de un jugador de rugby, su pelo rubio era un poco largo y tenía aquellos brillantes ojos azules escondidos detrás de unas gafas de montura oscura. Fue atracción a primera vista para ambas partes. Descubrió que no era un antiguo

estudiante, sino un nuevo profesor del Departamento de Lenguas; enseñaba ruso y alemán como a los estudiantes del Certificado Superior Nacional e inglés como idioma extranjero a estudiantes extranjeros y au-pairs. Le habría gustado conocer a alguien que tuviera aquel aspecto ahora, pensó de manera poco realista, bueno quizás un poco más maduro y definitivamente más fiel.

Terminó sus sándwiches y su café y empezó a abrir el correo que Jill había dejado sobre su escritorio anteriormente. Aquel era normalmente su primer trabajo cada mañana, abrir el correo del departamento y distribuirlo, luego abrir sus propios correos electrónicos y los de Geoffrey y poner al día la agenda; debido a la Comisión de Ascensos, todo eso había tenido que esperar hasta ahora. No había nada de importancia en el correo, pero abrió un e-mail un tanto inusual; era del Director y estaba dirigido a Geoffrey y marcado como «confidencial».

«Geoff, puedo recordarte que necesitamos tu informe tan pronto como sea posible si tenemos que tomar una decisión fundamentada sobre la reorganización

del Departamento de Recursos Humanos. Es hora de que la compañía ingrese en el siglo veintiuno. Henry».

¿Reorganización? Geoffrey no le había mencionado nada sobre la reorganización

. Era muy extraño; siempre que había un cambio de estrategia o política, Geoffrey se preocupaba de comentarle sus ideas primero a ella. No podía creer que algo tan importante como esto estuviera sucediendo sin que le hubiera dicho nada. Lo leyó de nuevo; la última frase sonaba inquietante. Henry estaba planeando obviamente algo drástico. Transmitió el e-mail a la bandeja de entrada personal de su jefe y continuó revisando el resto. Sabría que lo había leído. ¿Vendría a explicárselo? Bueno, lo sabría muy pronto, porque sería su trabajo mecanografiar el informe, fuera cual fuera.

El resto del día pasó lentamente, y se sorprendió pensando una y otra vez en su abuelo y su testamento. Lamentaba haberle dicho a Robert Percy que no podía verlo hasta el jueves; quería saberlo ahora. Sabía que no podía hacerlo confiar en ella por teléfono; tenía que ser paciente o llamar a una de sus primas para ver si sabían algo al respecto. Encontró el teléfono de Ruth primero y lo marcó rápidamente antes de que pudiera cambiar de opinión.

—Diga —respondió una joven voz femenina.

—¿Sarah? Soy Kate. ¿Está tu madre?

—Hola tía Kate. No, está en el club de bridge. ¿Puedo ayudarte?

—No lo creo, Sarah. ¿Qué hay de tu padre, está en casa?

—No, normalmente no regresa hasta después de las ocho. Lo siento. ¿Estás segura de que no puedo ayudarte?

—Bueno, no lo sé. ¿Ha dicho tu madre algo sobre otra reunión con el abogado?

—No. Sé que estuvieron allí ayer y el tío abuelo Jeremy también. ¿Por qué, se ha puesto el abogado de nuevo en contacto contigo?

—Sí, me llamó esta mañana y dijo que había ciertas complicaciones con la herencia que no podía explicarme por teléfono. ¿Dijo tu madre algo al respecto?

Su sobrina no respondió.

—¿Sarah? ¿Dijo Ruth cuál era el problema?

—Bueno, tía Kate, mencionó algo, pero estoy segura de que no es nada, probablemente una confusión con los papeles.

Sarah sonaba un poco nerviosa; Kate podía imaginársela retorciéndose agitada un rizo de su pelo castaño.

—¿Y cuál es? ¿Cuál es esa confusión?

—No estoy segura de si debería decir algo. Después de todo te preocuparía sin motivo.

—Sarah.

—Oh, está bien, tía Kate. Aparentemente el tío abuelo Jeremy ha impugnado el testamento.

—¿Impugnado el testamento? ¿Por qué motivo? Parecía bastante correcto para mí.

—Bueno. Oh, no sé si debería decírtelo.

—Vamos, Sarah, lo sabré muy pronto de todas formas.

—Dice que no deberías haber recibido nada en el testamento porque tu madre no era una Reeves. No le digas a mi madre que te lo he dicho, por favor, tía Kate, me matará.

—¿No era una Reeves? ¿Qué significa eso?

—No lo sé, tía, eso es lo que escuché que mamá le decía a papá. Por favor, no se lo digas.

—No, por supuesto que no lo haré, Sarah. Gracias por contármelo —dijo Kate, atragantándosele las palabras—. ¿Estás segura de que no sabes nada más?

—No, eso es todo lo que oí.

Mientras colgaba el auricular percibió que su mano temblaba.

Aquello era desconcertante. Así que ella no era el problema; era su madre. ¿Había sido adoptada su madre? Quizás había sido uno de los niños rescatados de sus abuelos. Kate no podía acordarse realmente de su abuela; solo tenía cuatro años cuando murió de cáncer de mama. Sin embargo, siempre había pensado en lo mucho que su madre se parecía a sus fotografías de cuando era joven: alta y esbelta, y con el mismo pelo rubio. Era Kate la disonante. Recordaba haberle preguntado una vez a su madre si era adoptada y su madre la había abrazado y había dicho que en absoluto. Luego, había ido hasta la caja en la que guardaba todos sus papeles importantes y había sacado el certificado de nacimiento de Kate y le había mostrado el lugar en el que constaba el nombre de la madre y donde ponía el nombre del padre. Luego se había secado las lágrimas y le había dicho que no fuera tonta, era su querida hijita.

Kate apagó su ordenador y metió los archivos en su escritorio y lo cerró con llave. No sabía qué hacer con la noticia. Quizás Sarah había oído mal a su madre, pero era improbable.

Aquella noche fue a su trastero para buscar la caja de su madre; la encontró debajo de la cama supletoria. Estaba su certificado de nacimiento con los nombres de sus padres, Isabela y Brian Scott, claramente mecanografiados. Buscó un poco más y encontró el certificado de matrimonio de sus padres; se describía a su madre como hija de Elizabeth Margaret Reeves y Alexander James Reeves. Luego lo encontró, el certificado de nacimiento de su madre; era la versión abreviada que mucha gente escogía porque era más barata. Mostraba el nombre de su madre y su fecha de nacimiento, y la zona en la que su nacimiento había sido registrado, no mencionaba a los padres. Rebuscó un poco más y dio con el viejo pasaporte de su madre, pero eso no le aclaró más las cosas, ni tampoco su certificado de defunción. Necesitaba una copia del certificado de nacimiento completo. Podía telefonear a la oficina del Registro General o podía acceder por internet. En cuestión de minutos tenía el sitio web de Certificados de Nacimiento, Matrimonio y Defunción en su pantalla. Por sesenta libras le enviarían una copia por correo del certificado de nacimiento completo, garantizándole que llegaría en veinticuatro horas. Normalmente se iba de casa antes de que llegara el cartero, así que cuando rellenó el formulario, dio la dirección del trabajo. Introdujo los datos de su visa y envió la información. A más tardar, estaría allí el

jueves por la mañana. Volvió al trastero y seleccionó todos los documentos que pensaba que podría necesitar y los puso en una carpeta de plástico, lista para llevárselos al abogado.

El día la había dejado tanto físicamente como emocionalmente extenuada. No podía comer; su estómago no paraba de revolvérsele. No era tanto por perder la herencia; era más por quién era. No sabía quién era ya. Se sirvió una generosa copa de Chardonnay y puso el programa de noticias 24 horas.

El presentador hablaba del príncipe Carlos y el alcance de la huella de carbono dejada por su hogar. ¿De dónde sacaban aquellos nombres? Huella de carbono, visionó grandes pisadas de carbón por todas las alfombras de palacio. El vino era bueno; la hacía relajarse. Se sirvió otra copa. Un presentador vivaz, con una enorme sonrisa, decía que se preveía un tiempo húmedo y ventoso. Se recostó y dejó que el sonido la envolviera. ¿Su madre le había dicho alguna vez algo sobre haber sido adoptada? No podía recordar tal alusión. Quizás su madre no lo había sabido. Quizás no había sido adoptada. Quizás era solo mala intención por parte del tío de Kate. Había tantos «quizás». Si su madre era realmente hija de Sir Alexander, ¿por qué Jeremy impugnaba el testamento? Era su hermano, después de todo; seguramente lo sabía. Suspiró. Una cosa era cierta, no iba a resolver el puzle hasta que hablara con Robert Percy.

Bebió más vino; era realmente bueno. ¿De dónde lo había sacado? ¿De Oddbins? ¿O Maisie lo había traído la otra semana? Habían jugado un partido amistoso a la mejor bola con el marido de Maisie y su primo, y se habían divertido tanto, que los había invitado a todos a su casa para una cena improvisada. Sabía que Maisie había estado intentando emparejarla con el primo, pero él realmente no era su tipo, como intentó explicarle al día siguiente. Maisie era implacable; estaba decidida a que Kate conociera un hombre y se instalara de nuevo en la cómoda rutina de ser una pareja. Había veces que a Kate le hubiera gustado estar en una relación. Habría sido agradable tener a alguien que la llevara al teatro o la sacara a cenar; habría sido agradable no ser la única persona soltera entre una multitud de parejas casadas y le hubiera gustado tener a alguien en quien confiar cuando tenía un mal día. Todavía se sentía sola cuando veía a las parejas caminar de la mano una tarde de verano, y el ansia por el tacto de una mano amante se había agudizado. De hecho, el verano le resultaba la peor época para estar sola; en invierno podía ir directa a casa del trabajo y

encerrarse con la tele y una copa de vino, y convencerse de que no se sentía tan sola, pero en verano las noches parecían dilatarse inexorablemente. Bebió más vino. De todas formas, se dijo a sí misma, a pesar de todo, no estaba lista para que un nuevo hombre entrara en su vida; sus heridas todavía no habían sanado. No estaba lista para confiar en nadie aún.

La ineficiencia de la compañía eléctrica fue lo que la alertó. Kate se ocupaba de todo el papeleo de su casa; en la distribución conyugal del trabajo, aquella tarea había recaído sobre ella. Así que cuando le enviaron una factura por la compra e instalación de un nuevo hervidor eléctrico de agua, telefoneó para decir que debía haber un error.

—Lo siento mucho Mrs. Horton, el departamento de contabilidad ha confundido sus dos direcciones de facturación. Esta tenía que haber ido a su casa de Windsor. Por favor, ignórela y haré que envíen una nueva factura a St. Leonard's Road —dijo el director disculpándose.

—¿St. Leonard's Road? —preguntó.

—Sí, número 134. Es correcto, ¿no?

—Lo siento, me siento un poco confundida. Nuestro contrato está a nombre de William Horton en el 21 de Waverley Court, Tilehurst.

—Sí, correcto, pero el hervidor de agua fue instalado en la residencia de Windsor de Mr. Horton, así que la factura debería haber ido allí. No tenemos excusa, me temo. Dice claramente en su expediente que todos los suministros eléctricos de la casa de Windsor deben facturarse separadamente. Mis disculpas.

—¿Está seguro de que tiene bien el nombre? ¿William Horton?

—Muy seguro.

Pudo adivinar por su voz que estaba empezando a comprender que había algo más que una factura enviada a la dirección equivocada.

—No se preocupe Mrs. Horton. Rectificaremos el error.

—De acuerdo, bueno, gracias por su ayuda.

Colgó el teléfono y se apoyó contra la pared. ¿Qué quería decir aquello? No podía preguntarle a Bill; no volvería a casa hasta entrada la noche. Le había dicho que tenía una reunión sobre el próximo viaje escolar a Bremen.

Esperó hasta las siete en punto y se metió en su coche en dirección a Windsor. Conocía la ciudad bastante bien; incluso habían considerado comprar una casa allí una vez. St. Leonard's Road era

bastante céntrica, así que aparcó en el aparcamiento de un supermercado y recorrió la calle principal hasta llegar al número 134. Era un edificio de piedra gris apartado de la carretera principal. Subió las escaleras y esperó un momento para permitir que el frenético latido de su corazón amainara antes de tocar. Había traído la factura de la electricidad con ella y la sostenía ante ella como un talismán.

Bill abrió la puerta; sostenía un niño pequeño en sus brazos.

—Está bien. Voy yo, querida —le dijo a alguien en otra habitación.

Cuando se giró para mirar a la persona que llamaba a la puerta, no pudo hablar. Parecía esforzarse por respirar; aquello era el principio de una pesadilla a la que quería poner fin.

—Esto llegó para ti —dijo Kate tendiéndole la factura de la electricidad.

Luego se dio la vuelta y se marchó. No había habido necesidad de preguntarle nada; su cara lo decía todo.

Más tarde se enteró de los sórdidos detalles: su marido había estado llevando una doble vida durante cinco años. Su otra esposa, amante, amiga, querida, amada o comoquiera que la llamara, había sido una de sus estudiantes de inglés como lengua extranjera; era una inmigrante checa que había venido a Inglaterra a aprender inglés y encontrar un marido. Había conseguido ambas cosas: había aprendido inglés y había encontrado a Bill, el marido de Kate. Estaba enamorado, decía; nunca había sido más feliz. Tenían dos hijos, uno de dos años, y el bebé que había visto en sus brazos.

Probablemente podría haberle perdonado su infidelidad, después de todo siempre había sospechado que había tenido breves romances con sus estudiantes de inglés y no les había dado importancia, pero no podía perdonarle aquel nivel de engaño. La envidia y los celos la traspasaban como un cuchillo; dominaban sus pensamientos y envenenaban su mente. Bill la había hecho esperar tanto tiempo el momento justo para engendrar hijos, que este nunca había llegado y, sin embargo, allí estaba aquella mujer, de tan solo veintiséis años, la mitad de su edad, y ya tenía dos hijos con ella. No, aquello nunca se lo perdonaría. Dejó que el abogado se ocupara de todo; se tragó todos sus ahorros, incluyendo la herencia de su madre, pero no le importó. No podía hablar con él. Partieron todo por la mitad. La vergüenza no se tuvo en cuenta; la fidelidad y la infidelidad fueron puestas en una balanza y salieron empatadas. A ojos de la corte, Bill tenía dos hijos

que mantener, mientras que ella estaba sola y trabajaba. ¿Qué precio tenía un corazón roto?, preguntó ella. ¿Qué precio tenían los años perdidos de su juventud? Nadie le dio una respuesta, así que las preguntas todavía la atormentaban.

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 8
ELIZABETH

Se mezclaron sin ser percibidos en la procesión; nadie miró en su dirección, nadie pareció preocuparse de que estuvieran allí. Quizás era demasiado obvio que eran ingleses como para que supusieran una amenaza para aquellos viajeros. Richard cogió a Elizabeth por el brazo y le ordenó a su mujer que agarrara bien a su hijo. No había lugar para frivolidades ahora; incluso Peter se hallaba cohibido por sus nuevos compañeros de viaje. Avanzaron en silencio hasta que alcanzaron el borde de la pequeña ciudad de Torremolinos. Richard guió a su familia por una calle lateral hasta la playa y el Club Internacional. Podían ver el edificio gris de piedra en la distancia, astas de bandera en las que ondeaban la británica y varias de otras naciones, incluida la americana.

El Club Internacional estaba repleto de expatriados; algunos de pie fuera fumando y hablando, otros sentados sobre su equipaje, con aspecto extraviado. Un grupo discutía con el camarero del club sobre la falta de mesas para sentarse. Elizabeth no se había dado cuenta antes de cuántos extranjeros vivían en la zona; reconocía algunas caras, pero muchas eran totalmente extrañas. La familia Marshall se abrió paso entre la multitud y fue hasta el vestíbulo.

—No puede meter el perro aquí, señor —le informó a su padre un hombre uniformado—. No permitimos la entrada de perros en el Club.

—Bueno, creo que tendrá que hacer una excepción hoy —dijo Richard categóricamente empujando al portero y haciendo entrar a su familia en el salón.

Podía ver a Teddy y Rosalind Harcourt-Smith de pie al lado de la ventana y se dirigió hacia ellos.

—Richard, Margaret. Gracias a Dios. Estábamos empezando a preocuparnos de que no llegarais a tiempo.

—Hola, Rosie. Partimos justo después de comer, pero es un camino bastante largo, sabes —respondió Margaret besando a su vieja

amiga en la mejilla—. Hola, Teddy.

—¿Camino? Oh, por supuesto, querida, me olvidé de que no tenéis coche. Qué tedio. ¿No pudisteis encontrar a nadie que os trajera?

Elizabeth no se sorprendió de que Rosalind pareciera horrorizada con la idea de caminar; a ella misma le habría resultado duro caminar tanto con aquellos modernos zapatos de piel de cocodrilo que la aparente amiga de su madre llevaba. Desde la punta de su ligeramente ondulado pelo gris a la punta de aquellos elegantes zapatos, Rosalind lucía inmaculada; llevaba un conjunto de top y chaqueta en cachemir rosa con una sola vuelta de perlas en su esbelta aunque algo arrugada garganta y una falda de tubo que le llegaba a las pantorrillas. Parecía como si estuviera a punto de unirse a las otras elegantes señoras del Club para el té de la tarde en lugar de huir del país en un destructor británico. Elizabeth escuchó a su madre hablarle de la amabilidad de Pepe y del burro e intentó no dejar traslucir su irritación cuando escuchó a Rosalind musitar algo sobre qué pintoresco debía haber sido.

Nunca había entendido el lazo que unía a los Harcourt-Smith con sus padres, parecían tener tan poco en común. Teddy Harcourt-Smith había sido alguien importante en la City de Londres y, según su padre, había hecho inversiones bastante inteligentes. Tan bien había invertido su dinero que pudo retirarse a una temprana edad y, durante los últimos treinta años, había vivido en las colinas de Torremolinos, viajando anualmente a casa, como les gustaba llamar a Inglaterra, para asistir a aquellos acontecimientos importantes de la agenda social, como Ascot, Henley y Wimblendon. Teddy era un antiguo soldado de la Guardia Inglesa y era mucho más alto que su mujer, pero no ofrecía una figura tan imponente. Tenía cejas espesas y un igualmente espeso bigote con los extremos curvados hacia arriba; su nariz era roja y ligeramente bulbosa, y su piel tenía una palidez poco saludable; su otrora esbelta figura ahora se había transformado en el mullido cojín de su estómago, que incluso con el chaleco desabrochado no podía contener. Elizabeth vio que los dos hombres estaban absortos en una conversación y se dio cuenta de que no había visto a su padre tan animado hacía tiempo. Se acercó para unirse a ellos.

—Pasará pronto, ya verás. El ejército estará aquí cualquier día y harán saltar a esos comunistas bastardos —estaba diciendo Harcourt-

Smith dándole puñetazos al aire para enfatizar sus palabras—. Oh, te pido disculpas, Elizabeth. No he visto que estabas aquí.

—Hemos visto muchas personas caminando en dirección a Málaga —dijo Elizabeth ignorando sus disculpas—. Parecían muy asustadas.

—Deberían estarlo. Son de tropas africanas de primera de las que huyen, sabes. No es para tomárselas a broma —respondió—. Tienen mucha experiencia lidiando con rebeliones en Marruecos. No se andan con chiquitas, no señor.

—Pero ¿no son los rebeldes? —preguntó Elizabeth.

Harcourt-Smith no le respondió, pero su mirada fue fulminante.

—He tenido noticias de algunas terribles atrocidades que se han cometido —añadió el padre de Elizabeth—. Mujeres y niños asesinados y sus casas quemadas.

—Bueno, cuanto antes esté todo bajo control mejor, así podremos seguir con nuestras vidas. Lo que necesitan los campesinos españoles es mano dura y, por lo que he oído, este tal Franco es el hombre que puede administrársela.

—Bueno, yo estaré feliz cuando al fin estemos todos a salvo en Gibraltar —dijo Rosalind acercándose para unirse a ellos.

—Dijeron que nos harían saber tan pronto como un destructor británico llegara para llevarnos lejos de aquí —explicó Richard—. Probablemente mañana por la mañana temprano.

—Es un fastidio —se quejó Rosalind—. Teddy insistió en venir enseguida y ahora tenemos que pasar la noche entera aquí y no hay donde dormir. Ya le he preguntado al camarero y dice que no hay una sola habitación disponible.

Miró alrededor de la habitación; gradualmente se estaba llenando de gente. Pronto no habría ni siquiera un sitio donde sentarse. Un hombre joven que llevaba una chaqueta a cuadros y una corbata color mostaza se les unió.

—Decía Teddy, ¿crees que esto va a afectar a la cacería de Gibraltar? —preguntó.

—Oh, lo dudo, Charles. Nada ha interferido nunca con el encuentro antes. No puedo ver que este pequeño trastorno pueda suponer alguna diferencia.

—Margaret. Rosalind. ¿A alguna de vosotras os gustaría jugar una partida de bridge? Necesitamos cuatro.

Una mujer rotunda en un traje de Harris tweed y zapatos

marrones señaló el lugar en la habitación donde dos mujeres ancianas habían conseguido colocar una mesa para jugar a las cartas y estaban ocupadas barajando dos mazos de cartas.

—Sí, qué divertido. ¿No te importa, Margaret? Sé que no te gusta mucho jugar al bridge y me ayudará a mantener mi mente distraída de esta horrible situación.

—No, no, en absoluto, Rosalind. Prefiero quedarme aquí con mis hijos de todos modos.

Elizabeth se dio cuenta de que su madre todavía agarraba a Peter de la mano, reacia a dejarlo marchar. La habitación empezaba a sentirse repleta; reconoció unas cuantas caras: una familia alemana que regentaba una pequeña tienda en Alhaurín estaba sentada aparte, comiendo un improvisado refrigerio a base de salchichas y pan; un pintor francés, que había visitado a su madre una vez el pasado verano, estaba allí con su mujer de aspecto tísico y su tres escuálidos hijos y, algunos hombres jóvenes, que vagamente conocía del club del tenis, deambulaban por la sala buscando un lugar donde sentarse. Al otro extremo de la habitación, un pequeño grupo de daneses conversaba ruidosamente en su lengua. Sintió una mano en su brazo; era su padre.

—Elizabeth, he estado hablando con el camarero. Rosalind tenía razón, no hay habitaciones libres; parece que tendremos que dormir en el suelo esta noche. Creo que sería una buena idea buscar un lugar ahora antes de que llegue más gente. Va a ser una noche larga; sería conveniente que nos pusiéramos lo más cómodos posible.

Los llevó a una esquina frente a la ventana y alejada de la puerta. No había para entonces asientos libres, así que colocaron sus abrigos sobre el mármol del suelo y pusieron las maletas detrás como respaldos.

—Quedaos aquí con vuestra madre mientras voy a ver si puedo comprar algo de comer o de beber —les ordenó.

Elizabeth se sentó al lado de su madre; Peter se había quedado dormido, exhausto por la caminata y la excitación general del día. Su cabeza reposaba en el regazo de Margaret y su respiración se hizo regular, solo interrumpida por ronquidos apenas perceptibles. Qué agradable sería dormir, pensó, ser tan confiado como un niño que podrías dejarte abandonar en el reino del olvido sabiendo que cuando despertaras todo sería igual que antes. Solo los niños podían hacer eso; solo los niños podían dejar marchar el día tan fácilmente y sumergirse

en el mundo de los sueños. Miró alrededor de la habitación; todo el mundo lucía una tensa sonrisa que decía que la gente de buena cuna no se rendía ante las catástrofes menores como las guerras civiles, especialmente cuando era la guerra de otros. Pero, a pesar de las sonrisas y la plática animada, había cierta fragilidad en todo, como si el más ligero soplo de viento pudiera romper su mundo en miles de pedazos. Vio a su padre abrirse paso entre la multitud hacia ella portando una botella de agua y un plato de sándwiches de pepino.

—Es todo lo que tienen, me temo. ¿A menos que queráis algo más fuerte? El bar parece estar bien dotado de ginebra y whisky.

—No, gracias, el agua está bien.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó Margaret señalando a un grupo de gente que estaba de pie en el pasillo.

—Están escuchando la radio. Es el informe nocturno de Queipo de Llano —respondió su padre sacudiendo la cabeza—. Nunca he escuchado tanta basura en mi vida. Está intentando asustarnos a todos.

—¿Quién es? —preguntó Elizabeth.

—¿El General Queipo de Llanos? Es uno de los generales del ejército que se ha pasado al bando de los rebeldes. Está al mando de la ofensiva en Sevilla.

Elizabeth pareció no comprender.

—Recordáis, Timothy nos dijo la semana pasada que Sevilla había caído en manos de los fascistas.

—Oh, sí. ¿No dijo que su líder era un hombre horrible, cruel y sanguinario?

—Sí, se cuentan horribles historias de lo que hizo en Sevilla. Odia a los comunistas. Para él, es una lucha entre el bien y el mal, una lucha por el alma del país. Nunca se rendirá hasta que los vea a todos muertos.

—¿No fue él el que fusiló a los prisioneros?

—Es cierto; fueron transportados a uno de los barrios más pobres de Sevilla, donde vive la clase trabajadora, y fusilados en las calles. Luego ordenó que no retiraran los cuerpos; quería dejarlos allí tirados donde habían caído como advertencia para otros.

Elizabeth nunca había visto a su padre tan alterado. No era un hombre político; para él no importaba realmente quien gobernaba el país en tanto que pudiera vivir su erudita vida sin ser molestado, pero algo de aquel conflicto le había tocado la fibra sensible y ahora veía a

un hombre diferente ante ella.

—Pero, es un hombre inteligente —añadió a regañadientes—. Sabe cómo sembrar la semilla del miedo entre esta gente. Es un maestro de la propaganda; sus discursos se retransmiten por la noche y, según Timothy, también hace que la fuerza aérea lance panfletos antirrepublicanos sobre las ciudades. Quiere quebrantar la moral de la gente con desinformación y amenazas maliciosas.

—Quiero oírlo —dijo Elizabeth levantándose.

—Oh, Elizabeth, ¿para qué? Tu padre acaba de decirte que es un hombre malvado —protestó su madre.

Pero Elizabeth ya se estaba abriendo paso hasta las improvisadas barricadas de sillas y equipaje, y dirigiéndose al pasillo. Cuando se aproximó al grupo, pudo oír una débil y aguda voz hablando en español.

«Nuestros valientes legionarios y regulares les han demostrado a los cobardes rojos lo que significa ser un hombre. Y, también, a las esposas de los rojos. Estas mujeres comunistas y anarquistas, después de todo, se han hecho presa fácil de su doctrina del amor libre. Y, ahora, al menos, han conocido lo que es un auténtico hombre, y no esas gallinas de milicianos. Patear y forcejar no las salvará».

El español de Elizabeth no era perfecto y se esforzó por entender lo que el general estaba diciendo, encontrando difícil de creer que el líder de las fuerzas rebeldes hiciera tan obscena declaración. La mirada horrorizada en el rostro del vicecónsul le dijo que había interpretado sus palabras correctamente.

—Elizabeth, no quieres escuchar esto —dijo Timothy cuando la vio de pie junto a él—. Es todo propaganda.

—Me parece más bien un psicópata —dijo—. ¿Cómo demonios alguien como él puede estar al mando del ejército?

—Dicen que es un general excelente, con una mente militar brillante, pero, para alentar a sus hombres, tiene la reputación de ser brutal.

—¿Brutal? Malvado más bien.

Elizabeth se acercó más a la radio para poder escuchar mejor.

«¡Malagueños! —continuó—. Dejadme dirigirme primero a las desleales milicias. Vuestra suerte se ha acabado y habéis perdido. Un círculo de hierro pronto os rodeará. Fusilaremos a vuestros hombres y violaremos a vuestras mujeres».

Continuó en la misma línea durante otros diez minutos y luego

escuchó al general aclararse la garganta y concluir con su habitual «buenas noches». La radio emitió interferencias durante un momento y luego dejó de emitir.

—Bueno, no puedo creer lo que acabo de escuchar de un portavoz oficial de las fuerzas nacionales —dijo un hombre que estaba de pie a su lado.

—Bueno, me suena como si lo tuvieran controlado —comentó un segundo hombre.

—Un poco extremo, sin embargo, ¿no cree? —añadió el primer hombre.

El segundo hombre, que lucía un bigote con las puntas hacía arriba y parecía proceder de un ambiente militar, habló de nuevo:

—Este juego propagandístico es una estrategia importante en la guerra moderna, sabe joven. Aterrorizar a la población civil puede tener un efecto muy desmoralizador en los combatientes, especialmente cuando las líneas de comunicación han caído.

—Sí, pero ¿cómo sabemos si es cierto o no? ¿Cómo sabemos de verdad lo que sucede allí?

—Efectivamente es eso. No lo sabemos. El Gobierno solo hablará con los periodistas extranjeros de periódicos izquierdistas y los insurgentes solo hablarán con los de derechas. Cada bando presenta su historia oficial, pero no es necesariamente la verdadera. No creo que nadie realmente sepa lo que está pasando exactamente.

Elizabeth pensó que el último en hablar era probablemente un periodista o quizás alguien de una embajada. Hablaba inglés con acento francés y su conocimiento del español parecía fluido.

—Tiene razón. Acaba de decir que Madrid estaba en manos nacionales, pero leí el otro día que el Gobierno todavía está al mando y los nacionales están a kilómetros de distancia.

—Entonces, ¿a quién cree? —preguntó el hombre del bigote con las puntas hacia arriba.

—Bueno, yo no me creería mucho de esos bastardos comunistas —intervino un hombre algo robusto que sostenía un vaso de gin tonic en un ángulo algo precario.

—¿No deberíamos darle crédito al gobierno elegido? —preguntó Elizabeth viéndose arrastrada a la discusión a pesar de sí misma.

Los hombres pararon y la miraron como si acabaran de darse cuenta de su presencia, luego continuaron sin responder.

—Bueno, estoy muy contento de que nos vayamos. Será agradable

estar unos cuantos días en Gibraltar.

—Sí, ¿no es en febrero cuando tiene lugar la cacería?

—Correcto. El viejo Bertie Hyde-White está al frente de la misma este año —respondió el hombre del bigote con las puntas hacia arriba.

—Ven, Elizabeth, creo que has escuchado bastante ya —dijo Richard cogiendo a su hija del brazo y apartándola del grupo de hombres que estaban empezando a discutir a voces.

La noche transcurrió muy lentamente; el suelo era duro y, a pesar de su grueso abrigo, frío. En algún momento, algunos aviones volaron muy bajo sobre el mar provocando que la tensión se propagara como ondas por la habitación. Se oyeron sonidos de explosiones, pero parecían lejanas y, los extenuados huéspedes de aquel improvisado hotel se durmieron.

Cuando Elizabeth se despertó, todavía estaba oscuro; vio a su padre sentado a su lado con los ojos bien abiertos. Su madre dormía apoyada contra él, con Peter en los brazos. De vez en cuando musitaba algo incoherente, pero ni siquiera se despertó cuando Elizabeth se levanto para estirar las piernas y ejercitar sus tobillos intentando mejorar su circulación.

—¿Estás bien? —susurró su padre.

—Sí, bien, son mis pies, se me han dormido. ¿Y usted? ¿Ha estado despierto toda la noche?

—Sí, la mayor parte del tiempo. Llevo despierto un tiempo.

—Papá —comenzó Elizabeth.

Richard miró a su hija, no le había llamado papá desde que era una niña pequeña. Su rostro estaba ojeroso y cansado por la falta de sueño.

—Papá, lo siento, pero no puedo ir con vosotros.

—¿Qué quieres decir con no venir con nosotros? —dijo Richard con la voz ronca, su agitación se acentuó por la necesidad de susurrar y no molestar a su mujer y a su hijo.

—Voy a ir a Málaga. No, déjame acabar. Por favor, papá. Quiero ver por mí misma lo que está sucediendo. Quiero fotografiarlo, registrar lo que está pasando. Tiene que hacerse y necesito hacerlo.

—Pero, Elizabeth, es demasiado peligroso. Tienes que venirte ahora, con nosotros. Es imposible que te quedes.

—Me iré en unos cuantos días; no me quedaré mucho, te lo prometo, pero tengo que verlo por mí misma —repitió—. Esto es

importante y puede que no tenga otra oportunidad.

—Elizabeth, habrá montones de oportunidades más, pero no aquí, te lo ruego. Has oído a aquel demente en la radio. No respetan ni a mujeres ni a niños. Es demasiado peligroso. Mira, sé que tienes ansias de comenzar tu carrera profesional, pero habrá cientos de oportunidades para fotógrafos en Inglaterra. No tienes que quedarte aquí.

Elizabeth no respondió, así que Richard la rodeó con su brazo y la apretó contra sí.

—Lo siento, Elizabeth, no puedo permitírtelo. Vendrás a Gibraltar con nosotros. Quizás cuando estemos allí podamos encontrar a alguien que nos explique qué está sucediendo exactamente.

—No, así no es como funciona, papá. Quiero hacer esto. No puedo huir ahora, en el primer instante en que hay jaleo. Quiero ver qué es eso por lo que merece la pena luchar, por lo que merece la pena morir. Quiero entender por qué toda esa gente ha dejado sus hogares y huye.

—Le darás un disgusto a tu madre; seguramente no quieres causarle más pesar —dijo cambiando de táctica.

La abrazó aún más fuerte contra sí.

—Lo sé papá, pero puedes manejarla; puedes explicarle que tengo que hacerlo.

—Por qué no os calláis los dos. La gente está intentando dormir aquí —un áspero susurro los interrumpió.

—Mira, si tienes que ir, déjame que hable con Timothy primero. Quizás pueda buscar a alguien que te lleve en coche a Málaga y puede decirte si van a salir más barcos.

—De acuerdo, pero quiero marcharme en cuanto haya luz.

Sus susurros estaban comenzando a ser más intensos y tal intensidad se estaba transmitiendo a la misma Margaret, que empezó a quejarse en voz baja y se había puesto de espaldas a su marido inquieta.

—Iré a buscarlo ahora. Quédate aquí hasta que vuelva. Cuida de ellos.

Señaló a Margaret y a Peter con la cabeza y, muy lenta y suavemente, se separó de las figuras durmientes y fue en busca del vicecónsul. Elizabeth lo observó alejarse en la penumbra de la habitación; el amanecer se acercaba y una línea plateada se estaba formando ya en el horizonte, tiñendo el cielo con la promesa de un

nuevo día. Sabía lo que diría Timothy; fortalecería la creencia de su padre de que era demasiado peligroso para ella quedarse. Su padre volvería con refuerzos, con las energías renovadas para evitar que hiciera lo que quería. Si no funcionaba prohibirle marcharse, la chantajearía para que se quedara. Podía oír sus argumentos: piensa en tu madre; se le romperá el corazón si algo te ocurre; te necesita para ayudarla con Peter; no es una mujer fuerte; nunca ha sido la misma desde que nació Peter; no la puedes abandonar ahora que te necesita más. Luego su madre y Peter se despertarían y su madre lloraría y Peter se aferraría a ella y le diría tonterías al oído y, finalmente, Elizabeth se rendiría como siempre hacía. Cogerían el barco a Gibraltar con aquella pretenciosa gente, pasarían unos cuantos días allí con ellos mientras bebían sus gin tonics y hablaban sobre el desarrollo de la guerra, ofreciendo opiniones inexactas de la ruta de los rojos o del avance de los fascistas. Luego, regresarían a Inglaterra y se olvidarían de todo. No, no podía dejar que eso sucediera. No era que no estuviera asustada; lo estaba. No era por naturaleza una persona muy valiente, pero era tenaz y sabía que estaba a punto de presenciar algo importante. No podía cerrar los ojos y fingir que no estaba sucediendo.

Sacó un trozo de papel de su bolso y garabateó una nota para su padre. Si iba a irse, tenía que hacerlo ahora, antes de que regresara. Miró las figuras durmientes de su madre y hermano; le hubiera gustado besarlos y abrazarlos, pero hubiera corrido el riesgo de despertarlos. Se besó el dedo índice y lo colocó ligeramente sobre la cabeza de Peter, luego, tan silenciosamente como pudo, apartó su maleta de la pared y, colgándose la cámara del cuello, salió sigilosamente de la habitación.

El amanecer llegaba de repente en el sur de España; un instante el cielo estaba envuelto en terciopelo negro salpicado de estrellas y, después, en cuestión de minutos, todo había cambiado. Primero, un rosa pálido ingresaba progresivamente por el horizonte y empezaba a inundar el cielo, luego el color se intensificaba hasta que, al final, el gran orbe naranja del sol ascendía a la vista. Luego, casi igual de rápido, concluido el espectáculo, era de día. Para entonces había dejado atrás el Club Internacional y caminaba siguiendo la carretera de la costa hacia Málaga. Le hubiera gustado que Timothy le hubiera conseguido transporte, pero sabía que eso no hubiera sucedido nunca.

A pesar de la noche pasada sobre el duro suelo del club, se sentía descansada y extrañamente animada. Intentó no analizar demasiado sus sentimientos; sabía que para entonces sus padres se habrían dado cuenta de que se había ido y podía imaginarse la escena. No quería darle vueltas, mejor continuar adelante y decidir un plan de acción.

INGLATERRA 2007

CAPÍTULO 9
KATE

Trabajó durante la hora del almuerzo el jueves, así podría marcharse temprano con la conciencia tranquila. El servicio de Certificados de Nacimiento, Matrimonio y Defunciones había cumplido su palabra y le había entregado el certificado de nacimiento de su madre a primera hora de la mañana. Ahora tenía todo lo que necesitaba para la reunión.

A las cuatro en punto dejó su coche en el aparcamiento de la compañía y se fue caminando a la estación; el tren la dejaría en Paddington a las cinco y diez, lo que le concedería mucho tiempo para llegar a la oficina de Percy, Percy y Rowland.

Robert Percy estaba esperándola cuando llegó; estaba solo.

—Ms. Scott, pase. Siéntese, por favor. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Sí, bueno.

Se sentó frente a él y esperó a que comenzara; no iba a decirle lo que Sarah le había contado. Lo observó ordenar sus papeles meticulosamente golpeándolos para formar un bloque perfecto, luego se reclinó en su silla de cuero y se frotó las manos lentamente. Parecía tener dificultades para decidir cómo empezar. Al fin estuvo listo para hablar.

—Bueno, Ms. Scott, ¿puedo llamarla Kate?

Ella asintió con la cabeza.

—Bueno, Kate. Parece que tu tío, el hijo de Sir Alexander, no está de acuerdo con los términos del testamento. De hecho, —hizo una pausa— de hecho, me dijo que desea impugnarlo.

—Oh, ¿por qué motivo? —preguntó Kate intentando no dejar traslucir sus emociones.

—Bueno, esta es la parte difícil. —Y de nuevo hizo una pausa— Mantiene que tu madre, Isabela Reeves, no era hija de Sir Alexander y, por tanto, su parte del patrimonio debería dividirse entre los dos hijos legítimos del matrimonio, él y las herederas de su difunta hermana

Rosemary.

—¿Y exactamente en qué se basa para alegar eso? —preguntó Kate.

—Dice que la familia siempre ha sabido que Isabela tenía otro padre. Nunca se habló de ello abiertamente, pero como siempre pasa con estas cosas, todo el mundo lo sabía.

—Bueno, yo no lo sabía y tampoco mi madre. Si lo hubiera sabido, me lo hubiera dicho. Estoy segura.

—Eso no lo sé. Solo vi a tu madre una vez y por lo que a mí me consta no había irregularidades en su situación con respecto a Sir Alexander. En todo caso, su tío me ha pedido que lo investigue por él.

—Mr. Percy, aquí tengo una copia del certificado de nacimiento de mi madre. Dice claramente que su padre es Alexander James Reeves. ¿Qué otra prueba necesita?

—En realidad, Kate, no necesitamos más pruebas. Estoy muy seguro de que el testamento de Sir Alexander permanecerá exactamente como está escrito, pero estoy obligado a investigar un poco más.

—¿Qué puede averiguar ahora? El abuelo está muerto. Mi madre está muerta. ¿Quién puede informarle acerca de lo que pasó hace setenta años?

—Cierto. Está, por supuesto, su tía abuela.

—¿Angela? Sí, puede que sepa algo más, supongo. ¿Mi tío ha hablado con ella, entonces?

—No, no lo creo. Su tío basa su alegación en una disparidad de fechas.

—¿Disparidad de fechas? ¿Qué fechas?

—La fecha de nacimiento de tu madre era, creo, —hizo una pausa mientras miraba el certificado de nacimiento— el tres de noviembre de 1937 y la fecha de matrimonio de tu abuelo el 19 de junio de 1937.

—¿Y? Lo que significa es que mi madre fue concebida antes del matrimonio. No era lo acostumbrado en aquellos días, pero no es un delito.

—Cierto. Solo estoy apuntando que esa es probablemente la causa de sus sospechas.

—¿Y qué va a suceder ahora?

—Tengo que comprobar que el testamento es válido y luego procederemos. Como ya he dicho, no veo que vaya a cambiar nada. Realmente no importa quién es el padre verdadero, lo importante es

que Sir Alexander la registró como a su propia hija.

—Así que, ¿ya está? ¿No tengo que hacer nada al respecto? —preguntó.

—No, déjamelo todo a mí. Significa que todo se retrasará un poco, pero intentaré no haceros esperar mucho para la liquidación. Tan pronto como tenga noticias, te lo haré saber.

Kate se levantó.

—Bien. Gracias por decírmelo. Esperaré hasta tener noticias suyas entonces —dijo estrechándole la mano que le tendía.

—Adiós, Kate.

—Adiós, Mr. Percy.

Se paró en el quicio de la puerta y lo miró.

—Aunque sus averiguaciones no tengan efecto sobre el testamento de mi abuelo, me gustaría saber quién era mi verdadero abuelo, ya sea Sir Alexander u otra persona. Es importante para mí, sabe.

—De acuerdo, querida, te haré saber todo lo que pueda.

Mientras recorría las tiendas de Oxford Street, la conversación con Robert Percy no se le quitaba de la cabeza. Estaba muy segura de que respetarían el testamento y le pagarían la parte de su madre, pero también estaba segura de que había algo de verdad en la acusación de Jeremy. Tenía que haber algo más que una mala alineación de las fechas para dar pie a un rumor que había durado setenta años. Sabía que no descansaría hasta que descubriera qué era.

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 10
ELIZABETH

La fría luz de la mañana identificó a sus compañeros de viaje como a dos mujeres de su misma edad, una mujer vieja con su pelo blanco despeinado y dos niños pequeños, gemelos, que suponía tenían unos siete u ocho años, aunque era difícil estar segura, porque parecían tan delgados y malnutridos. Sus ropas eran un poco más que harapos y podía distinguir sus esqueléticas costillas fácilmente a través de los numerosos agujeros y rasgaduras de sus camisas. Uno de los niños llevaba un par de botas demasiado grandes para él y el otro niño iba descalzo. Pronto se dio cuenta de que compartían las botas, porque a intervalos irregulares, los niños se detenían y el que las llevaba se las quitaba y se las daba al otro hermano para que se las pusiera. Nunca hablaban, pero sus graves ojos marrones observaban a Elizabeth con el mismo interés con que la gente normalmente le dedicaba a las criaturas raras y exóticas de un zoo. La mujeres vestían de negro y caminaban sujetando sus toquillas fuertemente a su alrededor para protegerse del gélido aire que soplaba desde el mar, una fina niebla gris que cubría aquella silenciosa procesión como una manta etérea. La anciana se esforzaba por continuar; apoyada en una vara de madera de olivo pulida para impulsarse hacia adelante, cada paso requería de ella una labor hercúlea.

—¿Venís de lejos? —les preguntó Elizabeth en español.

—De San Pedro —respondió la más joven de las dos mujeres—. Hemos caminado toda la noche.

A Elizabeth le hubiera gustado preguntarle más sobre su viaje y si habían visto tropas, pero nadie parecía interesado en hablar. Necesitaban toda su energía para llevarlos unos kilómetros más hasta Málaga, donde al fin podrían reposar. Se preguntaba por qué no tenían posesiones; otras personas cargaban fardos de ropa a sus espaldas o empujaban carros improvisados cargados con muebles viejos y utensilios de cocina; una o dos personas llevaban burros, las

alforjas desbordadas con sus propias posesiones o las de sus vecinos. Sus compañeros parecían no tener otra cosa que las ropas que llevaban puestas.

Sentía que debía explicarles por qué estaba allí, caminando a su lado, pero las palabras que había ensayado en su cabeza parecían vacías y un poco condescendientes. Al final no dijo nada. La luz era más intensa ahora y empezó a hacer algunas fotografías. Pensó que aquello podría provocar alguna reacción en sus compañeros, pero solo los dos niños se mostraron interesados y, por primera vez, los vio sonreír. Posaron educadamente mientras los fotografiaba e insistieron en que les tomara una segunda foto tan pronto como se cambiaran las botas. No la cuestionaron ni le preguntaron por qué quería sus fotos, en lugar de eso, caminaron uno a cada lado de ella, aún sin hablar, incluyéndola en su silencio. Ahora, cada vez que se detenían a cambiarse de botas, ella también tenía que detenerse.

La carretera los alejó del mar, que desaparecía detrás de un bosque de caña de azúcar. Se aproximaban a una refinería de azúcar; podía ver que el edificio de ladrillo rojo había recibido un gran número de impactos y su mayor parte yacía ahora en un montón de escombros. El aire tenía el aroma dulzón y empalagoso del azúcar quemándose; lo que hacía que su estómago vacío se le revolviera. Estaban cerca del río; el Guadalhorce era amplio y poco profundo en aquel punto y su curso plagado de meandros era el terreno favorito para la cría de aves de caza; vio una garza real inmóvil en la orilla mirando concentrada las ondeantes aguas de debajo. Insensible al ruido rítmico que los pies imprimían sobre el puente de madera. Se aproximaban a la ciudad ahora; podía ver la torre de la catedral en la distancia y la piedra rojiza del fuerte moro en la colina que se hallaba tras ella, no muy lejos del centro.

—Casi estamos allí —le dijo a las mujeres, pero estas no respondieron.

Había trazado un plan de acción: se dirigiría al Consulado Británico primero y averiguaría las últimas noticias; quizás le pudieran aconsejar por dónde empezar. Luego, iría al hotel Regina y reservaría una habitación. Había estado allí en muchas ocasiones con anterioridad, pero no para quedarse; normalmente había ido a comer con sus padres después de una mañana de compras o, en algunas ocasiones, sola para reunirse con amigos. Sabía que el hotel era popular tanto entre hombres de negocios españoles como entre

visitantes extranjeros; si todavía había un sitio con corresponsales extranjeros en Málaga, seguramente su base estaría allí.

La vista que recibió a sus ojos cuando entró en la ciudad la impactó y la dejó asombrada. Todo lo que pudo ver desde la ladera de la colina en su hogar, todo lo que había escuchado de labios de Concepción y de la gente en el Club Internacional no la había preparado para la realidad, la destrucción que se presentaba ante ella. Las calles estaban llenas de escombros, el Palacio de la Aduana estaba en ruinas; había agujeros inmensos en la carretera que hacían que los refugiados se desviaran de su camino, se dispersaran y desaparecieran en los callejones y calles laterales, cada uno buscando su propia salvación. Vio a dos niños pequeños agarrarse a la falda de su madre; se alejaron de ella, finalmente engullidos por las sombras de la ciudad. ¿Qué sería de ellos? Se dio cuenta en ese momento de que ni siquiera sabía sus nombres y sintió un fuerte impulso de correr tras ellos, pero era demasiado tarde. Se habían ido. La columna de refugiados que se había mantenido avanzando incesantemente hacía el este buscando seguridad había alcanzado en su lugar una zona de guerra. Ahora se dispersaba, evaporada y absorbida por las calles de Málaga, una diáspora de nuevas almas para la ciudad.

Elizabeth se detuvo intentando orientarse en aquella masa turbulenta de gente; ya no seguían un orden y tampoco guardaban silencio, se movían como un todo hasta su objetivo. Su contrariedad era manifiesta por los gritos y llantos que se sucedieron. En lugar de alcanzar la seguridad, habían tropezado con otro escenario de guerra; eran extranjeros en una ciudad extranjera, sin saber a dónde ir, presas del pánico. Tenía que ceñirse a su plan, pensó, abrirse paso entre la multitud y dirigirse a la calle Duquesa de Parcent y al Consulado Británico.

El representante oficial de Su Majestad en Málaga no estaba ya de servicio. El fuego de los morteros de los cruceros había quebrantado la inmunidad diplomática, y abierto una enorme brecha en la fachada del edificio. El proyectil no había explotado, así que había provocado pocos daños. Se preguntaba si los empleados del Consulado habían estado dentro cuando el proyectil impactó. No había rastro de nadie allí. Ahora se daba cuenta de por qué el vicecónsul había insistido tanto en que se marcharan lo más pronto posible. ¿Su padre sabía esto? ¿Se lo habría contado Timothy? ¿Si hubiera esperado a que su

padre regresara con Timothy, se lo habrían dicho? ¿Hubiera cambiado eso algo? No estaba segura, pero era cierto que ahora se sentía menos segura sin la red de seguridad de aquella oficina gubernamental tras ella. Una cosa era cierta, si su padre lo hubiera sabido, aquello habría supuesto que la tarea de convencerle hubiera sido más difícil. Sacó su cámara y empezó a fotografiar la escena. El asta de la bandera todavía sobresalía de la fachada del edificio, ondeando suavemente y desafiando la gravedad, pero la bandera ya no estaba. Se preguntaba si la había quitado algún leal súbdito británico o había sido hecho trizas por el impacto. ¿Quién lo sabría? De alguna manera ver aquel bastión de la comunidad de expatriados británicos abandonado no la afectó tanto como hubiera esperado. Después de todo, pensó, les daría algo de lo que hablar en Gibraltar.

Cogió su maleta y emprendió la marcha en dirección al hotel Regina. No por primera vez aquel día, lamentaba haber traído su maleta con ella; era pesada e incómoda y, cuando quería fotografiar algo, tenía que pararse y colocarla en el suelo. Sin embargo, no podía dejarla tirada; era todo lo que tenía, todas sus posesiones terrenales estaban ahora en esa maleta. Se aferró a ella como si fuera su kit de supervivencia personal.

Para llegar al hotel, Elizabeth tenía que navegar por un laberinto de callejones estrecho y calles secundarias. En cualquier parte a la que mirara, había signos de fuertes bombardeos: escombros y cristales rotos se amontonaban en las calles; fuegos apenas extinguidos continuaban humeando, impregnando el aire con el olor a quemado y esparciendo sus cenizas negras por la ciudad. Se le metía por la garganta y se posaban en su pelo. Pasó por hileras de tiendas con los escaparates destrozados y vacíos. Las calles estaban desiertas, pero de vez en cuando veía un montón de harapos acurrucados en una puerta y una tos o un quejido le decían que albergaban vida, o se cruzaba con un par de perros vagabundos escarbando en los escombros, buscando comida. Cruzó la calle Córdoba y giró para meterse en otra calle lateral que la condujo directamente a lo alto de la calle Larios. Estaba en el barrio chino ahora, cerca del puerto, pero las esquinas de las calles y los portales estaban vacíos; no había mujeres ligeras de ropa exhibiendo sus encantos aquella mañana. Todavía se dirigía al este, a lo largo de un callejón empedrado y estrecho, y pronto llegaría al hotel. A pesar del silencio, o quizás debido a él, Elizabeth se sentía nerviosa y aceleró el paso; sus pisadas rebotaban en las paredes y

resonaban en el aire frío mientras se dirigía apresurada hacía la reserva de luz solar que se encontraba al final del callejón. Un movimiento repentino la sobresaltó; un gato negro en los huesos saltó al asfalto delante de ella y se quedó de pie mirándola inquisitivamente a través de su único ojo verde. Luego, igual de repentinamente, saltó a la cornisa de la ventana de una casa cercana y desapareció. Aquello significaba buena suerte, se preguntó a sí misma sin mucha convicción. Elizabeth no creía en que trajeran suerte los gatos negros, el número tres, los tréboles de cuatro hojas, ni en cualquier cosa relacionada con la superstición. Pasaba por debajo de las escaleras, no perdía el sueño si un espejo se rompía y no le importaba si alguien derramaba la sal; dejaba sus zapatos sobre la mesa y pisaba las grietas de las aceras. Lo que sucedió después le hizo reconsiderar su escepticismo.

Casi había llegado al final de aquel interminable callejón cuando escuchó un llanto ahogado. Primero pensó que era otro gato, pero el llanto sonaba tan débil y lastimero que se detuvo a mirar de dónde procedía. Se había parado fuera de una tienda; era difícil ver qué clase de tienda era a través del escaparate tapiado con tablas, y su entrada estaba escondida detrás de un porche oscuro. Los sonidos parecían provenir de dentro de aquel recoveco oscuro. Se acercó cautelosamente mirando en la penumbra. Solo podía distinguir un montón de basura apilada contra la puerta a modo de barricada. Otra vez volvió a escuchar el llanto; sonaba como un gatito abandonado y provenía de algún lugar cerca de sus pies. Miró hacia abajo evitando por los pelos pisar un diminuto fajo de harapos. Se inclinó para examinarlo, tirando de él cuidadosamente para sacarlo a la luz y retirando lo que lo cubría. Dentro de una toquilla sucia y negra no había un gatito, sino un bebé. Estaba bien envuelto en una tela blanca y sus ojos estaban abiertos. Al tocarlo, comenzó a llorar con renovado vigor. Elizabeth puso su maleta en el suelo y lo cogió. El bebé estaba muy delgado; casi no pesaba nada. Sus ojos sobresalían de forma extraña de su cabeza y su rostro era marrón y arrugado, como un diminuto mono. Lo sostuvo en sus manos y miró a su alrededor; no pudo ver a nadie que pareciera responsable del bebé. De hecho, no se veía a nadie. Le tocó el rostro suavemente con el índice; la piel del bebé era suave y sedosa, pero estaba muy fría. Se fijo en lo morados que tenía los labios. Lo sacudió suavemente durante unos instantes, hablando de manera automática de la forma en la que cientos de

mujeres les hablan a sus bebés, haciéndole callar y asegurándole que estaría todo bien, mientras que su mente trabajaba acelerada preguntándose qué hacer después. Lo más importante era hacer entrar en calor al bebé. Abrió la maleta y sacó la toquilla que Concepción le había dado el día anterior. Qué lejano parecía. Se quitó el abrigo y se envolvió con la toquilla; colocándola sobre su hombro derecho y pasándola por debajo de su brazo izquierdo para colocar luego al bebé sobre su pecho y asegurarlo en aquella posición. Después se volvió a poner el abrigo y cogió su maleta. El siguiente paso más lógico era llevar el bebé al hotel; alguien allí podría cuidarlo, estaba segura de eso. Se puso en marcha con un nuevo objetivo; era responsable de aquella diminuta vida ahora, y cuanto más pronto pudiera encontrar ayuda mejor.

La zona alrededor del puerto parecía haber sufrido algunos impactos directos, ya fuera por los barcos que había visto hacer fuego el día anterior o por las bombas, no sabía a causa de qué, pero la zona había quedado arrasada y apenas era reconocible. Cruzó la plaza y se dirigió a la calle Larios. Normalmente a aquella hora del día aquella transitada calle rebosaba actividad; era el lugar al que iban los hombres y mujeres elegantes de Málaga para hacer sus compras o tomar café con pastas en los cafés de las aceras; era también el lugar donde la gente se reunía para pasear, hablar con sus acompañantes, saludar a sus amigos y, generalmente, pasar unas horas agradables a la sombra de sus palmeras. Hoy era un lugar diferente. La devastación que había visto en otros lugares parecía peor aquí; rastros de hogueras cubrían la calle principal y entre los escombros podía ver cadáveres. Caminó cuidadosamente rodeándolos, intentando no mirar los ojos con la vista fija y las caras ennegrecidas. Pero, se recordó a sí misma, había venido aquí para registrar los acontecimientos así que se obligó a detenerse y fotografiar la escena.

Algunas tiendas estaban tapiadas, otras, cuyos propietarios habían postergado la salvaguarda de su propiedad, tenían los escaparates y las puertas rotos. A diferencia de la destrucción indiscriminada de los morteros y las bombas, aquí los ataques parecían haber sido más selectivos. Algunos edificios apenas tenían un rasguño, mientras otros mostraban sus entrañas y habían sido calcinados. Lo fotografió todo.

De repente, escuchó el ruido de un avión de un solo motor y se escabulló a un portal abierto para refugiarse, apretando su nueva

carga contra el pecho. Aguardó temblando y esperando oír una explosión y el cristal hacerse añicos, pero no escuchó nada. En su lugar, cuando emergió de su refugio en el portal y miró al cielo, se sintió por un momento confusa; parecía que estaba nevando. Miró de nuevo; eran demasiado grandes para ser copos de nieve, eran más similares a hojas marchitas meciéndose de un lado a otro en su lento descenso a la tierra. Una aterrizó en sus pies; no era ni un copo de nieve ni una hoja marchita, pero su contenido era tan frío como el hielo:

«¡MALAGUEÑOS! Estáis rodeados. Vuestra resistencia es inútil. Solo empeora las cosas. Abandonad a vuestros líderes, que os han estado embaucando, y deponed las armas. Salid con las manos en alto a recibir a mis tropas. Esa será la única manera de salvar las vidas de todos los que no son responsables de los atroces crímenes que se han cometido en Málaga.

Ya conocéis mi método: por cada hombre mío que caiga, mataré al menos cuatro de los vuestros, y los que huyan, no penséis que escaparán de mí; Los sacaré de debajo de la tierra si es necesario y, si están muertos, los mataré de nuevo».

El maldito Queipo de Llano de nuevo, pensó; podía reconocer su estilo. Colocó una mano protectoramente sobre el niño y con la otra hizo una bola del panfleto y lo lanzó enfadada a la calle. Los folletos voladores habían terminado de caer y reposaban como una cubierta de gigantes copos de nieve sobre los escombros. Miró a su alrededor nerviosa; no había nadie alrededor, así que prosiguió su camino. Hasta ahora no había visto ningún soldado republicano, ni un guardia de asalto, y solo un puñado de milicianos; todos los civiles que se había encontrado corrían por las calles, con las cabezas bajas, la vista esquiva, pegados a las paredes de los edificios para protegerse, corriendo de portal en portal como animales perseguidos. Málaga no parecía una ciudad a punto de defenderse; parecía no haber organización ni liderazgo. Nadie retiraba los escombros que bloqueaban las calles, no enterraban los cadáveres con los que se tropezaba, no ayudaban a los refugiados que continuaban llegando con sus hatillos de posesiones ajadas. Era un sálvese quien pueda.

INGLATERRA 2007

CAPÍTULO 11
KATE

Tuvo suerte; un tren estaba parado en la estación, a punto de partir. Se acomodó en un vagón vacío y empezó a pensar en la reunión con Robert Percy. Estaba sorprendida de que la noticia la hubiera afectado tanto. Le parecía como si hubiera vivido toda su vida tras los muros seguros de su familia y, ahora, uno a uno aquellos muros se derrumbaban: primero, sus padres habían muerto; luego, su marido la había traicionado; ahora, había dudas con respecto a su abuelo. Se sentía expuesta y sola; ¿qué se decía?: «venimos a este mundo solos, y nos vamos solos de él». Básicamente estaba sola y tenía que afrontarlo.

Mientras el tren entraba en la estación de Reading, decidió telefonear a su amiga Maisie.

—Hola, Maisie. Soy Kate.

—Hola, Kate.

—¿Maisie estás ocupada? ¿Puedo acercarme para charlar?

—Por supuesto, ¿ocurre algo?

—En realidad, no. Solo siento que necesito charlar un poco. No es demasiado tarde, ¿verdad?

—No, Bob está en una reunión del comité de golf; no volverá hasta dentro de muchas horas.

—De acuerdo, te veo en diez minutos entonces.

Sus amigos, Maisie y Bob, vivían en el centro de Reading, en una gran casa de estilo eduardiano cerca del hospital. Bob era especialista en otorrinolaringología en el Royal Berks Hospital y Maisie era fisioterapeuta. Habían sido amigos durante muchos años, mucho antes de que Bill se fuera. Los hombres se habían conocido en el club de golf y empezaron a jugar al golf juntos de manera regular, luego las mujeres se conocieron y, al poco tiempo, salían los cuatro juntos: cenas, conciertos e incluso vacaciones juntos. Kate recordaba lo preocupado que había estado Bob cuando les había hablado del divorcio; Maisie le contó tiempo después que había temido tener que

elegir entre ellos. Pero al final, Bill había tomado la decisión por él; nunca más se puso en contacto con su viejo amigo.

El trayecto desde la estación empezó a aclararle la cabeza y el caleidoscopio de imágenes que había estado dando vueltas en su cerebro se detuvo. Se empezó a sentir más positiva y permitió que sus pensamientos se centraran en el futuro.

Maisie parecía preocupada cuando abrió la puerta para dejar entrar a su amiga.

—No pareces tú —dijo—. ¿Qué sucede?

—No pasa nada, bueno, en realidad no. Solo tengo noticias que quiero compartir contigo —dijo Kate intentando no sonar demasiado misteriosa.

—Has conocido a un hombre —dijo Maisie triunfante.

Kate no pudo evitar reírse ante aquella respuesta predecible.

—No, por supuesto que no. Mira, ponme un trago y te diré de qué se trata.

Se sentó en la cocina de Maisie admirando los nuevos armarios de paneles de roble y las superficies de trabajo de granito, y esperó hasta que su amiga hubo servido dos copas de vino blanco y se sentó frente a ella.

—Te dije que mi abuelo murió, ¿verdad? —comenzó.

—Sí, lo siento. Era bastante viejo sin embargo, ¿no?

—Sí, tenía noventa y dos años.

—Bueno, entonces ha podido disfrutar de su dinero —respondió Maisie bebiendo de su vino.

—Sí, bueno, me ha dejado algo de dinero en su testamento.

—Fantástico. ¿Ya sabes cuánto?

—No exactamente, pero parece que dos millones y medio.

Esperó disfrutando de la mirada atónita en el rostro de Maisie.

—¿Dos millones y medio? Tienes que estar de broma.

—No, es la verdad. Pero hay un problema.

—Lo sabía; siempre hay un problema.

—No me lo ha dejado a mi nombre; se lo dejó a sus tres hijos y, como mi madre está muerta, yo recibo su parte.

—Y, ¿cuál es el problema?

—Bueno, —le resultaba más difícil de decir de lo que había imaginado— hay dudas respecto a que mi madre fuera en realidad su hija.

Vio como los ojos de Maisie se abrían por la sorpresa mientras le contaba sus conversaciones con Sarah y con Robert Percy.

—Así, que ya ves, Maisie, quería hablarlo contigo. Realmente no sé qué hacer.

—Dices que el dinero no es la cuestión; probablemente lo recibas de todas formas.

—Sí. Es si debo hacer algo para averiguar la verdad o dejar las cosas como están.

—Por supuesto que sabes que existe la posibilidad de que no te guste lo que averigües. Puede que descubras que tenías un abuelo que no desearías haber tenido. Por otra parte, puede que descubras todo un clan de parientes de los que no tenías ni idea. Si tu madre tuvo otro padre, puede que también hubiera tenido otros hermanos y hermanas. ¿Realmente quieres abrir esa caja de Pandora?

—No lo sé, Maisie. De alguna manera siento que le debo a mi madre averiguar quién era su verdadero padre.

—La sangre no lo es todo. Por todo lo que has dicho, tu abuelo quería a tu madre y la trató bien. En lo que al él concernía, era su hija y ella no conoció otro padre. ¿Piensas que lo hubiera rechazado si hubiera sabido que no era su padre biológico?

—No, mi madre lo quería. A menudo hablaba de su infancia y fue muy feliz.

—¿Entonces? ¿Por qué meterte en todo este lío? Puede que al fin y al cabo no sea nada. Puede que solo sea un caso de avaricia por parte de tu tío. Probablemente tiene celos de que tú vayas a recibir algo ahora y sus hijos tengan que esperar hasta que él esté muerto.

—Puede que tengas razón. Estoy segura de que le molesta la cantidad de la herencia; creo que esperaba mucho más dinero.

—Bueno, diez millones me parecen mucho.

—Sí, pero no creo que sea consciente de que su padre ha gastado mucho dinero en sus hogares para niños. Aparte de las casas, que aún tienen que venderse, realmente no hay mucho efectivo y no creo que sus inversiones hayan sido tan rentables últimamente.

—Bueno, quizás, si hubiera habido más dinero en juego, no te hubiera discutido tu parte.

—Quién sabe.

—¿Más vino?

—Apenas una gota. Aún tengo que recoger mi coche del aparcamiento. No quiero perder mi carnet.

—Y qué importa, puedes permitirte contratar un chófer ahora.

—No parece real, sabes, ni el dinero ni este asunto sobre mi abuelo. No paro de pensar que es un sueño, y que me despertaré en cualquier minuto y me reiré de ello.

—Y, ¿qué quieres hacer?

—Bueno, a pesar de los riesgos, creo que tengo al menos que hacer mis propias pesquisas. Estoy empezando a darme cuenta de que sé muy poco de mi abuelo y aún menos de mi abuela. Mi madre solía hablar de ellos, pero realmente yo no prestaba mucha atención. Ya sabes cómo es cuando eres un niño; todo parece historia antigua. Me gustaría saber más, aunque solo fuera por propia satisfacción personal.

—Y, ¿cómo empezarás?

—Creo que podría ir a visitar a mi tía abuela y ver si ella puede decirme algo.

—¿Tía abuela? ¿Es la hermana de tu abuelo?

—Sí, es algo vieja, pero su mente parece funcionar todavía bastante bien. También tiene un par de hijos; hijos que viven en Oxford. Son mayores que mi madre; puede que sepan algo.

—Bueno, es un comienzo. ¿Conoces bien a esa tía abuela tuya?

—No tenemos una relación muy estrecha, pero no la tengo con nadie de mi familia. Ha estado viviendo con mi abuelo durante veinte años, desde que su marido murió, así que la he visto unas cuantas veces.

—¿Dónde vive ahora?

—Oh, todavía está en la casa. El abuelo estipuló en su testamento que podía quedarse en la casa tanto como quisiera. No creo que Jeremy esté muy feliz con eso tampoco, porque ahora no podemos venderla hasta que muera o se vaya.

—¿Tu abuelo no le dejó dinero?

—No. Supongo que pensó que no valía la pena; tiene noventa y cuatro años, sabes. No creo que viva muchos años más. De todas formas, creo que tiene una buena pensión.

—¿Qué hay de sus hijos?

—¿Alfred y Michael? Nunca se casaron, así que no hay nietos. Los he visto unas cuantas veces y me llevo bastante bien con ellos.

Maisie se sirvió otra copa de vino.

—No, no para mí —protestó Kate—. Tengo que trabajar mañana.

—Por el amor de Dios, Kate, eres millonaria. ¿Por qué demonios te preocupas por el trabajo?

—Porque sí —dijo.

—Eso es, «porque sí», porque estás atrapada en la rutina. Esta es tu oportunidad de liberarte. Aprovéchala.

—Bueno, probablemente tengas razón, pero no me voy a liberar esta noche. Esperaré hasta que de verdad tenga el dinero en el banco antes de presentar mi dimisión.

Escucharon el sonido de un coche en la entrada.

—Parece que Bob ha regresado —dijo—. Mira, será mejor que me vaya. Cuéntale tú la noticia; estoy demasiado cansada para volverlo a contar todo.

—De acuerdo, se quedará estupefacto cuando lo oiga.

—Gracias, Maisie, por todo, por el vino, por ser tan buena escuchando, por todo.

—No seas ridícula, para eso están las amigas.

—Adiós.

Kate besó a su amiga en la mejilla. Se sentía un poco achispada, pero sabía que el camino de regreso al aparcamiento la haría recuperar la sobriedad.

—Adiós, Kate. Hazme saber lo que averigües.

Salió por la puerta delantera cuando oyó entrar a Bob por la puerta trasera y se dirigió al aparcamiento. A pesar del vino y de los chistes, hablar de ello con Maisie le había ayudado a trazar un plan de acción. Mañana telefonearía a su tía abuela y quedaría para verla. Sería agradable ir a Devon el fin de semana; podría incluso meter sus palos de golf en el coche.

Solían ir a la mansión todas las vacaciones de verano cuando era una niña. Era un edificio grande y laberíntico, y a todos los nietos les gustaba; recorrían los pasillos golpeando las paredes revestidas convencidos de que había pasajes secretos tras ellos y cada habitación cerrada con la que se topaban era causa de horas de especulación; jugaban a escondite en los armarios de la cocina y las despensas, bajo las escaleras, en los innumerables recovecos que la vieja casa ofrecía; dormían juntos en inmensas camas de matrimonio con cuatro postes y doseles; dejaban que los criados los asustaran con cuentos de fantasmas y contrabandistas, y se lo creían todo. Aquellas eran vacaciones de magia y aventura, donde la tierra eran países lejanos, los bosques estaban encantados, y la playa era una isla del tesoro. Kate se hizo mayor demasiado pronto para sus juegos y persuadió a sus

padres para llevarla a Ibiza.

Cuando su madre le hablaba de su propia infancia, no hablaba de la mansión; su abuelo había comprado la casa en los sesenta, cuando se hizo rico. Su madre pasó sus vacaciones infantiles en una casita de campo que había pertenecido a sus abuelos maternos; se hallaba escondida entre los pliegues de la campiña de Dorset, a la vista del Castillo de Corfe. Había permanecido vacía los últimos años, pero Kate recordaba haberla visitado muchas veces con su madre. Ahora también formaba parte del patrimonio de Sir Alexander; se preguntaba si sería posible tenerla como parte de su liquidación.

Miró su reloj; solo eran las ocho y media, demasiado temprano para telefonear a su tía abuela, y demasiado temprano para telefonear a Percy, Percy y Rowland. Encendió su ordenador y pasó la siguiente hora y media mecanografiando los informes de Geoffrey. Había intentado hacer que él mismo los redactara en el procesador de textos, pero se había negado.

—No puedo pensar con claridad así —había dicho—. Tengo que escribirlos a mano primero, para no dejarme nada.

Al final se había dado por vencida y, en lugar de eso, peleaba con sus garabatos, tachados, globos y flechas, hasta que lograba sacarle sentido. Sabía que la mayoría de los demás directores trabajaban directamente en el ordenador y sus secretarias solo tenían que editar el diseño del documento, pero no Geoffrey.

Marcó el número de teléfono de Robert Percy pensando que le resultaría extraño que le telefoneará de nuevo tan pronto.

—Percy, Percy y Rowland —respondió una voz.

—Con Robert Percy, por favor —dijo—. Soy Kate Scott.

Hubo una pausa, luego oyó su familiar voz.

—Kate, no hay noticias aún, me temo. Ni siquiera he tenido tiempo de hablar con tu tío.

—No, me hago cargo de eso Mr. Percy. Es por otra cuestión.

—¿Sí?

—Creo que dijo que la casita de campo de Dorset era parte de los bienes de mi abuelo.

—Es correcto.

—¿Sabe en cuánto está valorada?

—Bueno, solo tenemos una tasación aproximada del agente inmobiliario; ha estado un tanto descuidada en los últimos años, así

que no creo que consigamos su verdadero valor.

—Bueno, ¿aproximadamente?

—¿Aproximadamente? Diría unos cuatrocientos cincuenta mil, si tenemos suerte. ¿Por qué el interés?

—Me gustaría comprarla o tenerla en lugar de la equivalente cantidad de dinero. Digamos que la casita de campo y solo dos millones de libras.

Sonrió para oírse pronunciar las palabras. Todavía parecía absurdo que ella, quien normalmente tenía problemas para pagar su hipoteca, estuviera regateando millones con su abogado.

—Sabe, esa casita de campo originalmente perteneció a la familia de la parte de mi abuela y sé que mi madre le tenía cariño, así que me gustaría tenerla para vivir en ella —añadió.

—Bueno, en principio no veo problema, pero tendré que comunicárselo a los otros beneficiarios. Quizás sería mejor dejarlo hasta que hayamos resuelto la primera cuestión.

—Por supuesto, estoy enteramente de acuerdo, pero solo quería que supiera que me gustaría tener esa casa en particular.

—Tomo nota. Sería una propiedad menos que poner en manos del agente inmobiliario, y menos gastos —concedió.

—Bien. Eso es todo lo que quería decir. Adiós por ahora.

—Adiós, Kate. Me pondré en contacto contigo en cuanto tenga algo de lo que informar —dijo.

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 12
ELIZABETH

Cruzó la calle e ingresó en la pequeña plaza en la que sabía que debería estar el hotel Regina. Para entonces, su única esperanza, la única que se había estado repitiendo en su cabeza, era que el hotel estuviera todavía en pie. Lo estaba. Aparte de las planchas de madera clavadas en las ventanas del piso inferior, no parecía diferente de cuando lo había visitado dos años atrás. Era un edificio estrecho y alto con elaborados balcones de hierro forjado en los pisos segundo, tercero y cuarto, y la puerta principal de láminas de vidrio estaba flanqueada por dos naranjos en macetas. Empujó la puerta para abrirla y entró; había un fuerte olor a pescado frito y a humo rancio de tabaco. No había nadie en el mostrador de recepción, así que tocó la campana y esperó. Un gran letrero en la pared informaba que se le «rogaba no hablar de política». Esperó unos cuantos minutos más y luego, como era obvio que nadie iba a aparecer, fue en busca del bar. Dos hombres estaban estirados sobre el suelo del pasillo durmiendo. Pasó por encima de ellos con cuidado y abrió la puerta del bar. Allí, al menos, las cosas parecían dentro de lo normal: el aire era espeso a causa del humo del tabaco y una cacofonía de sonidos asaltó sus oídos, voces altas y estridentes hablando a la vez. Miró alrededor de la habitación esperando ver a alguien conocido, o si no, al menos un rostro inglés. Se habían percatado de su presencia ahora y habían interrumpido sus conversaciones al tiempo que un rostro tras otro se giraba para mirar a la recién llegada. Elizabeth sintió que la sangre se le subía a la cara.

—Buenos días —comenzó—. ¿Puede alguien ayudarme?

—Señorita Elizabeth, ¿qué está haciendo usted aquí?

Era Alberto; no podía creer en su suerte. Nunca le había resultado tan grato un rostro. Sintió como si fuera un viejo amigo.

—Alberto, oh, me alegro tanto de verte.

—Pero, ¿por qué está aquí? Pensé que se marchaba en el barco

son sus padres. ¿Qué ha sucedido?

—Necesito tu ayuda. Mira.

Se desabrochó el abrigo y le mostró al bebé.

—He encontrado este niño abandonado en un portal. La pobre criatura se muere de hambre. ¿Hay leche para darle?

Alberto se rió, con una risa dura y frágil.

—No, señorita, no hay leche; no hay pan ni patatas ni carne, nada excepto pescado y no hay mucho. ¿Puede comer el bebé boquerones fritos?

—¿Nada de nada?

Una mujer apareció a su lado.

—Podemos darle al pobrecito un poco de agua caliente con azúcar. Todavía me queda un poco. No es muy nutritivo, pero puede que haga que pare de llorar.

Desapareció detrás de una cortina de cuentas que colgaba de la puerta y unos cuantos minutos más tarde reapareció con una jarra de agua azucarada y una cuchara pequeña.

—Tenga, déjeme ver al bebé —dijo.

Elizabeth desató la toquilla y desenvolvió al bebé. El niño estaba caliente por el calor de su cuerpo, pero aún así parecía tan arrugado y triste como antes.

—Oh, el pobre niño —dijo la mujer mientras le cogía el bebé hábilmente a Elizabeth y lo colocaba en su brazo.

Elizabeth la observó mientras comenzaba a darle cucharadas de agua azucarada al bebé. Siendo tan pequeño, el bebé no había aprendido a tragar y se caía más líquido a la mantilla que lo envolvía del que entraba a su boca, pero de todas formas, el bebé adquirió un aire más satisfecho y sus débiles llantos cesaron.

—Es suficiente por ahora —declaró la mujer—. Ahora veamos si este niño necesita que lo cambiemos.

Desenrolló el trozo de tela que había estado manteniendo los brazos del niño pegados a sus costados y reveló el enclenque y diminuto cuerpo de un bebé varón.

—Está empapado —dijo sujetando en alto la tela—. Ten, sujétalo un minuto mientras busco algo.

Elizabeth cogió al bebé sosteniéndolo por los hombros. Este empezó a llorar de nuevo.

—No, así no —dijo Alberto—. Así, sostenlo en tus brazos.

Elizabeth se puso al niño contra el pecho y empezó a canturrear

la única nana que conocía; era una que recordaba que su madre le cantaba a Peter. El niño era tan diminuto; podía sentir su corazón batiendo contra su pecho, un pulso pequeño y regular que le decía que estaba vivo y quería sobrevivir. Había venido a Málaga como observadora, una voyeur, una narradora imparcial de la historia, pero encontrar al niño lo había cambiado todo. Ahora era parte de ello; era responsable de aquella pequeña vida y haría todo lo que pudiera por salvarla. Nunca antes había sentido tal emoción embargarla, tal necesidad de proteger y defender aquel indefenso infante. Le acarició la cabeza y lo acunó suavemente en sus brazos hasta que la mujer regresó.

—Oh, dámelo. Me ocuparé de él —dijo con una voz que hablaba de años de experiencia en situaciones como esa.

A regañadientes, Elizabeth le tendió su pequeña carga.

—No te preocupes —le susurró Alberto al oído—, Ana tiene siete hijos. Sabe lo que hacer.

—Pero, ¿qué será de él? —preguntó Elizabeth.

Alberto se encogió de hombros, pero no respondió.

—¿Qué será de él? —repitió esta vez dirigiéndose a Ana.

—Quién sabe. Depende de si tiene voluntad de vivir o no. Hay muchos niños vagando por esta ciudad, algunos abandonados, algunos perdidos; algunos vivirán y algunos morirán. No podemos hacer mucho, el resto está en manos de Dios.

—¿Dios? ¿Qué ha hecho Dios por nosotros?

Una estridente voz femenina atravesó la habitación. Elizabeth alzó la mirada para ver una joven entrar en el bar; era impresionantemente guapa y hubiera parecido bastante fuera de lo común en cualquier situación, pero allí lo era debido a la ropa que llevaba: un mono azul de trabajo y una gorra negra pendiendo de una masa de pelo corto y rojo. Su rostro tenía forma de corazón, con altos pómulos que acentuaban sus grandes ojos marrones y su boca, a pesar de estar desprovista de pintalabios, describía un perfecto arco de Cupido. Alzó un puño cerrado a modo de saludo a la gente de la habitación.

—María, gracias a Dios que estás a salvo —exclamó un joven que había estado sentado con Alberto, acercándose corriendo y rodeándola con los brazos.

Ella se lo apartó.

—No le des las gracias a Dios, Juanito, agradéceselo a la Guardia

Civil por ser tan condenadamente estúpidos.

—¿Cómo te escapaste? —se aventuró a preguntar otro hombre a aquella amazona.

—Bueno, nos tenían rodeados. Pensé que no lo contábamos, os lo juro, luego, su propio estúpido barco abrió fuego contra el puerto y en la confusión conseguimos escaparnos.

—¿Los nacionales ya está en Málaga? —preguntó Elizabeth sorprendida.

—No, todavía tenemos el control, pero algunos guardias civiles se han pasado al otro bando —respondió el hombre al que María se había referido como Juanito.

Él y María estaban mirando a Elizabeth con interés.

—Lo siento, qué mal educado. Deje que la presente —interrumpió Alberto—. Os presento a la señorita Elizabeth. Mi cuñado trabajaba para su familia. Señorita, este es mi buen amigo Juan Francisco Gómez y esta es María González.

—Encantada de conocerte María, y a ti, Juan —Elizabeth respondió extendiendo su mano.

María le dedicó un brusco asentimiento con la cabeza y una no muy amistosa sonrisa. Juan cogió su mano en la suya y la levantó para rozarla apenas con los labios.

—Encantado —respondió.

Elizabeth se sintió instantáneamente cautivada. Nunca había visto una sonrisa tan bonita antes; iluminaba todo su rostro y parecía decir que había esperado aquel momento toda su vida. Sus ojos eran de un marrón profundo, casi negro, y su larga nariz patricia hablaba de una ascendencia noble. Su pelo oscuro era largo y estaba desordenado; lo observó fascinada mientras se lo apartaba repetidamente de la frente. Era el hombre más guapo que había visto nunca. Sintió un estremecimiento de excitación y, lentamente y a regañadientes, desvió su atención de su persona y la concentró en el bebé.

Ana le había puesto un vestido blancuzco hecho de un tosco algodón y lo estaba volviendo a envolver en la toquilla de Elizabeth.

—Ten, sostenlo hasta que se duerma —dijo entregándole el bebé a Elizabeth—. Tengo trabajo que hacer.

Elizabeth le cogió el bebé y, como si lo hubiera hecho cientos de veces con anterioridad, se lo colocó en su brazo izquierdo. Solo entonces se acordó de que no tenía donde pasar la noche.

—Ana, espera un minuto.

La mujer se detuvo y se giró hacia ella.

—¿Tienes alguna habitación libre? Necesito una para un par de noches.

—¿Una habitación? Tenemos a media Málaga aquí. Las únicas habitaciones que tenemos me temo que ya están cogidas, pero puedes quedarte aquí y dormir en el suelo.

Le señaló con un barrido de su brazo a la gente que ya se acomodaba en el suelo entre sus bolsas y pertenencias.

—Oh, gracias. Es solo que esperaba bañarme y descansar bien esta noche.

La mujer se rió a carcajadas.

—¿Bañarte? Por el amor santo, niña, ¿dónde piensas que estás? Apenas tenemos suficiente agua para beber, como para bañarse. Y, ¿cómo piensas que calentaríamos el agua?

La mujer la estaba mirando y diciendo algo más, pero Elizabeth no podía oírla; se sentía extraña, como si no tuviera fuerzas en las piernas, y su cabeza ardía. La habitación comenzó a dar vueltas lentamente y alargó la mano para mantener el equilibrio.

—Creo que voy a desmayarme —dijo en voz baja—. Que alguien me coja el bebé, por favor.

Unas fuertes manos la agarraron por los hombros y alguien le cogió el bebé de los brazos. Cayó al suelo y se sentó por unos instantes hasta que la habitación paró de dar vueltas.

—Toma, bébete esto.

Era Juan; sostenía un vaso de agua contra sus labios. Se lo bebió lentamente, esperando a que la sangre le regresara al cerebro.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Estoy bien, de verdad. Probablemente es solo hambre.

Se dio cuenta de que no había comido nada desde los sándwiches de pepino que había tomado con su padre. Acercó su maleta estirando de ella y la abrió; había una tableta de chocolate allí en algún lugar, lo sabía. Cuando la sacó y empezó a quitarle el envoltorio plateado, se dio cuenta de que estaba siendo observada.

—¿Queréis? —le preguntó a Juan.

—No, realmente no. Cómetela —dijo.

Cogió la tableta y la partió en un gran número de pequeños pedazos.

—Por favor, toma un trozo y tu también, Alberto —dijo ofreciéndoles el chocolate.

Los hombres fingieron educadamente no querer de verdad comer su chocolate, pero cuando les insistió una tercera vez, cedieron de buena gana y aceptaron algo. Los miró comer. El trozo de Alberto ingresó en su boca y desapareció en un tiempo record, pero Juan lo mordisqueó, saboreando cada diminuto bocado. El chocolate sabía bien, pero contribuyó poco a llenar el estómago vacío de Elizabeth; se comió dos pequeñas porciones y volvió a envolver el resto para más tarde.

—Señorita Elizabeth, no nos ha explicado qué está haciendo aquí. ¿Dónde está su familia? Espero que nada les haya ocurrido.

Mientras Elizabeth les relataba los acontecimientos del día anterior y cómo había decidido quedarse, se dio cuenta de que Juan la miraba.

—Y, ¿qué esperabas encontrar? —le preguntó.

—No lo sé. No esperaba encontrar tal devastación, lo sé. No me había dado cuenta de que Málaga había sufrido tanto.

—Bueno, eres una mujer muy valiente, quizás un poco tonta también —dijo Juan—. Después de todo, no es tu guerra.

—¿No es mi guerra? No, supongo que no lo es, pero hay cientos de personas ahí fuera que dicen que tampoco es su guerra, y eso no evita que les lancen bombas. ¿Qué hay de este pobre niño?

Sostuvo el niño en alto en frente de la cara de Juan.

—¿Es su guerra? ¿Qué ha hecho para merecer ser abandonado en la puerta de una tienda? ¿Ha podido decir algo al respecto de si era o no su guerra? No todo el mundo escoge ser atrapado en una guerra, pero eso no impide que suceda.

—Pero, ¿qué intentas conseguir estando aquí? —insistió.

Elizabeth no quería admitir que no lo sabía, que se había quedado por capricho, buscando aventuras y la oportunidad de hacer algunas fotografías interesantes. Hasta ahora no había pensado verdaderamente en lo que estaba pasando.

—Supongo que quiero la verdad; quiero fotografiar la verdad para que el mundo pueda ver lo que está pasando aquí.

—¿El mundo?

María se había unido a ellos con un vaso de anís en la mano.

—¿Qué le importa al mundo? Su idea de preocuparse de España es unirse y decir que permanecen al margen, ellos y su Pacto unilateral de No Intervención.

—¿Qué quiere decir con pacto de no intervención? —le preguntó

Elizabeth a Juan.

—Todos los países de Europa han formado un Comité de No Intervención.

—Y, ¿qué quiere decir eso exactamente?

—¿Qué significa? —María casi le gritó—. Significa que se niegan a vender armas al gobierno legítimo de este país para que pueda defenderse. Significa que Alemania e Italia pueden romper el acuerdo y enviar tanques, armas, aviones, barcos e incluso hombres para ayudar a los rebeldes, pero que Gran Bretaña y Francia se sientan y no hacen nada.

—Pero eso es terrible —dijo Elizabeth pensando en la bandera alemana que había visto en uno de los barcos que permanecían en la costa, y los rumores sobre soldados italianos avanzando desde el norte.

—Bueno, afortunadamente para nosotros, los rusos no son tan escrupulosos. Ellos al menos nos han vendido algunas armas —continuó María.

—Sí, pero a cambio de oro —le interrumpió un joven con los pantalones hechos jirones que había estado escuchando atentamente su conversación.

—Quizás lo hayan hecho, pero aún no hemos visto ninguna. No hay ninguna aquí —se quejó Alberto—. No tenemos armas ni munición. ¿Cómo se supone que vamos a combatir? ¿Con horcas?

—Sí —coincidió el joven de los pantalones rotos—. Hemos venido aquí para unirnos a la milicia y combatir, pero todavía estamos esperando órdenes.

Elizabeth se dio cuenta de que María tenía algo que sobresalía del cinturón de su mono.

—¿Es eso una pistola? —le preguntó.

María la sacó y empezó a balancearla por la habitación.

—Sí, pero no es de ninguna utilidad sin balas.

—María es anarquista. Ansía la revolución, pero no paramos de decirle que tenemos que ganar la guerra primero y luego podremos pensar en la revolución.

—Es lo mismo. Necesitamos liberarnos de los capitalistas opresores, recuperar nuestra tierra y liberar a los esclavos.

María todavía balanceaba el arma, empleándola como soporte para enfatizar sus palabras. Elizabeth esperaba que les hubiera dicho la verdad cuando dijo que no estaba cargada. María parecía un poco

bebida; sus palabras resonaban en la habitación, huecas y artificiales, como si las recitara a partir de un panfleto revolucionario.

—Los anarquistas son animales —susurró Alberto—. Son tan malos como los fascistas. Han estado usando el conflicto para vengarse de gente con la que están resentidos, quemando sus tiendas y hogares. Cuando los bombardeos empezaron, hicieron seiscientos rehenes y los encerraron en el barco prisión del puerto; cada vez que se produce un ataque aéreo, sacan a uno y le disparan como represalia.

—Sí —estuvo de acuerdo el joven—. Al principio era horrible. La gente tenía miedo de salir a las calles, se producían muchos asesinatos. Al final, el gobernador civil dijo que entregaría la ciudad si no se paraban los asesinatos. Así que ahora las cosas se han calmado mucho.

—Gracias a Dios. No podemos estar luchando entre nosotros cuando tenemos un enemigo con el que luchar —estuvo de acuerdo Alberto.

—Pablo, cariño. Qué agradable visión. Entra, entra. Deja que te traiga una copa de anís.

La voz de Ana sonó en el bar. El objeto de su placer era un hombre viejo, tan moreno y arrugado como un trozo de madera de olivo; llevaba en sus brazos una cesta llena de pescado.

—Buenas tardes, Ana. Pensé que te gustaría un poco de pescado fresco. Hemos tenido suerte esta noche, no ha sido una mala pesca, la mayor parte son boquerones, pero también hay unos cuantos calamares y un par de pequeñas doradas.

Ana le sirvió una gran dosis de anís y luego le cogió el pescado y desapareció en la cocina. Unos cuantos minutos más tarde regresó con la cesta vacía.

—Aquí tienes, Pablo.

Le dio al pescador algo de dinero.

—Al menos ahora tenemos algo que comer esta noche.

Cogió la botella de anís.

—¿Un trago más?

—Solo unas gotas, gracias.

El pescador cogió un taburete y se sentó sorbiendo de su vaso de dulce anís blanco. Elizabeth lo vio buscar algo en su bolsillo; finalmente sacó la colilla de un cigarrillo y la encendió.

—¿Así que conseguisteis salir la noche pasada entonces? —le preguntó Ana sonriéndole.

La llegada del pescado la había puesto de buen humor.

—Sí, nos llevamos el pequeño bote de remos y nos mantuvimos pegados a la costa. No hicimos una pesca tan buena como en aguas más profundas, pero es más seguro. Remamos hasta Torre del Mar para escapar del alcance de los cruceros. No nos vieron.

Parecía muy complacido consigo mismo por haber sido más listo que los cañoneros.

El bebé estaba empezando a pesarle. Elizabeth miró a su alrededor; necesitaba sentarse y descansar en algún sitio.

—Perdón. Tengo que sentarme un rato —le dijo a Alberto.

—Trae, déjame ayudarte.

Juan cogió la maleta y la asió del brazo guiándola a una mesa en una esquina. Le gustó el tacto de su mano y la proximidad de su cuerpo. Giró la cabeza hacia él; sus ropas olían a campo, una mezcla de tierra oscura y hierbas silvestres. Lo vio mirarla y sonrió.

—¿Por qué no dejas al bebé? —le sugirió.

Miró al niño que dormía.

—No, no quiero despertarlo. Ahora que estoy sentada estoy bien.

¿Qué iba a hacer con aquel bebé? Si al menos pudiera encontrarle algo de comida. No iba a sobrevivir mucho tiempo a base de agua azucarada; necesitaba leche.

—Señorita, mire lo que he encontrado. Me había olvidado de que estaba aquí. Debe de ser de cuando nació mi pequeño Kiko.

Ana vino hasta ellos sonriendo ampliamente y portando un biberón de cristal con una tetina de goma.

—He puesto algo de agua con azúcar dentro y está tibia. Tenga a ver si el bebé sabe qué hacer con esto.

Le lanzó el biberón a las manos a Elizabeth y esperó expectante. Elizabeth le abrió suavemente la boca un poco al bebé y empujó la tetina dentro. Primero, el bebé no hizo nada, pero luego, gradualmente, contrajo los labios alrededor de la tetina y empezó a succionar.

—Ve, es la cosa más natural para él. Bueno, ahora está bebiendo. Bravo pequeño. Quizás sobrevivas después de todo —dijo Ana alegremente.

—Si pudiéramos encontrar algo de leche para él —dijo Elizabeth—. Entonces tendría más oportunidades.

—El único lugar en que puede que tengan leche es en el Caleta Palace —sugirió Juan—. Está un poco lejos, pero podemos intentarlo.

Podemos ir mañana por la mañana.

—¿Mañana? ¿Por qué no podemos ir ahora?

—No, señorita Isabela, es demasiado peligroso. Oscurecerá pronto. Tienes que quedarte aquí esta noche con tus amigos.

Señaló a Alberto y a sí mismo.

—Mañana te llevaré allí, lo prometo.

Ella miró al bebé. La tetina se había caído de su boca; estaba durmiendo de nuevo.

—Está bien, mañana entonces.

Colocó el biberón en la mesa y le limpió al bebé de la barbilla el líquido que babeaba.

—Juan. ¿Por qué me llamas Isabela?

—Porque es el nombre en español de Elizabeth y es un nombre muy bonito. Y porque te queda bien —añadió.

Le estaba sonriendo y ella le devolvió la sonrisa. El olor del pescado frito llegó flotando a la habitación y su estómago comenzó a sonar ante la expectativa.

—Ana ha empezado a hacer el pescado —les informó Alberto—. Eso significa que esta noche comeremos.

Elizabeth se recostó en la silla y cerró los ojos. ¿Por qué estaba allí? Lo había escogido; ahora tendría que vivir con ello. Debió de haberse quedado dormida porque la siguiente cosa que percibió fue que Juan la sacudía suavemente y había un plato de pescado frito en la mesa ante ella. El olor era delicioso. Se dio cuenta de lo hambrienta que estaba.

—Toma, cómetelo mientras todavía está caliente.

—No hay nada tan bueno como el pescado sacado directamente del mar —dijo Alberto sosteniendo una anchoa por la cola y bajándola lentamente a su boca.

Comieron en silencio, saboreando el fresco y salado sabor del pescado; nunca había disfrutado de una comida tanto. Se dio cuenta de que no había sido consciente realmente de lo que era sentir hambre antes; la comida sabía tan bien cuando tu estómago estaba completamente vacío. Después de aquello se quedó donde estaba, cuidando del niño y observando a Juan moverse por la habitación, hablando con la gente. Parecía conocer a mucha gente, lo que pensó que era extraño si acababa de llegar de Puerta de la Miel con Alberto.

—Alberto —lo llamó para que viniera a donde estaba.

—Sí, señorita.

—Alberto, ¿Juan es uno de tus amigos de Puerta de la Miel?

—No, no pude encontrar a mis amigos. Pregunté por ellos en todas partes. Creo que ya deben haberse ido a Almería, al cuartel general de los republicanos.

—¿Y Juan? ¿De qué conoces a Juan?

Alberto acercó más su silla y se inclinó sobre ella dispuesto a hacerle una confidencia.

—Conocí a Juan hace unos años cuando vine a Málaga con mi padre. Mi padre se vio involucrado en una disputa sobre unas tierras y necesitaba un abogado. Juan era el hijo del abogado; entonces era un estudiante que ayudaba a su padre con las partes rutinarias del papeleo. Fue muy amable y nos explicó muchas cosas antes de pasar a ver a su padre. No creo que hubiéramos entendido nada de lo que pasaba de otra manera; su padre utilizó palabras tan grandilocuentes y habló tan rápido, pero gracias a Juan pudimos seguirlo bastante bien. Juan es un hombre muy agradable, pero...

Bajó la voz aún más, de manera que Elizabeth tuvo que esforzarse por oír lo que dijo a continuación.

—Pero no quiere que la gente lo sepa.

—¿Qué sepa qué?

—Qué es de una antigua familia.

—¿Gómez? Pensé que Gómez era un apellido muy común.

—Sí, lo es. Pero Gómez no es su único apellido. Su verdadero nombre es Juan Francisco Gómez de la Luz de Montevideo Rodríguez.

—Entonces, ¿no es un republicano?

Se preguntaba si era un espía. Parecía improbable, pero necesitaba saberlo.

—Sí, por supuesto, es un republicano. Por eso está con nosotros ahora. Pero su familia apoya a los nacionales; han abandonado Málaga y se han ido a Sevilla, que, como habrá oído, está ahora bajo control del enemigo. Piensan que estarán más seguros allí. Querían que Juan fuera con ellos, pero él se negó. Por favor, no le diga nada a nadie, señorita Elizabeth; hay mucha gente loca aquí, lo cogerían y lo fusilarían.

Miró nervioso a su alrededor, asustado de que alguien los hubiera oído.

—No, no diré nada, Alberto. Gracias por contármelo.

—Mire, se acerca. No le cuente lo que le he dicho.

—No, no te preocupes.

—Ah, todavía estás aquí. ¿Cómo te sientes ahora?

—Mucho mejor ahora que mi estómago está lleno —respondió correspondiendo a su interés con una gran sonrisa.

—Ana está preparando café. ¿Quieres?

—Por favor.

No estaba segura de por qué recibía tantas atenciones de aquel hombre extraordinario, pero no iba a quejarse. Su brazo estaba entumecido por sostener al bebé, así que, suavemente, se lo cambió al otro. Su reloj de pulsera decía que eran las seis y media. No podía ver el exterior, pero estaba segura de que estaba oscuro ya y estaba empezando a sentir frío. Cuidadosamente, le quitó la toquilla al bebé y se la colocó contra su cuerpo como antes. Era un alivio tener los brazos libres de nuevo. Se levantó estirando las piernas y miró alrededor de la habitación.

El pescador todavía estaba sentado en el bar hablando con algunos hombres; Alberto discutía con el hombre con agujeros en sus pantalones y no había rastro de María. Vio a Juan venir hacía ella con dos tazas humeantes de café negro.

—¿Te vas? —le preguntó frunciendo ligeramente el ceño y arrugando su atractiva frente.

—No, solo estiro las piernas. Vaya, ese café tiene buena pinta.

Le cogió la taza, el fuerte y penetrante aroma inundó su nariz y su boca antes de que pudiera saborearlo.

—Con cuidado. Está caliente.

Estaba caliente, caliente y fuerte y amargo, pero era maravilloso.

—Convencí a Ana para que se desprendiera de un poco de su preciado azúcar —dijo sacando un pequeño cucurucho de papel.

—Guardaré eso para el bebé, si no te importa —dijo metiéndose en el bolsillo el preciado paquete.

Sonrió y se sentó a su lado.

La noche pasó demasiado rápido; él se quedó a su lado y hablaron y hablaron. Ella le habló de su familia, de su vida en España, de su huída a Torremolinos y del Club Internacional. Luego le habló de Inglaterra y del tiempo pasado en la universidad; le habló de sus sueños y ambiciones, le desnudó su alma y le contó cosas que no le había contado a nadie antes. Él escuchó y luego también le habló de su familia, de lo mucho que quería a sus padres, pero que no podía entenderlos, de lo mucho que le dolía estar separado de ellos, pero de lo frustrado que se sentía cuando estaba con ellos. Le sostuvo la mano

y se la acarició suavemente; ella se apoyó contra su hombro y, por un breve instante, durmieron. Para cuando el pálido amanecer surgía en el horizonte y Ana andaba chocando las tazas del café, Elizabeth estaba enamorada.

GIBRALTAR 1937

CAPÍTULO 13
RICHARD

Estaban de pie en la cubierta del destructor, un patético trío que se abrazaba y miraba desaparecer la costa. Las emociones de Richard no paraban de oscilar entre el alivio y la desesperación. Debería haberse quedado a buscarla; podía leerlo en los ojos de su esposa cada vez que los levantaba de las montañas que desaparecían a gran velocidad para dirigirlos a su rostro empapado por la lluvia. Había sugerido bajar y ver si podían encontrar dónde sentarse, pero ella no se separaba de la barandilla. Se aferraba a ella como si, al dejar aquella barra de metal fría, fuera verdaderamente a abandonar a su hija. La lluvia le pegaba el pelo a Richard a la cabeza y bajaba por su cuello empapando su camisa. Suavemente ajustó el cuello del abrigo de su mujer, tirando de él por debajo de su pelo mojado y abotonándolo alrededor de su cuello. Ella no se movió. Parecía traspasada por la desgracia que había caído sobre ellos. Incluso Peter estaba callado, abatido por la pena de sus padres. El chico se acercó a ella intentado cobijarse de la lluvia. Ella lo rodeó con el brazo, protectoramente, de manera automática, pero sus ojos no abandonaron la playa. El destructor avanzaba hacia adelante, paralelo a la costa, pero a cada minuto los llevaba más y más lejos de Elizabeth; estarían en Gibraltar en menos de una hora.

—Querida, alejémonos de la lluvia. Peter se está empapando. Cogerá un resfriado —añadió esperando distraerla haciéndola preocuparse de su hijo más pequeño.

Ella se giró y lo miró con una mirada ausente. Él le puso la mano en el brazo e intentó hacerla alejarse de la barandilla. Pero siguió aferrada a ella. Él suavemente separó los dedos de ella de la barandilla y, al fin, se dejó guiar lejos de allí. No miró atrás.

Richard se abrió paso a través de un grupo de gente confusa que prefería apelotonarse en la cubierta, empapados y desaliñados, que ingresar en las entrañas del barco. Un marinero británico estaba de pie al lado de la escotilla y cuando los vio, la abrió para que pudieran

entrar. Richard descendió primero y se quedó de pie esperando en el fondo a que su familia descendiera. Peter se había animado ante la perspectiva de ver el interior del destructor y siguió a su padre ágilmente descendiendo la escalera. Esperaron a Margaret que, todavía en trance, colocó su pie en el peldaño superior.

—Está bien, querida —dijo Richard—. Estoy justo detrás de ti. Vamos, baja.

Cautelosamente, descendió hasta el espacio oscuro, acometiendo cada vez un peldaño. Él le cogió la mano y la condujo suavemente hacia la cantina, que ahora estaba abarrotada de desafortunados refugiados, empapados y desaliñados, sentados entre las pocas posesiones que se les había permitido subir a bordo. Instantáneamente pudo oír el tono plañidero de Rosalind Harcourt-Smith elevándose entre el clamor como un mosquito enfadado.

—Creo que esto es lamentable. Nos han metido aquí como a ganado. ¿Y no hay donde sentarse?, te pregunto; es espantoso. ¿Has hablado con el capitán, Teddy? ¿Le has dicho quienes somos?

—¿Preferirías estar en la cubierta bajo la lluvia? —le preguntó su marido.

—Hablaré con el gobernador de esto tan pronto como estemos en Gibraltar —continuó—. No tengas duda de ello. Después de todo somos británicos.

Intentó, sin éxito, alisar las arrugas de su falda antes de continuar.

—Y no hay vagón restaurante. ¿Qué se supone que vamos a comer, por el amor de Dios?

—Rosalind, es un destructor, no un barco crucero.

—Aún así tenemos que comer.

—Estaremos en Gibraltar pronto, entonces podrás comer. Agradece que hayamos salido de este lugar dejado de la mano de Dios.

Richard pensó que parecía más desaliñada que cuando la había visto por última vez en el Club Internacional en Torremolinos; la lluvia había provocado que su otrora inmaculado pelo ondulado se encrespara y unos cuantos mechones desordenados, empapados y lacios cubrían su rostro; un roto en una de sus medias de nailon había formado una carrera que bajaba por su bien formada pantorrilla, por lo demás, era la misma elegante Rosalind. Teddy parecía haber estado empinando el codo; estaba sentado con la barbilla apoyada en el pecho, y sus grandes y rojas manos reposaban sobre su corpulento

estómago. El único movimiento que hacía era cuando levantaba de vez en cuando la cabeza para responder a su mujer. Richard decidió no ir a saludarlos. Hubiera significado tener que pasar sobre cuerpos postrados, montones de maletas y las piernas extendidas de aquella gente estirada en el suelo intentando descansar. De todas formas, no estaba dispuesto a escuchar lugares comunes acerca de su descarriada hija. En vez de eso, guió a Margaret y a Peter a una esquina y se apretujaron al lado de los locuaces daneses. Los daneses, dos hombres y una mujer, asintieron educadamente con la cabeza y pusieron su equipaje a un lado, luego continuaron hablando entre sí en su forma dura y gutural.

—¿Papá, crees que Willow está bien? —preguntó Peter ansiosamente.

—Oh, estoy seguro de que lo está. Estará mucho más feliz allí abajo en la bodega de lo que lo estaría aquí con toda esta gente.

—¿Y si necesita agua?

—Estoy seguro de que saben cómo cuidar de un perro, Peter. No armes un berrinche.

Margaret se había instalado en el suelo con su mochila detrás de la cabeza y había cerrado los ojos. Richard sabía que probablemente no iba a dormir más que él; aquella era su forma de indicar que no quería hablar con él.

Había sido horrible aquella mañana cuando se había despertado para descubrir que su hija se había ido; él le había dado la nota de Elizabeth y le había relatado la conversación que había tenido con ella tan calmadamente como pudo, y a pesar de la agitación que sentía en su propia mente. Al principio, no había dicho nada, solo había dirigido su vista de él a la nota y de nuevo a la inversa, las lágrimas caían silenciosamente por su rostro, luego le había reprendido por no haber detenido a Elizabeth, por haber dejado a su hija sola mientras se iba a hablar con Timothy, por no haberla despertado, por no haberse preocupado de lo que le sucedería a su hija, por no haberse quedado en su hermosa casa en las montañas. Despotricó sin cesar, susurrando enfadada todo el tiempo para no despertar a sus vecinos. El la había rodeado con los brazos y le musitaba medias verdades reconfortantes y, finalmente, se había calmado, pero luego se había negado a hablar. Se había encerrado en su pena. Si no podía gritar y llorar abiertamente, aguantaría hasta que se le presentara la oportunidad. Y así había permanecido.

—Papá.

—Sí, Peter.

—Sabes que este es un destructor clase “B”, ¿verdad?

—No, chico. ¿Qué es eso exactamente?

—Bueno, son bastante nuevos; construidos en 1930. Tienen cuatro cañones de 4,7 pulgadas, dos pom-poms de 2 libras y ocho torpedos de 21 pulgadas. Son increíbles. ¿Crees que me dejarán echarle un vistazo a los cañones?

—Lo dudo mucho, hijo. Esto es una guerra. No van a dejar que un chico como tu merodee por el lugar en el que tienen las armas. De todas formas, ¿cómo sabes tanto de este particular barco?

—Todos los destructores de clase “B” tienen las mismas características. Este se llama HMS Bulldog y yo tengo uno como él, el HMS Keith. ¿Te acuerdas? Me lo regalaste las pasadas Navidades. Es fabuloso.

—Oh, sí. No, lo siento, hijo, no me acuerdo, pero me encanta que sepas tanto de él. Quizás cuando atraquemos en Gibraltar podamos preguntarle al capitán por los cañones.

—Eso sería estupendo, papá.

Al menos, la excitación de estar a bordo de un auténtico destructor había hecho que su mente se distrajera del pensamiento de su hija. No por primera vez aquel día, Richard pensó en su hija y se preguntó qué le habría sucedido. Se dio cuenta de que realmente no la conocía muy bien después de todo. Era duro imaginar que su dulce y tranquila pequeña pudiera ser tan imprudente. ¿Qué le había sucedido en la universidad? ¿En dónde había encontrado el valor, porque sí, reconocía que, aunque era temerario, requería valor hacer lo que había hecho? ¿Qué ideas se había forjado? Era tan inocente. No conocía los horrores de la guerra como él. En la última guerra también la gente había ido entusiasmada a la batalla, seducida por el romanticismo de luchar por su país; pronto se desilusionaron. Él había intentado disuadirla, pero ¿lo había intentado lo suficiente? El problema era que no se había dado cuenta de lo importante que aquello era para ella. En realidad no la había escuchado, ahora lo sabía; había estado tan inmerso en su propio mundo, un mundo de romance medieval, un mundo distanciado de la realidad. Sintió una punzada de desesperanza cuando pensó en su investigación, en los libros envueltos en periódicos viejos y almacenados en el pasaje que Margaret había encontrado, sus interminables notas y borradores

metidos ordenadamente en la caja de madera. ¿Podría continuar con su trabajo en Inglaterra? ¿Quería? De alguna manera ya no parecía relevante. No regresarían a España pronto, a pesar de lo que le había asegurado a su mujer.

Cuando Elizabeth había intentado hablar con él sobre su futuro, lo había tachado en silencio de capricho; su instinto le decía que se le pasaría pronto y que conseguiría un trabajo auténtico, secretaria o maestra, algo más adecuado para una mujer que ser reportera gráfica de un periódico. ¿Cómo podía pensar que pasearse por una zona de guerra, sola y desprotegida, era un trabajo adecuado para una mujer, para su hija? Si solo se hubiera tomado la molestia de hablar de ello con ella, entonces, quizás, aquello no hubiera ocurrido. Hubiera habido una manera de que ella cumpliera sus sueños sin ponerse en demasiado peligro. Los pensamientos continuaron dando vueltas en su cabeza, cada uno era como un látigo con el que se fustigaba. Al final, exhausto de su auto flagelación mental, se durmió.

—Papá, papá, despierta.

Peter lo estaba sacudiendo. Miró a su alrededor; la gente estaba de pie, estirándose, reuniendo sus pertenencias y moviéndose hacia la puerta.

—Estamos llegando a Gibraltar. Escuché a alguien decir que atracaremos en cualquier momento. Vamos, papá.

—De acuerdo, hijo. De acuerdo. Tranquilízate.

Se volvió hacia Margaret. Estaba despierta y ya se estaba poniendo en pie.

—¿Estás bien, querida? Dame, deja que coja esa bolsa.

Le cogió la mochila y se la puso sobre el hombro, luego cogió la maleta con una mano y a Peter de la otra.

La cola fuera de la residencia oficial del gobernador se alargaba por la calle principal hasta la Plaza Casemates y los soldados del Regimiento Real de Gibraltar, que custodiaban regularmente la entrada de aquel monasterio reconvertido, se veían obligados a controlar la multitud de agitados expatriados. Richard condujo a su mujer y a su hijo a un ruinoso café de la plaza.

—Quédate aquí y cuida de Peter mientras veo qué sucede —le ordenó a Margaret—. Pide té o algo. No tardaré mucho. Ten unas cuantas libras.

Le tendió un billete de una libra y algunas monedas.

—Quédate con tu madre, Peter, y échale un ojo a las maletas.

—De acuerdo, papá.

Richard empezó a abrirse paso entre la multitud, pero pronto se dio cuenta de que era inútil. Todo el mundo iba en la misma dirección, quería lo mismo; no había nada que pudiera hacer, excepto esperar su turno con todos los demás. Se volvió para mirar a su mujer; estaba sentada tranquilamente bebiendo una taza de té. Peter tenía un pastel de nata y le daba pedacitos a Willow que no parecía estar peor a causa de sus horas de cautividad en la bodega. Se giró y miró calle arriba; la cola no se había movido. Le llevaría horas alcanzar la oficina del gobernador y, para entonces, no habría alojamiento disponible. Abandonó la cola y caminó de regreso con su familia.

—¿Y bien? —preguntó Margaret.

—Nos va a costar horas. He tenido otra idea. ¿Por qué no buscamos un lugar para quedarnos esta noche y vemos cuál es la situación mañana?

—Pero estará todo completo.

—No si vamos ahora. Vamos, termínate ese té y vámonos.

—Toma algo, querido. No has tomado nada desde que salimos de casa —dijo Margaret apurando la taza y rellenándola con el líquido de la tetera—. Lo han dejado hervir mucho tiempo, pero al menos está líquido y caliente.

Cogió la taza agradecido no tanto por el té, sino por el hecho de que su mujer volvía a comportarse como antes. Estaba fuerte y tenía un sabor acre, pero se lo bebió de un trago. La cafeína lo reanimó ligeramente y cogió su equipaje y juntos se dirigieron hacia la frontera.

—¿A dónde vamos, papá?

—He visto unas cuantas pensiones cuando veníamos, al lado del puerto. Quizás una de ellas tenga habitaciones libres.

Cogió a su mujer del brazo.

—¿Estás bien, Margaret?

Ella se giró, una sombra de sonrisa se dibujaba en su tensa cara.

—Estoy bien. No te preocupes por mí.

No les costó más de diez o quince minutos alcanzar la hilera de casas victorianas que había visto antes. La primera, recientemente pintada y con cortinas de chintz en las ventanas, estaba completa, de acuerdo al gran letrero que aparecía en la ventana de la sala de estar. Cuando tocaron en la segunda, no hubo respuesta. No fue hasta que

intentaron en la última casa de la hilera de casas adosadas, con la pintura desconchada en la puerta y macetas descuidadas en el alféizar de la ventana, que recibieron respuesta.

—¿Sí?

Una mujer de unos treinta años, con un niño pequeño colgado de su falda y un bebé en sus brazos abrió la puerta y se los quedó mirando por un resquicio.

—Estamos buscando una habitación para pasar la noche. Somos solo nosotros tres y la perra.

—¿Vienen de España?

Tenía acento de Liverpool.

—Sí. Acabamos de llegar en el HMS Bulldog.

—No sé. Esta es la casa de mi suegra. Tengo que preguntarle. ¿Para cuánto tiempo?

—No lo sé, una noche, quizás dos. Depende de cuándo podamos conseguir un barco para Inglaterra.

Los volvió a mirar por la apertura de la puerta; el bebé comenzó a gimotear.

—Esperen aquí.

Cerró la puerta. Richard miró a su mujer.

—No parece muy limpio —dijo ella en voz baja.

—Lo sé, pero es solo por un par de noches. Tiene que ser mejor que dormir en el suelo del Club Internacional, ¿no?

Margaret sonrió.

Pasaron unos cuantos minutos y la puerta se volvió a abrir. Esta vez era una mujer rotunda, con el pelo rizado y gris y mejillas sonrosadas.

—¿Cuántas noches serán entonces? —preguntó.

—Bueno, como le dije a su nuera, no estamos seguros, probablemente dos o tres noches.

—Tienen que pagar por un mínimo de tres —dijo—. En efectivo y por adelantado.

—Está bien —respondió Richard sacando su billetera.

—Serán tres libras.

Se lo quedó mirando fijamente como para que no se atreviera a desafiarla.

—Está bien. Podemos ver la habitación, por favor.

La mujer abrió la puerta por completo y la siguieron hasta el recibidor y luego por una estrecha escalera. Su habitación estaba en la

parte delantera de la casa, sobre la calle. Estaba escasamente amueblada, pero inmaculadamente limpia; había una cama doble, un lavamanos con una jofaina de estilo victoriano y un aguamanil, un espejo grande y una cómoda. Una lámpara de aceite se alzaba sobre la cómoda.

—Tenemos problemas con la electricidad algunas veces —dijo viendo que Richard miraba la lámpara—. Puedo poner un camastro aquí para el chico. La perra tendrá que dormir en el cobertizo.

—Está bien; no le importará.

—El aseo está abajo en el recibidor. No hay cuarto de baño, me temo, pero hay mucha agua caliente. Háganmelo saber y les subiré.

—Está bien.

Richard sacó tres billetes de su billetera y se los dio a la mujer. Aquello era extorsión, lo sabía, pero qué más podía hacer. No quería que su familia durmiera en la calle.

—Iré a por toallas limpias —dijo metiéndose el dinero en el bolsillo de su delantal—. Pónganse cómodos.

Se detuvo en el quicio de la puerta.

—¿Querrán comer?

—Sí, por favor —dijo Peter antes de que sus padres tuvieran oportunidad de rechazar el ofrecimiento.

Margaret le sonrió.

—Sí, por favor —dijo.

—La comida es a la una, la cena a las seis en punto.

Tan pronto como se hubo ido, Margaret se lanzó sobre la cama y se quitó los zapatos.

—Oh, esto es la gloria.

—Bueno, no tanto. ¿Es cómoda la cama?

—Más o menos, el colchón está apelmazado, pero no es mala. Ven y pruébala.

Se sentó en el borde de la cama, al lado de su mujer y le cogió la mano. Parecía tan frágil; perder a Elizabeth le había afectado profundamente. Bueno, de él dependía asegurarse de que llegaran a salvo a casa y luego tendría que ver qué podía hacer para encontrar a su hija. Pero su principal prioridad ahora eran Margaret y Peter.

—Mira, papá, te dije que tenía una maqueta de un destructor clase “B”. Es esta.

Su hijo había sacado un paquete de cromos de cigarrillos y los estaba extendiendo por la raída alfombra.

—Mira, están las dos chimeneas gemelas y la torreta —dijo sosteniendo el cromo.

—Supongo que estuvimos aquí de pie, ¿verdad? —dijo Richard señalando un lugar que se aproximaba a su reciente posición.

Su hijo recogió el resto de los cromos, los mezcló y empezó a repartirlos como si fueran un mazo de cartas.

—Podemos jugar a las parejas. Tengo muchos repetidos.

—No hijo, ahora no. Voy a volver a la oficina del gobernador para ver qué sucede.

Miró los cromos.

—Dios, podría fumarme un pitillo en este momento.

—¿No te queda ninguno?

—No, me fumé el último en el barco. No tienes ninguno, ¿verdad?

Margaret sacudió la cabeza.

—Vamos, Peter, jugaré contigo. Ven y siéntate en la cama conmigo —dijo.

Tocaron a la puerta. Era la mujer joven del bebé, solo que esta vez llevaba un montón de toallas en sus brazos.

—Aquí están sus toallas. Traeré la cama del chico más tarde, tan pronto como mi marido vuelva para ayudarme.

—Gracias.

Richard cogió las toallas y cerró la puerta de nuevo. Luego vertió agua fría en la jofaina y se la aplicó en el rostro y en el cuello secándose con una de las nuevas toallas.

—Bueno, me voy. No volveré a la una, adelantaos y comed sin mí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, querido. Cuídate.

De nuevo en el exterior, se sintió rejuvenecido; no llovía aquel día, solo una nube baja y gris se cernía sobre El Peñón como una corona, y el aire era fresco y limpio. No olía a pólvora ni había nubes de polvo pendiendo del cielo ni amenaza de ataque, solo aire frío, fresco y dulce. Estaban a salvo. Todo lo que tenían que hacer ahora era encontrar un barco que les llevara a casa.

Desanduvo el camino por el que habían venido y descubrió que la cola había disminuido considerablemente. Alguien había salido a recoger y seleccionar entre los refugiados sus papeles para dirigirlos a las autoridades apropiadas. No tuvo que esperar mucho antes de ver a Timothy recorriendo la fila libreta en mano y esbozando su sonrisa de oficial.

—Timothy.

—Richard, por fin. Me preguntaba qué te había sucedido. Me tenías preocupado, chico.

—Pensé en conseguirle un sitio a la familia para pasar la noche primero. Voy de camino a la oficina del gobernador ahora.

—Bien pensado. No ibais a ir a ningún sitio esta noche, eso es seguro. Hemos telegrafiado a Londres sobre la situación y justo ahora mandan un barco.

—Pero eso llevará unos días. ¿No hay barcos aquí que puedan llevarnos? Hay muchos en el puerto; los he visto.

—Se necesitan aquí. Con las hostilidades actuales en España sería un suicidio reducir nuestra flota ahora mandando barcos a Inglaterra llenos de refugiados. Tenemos que esperar. Como dije, el Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth está bien al tanto de la situación.

—Y, ¿qué hacemos ahora?

—Bueno, tengo que haceros constar en el manifiesto, eso es lo primero, luego tendréis que esperar a que llegue el barco. No te preocupes; estoy igual de ansioso que tú por salir de aquí.

—Estamos en una pensión un poco más allá de Red Sands Road. Dame para que te apunte la dirección.

Timothy le tendió la libreta y Richard escribió la dirección de su alojamiento temporal.

—¿Alguna noticia de Elizabeth?

—No, pensé que tú podrías haber oído algo.

—No tenemos a nadie en Málaga en estos momentos. Todos vinieron en el mismo barco que tú. Si se dirige a Almería, puede que llegue algo a nuestros oídos. Todavía tenemos un colega en el Consulado allí, no lo sabías.

—Si oyes algo, cualquier cosa, házmelo saber, Timothy. Estamos tan preocupados por ella.

—De acuerdo, amigo.

Richard estaba de regreso en la pensión a tiempo para comer. Se sentía más relajado de lo que lo había estado hacía días; al fin, las cosas parecían estar bajo control. Entró con la llave que Mrs. Underwood, la casera, le había dado y fue directamente a su habitación. Peter estaba estirado sobre una cama nido en una esquina de la habitación, sus cromos desparramados a su alrededor, medio

dormido; estaba con la boca abierta, reminiscencia de los días en los que era un bebé, y su respiración originaba el sonido de ronquidos apagados. Margaret se había subido a una pila de cojines para poder ver mejor y estaba dibujando a su hijo pequeño. Cuando la vio, Richard sintió como si se le hubiera quitado un gran peso del corazón; si su mujer había vuelto a dibujar, era porque se sentía mejor. Tiró un paquete de cigarrillos sobre la cama.

—Players. Fantástico.

Margaret dejó su cuaderno y su lápiz y cogió el paquete.

—Hace siglos que no me había fumado un cigarrillo inglés.

Sacó uno y cuidadosamente se lo llevó a los labios. Richard se inclinó y le sostuvo el encendedor. Ella inhaló profundamente, lentamente, con una mirada de puro placer en su rostro.

—Eso está bien. ¿Y tú? ¿No te fumas uno?

—Después. Me he fumado uno mientras hacía cola.

—¿Cómo te fue?

—Vi a Timothy.

Vio como una sombra cruzó el rostro de Margaret.

—¿Dijo si había escuchado algo sobre Elizabeth?

—No, no ha oído nada. Pero dijo que habrá un barco en unos días.

—¿Unos días?

—Tenemos que esperar a que venga uno y nos lleve.

—¿De Inglaterra? Eso llevará semanas.

—No, de Malta. Solo le costará un día o así llegar hasta aquí y luego partiremos a casa.

Intentó sonar tan alegre como pudo, pero su mujer no se quedó convencida. Volvió a dibujar, con el cigarrillo firmemente sujeto entre sus labios.

—¿Viste al marido?

—¿Mr. Underwood? Sí. Un tipo muy agradable, trabaja para la Marina.

Se oyó tocar desde abajo un gong anunciando la comida.

—La comida debe estar lista.

—Peter, despiértate, querido, mientras me refresco un poco —dijo Margaret.

Pero Peter no necesitaba que lo despertaran; ya estaba estirándose y mirando alrededor de la manera aturdida que Richard reconocía. Aún era tan joven para verse inmerso en todo aquello.

—Vamos hijo, es hora de comer.

—Qué bien, hora del papeo —dijo el chico rodando por la cama y dirigiéndose a la puerta.

—Espera un minuto, ¿qué tal si te lavas las manos primero? —le dijo su madre.

Richard se sentó en la cama esperándolos.

—Vi a Teddy en la ciudad.

—¿Sí? ¿Estaba bien? ¿Cómo está Rosalind?

—Está bien; quejándose del retraso, por supuesto. Rosalind estaba por lo que parece en la peluquería.

—¿En la peluquería? No te creo.

—Es verdad, lo estaba. El director del hotel le encontró una.

—La ciudad está llena de refugiados, todos preguntándose dónde encontrarán algo de comer y cuándo se irán a casa, y Rosalind en la peluquería.

—Dijo que no podía ir a casa con ese aspecto, no delante de toda esa gente.

Margaret se pasó un peine por sus enredados rizos.

—¿Dónde se quedan?

—El Hotel Rock.

—Solo lo mejor para Rosalind.

—Teddy nos ha invitado a cenar con él esta noche.

—Oh, Dios, no tengo nada que ponerme.

—Claro que tienes. Ponte tu vestido gris y blanco; siempre te ves bien con él.

Ella suspiró.

—Lo metí en la maleta en el último momento; Elizabeth dijo que sería mejor meter faldas y jerséis. No entiende las normas de etiqueta que imperan en este tipo de eventos.

Recordar a su hija le hizo detenerse y mirar su reflejo en el espejo. Giró la cabeza a un lado y luego al otro.

—La gente dice que somos muy parecidas —dijo—. Yo no lo veo.

—Vamos tesoro, no queremos hacer esperar a Mrs. Underwood.

Margaret no tuvo otra alternativa que ponerse el vestido gris y blanco; estaba algo arrugado, así que le pidió prestada una plancha a la casera y lo planchó todo lo cuidadosamente que pudo. La nuera les trajo una jarra de agua hirviendo para que pudieran lavarse y a las seis en punto estaban todos listos.

—¿No estamos elegantes? —dijo Richard mirando el reflejo de todo el conjunto en el espejo.

—No veo cómo podríamos mejorarlo en estas circunstancias —añadió su mujer mirando no muy convencida—. Al menos no está lloviendo.

El camino hasta el hotel Rock les llevó casi veinte minutos. Tan pronto como llegaron, Richard fue al mostrador de recepción a preguntar por sus amigos.

—Mr. Harcourt-Smith les está esperando en el bar, señor —le informó un recepcionista en librea—. Pasen por ahí.

Teddy y Rosalind estaban sentados a una mesa de cristal con vistas a la bahía. Teddy llevaba un traje de noche negro y una pajarita, y Rosalind estaba ceñida en un engendro de tul rosa.

—Queridos, qué gusto veros.

Richard intentó no mirar el rostro de su mujer; sabía lo que estaría pensando.

—Rosalind, estás muy elegante —dijo besándola en la mejilla—. Teddy.

—Hola, amigo, encantado de que hayas podido venir. Margaret, querida, qué bien te ves. Venid y sentaos aquí, cerca de mí.

—Teddy reservó la mesa para las siete y media. Pensé que probablemente no querrías comer muy tarde con todo este jaleo. Y con el niño, por supuesto.

Miró a Peter como si le asombrara que lo hubieran traído con ellos.

—Sí, no contaba con tener que preocuparme por vestirme para cenar esta noche; solo pensé que Rosie y yo tomaríamos algo en nuestra habitación, pero Rosie dijo que no, que no debíamos dejar de vivir según nuestros estándares solo por un poco de conflicto. Y tienes toda la razón, amiga —añadió Teddy.

Alargó la mano y le dio a su mujer unas palmaditas en la rodilla.

—Bueno, aquí estamos. Tuvimos mucha suerte de encontrar una habitación que diera al puerto; el hotel está completamente lleno. Bueno, es bastante nuevo, sabéis, el lugar idóneo para quedarse. Por supuesto, Teddy tuvo que hablar con el director, pero, una vez que le explicamos quiénes éramos, no hubo ningún problema.

—¿Algo de beber? —preguntó Teddy.

—Un gin tonic, por favor —respondió Richard.

—Para mí también, por favor, Teddy —añadió Margaret.

—Tres gin tonics —le dijo al camarero que había estado rondando durante un tiempo cerca del codo de Teddy—. ¿Rosalind?

—Un vermú, por favor, querido.

—Y un vermú dulce.

—¿Habéis tenido noticias del barco? —preguntó Richard.

—Probablemente llegue pasado mañana. Viene de Malta, según Sir Reginald.

—Teddy y yo vamos a relajarnos y disfrutar hasta entonces —añadió Rosalind—. Ver unos cuantos viejos amigos, hacer compras, ya sabéis, esa clase de cosas. Los Carrington nos han invitado a comer a su casa mañana. ¿Los recuerdas, Margaret? William y Betty, estuvieron con nosotros el año pasado. Bueno, tienen una casa maravillosa aquí. Querían que nos quedáramos con ellos, pero dije que no, mejor quedarse en un hotel. No queremos que se lo tomen como una obligación, sabéis.

—Si todavía estamos aquí el fin de semana, iremos a la cacería. Te gustará, amigo, un magnífico espectáculo —añadió Teddy.

—Espero que no estemos aquí el fin de semana —dijo Margaret—. Quiero poner a mi hijo a salvo en Inglaterra tan pronto como pueda.

—Por supuesto, querida. Y naturalmente debes estar preocupada por tu hija. ¿Has tenido noticias suyas? —preguntó Rosalind.

Richard alargó la mano y cogió la de Margaret.

—No, aún no.

—Oh, querida, los hijos representan tanta responsabilidad. Algunos días le agradezco a Dios que Teddy y yo nunca hayamos tenido. Estoy segura de que no sabría cómo arreglármelas.

—Bueno, ahora no tienes que preocuparte de eso, amiga. Es un poco tarde para esas cosas, eh, eh.

—Esperábamos que Timothy tuviera noticias, pero dice que no hay nadie en el Consulado Británico ahora. Todos se marcharon al mismo tiempo que nosotros —añadió Richard.

—Por supuesto que lo hicieron. No había opción. Sabían que la ciudad sería tomada por los nacionales más pronto o más tarde —les informó Teddy—. Las últimas noticias son que el condenado gobernador civil ha huido y lo ha dejado todo. La ciudad completa ha sido arrasada.

—Bueno, quizás impondrán algo de orden en el lugar ahora —añadió Rosalind.

—Oh, Dios mío —dijo Margaret llorando—. ¿Qué le sucederá a

Elizabeth ahora?

—No te preocupes, Margaret, estará bien. Tiene muchos recursos; estoy segura de que estará bien.

Richard rodeó con el brazo a su mujer, que había empezado a derramar grandes y silenciosas lágrimas. Teddy sacó un gran pañuelo recién lavado y empezó a secarse su sudorosa frente.

—Mira, Marge, amiga, lo siento. No hubiera dicho nada, pero pensé que lo sabías. La ciudad ha estado rodeada durante días; tenía que pasar en cualquier momento.

Rosalind sorbió su vermú y esperó a que su amiga se recompusiera.

—No le van a hacer daño a Elizabeth; es británica —dijo.

—Eso es verdad; estará bien. Solo necesita mostrar su pasaporte británico y la tratarán como corresponde —añadió Teddy.

—¿Pedirán ya, señor? —preguntó el camarero.

Teddy miró a Richard y a Margaret. Richard asintió con la cabeza.

—Sí, pasaremos ya.

Richard se levantó para dejar que Margaret y Peter siguieran a los Harcourt-Smith al comedor; no podía sacarse las palabras de Teddy de la cabeza. Si Málaga había caído, ¿dónde estaba su hija ahora? Dondequiera que estuviera, no podía ser bueno. ¿Era una de esos desdichados refugiados que habían visto avanzando desde Estepona? No podía soportar pensar en ello; sintió una oleada de náuseas recorrerlo y, por un instante, estuvo a punto de rechazar la invitación a cenar de su anfitrión. Dondequiera que estuviera, estaba en la línea del frente ahora; de eso estaba seguro. Sabía cómo sería aquello y también sabía que un pasaporte británico significaba muy poco en el fragor de la batalla.

—Oh, Elizabeth —se lamentó—. ¿Qué has hecho?

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 14
ELIZABETH

Elizabeth se despertó con el sonido de las campanas de la iglesia. ¿Era domingo?

—Oh, no, otra vez no—se quejó Ana golpeando con la cafetera la barra del bar—. Vamos, vámonos.

Elizabeth sintió como Juan la agarraba del brazo y tiraba de ella hacia la puerta.

—Vamos, deprisa. Es un ataque aéreo.

—¿Dónde vamos? —dijo resollando y agarrando su abrigo y su cámara.

—Al sótano, por supuesto. No te preocupes, cariño; pronto habrá pasado.

Siguieron a los otros descendiendo por unos peldaños de piedra a una diminuta habitación. Olía a frío y a humedad, y podía ver gotear agua por las paredes.

—No puedo quedarme aquí. Tengo que salir —dijo llorando y apartándose de Juan.

Por primera vez, empezó a sentirse realmente asustada.

—No, tienes que quedarte, Isabela. No puedes salir allí afuera; es demasiado peligroso. Podrían matarte —dijo Juan intentando calmarla.

—No puedo soportarlo. No puedo respirar. Lo siento, tengo que salir. No puedo respirar —repitió.

Era presa del pánico ahora; la habitación se cerraba sobre ella y sentía como si una correa le oprimiera el pecho.

—Sí puedes. Relájate. Vamos, respira profundamente, despacio. Eso es; respira despacio, a través de la boca. Ahora déjalo salir, lentamente. Buena chica, puedes hacerlo.

Le sostuvo las manos y la atrajo hacia sí. Podía sentir al bebé atrapado entre los dos. En la penumbra, podía ver a la gente del bar. Los más experimentados habían traído su café y estaban sentados,

bebiendo y hablando, impasibles.

—¿Qué sucede? —consiguió al fin preguntar.

Estaba empezando a sentirse avergonzada por haber causado tanto alboroto. Bonita corresponsal de guerra era, acobardada en un sótano, lloriqueando porque era claustrofóbica.

—No te preocupes, Isabela. Pasa esto cada día desde hace semanas. Son bombarderos alemanes.

—La Legión Cóndor —los interrumpió un hombre a su lado.

—Están intentando destrozar nuestra ciudad —añadió una mujer.

—Ayer, cincuenta y dos personas murieron en un edificio cerca de Calle Nueva a causa de una bomba. Una bomba. ¿Puedes imaginarte eso? Pesaba más de quinientos kilos. Horrible —le dijo un viejo pegado a la espalda de Juan—. Esas pobres almas nunca tuvieron una oportunidad. Qué Dios les asista.

La gran cantidad de muertos hizo que un escalofrío recorriera la columna vertebral de Elizabeth.

—¿Crees que estamos seguros aquí? —le susurró a Juan.

Él se encogió de hombros.

—Quién sabe. Estamos más seguros aquí que en la calle, eso es seguro.

Permanecieron hacinados en la oscuridad durante al menos una hora hasta que escucharon las campanas de la iglesia repicar para anunciar que todo estaba despejado.

—Gracias a Dios.

Un suspiro de alivio se propagó por la habitación y la gente empezó a relajarse; charlaron e incluso compartieron chistes mientras subían la escalera de piedra; el peligro había pasado una vez más.

Tan pronto como estuvo de vuelta en el bar, Elizabeth desenvolvió al bebé y lo examinó. Todavía estaba vivo, pero muy callado.

—No es habitual que un bebé esté tan callado —le dijo a Juan—. Tengo que encontrarle comida o morirá.

Le puso el biberón contra sus diminutos labios, animándolo a beber. El bebé lo succionó unas cuantas veces y luego se detuvo exhausto.

—No tiene fuerzas para succionar, el pobre pequeño —dijo Ana mirando por encima del hombro de Elizabeth—. No creo que vaya a lograrlo.

—Oh, Ana, ¿no sabes de nadie que pudiera quedárselo? ¿Alguien

que ya tenga un bebé, por ejemplo?

La mujer sacudió la cabeza con tristeza.

—No, lo siento. Todo el mundo se esfuerza por permanecer vivo. Nadie quiere otra boca que alimentar, incluso aunque sea tan pequeña como esta.

—Pero, es tan pequeño e indefenso.

Elizabeth sentía que estaba a punto de llorar.

—No te preocupes, Isabela. Te llevaré al Caleta Palace. Quizás allí tengan algo de sobra —dijo Juan.

Elizabeth volvió a atar al bebé a su pecho y se puso el abrigo.

—Sí, vámonos, de inmediato —dijo ella.

Afuera nada había cambiado demasiado; las calles todavía estaban tranquilas y alguna gente, como ellos, emergía de los sótanos y los refugios, parpadeando por la brillante luz del sol. Sin embargo, mientras caminaban rumbo norte hacia el Caleta Palace, vieron signos de destrozos más recientes.

—Esto debe haber sucedido esta mañana —dijo Juan—. Bombas alemanas.

Un grupo de hombres estaban sacando los escombros de una casa vieja solo con sus manos, buscando supervivientes.

—No creo que nadie pueda estar todavía vio ahí dentro —dijo Juan.

Trató de apartar a Elizabeth de las ruinas, pero, antes de que pudiera hacerlo, vio una pierna con una media negra asomando debajo de una pesada puerta de madera. Alguien, probablemente una anciana, no había podido refugiarse a tiempo.

—Espera. Quiero fotografiar esto —dijo Elizabeth.

Cuando enfocó su cámara en los escombros, sintió una oleada de náuseas sacudirla una vez más. Estaba empezando a ver con claridad lo que en realidad estaba sucediendo. No importaba quién tuviera razón, los nacionales o los republicanos, gente inocente estaba muriendo. Abrazó al bebé con más fuerza contra su cuerpo. Si podía salvar aquella vida, valdría la pena.

Mientras avanzaban por la calle, Elizabeth no podía sacarse la imagen de la pierna de la mente. La media se había roto y la carne de debajo relucía blanca y carente de manchas de sangre; el zapato todavía estaba en su sitio, un zapato viejo, desgastado sobre todo en los talones, moldeado para adquirir la forma del pie deformado por los

juanetes de una anciana. Era una imagen desconectada de su propietaria; una imagen que mostraría al mundo.

No estaba lejos del hotel, que se alzaba en una esquina de una gran plaza abierta que había escapado a los recientes bombardeos. Elizabeth abrió la puerta empujándola y fue directa al restaurante.

—¿Tienen leche para mi bebé? —le preguntó al primer camarero que vio.

—Lo siento, señora. ¿Es una huésped?

—¿Qué tiene eso que ver? Necesito comprar algo de leche para este pobre niño hambriento. ¿Tienen?

Se desabrochó el abrigo y le mostró el bebé, que alertado por el enfadado sonido de su voz empezó a sollozar.

—Bueno, señora, es solo que tenemos muy poco de todo y me han ordenado guardar lo que tenemos para los huéspedes.

—En ese caso, nos quedaremos una habitación —dijo Juan—. Hablaré con recepción; siéntate aquí un instante.

Le indicó una mesa en la esquina. Elizabeth se sentó y se desató al bebé del pecho, cuidadosamente. Lo envolvió con su toquilla y empezó a mecerlo suavemente, pero su llanto no cesaba. Ella también empezó a llorar, sus lágrimas caían silenciosas sobre el niño.

—Señora, ¿servirá esto?

El camarero regresó portando una pequeña jarra. Ella miró dentro.

—Es leche de cabra —le explicó.

Leche de cabra caliente, qué maravilloso.

—Muchas gracias —dijo, secándose las lágrimas y sacando el biberón de cristal de su bolsillo y llenándolo con la leche.

No había mucha; de hecho, casi no llenó el biberón, pero fue suficiente. Esta vez, cuando presionó la tetina contra la boca del bebé, este empezó a succionar con fuerza.

—Con cuidado, no te excedas, tragarás aire —lo previno y le limpió la leche que le caía por la barbilla.

El niño todavía se estaba alimentando felizmente cuando Juan regresó.

—Tengo una habitación —anunció—. Y tiene baño. Hay agua caliente una vez al día, a primera hora de la mañana, y podemos desayunar.

Parecía muy complacido con sus noticias cuando se dio cuenta de que el bebé estaba bebiendo y preguntó.

—¿De dónde ha salido eso?

Elizabeth señaló al camarero que estaba retirando ahora algunos platos de una de las mesas.

—Entonces, ¿pido algo de desayunar? —le preguntó.

—¿Tú qué crees?

Juan habló con el camarero y en cuestión de minutos tenían una cafetera de un fuerte café, un pan que parecía algo sólido y una pequeña frasca de aceite de oliva delante de ellos.

—¿Qué hacemos luego? —preguntó Elizabeth un poco tímidamente cuando terminaron de comer.

—¿Te gustaría ver la habitación? —preguntó—. Luego podemos regresar y recoger tu maleta.

—Sí, esa sería una buena idea. Tengo que asear al bebé y sería agradable dejar de llevarlo a cuestas un rato.

—Solo una cosa más —dijo él, su voz se convirtió en un susurro—. Les he dicho que estamos casados y que es nuestro bebé. De otra manera no me dejarían subir a la habitación contigo.

Ella lo miró y sonrió; la mentira la embargó de placer. Imaginárselo como su marido parecía la cosa más natural del mundo.

La habitación estaba decorada minuciosamente, con ornamentos de bronce labrado y telas lujosas: dos pesadas lámparas de aceite se erguían a cada lado de una gran cama de caoba que estaba cubierta con una gruesa colcha de terciopelo azul del mismo color que las cortinas. El baño era simple: una bañera esmaltada de blanco de hierro fundido con grifos de cobre se alzaba detrás de una pantalla japonesa a un extremo de la habitación.

—No hay retrete —dijo Elizabeth.

—Dijo que estaba al final del pasillo —respondió él caminando hasta la ventana y mirando fuera.

Estaban en el cuarto piso, sobre la plaza. Se veía poca gente; todo el mundo evitaba las calles. Corrió las cortinas hasta casi cerrarlas, pero no del todo; un solo rayo de luz iluminó la habitación.

Elizabeth dejó al bebé en la cama y se sentó a su lado; sus ojos estaban cerrados.

—Mira, por qué no lo dejamos por ahora; es una pena despertarlo. Puedes asearlo más tarde —sugirió Juan.

Abrió un cajón de la cómoda.

—Hagámosle una cama aquí.

Cuidadosamente, Elizabeth colocó al bebé en el cajón. Era un alivio verse libre de él por un instante. Vio su reflejo en el espejo: su pelo colgaba lacio sobre sus hombros y su rostro parecía cansado.

—Oh, Dios, qué desastre. Voy a tener que lavarme, con agua fría aunque sea.

Sintió la mano de Juan sobre su hombro, girándola suavemente para tenerla de frente.

—Nunca parecerás un desastre, Isabela —dijo—. Eres demasiado bonita para eso.

—Juan —empezó ella.

Él le puso un dedo en los labios.

—No hables. Aún no.

Se inclinó y la besó en la boca. Ella sintió separarse sus labios y devolverle el beso. El mundo parecía encogerse y concentrarse en aquel pequeño espacio entre ellos. El resto sucedió lentamente, sin prisas. Estaban flotando en un sueño: de pie, sin hablar, quitándose la ropa el uno al otro, prenda a prenda, saboreando cada momento, deteniéndose a besar cada nuevo secreto revelado. Ella pasó sus dedos por el pecho de él, sintiendo la tersura de sus músculos debajo de su piel; le acarició el pelo y lo dejó deslizarse entre sus dedos; sintió la firmeza de sus nalgas y un estremecimiento le recorrió la columna vertebral; cerró los ojos de placer cuando los labios de Juan se precipitaron sobre su pecho. No había prisa; tenían tanto que explorar, tanto que aprender del otro. Cuando al fin se quedaron desnudos, con la ropa desordenada a sus pies, él la levantó en brazos y la tendió en la cama. Elizabeth no era virgen, pero tampoco muy experimentada en el arte amatorio. Se estremeció repentinamente, fría y nerviosa por lo que estaba a punto de suceder, pero Juan era el amante perfecto. Se tomó su tiempo; quería complacerla, explorar su cuerpo a su manera, enseñarle a complacerlo, experimentar cada sensación como si fuera la primera vez.

Más tarde, cuando ambos yacían juntos, bañados en el sudor del otro, cansados y felices, él se volvió hacia ella y le dijo que la amaba. Ella no respondió; estaba demasiado contenta para hablar. Mientras estaban así, las lágrimas le llenaron los ojos y, a pesar de su felicidad, Elizabeth comenzó a llorar; su amor había desatado los miedos y las tensiones de los días anteriores y ahora los derramaba, empapando la almohada.

—¿Estás bien? —le preguntó él acariciándole tiernamente el pelo.

—De maravilla —susurró ella—. Es solo que soy tan feliz.

Él la rodeó con su brazo y la abrazó contra su pecho. Se quedaron allí tumbados durante mucho tiempo, sin hablar, dormitando y despertándose, y cuando se despertaban se entregaban al otro de nuevo, incapaces de saciar el deseo que sentían. Al fin, cansada y dolorida, se incorporó para sentarse.

—Tenemos que irnos ahora. No podemos estar aquí todo el día.

—¿Por qué no? —le preguntó él tirando de ella para ponerla encima y besarle los pechos.

—Porque... —dijo y rodó sobre él—, tenemos cosas que hacer.

El rostro de Juan se entristeció. Ella se daba cuenta de que aquello también había sido para él una forma de escapar de la realidad. Ahora, tenían que enfrentarse al resto del día y a los días que vendrían. Y, ¿qué iban a hacer con el bebé?

—Tienes razón. Vamos a ver si queda agua caliente.

Se incorporó de un salto de la cama y desapareció detrás de la pantalla.

Para cuando regresaron al hotel Regina ya era por la tarde. Elizabeth había alimentado al bebé con el resto de la leche, y el niño dormía tranquilamente en su improvisada mochila portabebés. Había dos extranjeros en el bar, bebiendo café y sorbiendo grandes copas de brandy.

—¿Cómo os fue?—les preguntó Ana en cuanto los vio.

—Bien —le respondió Elizabeth y le contó lo de la leche de cabra—. Tengo una habitación en el Caleta Palace para esta noche —añadió.

—Bien. Me alegro.

—¿Eres inglesa? —le preguntó uno de los hombres del bar.

—Sí. ¿Y tú?

—¿Yo? Diablos, no. Soy americano. Wilbur Ford, a tu servicio; Will para los amigos.

Hizo tentativa de hacer una reverencia.

Por supuesto, cómo podía haber pensado que era inglés, con esos pantalones a cuadros azules y blancos. Era un hombre fornido de unos veinte años, con el pelo esmeradamente cortado y, si no fuera porque iba sin afeitar, hubiera tenido la apariencia fresca y elegante del vecino de al lado.

—¿Estás emparentado con Henry Ford? —le preguntó sonriendo.

—Eso quisiera. Pero no. Sin embargo, mi amigo es de Inglaterra, de Oxfordshire.

Pronunció la "d" de Oxford. A Elizabeth le provocó risa.

—¿Cómo estás? —dijo su compañero.

Era un joven alto y larguirucho con el pelo rubio y profundos ojos azules. Le sonrió complacido, revelando una hilera de dientes desiguales pero muy blancos.

—Hola —respondió ella tendiéndole la mano—. Mi nombre es Elizabeth y este es mi amigo Juan.

—Encantado de conocerte Elizabeth, y a ti, Juan. Soy Alex, Alex Reeves.

Parecía ligeramente borracho. Los hombres se estrecharon las manos solemnemente.

—Y, ¿qué estás haciendo aquí? Pensé que todos los expatriados se habían ido —le preguntó a Elizabeth Alex.

Elizabeth le ofreció la versión corta de los últimos días y luego se sentó a escuchar su historia. Parecía que Wilbur era un periodista del Washington Post; había estado en Valencia donde había conocido a Alex y habían viajado hasta allí en tren juntos para ver lo que sucedía en Málaga.

—Y, ¿qué está pasando? —preguntó Elizabeth.

—Bueno, ayer conduje por la carretera de la costa hasta Marbella para visitar el frente de batalla. ¿Frente de batalla? Es un chiste; no hay barricadas, solo un muro de piedras y unos cuantos milicianos con azadas. ¿Cómo esperan contener a los rebeldes con eso? Le pregunté a su sargento que harían si los insurgentes llegaban y se limitó a encogerse de hombros y decir: «me llevaré a los hombres a la sierra».

—Y, ¿con qué defensas contamos? —preguntó Juan interesado por tener al fin noticias de primera mano.

—Con muy pocas por lo que pude ver. Parecen considerar una señal de cobardía levantar defensa alguna.

—Me encontré con el Coronel Villalba hace unos días; es el nuevo jefe militar de los milicianos. Está a cargo de todo el sector sur —se brindó el inglés.

—¿Qué dijo?

—Dijo que no piensa que los insurgentes ataquen Málaga. A pesar de los continuos bombardeos, no ha habido lucha en el frente. Está convencido de que pasarán por Málaga e irán directos a Madrid.

—Esperemos que tenga razón —añadió Wilbur—. Podría haber

muerto cuando me dijo que no les quedaba munición. ¿Cómo se puede combatir sin munición?

—Ni munición ni armas pesadas. Con esto y la rivalidad entre comunistas y la CNT no tienen muchas posibilidades de conformar una defensa real.

Los hombres parecían cansados; ambos necesitaban un baño y sus ojos estaban inyectados en sangre. Parecía como si no hubieran dormido en semanas.

—¿Tú también eres reportero? —le preguntó Elizabeth a Alex.

—¿Yo? No, no soy tan listo como para eso. Soy corredor de media distancia.

—¿Corredor? ¿Qué quieres decir con corredor?

Estaba perpleja; correr no constituía ninguna profesión a su parecer.

—Atleta, ya sabes. Participo en carreras, los quinientos metros en realidad. Soy muy bueno haciéndolo además.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —le preguntó Juan algo perplejo ante aquel joven larguirucho.

—Buena pregunta. Me he estado preguntado lo mismo. Bueno, es una larga historia, pero, como supongo que no tenéis otro sitio al que ir esta tarde, os la contaré de todos modos.

Bebió de su brandy y empezó con su relato.

—Pertenezco a un club atlético, el Arlington Harriers, y el pasado verano algunos miembros de nuestro equipo fueron seleccionados para participar en las Olimpiadas de Berlín: un par de chicos de los cien metros, yo mismo y un tipo que corre muy rápido la maratón. Pero entonces, con el tal Hitler y los que apoyan a los nazis, nuestro presidente decidió que debíamos boicotearlo; canceló todo el espectáculo: billetes de avión, reservas de hotel, todo. Todos nos sentimos bastante decepcionados, te lo puedo asegurar. Meses de entrenamiento para nada. De todas maneras, entonces oí hablar de las Olimpiadas del Pueblo y pensé: por qué no probar suerte.

Los miró y luego, dándose cuenta de que no tenían idea de lo que hablaba, les explicó:

—Las Olimpiadas del Pueblo eran una versión protesta de los Juegos Olímpicos. Digo “eran” porque también se han visto frustradas. Fue el nuevo gobierno español, el Frente Popular, el que tuvo la idea. Tampoco les gustaba pensar que los Juegos fueran a celebrarse en Berlín debido a Hitler y al fascismo, así que decidieron celebrar unos

alternativos en Barcelona. Estaban previstos para julio, justo antes de los Juegos Olímpicos oficiales. Bueno, la idea cuajó de verdad y seis mil atletas se inscribieron, representantes de más de veinte países; algunos patrocinados por grupos de izquierdas, asociaciones de trabajadores y sindicatos, pero algunos, como yo, se registraron individualmente. Iba a ser un acontecimiento increíble: seis días de deporte, música, teatro, bailes regionales, una auténtica juerga internacional. Entonces estalló la Guerra Civil y fue cancelado. Algunos participantes nunca llegaron a Barcelona porque las fronteras se cerraron inmediatamente y la mayoría de los que ya habían llegado a España se fueron a toda prisa, pero algunos de nosotros, unas doscientas almas idealistas decidimos quedarnos. Nos unimos a las Brigadas Internacionales con la intención de luchar contra los rebeldes.

—¿Tú también?

—Sí, yo me quedé, obviamente. Me uní a un grupo de milicianos en Barcelona, pero luego me transfirieron a Valencia para ayudar allí. Era un maldito desastre; nadie sabía qué estaba haciendo. No había jerarquía de mando ni órdenes claras ni ametralladoras; la Marina parecía estar en manos de los rebeldes y era un auténtico caos. Al final, decidir irme. Si hubiera pensado que hubiera sido de utilidad, me hubiera quedado a ayudar, pero no podía verle el sentido a arriesgar la vida por nada. Era ridículo; solo teníamos un rifle para cada cuatro hombres. No había tanques ni aviación. Era inútil quedarse; decidí que sería más útil informar al Gobierno Británico sobre lo que de verdad estaba pasando aquí, que morir anónimamente en una cuneta. Así que me dirigí a Gibraltar.

Elizabeth no estaba segura de que le gustara aquel hombre. ¿Era un cobarde o solo estaba siendo práctico? Parecía estar intentando convencerse, igual que a ellos, de que sus actos habían sido los correctos.

—Y aquí estamos —retomó Wilbur la historia—. Me topé con Alex en el tren y comenzamos a hablar.

—¿Cuáles son tus planes ahora? —preguntó Elizabeth interesada por su estrategia periodística.

—Bueno, es difícil de decir. Este sitio se está derrumbando. No puedo enviar ninguna copia a mi periódico porque todas las líneas de comunicación están cortadas; se me ha dicho que no soy bienvenido en la zona nacional porque mi periódico no es lo suficientemente de

derechas. Y, para rematarlo todo, me han robado la cámara. No es fácil hacer mi trabajo en estos momentos.

Alzó su copa y bebió algo más de brandy.

—Tengo una cámara —le dijo Elizabeth—. De hecho, esa es la verdadera razón por la que todavía estoy aquí; quiero registrar con fotos lo que veo.

—Así que tienes una.

Sacó su billetera y miró dentro. Estaba llena de dólares americanos.

—¿Te gustaría vendérmela? Haré que merezca la pena.

Ella lo miró; su rostro estaba sonrojado por el brandy y parecía inestable de pie.

—No, por supuesto que no. Te diré por qué: estoy aquí para hacer fotos. No puedo hacerlo sin cámara, ¿o sí?

—Sí, ya lo sé, pero esto es más importante que unas cuantas tomas de unos edificios en ruinas. Necesito una cámara para hacer la crónica de esta guerra. Es mi trabajo.

—Consigue una en otro lugar. Necesito la mía.

Estaba indignada. ¿Quién era aquel hombre arrogante para menospreciar su iniciativa de aquella manera? ¿No la tomaba nadie en serio? Sintió la mano de Juan sobre su hombro.

—Cariño. No dejes que te moleste —le susurró.

—De acuerdo, de acuerdo.

El americano levantó las manos simulando que se rendía.

—Era solo una idea, sabes.

—Bueno, lo siento, pero no —repitió ella.

—¿Este pequeño es tuyo, entonces? —preguntó Alex cambiando de tema y señalando al bebé.

—No, lo encontré abandonado en las ruinas. Desearía poder encontrar a su madre; me estoy empezando a preocupar verdaderamente por él.

—No son buenos tiempos para los niños, eso es seguro —estuvo de acuerdo el americano.

—¿Sabes que todos los consulados han echado el cierre y han mandado a sus empleados a casa? —preguntó Alex.

—He oído algo al respecto. Sé que el Consulado Británico está vacío porque me pasé ayer. ¿Piensas que somos los únicos británicos que quedan? —preguntó ella con tristeza.

¿Fue ayer cuando había llegado? Parecía que hacía una eternidad.

—No, está ese tipo que vive en la carretera de Colmenar, Sir Philip algo. He oído que va a ser nombrado Cónsul Honorario. Quizás pueda ayudarte si quieres irte.

—No estoy segura de que esté lista para marcharme aún —respondió ella mirando a Juan—. No sé qué voy a hacer.

—Bueno, no lo postergues demasiado.

—Yo me voy mañana. Voy a intentar atravesar las líneas nacionales y llegar a Sevilla —dijo Wilbur.

—Un poco arriesgado, ¿no?

—Bueno pensé en decir que soy un periodista freelance que trabaja para el Daily Mail en Londres. Eso será suficientemente de derechas para ellos, no creéis.

Se rió y bebió más brandy.

—Pero, ¿no necesitas papeles o algo? —preguntó Elizabeth.

—Diré que me robaron la cámara.

Todos se rieron de su audacia y Alex pidió más brandy y café.

—¿Uno para ti? —le preguntó a Elizabeth.

—No, gracias. Solo hemos venido a recoger mi maleta. Volvemos al Caleta ahora.

Los vio mirar a Juan, probablemente se preguntaban cuál era su relación, pero no les sacó de dudas.

—¿Y qué hay de ti, Alex? ¿Qué harás ahora?

—Voy a presentarme ante el coronel Villalba mañana y a unirme a sus milicianos.

—Pero, pensé que dijiste que era una lucha inútil. ¿No te dirigías a Gibraltar?

—Sí, lo sé, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Estoy aquí ahora. Este grupo está incluso peor organizado que aquella panda de Valencia, pero la cosa es que aquí nadie parece estar preocupado. Es casi como si esperaran ganar solo porque tienen razón. Piensan que, como son tantos, eso será suficiente para superar a los tanques, a las bombas y a las experimentadas tropas africanas. No parecen darse cuenta de que la superioridad numérica no es suficiente.

—Bueno, buena suerte —le dijo Elizabeth y le estrechó la mano.

—Para ti también. Buena suerte con esas fotos.

—Te mandaré una postal desde Sevilla —bromeó Wilbur.

—¿Nos vamos? —preguntó Juan.

—Un momento.

Se volvió hacia los hombres y dijo:

—¿Os importa si hago un par de fotos?

—Adelante, señorita —dijo Wilbur rodeando a Alex con su brazo y sonriéndole a la cámara.

—Juan, ¿te importa? —le preguntó ella, sonriéndole.

—Por supuesto que no.

Dejó las maletas en el suelo y se unió a los otros hombres.

—Pero después, en serio, tenemos que irnos.

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 15
ELIZABETH

Durante los siguiente días Juan y Elizabeth pasaron la mayor del tiempo o refugiándose de los ataques aéreos, que parecían intensificarse día a día, o yaciendo juntos en la gran cama de caoba en el hotel Caleta Palace. Por las noches, se aventuraban a salir al bar cercano donde Juan podía hablar con sus amigos, y Elizabeth se sentaba sosteniendo al niño y bebiendo vino dulce de Málaga mientras observaba y escuchaba a su amante. Cuando estaban solos hablaban de su pasado, pero ninguno hablaba del futuro.

—Cuéntame más de tu familia, Juan —le pidió ella una tarde estando sentados a la barra de la cafetería del hotel bebiendo un café que sabía mucho a achicoria.

—Bueno, mi abuelo era un terrateniente muy rico —empezó.

—¿Era?

—Sí, murió el año pasado. Era la parte «de la Luz de Montevideo» de mi apellido; es una familia muy antigua que se remonta a los Conquistadores. Poseía gran cantidad de tierra, se extendía desde Antequera hasta casi Córdoba; cultivaba mayormente cereales: trigo y maíz, pero también tenía hectáreas de olivos y una gran almazara de aceite de oliva en Estepa. En las épocas de más trabajo empleaba casi a doscientas personas.

—¿Era un buen terrateniente?

—Era como los demás; no trataba mal a sus trabajadores, teniendo en cuenta los estándares locales, pero los salarios eran bajos y solo los empleaba dos tercios del año, así que el resto del tiempo tenían que hacer lo que podían, porque no había subsidio de desempleo. Había mucho resentimiento contra los terratenientes porque la gente trabajaba duro, pero aún así apenas ganaba lo suficiente para sobrevivir, así que se formó cierta rebelión; no era un movimiento solo contra mi padre, era contra todos los grandes terratenientes. Era inevitable que sucediera en cualquier momento.

¿Sabías que entre todos ellos, los terratenientes, que constituían el uno por ciento de la población, poseían la mitad de toda la tierra rural de España, y que lo que quedaba era solo apto para el pasto de las cabras? Había demasiada riqueza en demasiadas pocas manos. No soy comunista, pero incluso yo puedo ver la injusticia que esto representa.

»Recuerdo visitar a mi abuelo cuando era niño; a veces jugaba con Nacho, el hijo del hombre que cuidaba de los caballos de mi padre, y un día Nacho me llevó a su casa; tenía una sola habitación y en aquella habitación su familia entera, sus padres, sus dos hermanos y sus tres hermanas, tenían que comer, dormir y vivir sus vidas. El suelo era de barro seco y no había ventanas o chimeneas, solo la puerta como acceso y para que entrara la luz. Entramos, pero el humo del fuego me hizo toser y un río de lágrimas se derramó de mis ojos. Su madre hacía lo que podía para mantenerla limpia, pero sin embargo, olía a aceite y a rancio. No podía haber sido más primitiva. Todas las casas de los trabajadores eran iguales.

»Bueno, como decía, los trabajadores del campo se manifestaban para mejorar las cosas y al fin el gobierno decidió introducir unas cuantas reformas, nada demasiado drástico: incrementaron el salario semanal y redujeron la jornada laboral de la salida del sol a la puesta a ocho horas, tanto para hombres como para mujeres. Pero para algunos campesinos eso todavía no era suficiente; querían más, querían poseer su propia tierra. Así que el gobierno empezó a introducir un programa para reasentar a los campesinos en tierras incautadas a los terratenientes. Puedes imaginarte como resultó todo aquello. Algunos terratenientes, mi abuelo incluido, se negaron a pagar el aumento del salario y, en lugar de sembrar al año siguiente, convirtieron sus tierras en pastos y se deshicieron de sus trabajadores. Mi abuelo compró ovejas y, en lugar de tener que contratar doscientos hombres, contrató tan solo tres pastores. Era su forma de decir que no iba a dejar que el gobierno le dijera qué hacer.

—¿Qué sucedió con el resto de sus trabajadores?

—Bueno, se quedaron sin empleo. Algunos hombres se trasladaron en busca de trabajo y dejaron a sus familias para que se las arreglaran solas; otros intentaron vivir a duras penas de la tierra y muchos murieron de hambre.

—¿Y tu padre? ¿Trabajaba en la hacienda también? —preguntó Elizabeth.

—No. Mi padre tenía tres hermanos, pero fue el mayor el que

heredó la tierra cuando mi abuelo murió; no sé qué quiere hacer con ella. Como probablemente te habrás dado cuenta, no tengo mucho trato con mi familia. Mi abuelo quería que mi padre se hiciera soldado, pero él no estaba interesado en eso; se hizo abogado. Otro de sus hermanos compró algo de tierra en Sevilla y ahora cría toros de lidia; el menor de los hermanos es médico en Madrid.

—¿Todos apoyan a los republicanos? —preguntó ella.

—Dios mío, no. Solo mi hermano menor. Es el único con el que intento estar en contacto ahora.

—Así que, ¿de esto va esta guerra, de disputas sobre la tierra y de reforma agraria?

—En parte. Ha habido muchas tensiones durante años. La sociedad del campo todavía es muy feudal y la gente está cansada del hecho de que sus vidas y las de sus familias descansen en las manos de los terratenientes locales; las cosas no han cambiado en siglos. Algunas veces es difícil creer que estemos en el siglo veinte.

Elizabeth pensó en la estabilidad de su propia ciudad natal en Inglaterra. No tenía idea de lo que cobraban los trabajadores de las granjas locales y nunca había estado dentro de ninguna de las bonitas casitas que aparecían al borde de los caminos rurales, aunque a menudo había admirado sus diminutos huertos en los que cultivaban judías verdes y patatas junto a guisantes y altramuces. Sin embargo, no parecían al borde de la revolución. Quizás los ingleses no eran revolucionarios por naturaleza; quizás su sangre era demasiado fría, pensaba, o quizás era solo que ya habían pasado aquella etapa evolutiva.

Sintió revolverse al bebé y oyó un débil llanto.

—Juan, no creo que el bebé esté muy bien. Ven aquí un momento y escucha su pecho.

Juan se inclinó sobre la diminuta figura y colocó su oreja contra el frágil cuerpo.

—Suena un poco sibilante; hay cierto silbido aquí. Probablemente es solo un resfriado; mantenlo bien tapado y veremos cómo está mañana.

Elizabeth sostuvo el bebé contra sí; su cabeza estaba caliente y respiraba a base de bufidos cortos y ásperos. Se terminó la leche que le ofreció y, acunándolo suavemente, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, Elizabeth caminaba en dirección al puerto con

intención de tomar más fotografías cuando vio a Alex.

—Elizabeth, ¿cómo estás?

—Estoy bien, Alex. ¿Y tú? ¿Pensé que te ibas a unir a la milicia? —preguntó ella percatándose de que todavía llevaba los mismos pantalones blancos y sucios, y la chaqueta azul que tenía cuando se encontró con él la primera vez.

—No creo que eso vaya a suceder. Las cosas empeoran con rapidez. Me acaban de informar de que los rebeldes están a punto de atacar desde el noroeste y —hizo una pausa— Queipo de Llano los lidera.

Cuando escuchó el nombre del general, el corazón de Elizabeth pareció pararse.

—Bueno, ese es un nombre que hace que se te hiele la sangre —dijo ella intentando restarle importancia a sus temores.

—No bromees. Sabes tan bien como yo de lo que es capaz ese hombre. Si logran abrirse paso, estarán en el centro de la ciudad en un par de días. Deberías irte Elizabeth. No pienses que ser inglesa o ser mujer te ayudará a ti o a ese bebé.

—¿Pero dónde está la milicia? —preguntó ella—. ¿No se supone que defienden la ciudad?

—Dios sabe. He visto unos cuantos grupos aislados de milicianos, pero no una defensa organizada.

Alex la cogió del brazo.

—Piensa en ello, Elizabeth. No quiero verte herida. Las cosas se están poniendo muy serias ahora. Dile a Juan lo que te he dicho.

Sonrió a su manera extraña y retorcida y se fue. Lo observó retirarse unos instantes y luego decidió desandar sus pasos y esperar a Juan en el hotel. Las palabras de Alex la habían perturbado.

Aquella noche, la temperatura del bebé aumentó; su cuerpo estaba caliente y respiraba emitiendo bufidos cada vez más ásperos. Para entonces, Elizabeth se sentía muy ansiosa; mandó a Juan por las calles desiertas a buscar a un doctor. A alrededor de la medianoche regresó.

—Lo siento Isabela. No puedo encontrar a nadie que quiera salir; no les gusta estar en las calles por la noche. Lo mejor que he podido hacer es conseguir unas hierbas de una anciana que siempre se sienta fuera del Café Inglés buscando caridad.

Elizabeth sabía a quién se refería; había visto a la vieja mendiga vendiendo ramitos de romero y espliego cada vez que pasaba por el

café.

Juan le tendió un cucurucho sucio de papel que contenía unas cuantas plantas machacadas; tenían un olor dulce y bastante agradable.

—¿Qué es?

—Una especie de arrurruz.

—¿Estás seguro de que es bueno para el bebé?

—Dijo que lo sería. Tenemos que hacer una infusión caliente usando toda la planta y dejarla enfriar un poco antes de dársela. Dice que le bajará la temperatura.

—Pero es una vieja mendiga sucia —exclamó Elizabeth—. ¿Qué sabe ella?

—Es una gitana —le explicó Juan—. Los gitanos saben más de hierbas y plantas que nadie. De todas formas, ¿qué más podemos hacer por él? Ningún doctor saldrá esta noche.

Hizo como le había indicado y, una vez que la infusión estuvo fría, se la metió con una cuchara al bebé en la boca. A este no le gustó y apretó los labios negándose a beberla, así que cogió un poco del preciado azúcar que guardaba y la endulzó. Solo entonces la aceptó. Finalmente, como la vieja gitana había predicho, su temperatura empezó a bajar, pero continuó sibilando. Estaba muy intranquilo ahora y no dejaba de llorar: un llanto persistente que le rompía el corazón. Se turnaron para dormir mientras uno de ellos recorría el suelo de la habitación de un lado a otro con el bebé en brazos. Al fin, el niño cayó exhausto y dormido, y Elizabeth pudo ponerlo en su cuna y subirse en la cama al lado de Juan.

A la mañana siguiente, el camarero les dijo que no había comida. Había conseguido guardar un poco de leche de cabra para el bebé, pero todo lo que podía ofrecerles a ellos era café. Se bebieron el flojo café en silencio y luego Elizabeth dijo que iba a volver a la habitación a darle de comer al bebé.

—Bien. Quédate allí hasta que regrese. Voy a ver a algunos amigos; necesito saber qué está pasando. Quizás pueda encontrar algo de comida.

—Está bien —respondió ella.

Juan parecía muy inquieto.

—Pero prométeme que te quedarás aquí. No salgas a la calle.

Ella asintió. Él se inclinó sobre la mesa y la besó.

—Te amo, mi pequeña Isabela —dijo.

—Yo también te quiero, Juan.

Una vez que salió del hotel, Juan se deslizó por las calles secundarias y se dirigió a la carretera de Colmenar; se mantuvo cerca de los edificios, pasando como una sombra de puerta en puerta hasta llegar a las murallas de la ciudad. Conocía la casa que Alex había mencionado, la del viejo inglés. Le llevaría al menos media hora llegar a ella.

—Eh, tú. ¿Qué estás tramando?

Una oscura figura se levantó ante él, balanceándose ostensiblemente y bloqueando su camino.

—Oye, Jaime, ven y mira lo que tenemos aquí. Un maldito desertor, supongo, que va a unirse con los fascistas.

Hizo ademán de agarrar a Juan por el cuello, pero Juan era demasiado rápido para él y se esfumó por un callejón. Sabía que no tenía sentido tratar de explicar que probablemente ambos estaban del mismo lado; no había ninguna posibilidad de que le creyesen. Aunque todavía era temprano, el hombre estaba obviamente borracho y, por el contundente palo que le había visto en la mano, también era peligroso.

—Vuelve aquí, bastardo cobarde. Te mostraremos de qué están hechos los hombres.

El hombre estaba más borracho de lo que parecía si pensaba que Juan iba a responder a aquella invitación. Juan giró a la izquierda al final del callejón; no estaba lejos de las ruinas romanas, una zona frecuentada por gitanos y vagabundos. Tendría que ir con cuidado. Se agazapó en una puerta y esperó, escuchando cualquier sonido de actividad. El típico campamento gitano estaba tranquilo y parecía desierto. Con cautela prosiguió por la carretera dirigiéndose hacia la iglesia; luego los oyó. Trató de abrir la puerta de la iglesia; estaba cerrada con llave. Se agachó en la esquina del porche, haciéndose lo más pequeño posible. Debía de haber una veintena de jóvenes, todos armados de alguna manera; uno llevaba un rifle, otro una orca; la mayoría tenía en sus manos gruesas tablas de madera, y un hombre emprendedor se había hecho una lanza con una caña de azúcar. El líder marchaba a la cabeza de aquella cuadrilla de vigilantes, con una antorcha encendida en el aire. Juan contuvo la respiración, esperando que la iglesia no fuera su objetivo.

—Primero iremos a la casa de ese viejo bastardo de Tomás —dijo

el líder.

—Sí —corearon los otros.

Sus pies caminaban al unísono, resonando por las calles desiertas.

—Espero que esté allí —dijo uno de los jóvenes—. Quiero ver su miserable rostro cuando su precioso bar arda en llamas.

—Sí. Cree que puede mantenernos alejados, ¿verdad? —dijo otro—. Cerdo fascista.

Juan esperó, inmóvil, apretujado en las sombras tanto como pudo, pero la pandilla no estaba interesada en las iglesias; tenían una cuenta personal que saldar. Estaban tan cerca que podía ver las recientes cicatrices en el cuello del líder, apenas disimuladas por su pañuelo rojo, pero no miraron en su dirección. Esperó hasta que doblaron la esquina y se perdieron de vista, y luego partió de nuevo, esta vez corriendo.

Pronto había dejado atrás la ciudad y caminaba por la ahora desierta carretera de Colmenar. A partir de aquí el viaje transcurrió cuesta arriba, a través de un denso bosque, pero aunque la mañana era fría y húmeda, la subida lo revitalizó. Sabía que la casa no estaba muy lejos, pero no podía ver señal alguna de ella. Mientras caminaba, sus pensamientos volvían a Isabela; estaría preocupada pensando por qué tardaba tanto. Incluso podría pensar que la había abandonado. Bueno, era un pequeño precio a pagar si podía sacarla de allí. Por fin vio las grandes puertas de hierro delante de él; estaban cerradas. Miró a través de las rejas. La casa parecía vacía, las puertas cerradas y todas las pesadas persianas de madera bajadas; la bandera británica ondeaba en su mástil en el jardín. Juan agarró la campana de hierro y la tocó tan fuerte como pudo. El sonido resonó por todo el valle como una alarma.

—¿Quién es? —dijo una voz áspera y rústica.

—Me apellido Gómez. He venido a hablar con Sir Philip sobre una mujer inglesa.

Se produjo una larga pausa, luego Juan vio la puerta lateral abierta y un hombre salió. Parecía muy viejo y tenía una pierna deformada, que arrastró dolorosamente detrás de él mientras caminaba hacia la puerta.

—Tienes que entrar —dijo mientras corría los cerrojos y abría la puerta—. Sígueme.

Juan fue conducido a una sala de estar grande y lúgubre, donde la imponente figura del nuevo Cónsul Honorario estaba sentada detrás

de un escritorio de caoba. Una fotografía bastante descolorida del Rey Jorge V colgaba de la pared detrás de su cabeza. Sir Philip Willington era un hombre grande, rubicundo y con un bigote bien arreglado; llevaba un traje blanco inmaculado y un clavel rosa en el ojal.

—¿Señor Gómez?

—Sir Philip, por favor, perdone esta intromisión, pero tenía que hablar con usted.

No podía apartar los ojos del clavel rosa; ¿cómo es posible que el hombre saliera con algo así?

—Sí, bueno, ¿qué pasa, hombre?

—Mi nombre es Don Juan Francisco Gómez de la Luz de Montevideo. Creo que conoce a mi padre.

El Cónsul Honorario lo miró atentamente.

—Dios mío, así es. Eres el hijo de Emilio, ahora puedo ver el parecido. Bueno, no me lo puedo creer. ¿Y cómo está tu padre?

Se levantó y rodeó su escritorio para agarrar a Juan de la mano.

—Mi padre está bien, creo. Él y mi madre están en Sevilla. Se fueron en cuanto Sevilla cayó ante los fascistas.

Vio al Cónsul Honorario fruncir el ceño ante aquella referencia al fascismo.

—Ah. ¿Y tú te quedaste aquí?

—Sí, pero no es por eso que estoy aquí. No quiero nada para mí. Necesito su ayuda para una querida amiga mía, una inglesa.

—Ven y siéntate. Le diré a Jesu que nos traiga un poco de té y luego me lo puedes contar todo. Jesu. Té, por favor.

Se volvió hacia su invitado.

—Tengo que disculparme; no puedo ofrecerte nada más que té. Ahora solo estamos nosotros dos aquí; tuve que dejar ir al resto de los sirvientes. Bueno, hay ginebra, si te interesa, pero quizá sea un poco pronto para eso.

—No, por favor, el té está bien. Tengo que darme prisa, la inglesa me está esperando.

—Muy bien entonces. ¿Cómo puedo ayudar?

Le explicó tan sucintamente como pudo cómo había llegado Elisabeth a quedarse atrapada en Málaga.

—Se habla de que la ciudad caerá ante los nacionales cualquier día; no creo que sea seguro para ella quedarse aquí. Quería saber si podía meterla en un barco de vuelta a Inglaterra.

El hombre cruzó cuidadosamente sus manos delante de él y no

habló durante uno o dos minutos.

—Lo ha dejado para un poco tarde, viejo amigo. Ya no queda nadie aquí. Se han ido todos. Envié a mi esposa y a mi familia de vuelta a Inglaterra tan pronto como me enteré. El lugar es el más seguro para ellos, ya sabes. Mira, amigo, me gustaría ayudar, pero no veo cómo podría. Los teléfonos no funcionan; ni siquiera puedo comunicarme con Gibraltar para ver cuándo viene otro barco. Lo siento, de verdad que sí.

—Pero debe haber algo que pueda hacer por ella. Sus padres ya se han ido; está sola.

—¿Por qué no se fue con ellos cuando tuvo la oportunidad?

—No lo sé. Creo que se separaron —mintió.

—Bueno, no creo que tenga otra opción que quedarse aquí hasta que todo se calme, entonces podremos ver cómo hacer que la repatríen.

—No, es imposible que se quede en Málaga, la ciudad está en ruinas. No hay comida y casi no hay agua. Ya es bastante peligroso, ¿y cuando llegue El Tercio?

—Estoy seguro de que los legionarios sabrán cómo tratar a una inglesa. Son las tropas más disciplinadas y, después de todo, no tienen nada en contra de Inglaterra. Tu amiga estará perfectamente a salvo. Sin embargo, si estás tan preocupado, te sugiero que la traigas aquí y que se quede en esta casa hasta que todo se calme.

Juan bebió el té; estaba caliente pero insípido. Hubiera preferido una taza de café fuerte y dulce.

—Bueno, gracias, Sir Philip. Tengo que irme ahora.

—¿Qué vas a hacer? El ejército nacional estará aquí en cualquier momento. Ya tienen tropas en Colmenar; eso está a apenas medio día de marcha de aquí.

—No lo sé. Le diré a mi amiga lo que dijo y tal vez ella siga su consejo y venga a quedarse aquí.

—Haz eso. Oh, y saluda a tu padre de mi parte. Un buen hombre, tu padre, uno de la vieja escuela.

—Lo haré.

Juan sabía que era inútil; Elizabeth nunca aceptaría esconderse en la casa del Cónsul Honorario. Tenía que averiguar lo que realmente estaba sucediendo; visitaría a sus amigos y vería si tenían más noticias.

Le costó menos de media hora llegar al edificio bombardeado

donde sabía que sus amigos estaban escondidos. Se aseguró de que nadie le observaba antes de escurrirse bajo las tablas de madera que sostenían la puerta rota y entrar en el edificio.

—Manolo —llamó—. Soy yo, Juan.

Una figura emergió de la oscuridad.

—Entra. Cierra la puerta antes de que alguien te vea.

Su amigo lo abrazó.

—Me alegro de verte, Juan. ¿Dónde has estado? Pensamos que te habías ido con los otros.

—¿Cómo está la pierna? —preguntó Juan.

Su amigo se apoyaba con todo su peso en un palo de madera, su pierna derecha inutilizada.

—Todavía está aquí. Como yo.

—¿Te has enterado de lo que está pasando? ¿Va a venir alguien a auxiliar a la ciudad?

—Estás loco. Salen corriendo como ratas de un barco que se hunde. No queda nadie para defender la ciudad. Tú deberías hacer lo mismo. Dirígete a Almería y únete al ejército republicano mientras estés a tiempo.

—¿Qué hay de vosotros? ¿Qué vais a hacer? —preguntó Juan.

—Haremos lo que podamos. Al menos moriremos defendiendo la ciudad que amamos —dijo.

Había salido de la penumbra y ahora Juan podía ver todo el alcance de sus heridas; la pierna estaba completamente destrozada y un hueso sobresalía de la carne justo debajo de su rodilla. Alguien la había vendado de alguna manera y le había puesto una tablilla rudimentaria; las vendas estaban empapadas de sangre. No podría caminar hasta Almería con esa pierna; probablemente no podría dar más que unos pocos pasos.

—¿Dónde están Álvaro y Felipe? ¿Te han abandonado?

—No, por supuesto que no. Han ido a ver si pueden encontrar algo de comida.

Juan se sentó al lado de su amigo. El olor a carne podrida era insoportable.

—¿Has visto a un médico? —preguntó, señalando la pierna.

—No. No tiene sentido; ya no se puede salvar. No te preocupes por mí. Vete mientras puedas. El ejército te necesita.

—Lo sé, pero hay una complicación.

—¿Cómo es posible que las cosas se compliquen más de lo que

están? —preguntó su amigo con una risa irónica.

—He conocido a una mujer. Tengo que pensar en ella y en el bebé.

—¿Bebé? Eso sí que ha sido un trabajo rápido.

Juan se rió.

—No es mío. Un niño que había sido abandonado. Isabela lo está cuidando.

—Isabela, bonito nombre. Razón de más para que te vayas lo antes posible. Vete de aquí y quiero decir, pronto. Las tropas nacionales vienen del noroeste y del noreste; tu única salida es seguir la costa. La carretera sigue despejada y una vez que llegues a Almería estarás bien.

—¿No hay nada que pueda hacer para ayudarte, Manolo?

Sabía la respuesta, pero le dolía dejar a su amigo allí enfrentándose a una muerte segura; si no a manos de los fascistas, a causa de su emponzoñada herida.

—Nada. Ahora vete. No pierdas el tiempo con un viejo tonto como yo.

Se escuchó un ruido en la entrada e instintivamente ambos regresaron a las sombras; era Felipe.

—Hola, Juan. ¿Vienes a unirte a nosotros? —dijo tirando un saco de patatas sobre la mesa—. Eso es todo lo que pude conseguir.

—Buen trabajo. Al menos comeremos esta noche.

Nadie le preguntó de dónde las había sacado.

El hombre se sentó a su lado.

—Juan vino a ver si teníamos alguna noticia —explicó Manolo.

—Un convoy italiano ha sido visto en Colmenar —les dijo Felipe—. Me preguntaba cuánto tiempo les llevaría llegar hasta aquí; sabíamos que se dirigían a Málaga desde hacía tiempo.

—Así que así están las cosas, la ciudad está casi incomunicada. Tu única salida es por la carretera de la costa. Tienes que irte pronto, Juan, tú y tu mujer —repitió Manolo.

—Lo sé. Cuídate, Manolo.

Juan se agachó y lo abrazó, y luego se fue. Las palabras de su amigo le preocupaban; tenía que volver con Isabela.

INGLATERRA 2007

CAPÍTULO 16
KATE

Le costó casi tres horas llegar a Barnstable, y luego otra media hora, tras recorrer sinuosos y tortuosos senderos, llegar a Croyde, un pintoresco pueblo del Devonshire donde los turistas se reunían para mirar los tejados de paja y comer crema cuajada. La vieja casa de su abuelo estaba a las afueras del pueblo, al final de una serie de senderos aún más estrechos, rodeada de altos setos de espino blanco que la escondían de la vista. Aparte de una breve visita para asistir al funeral de su abuelo, no había estado en la casa desde que era una niña. Aparcó el coche en el camino de entrada de grava y ascendió hasta una imponente puerta de roble. El lugar parecía desierto, pero sin embargo tocó el timbre y esperó. Transcurridos unos pocos minutos, la puerta fue abierta por una mujer de mediana edad que llevaba un uniforme de criada.

—Hola Agnes. ¿Te acuerdas de mí? Soy Kate, la hija de Isabela.

—Por supuesto que me acuerdo de usted. ¿Cómo está señorita Kate?

—Muy bien, gracias, Agnes. Así que todavía estás aquí entonces.

—Sí, ¿dónde más iba a estar? Me quedo para cuidar de Miss Angela.

Kate pensó que era extraño que Agnes siempre se refiriera a todo el mundo como Miss Fulanita o Master Algo. Era como si hubiera visto una retahíla de viejas películas y pensara que estaba en el rodaje de «Arriba y Abajo». Parecía ser de otra época.

—Creo que mi tía abuela me está esperando —dijo Kate.

—Sí. Me dijo que preparara la habitación de invitados esta mañana.

Agnes tenía un distintivo acento del sudoeste de Inglaterra; había nacido y crecido en Barnstable y empezó a trabajar para Sir Alexander cuando apenas tenía dieciocho años. Condujo a Kate a la sala de estar en la que estaba su tía, sentada en una silla de mimbre al lado de la

ventana.

—¿Subo su bolsa a su habitación, Miss Kate? —preguntó.

—Por favor, si no te importa —respondió Kate.

Se aproximó a la ventana. Su tía abuela parecía estar durmiendo. Sus ojos estaban cerrados y su fino pecho ascendía y descendía a un ritmo regular. Su cabeza reposaba sobre un cojín azul tapizado y de vez en cuando su boca se abría para dejar escapar una leve corriente de aire. No se podía llamar ronquido; era más como el ronroneo de un gato. Parecía aún más frágil de lo que lo había parecido en la lectura del testamento; sus huesos eran claramente visibles a través de la azul transparencia de su piel y parecía no haber una pizca de carne en ella. Un pañuelo de gasa azul estaba atado alrededor de su garganta y sujeto con un enorme broche de lapislázuli. Kate no quería despertarla, así que se sentó en una silla a su lado. Transcurridos unos minutos, su tía abuela pareció percibir su presencia; abrió los ojos y miró a su sobrina nieta. Al principio, Kate pensó que no la había reconocido, pero luego dijo:

—Has llegado, ¿verdad?

—Sí, tía Angela, acabo de llegar.

—Bien, ¿Agnes se ha ocupado de ti?

—Sí, gracias.

Su tía se incorporó en la silla y la estudió cuidadosamente.

—Bien, querida, es como pensé el otro día, no te pareces ni un poco a tu madre o de hecho a tu abuela. Eres el patito feo, ¿verdad?

Kate se tragó las ganas de llorar; aquello no era lo que había esperado escuchar.

—No importa, querida; es difícil estar a su altura, mujeres hermosas las dos.

Cerró los ojos de nuevo y Kate pensó que se había vuelto a dormir, pero transcurridos unos pocos segundos habló:

—Llama a Agnes, por favor, y pídele que traiga té. Oh, y unos panecillos también. Sé que hizo esta mañana, especialmente para ti.

Kate se levantó para salir de la habitación.

—No, toca el timbre. Está ahí en la pared.

Vio un interruptor en la pared al lado de las cortinas y lo tocó. Unos instantes más tarde la criada apareció.

—Agnes, nos traerás té, por favor, y unos panecillos —dijo Kate empezando a sentirse como la señora de la casa.

Agnes asintió con la cabeza y se marchó.

—Y, bien, querida, ¿de qué querías hablar conmigo? —preguntó su tía abuela.

—Es sobre el testamento —comenzó.

—Eso pensaba —se rió su tía abuela—. No hay nada como una herencia para sacar a todo el mundo de debajo de las piedras.

Kate empezó a sentirse incómoda, pero se recordó a sí misma que Angela era una mujer muy anciana; era sorprendente que estuviera tan lúcida a su edad. Debía perdonarle la ocasional aspereza de sus palabras.

—Bueno, tía, no es tanto por la herencia, tiene más que ver con lo que dice mi tío Jeremy.

—¿Jeremy? Ese gusano avaricioso. Vi su cara cuando el viejo Percy dijo que iba a quedarme en esta casa el resto de mi vida, estaba furioso. Realmente ridículo, no es que vaya a tener que esperar mucho a que muera, ¿verdad?

Kate no dijo nada.

—Y, ¿qué dice?

—Quiere impugnar el testamento porque dice que mi madre no era hija en realidad de mi abuelo.

—Oh, ¿eso dice? ¿Y qué esperas que yo haga?

—Nada en realidad, solo quiero información. Tú eres probablemente la única persona todavía viva que estuvo allí cuando mi madre nació.

—Hay otras —dijo meneando la cabeza intencionalmente—. ¿Qué dice el certificado de nacimiento?

—Dice que Alexander Reeves era su padre.

—Bueno, ahí lo tienes.

—Sí, pero ¿es cierto? ¿Por qué diría eso mi tío si no fuera cierto?

—¿Quién entiende a los hombres? —respondió su tía enigmáticamente—. Ah, Agnes, has sido rápida. Magnífico, estoy lista para una taza de té.

Se volvió a Kate.

—Darjeeling. ¿Te gusta el de Darjeeling?

Kate, que nunca bebía té, no distinguía una marca de otra, pero asintió resueltamente.

—Pero, tía Angela, ¿puedes decirme algo?

—Bébete el té primero y luego veré qué puedo recordar; hace mucho tiempo, sabes.

El té resultó refrescante y sorprendentemente bueno; bebió dos

tazas y comió uno de los panecillos. Su tía abuela apenas tocó nada, pero miró alentadoramente. Una vez Agnes hubo recogido la bandeja de té, empezó a contarle a Kate lo que podía recordar. Habló con una voz suave y cantarina y, a veces, Kate tuvo que hacer esfuerzos por escucharla.

—Tu abuelo conoció a Elizabeth cuando estuvo en España durante la Guerra Civil; me dijo que se sintió responsable de ella y, tan pronto como regresaron a Inglaterra, la llevó a casa de sus padres en algún lugar de Dorset. Era apenas un hombre muy joven en aquel tiempo, tranquilo y despreocupado, con nada en la mente aparte del deporte y las chicas, pero cuando volvió de España era un persona totalmente diferente; era como si hubiera madurado en cuestión de meses. Yo era mayor que él, pero no por mucho, y siempre habíamos estado muy unidos, así que vino y habló conmigo de lo que había presenciado allí. Era terrible; había muchas cosas que no conseguía expresar. Pasamos horas y horas caminando por Oxford, yo vivía en la ciudad entonces, sabes, algunas veces ni siquiera pronunciábamos una palabra. Parecía ayudarle estar en un lugar familiar y sólido. Me dijo una vez que era el sufrimiento de todos esos niños lo que lo afectaba más; había sido incapaz de ayudar a ninguno y aquello le pesaba mucho en su conciencia.

—¿Es por eso que comenzó con los Hogares Reeves? —preguntó Kate.

—Supongo que sí, aunque nunca dijo eso.

—Y, ¿cómo conoció a mi madre?

—La conoció en Málaga en 1937, el mismo año que tu madre nació. Creo que había estado viviendo allí con sus padres y cuando la guerra estalló, regresaron a Inglaterra.

—¿Y mi abuela?

—Se quedó un poco más. No puedo recordar ahora por qué. Fue entonces, de todas formas, cuando conoció a Alex.

—¿Y se enamoraron? —preguntó Kate.

—No lo creo, no al principio. Él la amaba, lo sé. Recuerdo que me dijo, el primer día que regresó, que había conocido a la mujer más bonita del mundo y que un día se casaría con ella. Siempre era así, un poco espontáneo. Pero creo que Elizabeth amaba a otra persona, aunque ella nunca me dijo quién era. Nunca se quejó de Alex, pero yo sabía que no era para ella.

—Pero, se casaron, ¿no?

—Oh, sí, Alex siempre conseguía lo que quería; siempre lo había hecho, incluso cuando era un niño. Quería a Elizabeth, así que se casó con ella.

—¿Y piensas que fueron amantes antes de regresar a Inglaterra?

—No, estoy segura de que no. Elizabeth, como dije, vivía con sus padres en Dorset y Alex iba a visitarla cada fin de semana. Luego, un día, antes de que nadie de la familia la hubiera conocido siquiera, Alex anunció que se casaban en junio. Nos quedamos atónitos; no sabíamos nada de ella. Mi padre en particular estaba furioso. Tenía planes para que Alex continuara con sus estudios; no quería que se casara tan joven. Pero Alex no escuchó a nadie. No la conocimos hasta el día de la boda y entonces, por supuesto, lo comprendimos; para entonces era obvio que estaba embarazada. El bebé, tu madre, nació en noviembre.

En aquel punto su tía abuela se detuvo.

—Lo siento, querida, esto me resulta un poco extenuante. Quizás podamos continuar más tarde, después de comer. Creo que necesito una siestecita ahora. Quizás Agnes te lleve a tu habitación.

Se recostó en su cojín y cerró los ojos. Kate se aguantó su desilusión y fue en busca de la ama de llaves.

Su tía abuela había indicado a Agnes que le preparara un almuerzo ligero en el invernadero, con vistas al salto de lobo y a las praderas de más allá. Un enorme cedro dominaba la vista. Kate se había olvidado de aquel árbol; ahora recordaba como ella y sus primos solían trepar a las ramas más bajas y jugar a un juego de cuyas reglas ya no se acordaba.

—Qué vista más hermosa —dijo.

—Sí, es mi favorita. Me gusta sentarme aquí en verano y observar los pájaros descender hasta el césped. En invierno no hace demasiado calor, pero ahora se está bien —respondió la tía abuela.

Señaló una caja de madera atada con tiras de latón y una gran cerradura del mismo material.

—Le pedí a Agnes que la bajara para que la vieras. Era de tu abuelo. Recuerda que me dejó todos sus papeles y fotografías, nada importante, ya verás, solo recuerdos familiares.

Kate alargó su mano y la tocó. ¿La respuesta a su cuestión yacía en aquella caja?

—Comamos primero y luego puedes echarle un vistazo —continuó.

Justo entonces, Agnes llegó portando un plato de salmón hervido y ensalada.

—No puedo comer nada demasiado pesado —le explicó su tía abuela—. Casi no como carne ya, solo algo de pescado y verduras. Espero que esté bien para ti.

—Sí, parece apetitoso —respondió Kate.

—Hay tarta de ruibarbo de postre y crema cuajada —añadió.

—Suena estupendo.

Su tía comió poco; bebió medio vaso de Borgoña blanco y un poco de agua, pero no tocó la tarta de ruibarbo. Kate se lo comió todo; el salmón le resultó delicioso, el vino irresistible y disfrutó minuciosamente de la tarta.

—Bueno, ha sido delicioso —dijo limpiándose la boca con la servilleta de lino de damasco que su tía le había tendido.

—Tienes buen apetito, por lo que veo —comentó su tía abuela.

—Bueno, disfruto de la buena comida y el buen vino y, de todas formas, tenía hambre.

—Tu madre también tenía buen apetito —dijo—. Pero nunca engordaba.

Kate estaba segura de que estaba mirando su cintura mientras hablaba.

—¿Puedo echarle un vistazo a la caja ahora? —preguntó.

—Sí, que Agnes recoja y luego puedes subirla a la mesa.

El suspense la estaba poniendo nerviosa; o quizás era el vino. Le resultaba difícil refrenarse para apremiar a su tía abuela. Cuando al fin abrió la tapa, fue en realidad un poco decepcionante; la caja contenía fajos de viejas cartas, algunas fotografías rotas y manoseadas y un surtido de objetos entre los que se incluía una caja de cigarrillos de plata, una pluma estilográfica antigua, una cámara rota y un zapato de bebé.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó.

—Bueno, por aquí está bien —respondió su tía cogiendo la vieja cámara Kodak—. Esto pertenecía a tu abuela. Ahora recuerdo, ese fue el motivo por el que dejó a sus padres; tenía la presuntuosa idea de convertirse en reportera y quería hacer fotografías de la Guerra Civil.

—¿Hizo alguna? —preguntó Kate.

—Sí, creo que hay unas cuantas aquí de Málaga.

Le tendió el maltrecho álbum. Kate empezó a revisarlo; era interesante, pero no era lo que estaba buscando. Había una serie de fotografías en blanco y negro y descoloridas de una ciudad bombardeada y mucha gente con aspecto harapiento y triste.

—¿Quiénes son? —preguntó señalando a un grupo de jóvenes de pie en la puerta de una tienda sonriéndole a la cámara.

—No lo recuerdo. Creo que tu abuelo sabía quiénes eran.

Empujó las gafas más hacia arriba en su nariz y miró más de cerca.

—Creo que uno es un americano, pero los otros me parecen españoles.

—¿Es mi abuelo uno de ellos?

—¿Alex? No. Alex no está ahí. Pero hay una de Alex en alguna parte, rodeando con su brazo a un hombre español. Ah, aquí está.

Le tendió la fotografía a Kate. La giró; alguien había escrito: Alex y Juan, febrero de 1937.

—¿Me puedo quedar esta? —preguntó.

—Por qué no, probablemente lo tirarán todo cuando muera. No sé por qué Alex me lo dejó a mí. No estoy segura de qué esperaba que hiciera con ello. A la gente joven de hoy en día no le interesa el pasado; nadie quiere saber qué hicimos cuando éramos jóvenes.

—¿Puedes contarme algo de los padres de mi abuela? —preguntó Kate.

Podía ver que Angela estaba perdiendo interés y pronto sugeriría que lo dejaran para más tarde, pero ella no quería parar ahora.

—¿Los padres de Elizabeth?

—Sí, ¿regresaron alguna vez a España?

—No, no lo creo. Su madre murió muy pronto, después de regresar a Inglaterra, si recuerdo bien. Cogió tuberculosis en el barco de vuelta a casa y nunca se recuperó; murió en 1939.

—Pero ¿fue a la boda de Elizabeth y estaba viva cuando mi madre nació?

—No, no le permitieron ir a la boda; tan pronto como descubrieron que tenía tuberculosis la pusieron en cuarentena en un hospital de Poole. Solo se le permitía a su marido contactar con ella. Por supuesto que nadie quería que contagiara a Elizabeth o al bebé.

—Oh, qué triste, la pobre mujer tuvo que haber estado desconsolada.

—No la conocí, pero recuerdo que Elizabeth estaba abatida

cuando murió.

—¿Qué le sucedió a su padre?

—No puedo recordarlo; era un hombre muy anciano cuando murió. Lo conocí cuando vino a la boda; entregó a Elizabeth. Recuerdo que era un hombre muy erudito; padre y él se llevaban muy bien. Creo que probablemente esa fue la razón principal por la que padre aceptó a Elizabeth en la familia.

—¿Dijeron algo acerca del embarazo de Elizabeth?

—No, por supuesto que no. Todos intentamos ocultarlo. De todas formas, todo el mundo pensó que era hija de Alex, incluso su padre.

—¿Alex dijo algo?

—Nunca negó que fuera suya. De hecho, estaba muy feliz de tener por esposa a Elizabeth y una niña también. Al final estoy segura de que pensaba en tu madre como en su propia hija. Quizás lo era, pero tengo mis dudas.

Kate cogió la caja de cigarrillos; era de plata y tenía una inscripción grabada dentro: «A Alex con todo mi amor de Elisabeth. Abril 1940».

—Era de Alex. Ella se la regaló en su cumpleaños. Solía fumar en aquel entonces, todo el mundo lo hacía. No sabíamos que provocaba cáncer de pulmón y enfermedades del corazón entonces.

Su tía abuela se detuvo y luego dijo:

—Mira, querida, me siento un poco cansada. Por qué no te llevas esa caja a tu habitación y le echas un vistazo. Podemos hablar más tarde.

—De acuerdo, tía, qué egoísta por mi parte no parar de acosarte a preguntas. Les echaré un vistazo a estas cosas y luego puede que vaya al campo de golf y vea si puedo jugar mañana.

Su tía había dejado de escuchar y estaba ingresando en un mundo propio, así que Kate cogió la caja y se marchó.

Su habitación estaba al final del pasillo y daba a la pista de tenis; se quedó de pie unos instantes mirando al exterior. Una ardilla estaba sentada en la valla mordisqueando una nuez. Puso la caja sobre la cama y la vació. El zapato de bebé había sido originalmente rosa, pero el tiempo lo había tornado gris sucio; tenía una etiqueta rosa atada a él que decía: «Isabel Reeves, 2 kilos 77» Lo apartó a un lado y empezó a mirar las fotografías; había más de la ciudad bombardeada y algunos cadáveres y gente con tremendas heridas. ¿Las había hecho su abuela de verdad? No casaba mucho con la imagen que tenía de aquella

glamurosa mujer. Cogió una de una casa de piedra en una colina; quizás aquel era el lugar en que había vivido. La giró; alguien había escrito: «Finca del Niño. 1937». La apartó a un lado y continuó mirando el álbum; la mayor parte de las fotografías eran instantáneas del campo o un registro de la devastación que su abuela había presenciado, pero algunas eran de gente que tuvo que haber conocido, porque había anotado sus nombres en el reverso de las fotografías. Luego se centró en las cartas; la mayoría estaban escritas por Elizabeth y dirigidas a Alex durante la Segunda Guerra Mundial, le hablaba de sus hijos y de cómo se las arreglaban; para entonces no solo tenían a Isabela, sino también a Rosemary y Jeremy. Eran cartas afectuosas y cariñosas, llenas de preocupación por su bienestar y seguridad, pero no le proporcionaron a Kate pista alguna sobre la relación verdadera entre su abuelo e Isabela. Encontró un fajo atado con un lazo rojo; estas eran de Alex a Elizabeth y le hablaron, hasta la medida que el censor lo permitió, del tiempo que su abuelo pasó en el Norte de África. La había echado de menos y había echado de menos a sus hijos. Parecía que era capitán, encontró la insignia de su gorra en la caja. Era todo tan extraño, leer las palabras de aquella gente joven e intentar casarlas con sus abuelos, que para ella siempre habían sido viejos. Le empezaba a doler la cabeza por leer la apretada escritura; decidió dejarlo por un rato y descansar.

INGLATERRA 2007

CAPÍTULO 17
KATE

El aparcamiento del campo de golf estaba lleno y tuvo que aparcar su coche a un lado de un banco de hierba en la entrada. Caminó hacía el edificio del club en busca del secretario. Estaba de pie en el hoyo dieciocho recogiendo las tarjetas de resultados a medida que los jugadores terminaban; había una competición y parecía ocupado. Decidió que sería mejor esperar hasta que hubiera terminado y entró en el bar para comprarse una bebida.

—Un zumo de naranja, por favor —le dijo al camarero.

Mientras él lo preparaba, ella miró a su alrededor; estaba en una gran habitación abierta, con ventanas panorámicas que proporcionaban una vista al hoyo dieciocho, el primer hoyo y un ondulante paisaje de dunas de arena cubiertas por espesa y burda hierba gris que brillaba con una luz plateada bajo el sol de la tarde. Era un paisaje lunar interrumpido solo por tupidos greens, bien cuidados y regados; no había árbol alguno a la vista. El campo de golf parecía largo y desafiante, y con la fuerte brisa que soplaba directamente del mar, sabía que sería difícil jugar.

—Veo que hay una competición hoy —le dijo al camarero cuando este le tendió la bebida.

—Es la Copa Fleming —respondió.

—¿Y mañana? ¿Hay competiciones mañana?

—No, mañana no.

Obviamente era un hombre de pocas palabras, así que cogió su zumo de naranja y se sentó en una mesa en el exterior donde tenía una mejor vista de lo que la rodeaba. Cuanto más miraba el campo de golf, más ganas tenía de jugar. Sabía que a su tía abuela no le importaría si desaparecía unas cuantas horas para jugar al golf; probablemente le encantaría librarse de ella y de sus interminables preguntas por un rato. Se percató de que el secretario del club parecía haber terminado de recoger las tarjetas y ahora se dirigía a su oficina.

Se tragó a toda prisa el resto de su bebida y partió en pos de él.

—Perdone —lo llamó.

Él se detuvo y la miró; era un hombre joven con una agradable expresión.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó.

—Sí. Estoy aquí solo por un par de días y me preguntaba si sería posible jugar al golf mañana —preguntó sonriéndole alentadoramente.

—¿Tiene un hándicap?

—Catorce —respondió—. Soy miembro del Club de golf de Reading.

—Bueno, no veo ningún problema. ¿Viene sola?

—Sí.

—Ah, bueno. Tendré que ponerla con alguien, me temo. No permitimos individuales en el campo los fines de semana.

—Está bien. Prefiero jugar con alguien de todos modos.

—¿En qué campo le gustaría jugar, el Este o el Oeste?

—En ese —dijo señalando el campo que había estado mirando.

—El Este. De acuerdo, venga conmigo y pondré su nombre en la lista.

Lo siguió a su oficina y esperó mientras él hablaba con su asistente y le pasaba las tarjetas de resultados para que las procesara. Luego cogió la hoja de horarios de salida del domingo.

—¿Qué le parece a las nueve en punto? —le preguntó.

—Perfecto, de esa forma estaré de vuelta a tiempo para el almuerzo.

—¿Su nombre?

—Kate Scott.

—Bien, hecho. Solo tiene que pagar su green fee en la tienda antes de jugar. Sus compañeros de juego son Margery Green, Hugh Barnes y Fred Potts; son todos miembros de este club. Se llevará bien con ellos.

—Muchas gracias. A las nueve en punto entonces.

Su tía abuela estaba en el salón viendo la televisión cuando regresó. Cogió unas cuantas fotografías de su habitación y fue a unirse a ella.

—Ah, ¿aquí estás? ¿Tuviste un buen torneo? —le preguntó.

—Oh, no jugué, tía; solo fui a reservar para mañana. ¿No te importa, verdad?

Su tía abuela sacudió la cabeza.

—Yo solía jugar, sabes. Hace tiempo que no lo hago, sin embargo.

Kate se sorprendió de aquella información; algo más que no sabía.

—¿Y el abuelo? ¿Jugaba él?

—Oh, sí, cuando era un niño. Era muy bueno. Verás su nombre en el panel de trofeos; siempre estaba ganando cosas. Quería ser profesional, sabes, pero padre no quería oír hablar de ello.

—¿Y dónde fue eso? —preguntó Kate.

—En Wallingford, antes de irse a España. Era bueno en todos los deportes: atletismo, fútbol, hockey, remo. Siempre estaba ganando cosas —repitió.

Su tía se quedó un tanto traspuesta, perdida en sus recuerdos durante un instante.

—Tía Angela, he encontrado unas fotos. ¿Puedes contarme algo sobre ellas?

Colocó las fotografías en la mano marchita de su tía abuela. Angela abrió los ojos y la miró; le costó un instante reconocer a Kate de nuevo, luego continuó como si no hubiera pasado nada.

—Sí, recuerdo que quería ir a las Olimpiadas, pero no creo que fuera al final.

Se puso sus gafas de lectura y miró las fotografías.

—No, no conozco a estas personas. Este puede ser el hombre del que Elizabeth estaba enamorada —dijo señalando al hombre identificado como Juan—, porque recuerdo que Alex me dijo que estaban juntos cuando la conoció.

—¿Qué más te contó, tía?

—Bueno, cuando regresó, me contó que no sabía qué hacer; estaba triste, dijo, porque estaba enamorado de una mujer que amaba a otro. Recuerdo que le dije que no perdiera el tiempo; le dije que si no le correspondía, que buscara otra. Había montones de chicas y era un buen partido. Luego me dijo que el hombre al que ella amaba había muerto, así que estaba seguro de que con el tiempo tendría una oportunidad con ella. Era Elizabeth, supongo, porque iba a visitarla cada semana, sabes. Al final tuvo que haberla convencido para que se casara con él.

—Bueno, supongo que el bebé fue un factor importante —añadió Kate.

—Oh, sí, las mujeres de nuestra clase no tenían hijos ilegítimos en aquellos días. La habría arruinado a ella y roto el corazón de sus padres. Alex la salvó de todo eso.

—¿Volvió alguna vez a España?

—No, nunca. Para cuando la guerra terminó en España, se había alistado y estaba en la escuela de adiestramiento para oficiales.

—¿Y después de la guerra?

—No, no lo creo; nunca habló de ello. Creo que España le había abierto una herida a fuego en el corazón; nunca quiso volver de nuevo. Cuando fue desmovilizado volvió a su antiguo trabajo de periodista en el Oxford Globe. Elizabeth y los niños se mudaron de Dorset, donde habían estado viviendo con su padre durante la guerra, y fueron a vivir con mis padres.

—¿Mi abuelo se llevaba bien con el padre de Elizabeth?

—Sí, eso creo. Nunca le oí hablar mal de él. Recuerdo que le tenía mucho cariño al hermano de Elizabeth. ¿Cuál era su nombre? ¿Philip? No, Peter. Se llamaba Peter. Era solo un adolescente cuando se casaron, unos cuantos años más joven que Elizabeth. Solía visitarlos de manera bastante regular en los primeros años de su matrimonio, pero luego se trasladó al norte de Inglaterra, o puede haber sido Escocia. No estoy segura. Hace mucho tiempo —repitió.

—¿Puedo quedarme alguna de estas fotos, tía?

—Te puedes quedar lo que quieras. Llévate toda la caja si quieres. Pasará a mis hijos cuando muera y estoy segura de que no la querrán.

—Gracias, lo haré. Me gustaría leer sus cartas más atentamente. Puede que haya algo que se me haya pasado.

—Muy bien, querida. ¿Te gustaría un poco de jerez? Normalmente me tomo uno a esta hora de la tarde.

A las nueve de la mañana siguiente, pagó su green fee y estaba de pie en el primer hoyo esperando a que llegaran sus compañeros. Una mujer pequeña y dicharachera con un sombrero de lana cubriendo su pelo gris fue la primera en llegar.

—Buenos días, tú debes de ser Kate —dijo—. Soy Margery y este es Fred —dijo señalando a un joven alto y delgado que ascendía por el sendero en su dirección con la bolsa de palos de golf colgada al hombro—. Solo nos falta Hugh y podemos empezar.

—¿Es ese? —preguntó Kate.

Un hombre con un anorak azul se apresuraba en su dirección.

—Sí, ese es Hugh. Siempre lo deja para el último minuto. Vamos, Hugh, teníamos que haber comenzado hace cinco minutos —le gritó.

—Lo siento —dijo sofocado cuando llegó, resoplando ligeramente

a causa del esfuerzo—. Hugh Barnes —dijo tendiéndole la mano a Kate.

—Kate Scott.

Le estrechó la mano; estaba caliente y su apretón era firme y seguro. Tenía una agradable sonrisa, pensó, y parecía en bastante buena forma; se preguntaba cuál era su hándicap.

—De acuerdo, ¿a qué jugamos? —preguntó Hugh poniéndose inmediatamente al mando.

—¿La mejor bola? —sugirió Margery.

—Buena idea. Tú y Fred contra Kate y yo. ¿De acuerdo?

—Bien.

Discutieron sus hándicaps y sus golpes, y finalmente estuvieron listos para empezar. Fred, ahora que podía verlo más claramente, era un adolescente agradable que parecía no haber acabado de dar el estirón; parecía salirse de sus ropas en todas direcciones, sus huesudas muñecas sobresalían de las mangas de su jersey y sus pantalones colgaban a media caña. Sin embargo, en su primer golpe, por poner un ejemplo, demostró que era un golfista competente. Hugh sacó a continuación, lanzando la bola directa a mitad de la pista de golf. Luego fue el turno de las damas; la bola de Margery salió fuera de límites, pero de alguna manera consiguió rebotar y volver a la pista. Ahora era el turno de Kate; se colocó cuidadosamente, concentrándose en el golpe. No quería errar su tiro delante de gente que acababa de conocer. Su backswing era lento y suave e hizo firme contacto con la bola, enviándola botando por la pista unos ciento ochenta y tres metros.

—Magnífico golpe, compañera —dijo Hugh sonriéndole.

La mañana era cálida y soleada, pero, como Kate ya había adivinado, el viento imperante en el campo procedía del mar y ejercía una enorme influencia en el vuelo de la bola. Por primera vez en años, empezó a disfrutar; se olvidó de Bill; se olvidó de Jeremy y sus acusaciones; se olvidó del dinero y de su abuela y pensó solo en el juego. Los dos equipos estaban igualados y no iban más que un hoyo por encima o por debajo en todo el juego. Llegaron al dieciocho empatados.

—Bien, Kate, podemos ganarles aquí. Estoy seguro de que Margery nunca lo conseguirá en dos golpes, pero tú puede que lo hagas.

—Eh, no me presiones, por favor. Se supone que debe ser

divertido —protestó aguantándose la risa.

Tenía razón; consiguieron anotarse el último hoyo, pero no gracias a la habilidad de Kate. Después de dos golpes magníficos, la bola de Fred se quedó a 6 metros del hoyo. La bola de Hugh se quedó en un hueco cerca del green, también después de dos golpes. Margery había perdido su bola y no jugaba, y la bola de Kate estaba en la trampa de arena. Hugh lanzó la bola primero; fue un golpe delicado que la lanzó por el aire para aterrizar justo al borde del green y deslizarse hasta que alcanzó el hoyo, donde vaciló por un breve segundo antes de introducirse en él, con el acompañamiento de los vítores de un grupo de miembros que disfrutaban de una bebida en la terraza del edificio del club y chillidos de alegría de Kate.

—Bueno, hay sido muy divertido —dijo Hugh al estrecharse todos las manos tras la partida—. Quizás te gustaría jugar con nosotros otro día.

—Me encantaría, pero regreso a Reading esta tarde —respondió Kate.

—Bueno, al menos quédate a tomar algo —dijo él.

Margery cogió su bolsa de golf y se la puso al hombro.

—No me puedo quedar, lo siento. Jimmy me espera para comer a las dos —dijo—. Encantada de conocerte, Kate; ha sido un placer jugar contigo.

—Yo tampoco tengo tiempo para tomar algo —dijo Fred—. Juego de nuevo en veinte minutos.

—Parece que tendré que tomar algo solo entonces —dijo Hugh.

—Tengo tiempo para una rápida —dijo Kate—. Mi tía abuela dijo que la comida no estaría hasta las dos treinta.

—Fantástico, ¿qué quieres?

—Una copa de vino estaría bien. ¿Nos quedamos aquí? Hace un día tan estupendo que sería una lástima sentarnos dentro.

—Bien. Lo sacaré aquí.

Se sentó en un banco de madera y esperó a que regresara. Era un hombre muy divertido; hacía tiempo que no se reía tanto.

—Aquí está —dijo poniendo las copas en la mesa delante de ella y acercando una silla.

Ahora que los otros se habían ido, Kate se sentía un poco extraña y esperó a que él hablara primero.

—¿Así que vives en Reading?

—Sí, vivo allí, trabajo allí y juego a golf allí, muy aburrido en

realidad.

—¿En el Club de golf de Reading?

—Sí.

—Lo conozco; jugué en un torneo entre clubes allí una vez. Es un poco corto, pero tiene algunos hoyos interesantes, si recuerdo bien.

Hablaron durante un tiempo sobre los cambios que se habían producido en el campo desde que él jugó allí la última vez, luego Kate le preguntó si vivía en la zona de Barnstable.

—No, vivo en Bristol, pero estoy afiliado aquí; desde mi divorcio, vengo aquí la mayor parte de los fines de semana a jugar.

—Está bastante lejos. ¿No perteneces a un club de golf en Bristol?

—Sí, he sido miembro en Bristol y Clifton durante años, pero mi ex mujer todavía juega allí. No puedo aguantar cruzarme con ella todo el tiempo, especialmente cuando está con ese nuevo novio suyo. Es un auténtico estúpido. Prefiero venir aquí y jugar en paz.

—¿Y en qué trabajas? —le preguntó queriendo desviar la conversación del tema de las esposas divorciadas.

—Soy arquitecto.

Empezó a hablarle de su trabajo. Mientras escuchaba, no podía parar de examinarlo; era bastante bien parecido, no demasiado impresionante, pero sus facciones eran regulares y agradables. Estaba fornido, no era gordo, pero un poco corpulento; su pelo era de buena calidad, espeso y ondulado, no demasiado canoso y le gustaba el sonido de su voz, con apenas un atisbo del acento de Bristol. Sí, era verdaderamente muy presentable.

—¿Perdona?

Le había estado preguntando algo. Sintió que se sonrojaba.

—He dicho que a qué te dedicas.

—Oh, nada demasiado excitante, soy asistente personal del director de recursos humanos de una compañía que fabrica galletas —respondió.

—¿Te gusta?

Nadie le había preguntado aquello hacía tiempo; vaciló antes de responder.

—No puedo decir que realmente me guste, pero no soy infeliz trabajando allí. Supongo que me he acostumbrado a la rutina, después de veintitantos años.

—¿Eso es en pocas palabras estar estancada? —preguntó.

Era la segunda vez en aquella semana que alguien le había

sugerido que estaba estancada en la rutina.

—Quizás.

—¿Estás en casa de tu tía, entonces? —preguntó cambiando de tema.

—Mi tía abuela —respondió—. Es la hermana de mi abuelo. Solo estoy por este fin de semana.

—¿Visitas a menudo a tu tía abuela?

—No, en realidad esta es la primera vez.

—Entonces, ¿no es probable que vuelvas?

—No tengo planes de volver.

—Es una pena, sería agradable jugar al golf otra vez.

—Bueno, ¿por qué no vienes a jugar a Reading? —sugirió, las palabras salieron de su boca antes de poder detenerlas.

—Eso estaría bien, ¿qué te parece el próximo fin de semana?

—Oh, no podría decirlo ahora; tendría que comprobar mi agenda. ¿Por qué no te llamo cuando regrese?

—De acuerdo. Aquí está mi tarjeta.

Le tendió una tarjeta de negocios color beige. La leyó. Hugh Barnes. RIBA. Debajo estaba impresa una dirección, un número de teléfono, un número de móvil y una dirección de correo electrónico.

—Muchas formas de ponerse en contacto contigo aquí —dijo sonriendo—. Lo siento, no tengo tarjeta, pero puedes tener mi número de teléfono si quieres.

Esperó a que sacara un lápiz de su bolsillo y le dictó el número, que él anotó en una vieja tarjeta de resultados. Kate miró su reloj.

—Mira, lo siento; tengo que irme. Mi tía abuela es bastante vieja; no le gusta retrasar sus comidas —explicó.

—Bien, lo entiendo. Que tengas un buen viaje de regreso a Reading.

—Gracias. Bueno, adiós entonces.

De nuevo aquella sensación extraña estaba de vuelta.

—Adiós.

Se inclinó hacia ella y la besó rápidamente en los labios. Kate estaba demasiado sorprendida para hablar; se volvió y caminó hasta su coche. Qué hombre tan interesante, quizás le telefoneara después de todo.

Cuando llegó a casa la luz parpadeaba en su contestador. Dejó su bolso en el recibidor y apretó el botón para ver quién había llamado.

—Hola Kate, soy Bill. Pensé en llamarte para ver cómo te iba.

Hace mucho tiempo que no nos hemos visto; pensé que quizás podríamos encontrarnos para tomar una copa una noche. Todavía tengo el mismo número, 8778778. Llámame.

—Qué cara. ¿Quién demonios te piensas que eres, llamarme para tomar una copa como si nada hubiera sucedido? —le gritó al contestador.

No podía creer lo atrevido que era; no habían hablado desde el día que descubrió lo suyo con Ursula y ahí estaba llamándola como si fuera una vieja amiga. Se sentó en el sofá temblando de rabia. Aquello solo podía significar una cosa; quería algo. Quizás se había enterado de lo de su herencia, pero si era así ¿cómo? No conocía a sus parientes muy bien. No se lo había dicho a nadie del trabajo. El abogado no le habría dicho nada y la única persona a la que se lo había contado era Maisie. Bueno, fuera por lo que fuera, no iba a hablar con él; si era algo importante, podía ponerse en contacto con su abogado. Borró el mensaje del contestador y descolgó el auricular. Mientras se servía una copa de vino de la botella abierta en el frigorífico, se felicitó a sí misma por el hecho de haberse negado a darle el número de su teléfono móvil. No iba a arruinárselo todo, decidió poniendo un CD de Mark Koefler en el compact disc y escogiendo un fajo de cartas de la caja de su abuelo.

INGLATERRA 1937

CAPÍTULO 18
RICHARD

El viaje de regreso a Inglaterra era lento e incómodo. El barco había llegado de Malta el sábado por la mañana, frustrando los planes de los Harcourt-Smith de ir a la cacería. Richard había recogido las tarjetas de embarque que Timothy le había conseguido y a las seis en punto, él, Margaret, Peter y Willow estaban de pie en el abarrotado muelle esperando para abordar.

—¿Crees que podremos subir a bordo? Parece como si no hubiera mucho espacio para toda esta gente —dijo Margaret.

—No es tan grande como el otro, mamá, pero este es un crucero. Habrá mucho espacio más dentro. Parece un poco viejo, sin embargo —le dijo Peter.

—Al menos es un barco y va a llevarnos a casa. No me importa lo viejo que sea —replicó Richard.

Peter se estiró todo su metro cuarenta y cinco centímetros en un esfuerzo por leer el nombre que aparecía en el costado del barco.

—¿Cómo se llama, papá?

—Arethusa, creo.

—Oh, sí, eso es.

Peter rebuscó en su mochila y sacó sus cromos de cigarrillos.

—Mira, aquí, este es. HMS Arethusa, construido en 1933. Es alucinante.

Sus padres no lo estaban escuchando. Se estaba bajando la pasarela y la multitud avanzaba hacia delante preparándose para subir. Reconocieron a mucha gente que habían visto en el HMS Bulldog.

—Guarda eso por ahora, Peter, y dame tu mano.

—No lo sueltes, Richard.

—Mantengámonos juntos ahora, intentaremos pasar por aquí, parece que hay un hueco.

Margaret llevaba a Willow bajo un brazo y con su mano libre se

agarraba a la chaqueta de Richard; los tres se abrieron paso a través del gentío que avanzaba a empujones hacia el barco. Todo el mundo estaba desesperado por ser el primero en subir a bordo.

—Defended vuestra posición —ordenó Richard a su familia cuando un hombre corpulento intentó hacer a Margaret a un lado de un empujón.

—Lo intento.

—Papa, estoy apretujado. No puedo ver nada.

—Aguanta, Peter; estaremos a bordo en un minuto. Puedo ver la pasarela: no está lejos. Sigue agarrado a mi mano, amigo.

—Me haces daño.

—Lo siento, hijo. Aguanta ahí.

El ruido era ensordecedor; los evacuados gritaban a sus familias, ordenándoles que permanecieran juntas, los niños lloraban, los perros ladraban, un marinero intentaba gritarles instrucciones por un megáfono y, periódicamente, como si eso no fuera suficiente, la sirena del barco sonaba. Richard sentía que estaba a las puertas del infierno; avanzaba a empujones arrastrando a su familia tras de sí. Al fin, alcanzaron la pasarela y se les permitió subir a bordo. Dos marineros les indicaron que bajaran una escalerilla hasta una amplia zona que estaba repleta de evacuados. Apestaba a humo de cigarrillo y olor corporal.

—Oh, buen Dios, esto es terrible. Richard, ¿nos conseguiste un camarote?

—No, me temo que no. Fue imposible. Esto no es un barco crucero, sabes, Margaret. Si esperáramos hasta que pasase uno, tendríamos que hacerlo hasta el 3 de marzo. No pensé que quisierais hacer eso ahora.

—No, supongo que no. Solo que...

Su voz se cortó.

—Tenemos suerte de que este barco estuviera de camino a Inglaterra, de otra manera nos hubiéramos quedado aquí atrapados mucho más tiempo.

Richard se arrepintió inmediatamente de su tono cortante; su mujer parecía tan abatida.

—Mira, cariño, no será por mucho tiempo. Intentemos sacarle el mayor partido. Encontremos un lugar confortable para sentarnos.

Miró a su alrededor: la habitación estaba casi llena.

—Papá, hay sillas en aquella esquina.

—Bien visto, amiguito. Bien, vayamos allí.

Siguió a su hijo hasta un montón de tumbonas y sacó tres, que puso en hilera contra la pared.

—Perfecto. Aquí estaremos muy cómodos. Buen chico.

Peter se acomodó inmediatamente y sacó sus cromos de cigarrillos otra vez.

—¿Quieres jugar, papá?

—Más tarde, Peter. Habrá mucho tiempo para jugar con los cromos. Creo que veré qué hay que hacer primero. Necesitamos averiguar qué hacer con Willow.

—Oh, ¿no se puede quedar con nosotros? Por favor, papá. Es muy tranquila. Apuesto a que está asustada.

La perra estaba acurrucada en su regazo y parecía muy sumisa.

—No sé cómo, amigo. ¿Y cuándo quiera ir al baño? No, creo que probablemente tendrá que ir abajo otra vez.

—Bueno, siempre puedes preguntar.

—De acuerdo, le preguntaré a alguien. La dejaré aquí por ahora, pero vigílala bien, por favor.

Se volvió a su esposa que estaba recostada en la tumbona con los ojos cerrados.

—¿Estarás bien aquí por ahora, Margaret? —le preguntó.

—Estupendo. Mira a ver si puedes conseguirme algo de agua, por favor. Parece que estoy pillando un resfriado; no puedo parar de toser.

—Estaré de vuelta en un minuto.

La primera persona que encontró fue a Teddy Harcourt-Smith. Estaba de pie en la cubierta fumando un cigarrillo y apoyado en la barandilla que daba a la tierra que se quedaba atrás. El barco se alejaba lentamente del puerto, saliendo de la Bahía de Algeciras hacia en el Estrecho y dirigiéndose al Atlántico. El Peñón de Gibraltar se erguía, aislado y orgulloso, contra el cielo que cambiaba rápidamente de un tono púrpura oscuro a uno rosa sonrojado. Al salir el sol, el cielo que los cubría se inundó de luz.

—Cielo rojo por las noches, gozo de los pastores; cielo rojo por la mañana, a los marinos alarma —dijo Teddy.

—¿Significa eso que nos enfrentamos a una mala travesía?

—Puede ser. Así que lo conseguiste, amigo. ¿Dónde está la familia?

—Abajo. ¿Y Rosalind?

—Oh, está en el camarote. Dice que no saldrá hasta que

lleguemos a Portsmouth.

—¿Un camarote? ¿Tenéis un camarote? ¿Cómo demonios lo conseguisteis?

—Sin problema, amigo.

Se tocó la nariz y sonrió.

—Resulta que el hermano de Rosalind fue a la escuela con el capitán. Estuvo encantado de ayudar.

Un hombre a quien Richard reconoció del Club Internacional se acercó para hablarles.

—Es una desgracia. No puedo creer que nos traten así. Ciudadanos británicos expuestos a esto.

Recorrió con su mano vagamente todo su alrededor.

—Peor que refugiados. Escribiré a mi Miembro del Parlamento cuando llegue a casa, puedo aseguráoslo. Me sorprende que lo soporte, Harcourt-Smith.

—Cálmese, amigo. Es una emergencia, después de todo. Lo que tiene uno que hacer; todos tenemos que hacer sacrificios como este alguna vez.

El hombre se volvió hacia Richard.

—Cholmondley —dijo tendiéndole la mano—. John Cholmondley, Servicio Diplomático.

—Richard Atkins.

—¿Atkins? ¿Alguna relación con los Atkins de Kings Abbot?

—No, no lo creo.

El hombre se volvió hacia Teddy otra vez.

—Y, para rematarlo, han cancelado la cacería. ¿Puede creerlo?

—¿Alguna noticia de Bélgica? —le preguntó Teddy.

—Parece que podemos haber persuadido a ese tal Hitler para garantizar su neutralidad. No queremos repetir lo de la última vez ahora, ¿verdad?

—Entonces, ¿Gran Bretaña los respaldará?

—Demasiado pronto para decirlo, pero eso espero. Depende de lo que pretenda hacer Francia.

—No se puede confiar en ese hombre —les interrumpió Richard—. Hemos visto de lo que en capaz en Renania.

—Solo ha recuperado lo que creía que le pertenecía por derecho. No es cosa nuestra intervenir. No hay necesidad de precipitarse a otra guerra sangrienta; nadie quiere eso —respondió Teddy.

—Ciertamente, no Herr Hitler —añadió John Cholmondley.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Créame cuando le digo que el Gobierno Británico es bien consciente de los planes de Hitler; han estado participando en charlas con los alemanes durante algún tiempo.

—Hablar no es bueno; me da la impresión de que es un hombre cuyos actos dicen más que sus palabras —añadió Richard.

—Winston estaría de acuerdo con usted.

—Sea lo que sea lo que piensen de Herr Hitler, tienen que admitir que es un bastión contra el comunismo —dijo Teddy.

—Y, ¿por qué los británicos no hacen nada para ayudar a los españoles?

—El conflicto en España no tiene nada que ver con nosotros —añadió Cholmondley—. Y no podríamos intervenir aunque quisiéramos; somos firmantes del Pacto de No Intervención.

—Ya sé todo eso; magnífica escapatoria —respondió Richard—. Pero ¿qué está pasando de verdad? ¿Qué ha oído? ¿Alguien sabe lo que pasa aquí?

—Su hija todavía está aquí —le explicó Teddy—. En Málaga.

—Oh, lo siento, amigo. Toda una preocupación, cierto.

—No conseguimos noticias. Nadie parece saber lo que pasa. Mi esposa se está volviendo loca de la preocupación. Incluso la BBC no transmite un cuadro claro de la situación.

—Oh, no merece la pena escuchar la BBC; cogen lo que retransmiten los nacionales desde Sevilla y lo que retransmiten los republicanos desde Madrid y hacen un batiburrillo con ello, una especie de resumen de las noticias coincidentes. Bastante absurdo en realidad, ningún lado informa de nada.

—¡Qué Dios bendiga mi alma! Allí está el viejo Harry Wycliffe. Perdonadme, amigos, tengo que ir a saludar a mi viejo amigo —dijo Teddy.

Vieron como Teddy avanzaba tambaleándose por la cubierta para hablar con un hombre anciano con un abrigo negro.

—Bueno, será mejor que regrese con mi familia. El tiempo se está volviendo tempestuoso —dijo Richard viendo crecer el oleaje—. Encantado de conocerle.

—Sí, encantado. Mire, si escucho algo se lo haré saber. Pero no albergue muchas esperanzas; la comunicación es muy mala en este momento y lo que obtenemos es en su mayor parte propaganda.

—Me doy cuenta, pero se lo agradecería si se enterara de

cualquier cosa.

—Quizás nos encontremos más tarde.

—Quizás.

Margaret y Peter estaban todavía sentados donde los había dejado; Margaret tenía su cuaderno de dibujo en las rodillas y estaba dibujando las vistas a su alrededor. Se abrió paso entre los cuerpos recostados.

—Le dije a los criados que no dejaran entrar a nadie en la casa y que la mantuvieran cerrada —un hombre que le parecía vagamente familiar le estaba diciendo a su compañero.

—Si tienes suerte, viejo amigo; estarán allí rápidos como balas y te dejarán sin nada. Verás que para cuando regreses no quedará ni una estaca.

—Comunistas bastardos, si no fuera por mi mujer y mis hijos, me quedaría para combatirlos yo mismo.

—Tremendo lío. Mamá y papá venían a vernos. Es el vigesimoprimer cumpleaños de Felicity este mes y pensamos que sería divertido invitar a toda la familia y celebrar una gran fiesta. Ahora, tendremos que celebrarla en Winchester —se quejaba una mujer de mediana edad.

—¿Winchester, eh? No es lo mismo que Marbella, vieja amiga.

—Bueno, si esto dura todo el verano, probablemente podremos quedarnos para las carreras de Ascot —dijo una mujer elegantemente vestida con un sombrero de campana blanco.

—Por supuesto, por qué no, y para Henley. Normalmente vamos a casa para la regata de Henley, de todos modos.

Richard no era un hombre apasionado, de hecho, era más razonable y mesurado en su visión de la vida que la mayoría, pero ahora sentía la rabia bullir dentro de sí a causa de toda aquella gente. ¿Ignoraban la situación o eran simplemente superficiales y egoístas? La gente huía para salvar sus vidas y algunos estaban muriendo. Su hija estaba allí, por el amor de Dios, y todos ellos estaban preocupados porque aquella guerra no supusiera un inconveniente para sus insignificantes vidas.

—Cariño, ¿qué sucede? —le preguntó Margaret dejando a un lado su cuaderno.

—Oh, nada. Es solo que esta gente me cabrea.

—Ven y siéntate con nosotros.

—¿Has visto al capitán, papá?

—Oh, Dios, no. Lo siento, amigo, lo olvidé. Te digo algo, mantén a Willow calmada y no hablaremos más de ello.

Peter abrazó a su perra y luego, cuidadosamente, le puso su abrigo sobre el lomo al animal para camuflarlo.

—¿Averiguaste algo más sobre Málaga?

—No, nada. Creo que vamos a tener que esperar hasta que lleguemos a Inglaterra. Te prometo que haré todo lo que pueda para encontrar a Elizabeth una vez estemos en casa.

Rodeó con su brazo a Margaret y la apretó contra sí. Sentía su cuerpo inerte en sus brazos; era como si hubiera abandonado la lucha.

—No te preocupes, corazón, la encontraremos; lo prometo —murmuró enterrando su rostro en su pelo.

El hermano de Margaret los estaba esperando en Portsmouth cuando amarraron. Era una versión mayor y ligeramente más oronda de Margaret, con el mismo pelo castaño rizado y ojos azul claro. Llevaba una chaqueta de tweed y pantalones de pana, y se erguía de pie en el muelle agitando su gorra ostensiblemente.

—Ahí está el tío Brian. Hola, tío Brian —gritó Peter—. Hola.

—No puede oírte, Peter. Espera, desembarcaremos en cualquier momento.

—Nos ha visto, mamá. Mira, está saludando.

—Está bien, jovencito, cálmate. Llegaremos pronto.

Richard sentía mucha más excitación que su hijo por estar allí de pie mirando el suelo inglés de nuevo. El viaje parecía que iba a prolongarse para siempre. Tuvieron problemas para conseguir agua suficiente para beber y la comida, aunque comestible, era insípida. Cuando se bebía la sopa aguada y se comía los sándwiches duros, pensaba con un placer que nunca había esperado tener en la comida que habían disfrutado con los Harcourt-Smith. Los delicados filetes de lenguado y el solomillo de ternera parecía haberlos comido una década atrás.

Desde el momento que habían abandonado el refugio de la bahía de Algeciras el tiempo había sido horroroso, con vientos huracanados que habían zarandeado el barco día y noche provocando que sus pertenencias recorrieran el salón a toda velocidad, y las cubiertas se empaparan de agua del mar. Atravesar la Bahía de Vizcaya había sido

una pesadilla, pero aún así ni él ni Margaret habían sucumbido a los mareos, e incluso Peter, aunque más sumiso de lo habitual, había mantenido el equilibrio. No así algunos de sus compañeros, que se pasaron el viaje entero vomitando y arrojando en bolsas de papel o asomados a la barandilla de la cubierta. Sus quejas sobre la situación política habían dado paso a los quejidos y lamentos de los afligidos y el aire a su alrededor hedía al rancio de los vómitos y a mal aliento.

—Gracias a Dios que este viaje ha terminado —dijo Margaret.

Estaba de pie a su lado, con su abrigo azul y sus bolsas colgadas del hombro, sosteniendo a Peter con una mano, y llevando a Willow de la correa con la otra; sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Vamos entonces, salgamos de este condenado barco.

La tos de Margaret no mejoró; fue al médico, pero todo lo que este le dijo fue que probablemente tenía infección respiratoria a causa de la travesía por mar y le recetó un jarabe contra la tos y friegas de bálsamo mentolado.

—No pareces mejorar, Maggie —le dijo su hermano—. Por qué no intentas inhalar esto.

Sostenía una botella de eucalipto y mentol.

—Pon una cucharada en un cuenco de agua caliente e inhálalo. Lo haré por ti.

Un instante después volvió a la habitación portando un cuenco de agua caliente y una toalla.

—Vamos, siéntate y ponte esta toalla en la cabeza.

—Oh, Brian, no te preocupes tanto; es solo un poco de tos.

—Quizás, pero prueba esto de todas maneras.

Estaba sentada en el salón de su hermano, con la cabeza sobre el cuenco humeante, cuando Richard volvió.

—Hola, ¿estás ahí dentro? —preguntó levantando la toalla y mirando el rostro y los ojos húmedos de su mujer—. ¿Qué estás haciendo?

—Fue idea de Brian; está preocupado por mí.

Margaret inclinó la cabeza sobre el cuenco y se volvió a colocar la toalla. Richard puso la mano en su espalda y la acarició suavemente. Él también estaba preocupado por su mujer; desde que Elizabeth había salido de España, había cambiado. Siempre había sido una mujer

tranquila, feliz con su propia compañía, su jardín y sus pinturas, pero ahora se había vuelto retraída; era solo Peter quien podía animarla aquellos días y sacarla de la oscuridad en la que se sumía su alma. Por si fuera poco, su tos se había incrementado desde que dejaron España y parecía empeorar; sin embargo, no sabía si su inusitado letargo se debía a eso o a su preocupación por Elizabeth.

—Pensé que podíamos dar un paseo en coche y buscar una casa de campo —sugirió—. Brian dice que podemos coger el coche. Dice que hay una inmobiliaria en el pueblo. ¿Qué dices, niña?

—De acuerdo —musitó—. Supongo que no podemos abusar de la hospitalidad de Brian y Susan por siempre.

Alzó la toalla de nuevo.

—En realidad, tengo que ir a Wareham de todos modos, para recoger la nueva corbata para el uniforme escolar de Peter. Dijeron que estaría hoy.

—Bien. Entonces haremos eso. Dame un toque cuando estés lista; estaré en el jardín.

El agente inmobiliario fue extremadamente servicial; les mostró la información de un gran número de pequeñas casas de campo en la zona, e incluso se ofreció a llevarlos allí él mismo.

Richard sabía que era la suya en el momento en que vio el rostro de Margaret. La casita estaba al final de un camino estrecho y sinuoso que estaba invadido por una barrera vegetal de setos, por lo que el agente inmobiliario tuvo que abandonar su coche y abrir la marcha a pie.

—No estoy seguro de que esto sea exactamente lo que quieren —dijo—. Es más grande que la media de las casitas, pero tiene lo que ha de tener una casita de campo.

—Mira el jardín —le susurró Margaret a su marido—. Es perfecto.

Richard sabía exactamente lo que quería decir. El césped estaba cubierto de narcisos y un laberinto de glicinia y madreselva ascendía por un lateral de la casa y se propagaba por el muro de piedra adyacente. Margaret le tomó la mano y avanzaron juntos por el caminito hecho de piedras dispuestas de forma irregular que discurría atravesando los parterres vacíos y rodeaba la casa continuando hasta su parte trasera. Allí el jardín se abría y parecía fundirse con el campo al fondo; había una pequeña zona amurallada completamente invadida por las hierbas, pero apta para cultivar verduras y, bajo los

manzanos, crecían anémonas y aguileñas.

El agente estaba ocupado ensalzando los beneficios de vivir en el campo, pero Margaret no escuchaba. Se dirigió directamente a un gran edificio anexo que estaba al lado de la puerta trasera.

—¿Qué hay aquí? —preguntó.

—Ah.

Miró la información de la casa.

—Creo que probablemente sea un cobertizo para guardar cosas o aperos de jardinería.

Sacó una llave.

—Echemos un vistazo.

Abrió la puerta y se quedó detrás para dejar pasar a Margaret.

—Oh, Richard, esto es perfecto.

Estaban de pie en una amplia habitación con el suelo de piedra y una claraboya.

—Necesitará algo más de luz, por supuesto, tendría que poner estanterías allí.

Señaló la pared este, luego se volvió para quedar frente a Richard, su rostro irradiaba entusiasmo.

—Tenemos que pintarla de blanco para que refleje la luz mejor. Y podría poner mi caballete justo allí.

—Está bien, querida, miremos el resto de la casa antes de decidir —dijo—. Ni siquiera sabemos cuánto piden por ella.

De inmediato se arrepintió de sus palabras, porque al mismo tiempo la luz de los ojos de su esposa se desvaneció y, esta se giró y se alejó. Por un breve instante, había tenido a su vieja Margaret de vuelta y la había dejado marchar. La siguió fuera y avanzaron por el camino rodeando la casa hasta la puerta principal. Todo estaba dicho ya; tendrían la casa sí o sí.

INGLATERRA 2007

CAPÍTULO 19
KATE

Un par de semanas más tarde estaba a punto de ir a comer cuando Jill le gritó.

—Espera un minuto, Kate, hay una llamada para ti.

Cogió el auricular tan pronto como empezó a sonar.

—¿Es Kate Scott? —preguntó la voz de un hombre un tanto vacilante.

Por un momento pensó que era Bill, e iba a colgar cuando se dio cuenta de que la voz, aunque familiar, no era parecida a la suya.

—Sí, ¿puedo ayudarle?

Hubo una pausa, un silencio casi embarazoso como si el que llamaba esperara ser reconocido.

—Hugh, ¿eres tú?

—Sí. No he podido localizarte en el número que me diste, así que pensé en hacerlo en tu trabajo. Espero que no te importe.

—No, por supuesto que no. Lo siento, debo tener algún problema con mi teléfono —mintió.

Bill había continuado con sus intentos de contactarla, en cada ocasión dejaba un mensaje en su contestador, así que, al final, lo había desconectado y, cada noche, cuando llegaba a casa del trabajo, desconectaba el teléfono. Había olvidado que le había dado a Hugh el número de casa.

—Me preguntaba por qué no había tenido noticias tuyas —añadió.

—Bueno, en realidad, tú ibas a telefonearme si recuerdo bien.

—Y lo iba a hacer, para jugar al golf. Mira, lo siento de veras. Es solo que he estado demasiado ocupada últimamente y no he tenido tiempo para planear nada aún.

—No, no te disculpes. No importa. Solo me preguntaba cómo estabas.

—Bien, estoy bien —dijo pensando que se sentía mucho mejor al

escuchar su voz.

—Tengo que ir a Reading la próxima semana por negocios, y me preguntaba si te gustaría que nos encontráramos para tomar una copa o quizás para salir a comer algo.

—Suena muy bien. ¿Qué día vienes?

—Bueno puedo organizarlo de acuerdo a cuando tú estés libre —dijo.

—No suena como un negocio muy importante —dijo riendo—. ¿Qué te parece el miércoles?

—El miércoles es fantástico. ¿Dónde te encuentro?

—¿Conoces Reading?

—Un poco.

—Bueno, hay un bistró francés muy agradable cerca del centro Hexagon, se llama L'Escargot. ¿Digamos sobre las ocho treinta?

—Eso suena bien. ¿Tengo que reservar mesa?

—Yo puedo hacerlo, si quieres; no está lejos de donde trabajo.

—De acuerdo. Las ocho treinta del miércoles entonces.

—Por cierto, ¿cómo conseguiste mi número?

—Bueno dijiste que trabajabas en una compañía de galletas y esta es la única que pude encontrar en la guía.

—Un pequeño sabueso, eh.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: «cuando se quiere, se puede». En realidad, no fue muy difícil.

—Mira, tengo que irme. Te veo la semana que viene entonces.

—El miércoles —repitió él.

Recibió dos llamadas aquel día que cambiarían su vida; la segunda fue de Robert Percy para decirle que no había ningún problema en quedarse con la casita de campo como parte de su herencia. Su tío Jeremy no había podido demostrar que el testamento era nulo y nadie más se había preocupado de si se quedaba con la descompuesta casita de campo o no.

—Te sugeriría que le echaras un buen vistazo primero; puede que cambies de opinión cuando veas el estado en el que ha quedado —le aconsejó.

—¿Puede enviarme las llaves entonces? —dijo ella.

—Puedo, pero probablemente tendría más sentido que las recogieras en la agencia inmobiliaria. Sanders y Sanders han estado cuidando de la propiedad, y uso este término a la ligera, desde que tus

padres murieron. Eran los únicos que alguna vez iban allí por lo que sé.

—¿Tiene un número de teléfono suyo?

—Sí. Están en el mismo pueblo, así que no debería haber problema alguno para organizar la recogida de las llaves.

Le dictó el número de teléfono y el nombre de la persona de contacto.

—Todavía no tengo la cifra final de la herencia —se disculpó—. Este asunto de tu tío ha retrasado un poco las cosas. Me pondré en contacto tan pronto como pueda.

—Está bien. Solo una pregunta más, Mr. Percy. ¿Usted o alguien de su oficina se ha puesto en contacto con mi ex marido?

—¿Tu ex marido? No, claro que no. No tenemos motivo alguno para ponernos en contacto con él y no le hemos informado de tu herencia.

—Es solo que tengo la sensación de que lo sabe y me preguntaba cómo lo habría averiguado.

—Puede que haya visto la esquela de Sir Alexander en el Times. Quizás haya supuesto que se te mencionaba en el testamento. ¿Te está molestando? ¿Quieres que haga algo?

—No, en realidad no hay problema. Era solo una sospecha que tenía.

—Bueno, si esto es todo, me despido.

—Adiós, Mr. Percy. Gracias por las buenas noticias.

No tenía nada planeado para el fin de semana, así que decidió ir a echarle una ojeada a la casita de campo de inmediato. Cogió el teléfono de nuevo.

—¿Maisie? Soy Kate.

—Hola, Kate, ¿no estás en el trabajo?

—Sí, estoy un poco ocupada, así que seré rápida. ¿Te gustaría pasar un fin de semana en el campo?

No quería entablar una larga conversación llena de chismes con su amiga.

—Suena bien. ¿Dónde y cuándo?

—Dorset, este fin de semana.

—¿Es un torneo de golf?

—No, no es nada de eso. Voy el sábado a mirar una vieja casita de campo que he heredado. Pensé que te gustaría venir conmigo.

Podía oír a Maisie dándole vueltas a la idea en su mente.

—Por qué no, para variar. Tengo que hablar con Bob primero, pero no creo que haya ningún problema, porque estoy segura de que tiene un torneo decisivo este fin de semana y no lo veré mucho de todas formas.

—Fabuloso. Llámame cuando lo sepas.

—¿Cuándo planeas regresar?

—El domingo por la tarde, supongo. Creo que reservaré una habitación en un hotel para el sábado por la noche; no confío mucho en lo que encontraremos cuando lleguemos a la casita de campo. Pago yo, por cierto.

—Mucho mejor, no me gustaría dormir con cientos de arañas y ratones.

Kate quedó con Mr. Nesbit de Sanders y Sanders en que se encontrarían en la casita de campo el sábado por la mañana a las once en punto. A las once menos cinco condujo hasta la entrada y aparcó cerca de un reluciente Volvo nuevo; el conductor estaba de pie al lado de su coche fumando un cigarrillo y admirando ostensiblemente su reciente adquisición.

—¿Mr. Nesbit? —le preguntó mientras cerraba la puerta de su un tanto maltrecho Punto.

—Sí. Usted debe de ser Mrs. Scott —respondió él.

—Ms. Scott —lo corrigió automáticamente.

—Lo siento. De todas maneras, Ms. Scott, aquí están las llaves.

Miró inquisitivamente a Maisie mientras le tendía el juego de llaves unido a un gran disco de plástico con «Sanders y Sanders» estampado en él.

—Mi amiga, Maisie Brownlow.

—¿Quieren que las guíe por la casa o que las espere o algo?

—No. Ya conozco la casa; solo quería echarle un vistazo antes de decidir qué hacer con ella —dijo Kate cogiendo las llaves—. Pero puede proporcionarme información.

—Sí, por supuesto.

—¿Cuánto tiempo lleva abandonada?

—Bueno su madre nos la confió hace unos doce o quince años; tendría que mirar en los archivos para ser exacto. Dijo que nadie de la familia quería usarla más y era mejor alquilarla durante las vacaciones. Pero el problema es que no es exactamente un lugar ideal de vacaciones. La casa está muy alejada de la carretera principal y no

hay tiendas locales. Además, no está cerca de las playas más populares y aparte de uno o dos pubs, hay poco que hacer aquí. Hay que añadir, y resalto esto, que nunca estuvo amueblada para veraneantes.

—¿Está amueblada entonces?

—Sí, pero con los muebles originales. Si le gustan las antigüedades polvorientas, probablemente esté bien, pero la mayoría de la gente de hoy en día quieren una televisión y una lavadora; alguna gente también pide un lavavajillas. Traen sus portátiles con ellos y quieren tener acceso a internet, pero no hay ni siquiera línea telefónica. Como he dicho, les señalé todo esto a su madre y a su padre en un par de ocasiones, pero dijeron que no querían cambiar nada. Dijeron que les gustaba como estaba.

—Entonces, ¿no se ha alquilado muy a menudo?

—Alguna vez vienen un grupo de jóvenes maestros que la alquilan para las vacaciones de Semana Santa; son senderistas y pasan la mayor parte del tiempo fuera de casa. Ocasionalmente en el verano hay gente que no puede encontrar otro sitio disponible, pero no, la verdad es que no la alquilamos muy a menudo. Sugerí que nos deshiciéramos de los muebles y la alquiláramos sin ellos, pero a tu madre no le pareció bien eso tampoco, así que básicamente solo hemos estado vigilando la propiedad para asegurarnos de que no merodean ocupas o vándalos a su alrededor.

Kate se preguntó cuánto le habían estado pagando a Sanders y Sanders por sus servicios, pero no dijo nada.

—Bien, bueno, echaré un vistazo y devolveré las llaves esta tarde.

—No es necesario. Puede quedárselas; tenemos otro juego en la oficina. Sin embargo, si no le importa, me gustaría que firmara como que las tiene —dijo sacando un cuaderno de recibos.

Kate firmó con su nombre, le estrechó una mano un tanto floja y esperó hasta que se hubo ido antes de volverse hacia Maisie y preguntarle:

—¿Qué te parece?

—Bueno, es mucho más grande de lo que me había imaginado, pero puedo ver lo que quieres decir con ruinosa.

La casa, porque casa la describía mejor que casita de campo, estaba construida con piedra de Portland y tenía un tejado a dos aguas. Una glicina muy vieja se enrollaba y subía por el bajante pluvial y cubría los canalones y las paredes con ramilletes delicados de flores púrpura. Inmensas matas de lavanda bordeaban el sendero

que conducía a la casa y el aire estaba plagado con el zumbido adormecedor de los abejorros.

—Vamos, echemos un vistazo dentro.

Kate sintió una punzada de excitación al introducir la llave en la cerradura. Robert Percy no había estado exagerando cuando dijo que necesitaba reparaciones; podía haber escrito una lista desde el quicio de la puerta en el que estaban de pie, un chorro de luz iluminaba el recibidor un tanto sombrío y resaltaba la barandilla rota, la alfombra manchada y una puerta del armario de la cocina que colgaba del único gozne que le quedaba.

—Está muy oscuro —comentó Maisie—. ¿Por qué no dejamos entrar algo de luz?

Así que fueron de habitación en habitación corriendo las cortinas y abriendo las ventanas para dejar que la suave brisa, con su fuerte aroma a flores de mayo, inundara la casa.

—Eso está mejor; ahora podemos ver lo que estamos haciendo. Examinemos la cocina primero.

Un vistazo a la cocina le confirmó a Kate que todo tendría que ser reemplazado; no podía ni siquiera atreverse a abrir las mugrientas puertas de los armarios ni mirar en el frigorífico por miedo a lo que podía quedar dentro, y el suelo de piedra estaba cubierto de la alfombra más sucia que había visto nunca.

—Dios mío, ¿no envían a nadie para limpiar? —preguntó Maisie.

—Por el aspecto de esta habitación, supongo que no.

Se trasladaron al salón.

—Esto no está tan mal. Aparte de reemplazar los marcos podridos de la ventana y repintar estas fantasmagóricas paredes amarillas, está perfectamente habitable. Creo que tus abuelos debieron haber sido fumadores; esta habitación parece y huele como un viejo pub.

Kate podía ver que la descripción de Mr. Nesbit de los muebles había sido bastante exacta; eran antiguos. No era experta en antigüedades, así que no podría decidir qué objetos valía la pena guardar y cuales era mejor destinar a la basura. Golpeó el respaldo de una butaca, esperó a que el polvo se posara y luego se sentó para contemplar su nueva adquisición.

—¿Y bien? —le preguntó a su amiga.

—Bueno, es bonita, o mejor dicho será bonita una vez que traigas obreros para que la adecenten un poco. Creo que tendrás que hacer que un inspector de edificios le eche un vistazo, Kate. No se sabe qué

problemas puede tener una casa tan vieja. Podredumbre seca, podredumbre húmeda, humedad ascendente o descendente, podría tenerlo todo.

Kate se rió de su amiga. Estaba feliz de haberla invitado a venir; lo hacía todo mucho más divertido y evitaba que se sumiera en pensamientos perniciosos acerca del pasado.

—Sí, puede que tengas razón. Creo que va a costar un dineral reformarla. No es de extrañar que ninguno de los otros se preocupara cuando dije que la quería.

—Pero, ¿qué harás? ¿Reformarla y venderla?

—Aún no lo sé, Maisie. Puede que me la quede como retiro de fin de semana.

—¿Hay algún campo de golf cerca?

—No estoy segura. Hay uno cerca de Poole y está el campo de golf de la Isla de Purbeck, pero no sé si hay alguno más cerca.

—Un aspecto importante para una casita de campo de fin de semana es un fácil acceso a un campo de golf.

Kate se rió de nuevo.

—Vamos, miremos arriba.

Exploraron los dormitorios y los cuartos de baño abriendo armarios y mirando debajo de las camas. Era como si alguien hubiera salido cuarenta años antes y dejado todo como estaba; aparte del moho generalizado y espesas capas de polvo cubriendo toda superficie disponible, en realidad no se había tocado nada. Los veraneantes debían haber venido con sus trajes de baño, cañas de pescar y botas de senderismo, y haberse marchado sin dejar rastro tras ellos. Seguía siendo la casa de sus bisabuelos. Había fotografías en color sepia de gente que no reconocía en las cómodas, y acuarelas con paisajes locales en las paredes; una habitación estaba repleta de libros, con los lomos cuarteados y el papel amarillo por los años. Ramilletes de flores secas estaban dispuestos en delicados jarrones de porcelana, cubiertos de polvo.

—Tu madre obviamente nunca cambió nada aquí —dijo Maisie.

—No, no creo que lo hiciera.

—¿Y qué hay de tu abuela?

—No creo que viviera aquí. Venía a visitar a su padre y cuando sus hijos eran pequeños solían venir aquí a pasar el verano. Recuerdo que mi madre hablaba a menudo de la casa.

—¿No te trajo aquí?

—Sí, alguna vez, pero normalmente iba a casa de mi abuelo en North Devon con mis primos.

—¿Cuánto tiempo lleva esta casa en tu familia?

—Según mi madre, sus abuelos la compraron antes de la guerra, cuando regresaron de España. La alquilaron primero porque no pretendían quedarse; iban a regresar a España una vez terminara la guerra, pero entonces mi abuela murió, así que mi bisabuelo se quedó aquí con su hijo.

—Entonces, ¿vivían es esta casa cuando tu madre nació?

—Sí, eso creo. ¿Por qué?

—Mira a tu alrededor, no se ha tocado nada desde entonces. Quizás, si buscamos bien, podamos encontrar algo que nos diga quién era realmente tu abuelo.

—Bueno, es posible. ¿Por dónde empezamos?

—¿Qué te parece la biblioteca?

—De acuerdo.

Abrieron sistemáticamente cada cajón y cada armario de la habitación, pero no pudieron encontrar nada; quitaron los libros y miraron en las estanterías. Incluso quitaron los cuadros de la pared y miraron si había algo pegado detrás de ellos, aunque Kate pensó que Maisie estaba siendo un poco más dramática de lo normal al sugerirlo.

—Has estado viendo demasiados programas de detectives —dijo.

—Tienes razón. No hay nada aquí. ¿Por qué no descansamos?

—Eso suena como una buena idea. Creo que pasamos por un pub de camino aquí; ¿vamos a ver si conseguimos algo de comer?

Cerraron las ventanas del piso de abajo y con llave la puerta delantera, y partieron rumbo al pub. Kate había convencido a Maisie de que no estaba lejos, así que, en lugar de coger el coche, fueron caminando. Era un día soleado y, para cuando llegaron al Dog and Badger, estaban acaloradas y sedientas.

—Dos medias pintas de cerveza —pidió Kate.

—¿Todavía tienen algo de comer? —preguntó Maisie ojeando el menú de la pizarra.

Kate se dio cuenta, por primera vez en semanas, de que estaba muy hambrienta. Pidieron un par de rondas de sándwiches y una ensalada, luego pidieron dos cervezas más. Escogieron una mesa en el jardín y se sentaron a la sombra.

—¿Dónde buscamos después? —preguntó Maisie.

—Bueno, analicemos esto de una forma un poco más científica.

¿Qué clase de información estamos buscando?

—Bueno, cartas, supongo, o un diario.

—Un diario, eso es una buena idea. Muchas mujeres llevaban un diario en aquellos días; me pregunto si mi bisabuela llevaba uno.

—O tu bisabuelo; ¿no dijiste que era escritor o algo así?

—Sí, por supuesto. Puede que él también llevara un diario, aunque no recuerdo que mi madre dijera nada sobre alguno.

—Bueno, se supone que los diarios son un secreto; no le cuentas a todo el mundo que escribes uno, ¿verdad?

—Creo que tienes razón, Maisie. Si hay algo que encontrar, estará en un diario. Es hora de regresar —añadió mirando su reloj.

Eran casi las tres en punto cuando regresaron a Badger's Cottage[1], que, habían descubierto por el camarero, era el nombre de su nueva casa. No perdieron tiempo para ir directas a la biblioteca y continuar con su búsqueda, esta vez con ojos más atentos. Maisie se concentró en el escritorio mientras Kate continuó con las estanterías.

—Kate, creo que he encontrado un compartimento secreto. Sabía que debía haber uno en este escritorio; los hombres de la época georgiana amaban sus cajones secretos. Espera, sí, lo tengo.

Presionó algo en la parte trasera del cajón y un diminuto compartimento salió disparado a la luz.

—Hay algo dentro —dijo elevando la voz excitada—. Mira.

Le dio a Kate un trozo doblado de papel. Las manos de Kate temblaban cuando se lo cogió.

—Probablemente no es nada —dijo intentando permanecer calmada mientras desdoblaba y alisaba el papel y empezaba a leerlo.

—Es de mi abuela —explicó.

—Bueno, léelo en alto entonces. No puedo soportar el suspense.

Kate se aclaró la garganta y empezó.

«Febrero de 1937, Hotel The Rock, Gibraltar.

Querido padre:

Te escribo para pedirte que me perdones por marcharme de la forma en que lo hice. Sé que tuve que haberos causado a ti y a madre una gran preocupación, pero créeme que no tuve otra opción. No fui lo suficientemente fuerte para esperar y escuchar más tus sensatos argumentos. Sé que si no me hubiera ido cuando lo hice, nunca lo hubiera hecho y entonces habría pasado toda mi vida preguntándome lo que me había perdido. Ahora lo sé y todavía estoy demasiado aturdida para comprender en realidad lo que he experimentado. He

conocido a gente maravillosa y valiente, y presenciado terribles sufrimientos; me he enamorado y se me ha partido el corazón, todo en cuestión de días. Un día, espero, podré expresar en palabras lo que sucedió durante estos breves días, pero por ahora, todo lo que puedo decir es que ya no soy la misma Elizabeth que se escabulló del Club Internacional en busca de fama y aventuras. Esa chica se ha ido para siempre; está enterrada entre las rocas y los escombros de la carretera de Almería; ha sido consumida por los incendios de Málaga. Solo espero que améis y apreciéis a la nueva Elizabeth como hicisteis con la vieja.

Como podéis ver por el papel de la carta, estoy en Gibraltar esperando que un barco me lleve a casa, a Inglaterra. Tan pronto como llegue os escribiré y os diré dónde estoy. Probablemente vaya directa a Londres, pero iré y os veré tan pronto como me instale.

Por favor, transmítele todo mi amor a madre y dile que la echo mucho de menos y a Peter, por supuesto. Espero que ambos estén bien y que madre no sea demasiado infeliz por estar lejos de su amada España.

Vuestra hija que os quiere,

Elizabeth».

—Me pregunto por qué la guardó oculta en el cajón. No parece haber nada importante en ella; es solo una carta de una hija a su padre —dijo Maisie.

—Es verdad, pero dice que se enamoró.

—Quizás se enamoró de tu abuelo.

—Mi tía abuela no piensa eso. Piensa que había otro.

—Bueno, de todas formas hemos encontrado algo. Quizás haya más. ¿Por dónde vas con los libros?

—He revisado la mitad de este lado. Por qué no empiezas por allí.

Continuaron en silencio por un instante y luego Kate los encontró. Al principio no pudo hablar; se quedó allí de pie, girando uno de los libros en sus manos, temerosa de abrirlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Maisie.

—Dice: «Mi diario 1936, Margaret Atkins».

—¿1936? ¿Hay otros?

—Sí, parece haber bastantes: 1934, 1935, 1931.

—¿Qué año es el que quieres? —la interrumpió Maisie.

—1937. Aquí está. Está aquí. Dios mío, está aquí, 1937.

—Dámelos y cuida como bajas tú. No quiero que te rompas una

pierna en este lugar apartado.

Kate le tendió los diarios a su amiga y bajó de la escalera de la biblioteca. Los colocaron en el escritorio y se quedaron mirándolos reverentemente.

—No puedo creerlo —dijo con voz trémula.

—Bueno, no te alegres demasiado, no sabemos qué hay dentro aún.

Kate abrió el primero y empezó a leer:

«3 de enero de 1937

Nochebuena fue muy tranquila este año. Nadie tenía humor para celebraciones. Los H-S querían que fuéramos a su fiesta y pasáramos la noche, pero R dijo que no. Está muy preocupado por la situación y se sienta al lado de la radio durante horas esperando escuchar alguna noticia sobre lo que está sucediendo. Los criados están todos nerviosos y cada día tenemos algún rostro nuevo sentado en nuestra cocina. Nos estamos convirtiendo a toda prisa en el lugar de reunión del pueblo.

Subía a la montaña y pinté una panorámica del pueblo; estoy bastante contenta con ella, pero necesito trabajar un poco más el cielo. La luz allí es tan clara que no me resulta fácil conseguir la transparencia del cielo muy bien. R dice que es bonito; pero siempre dice eso.

Concepción tiene una nueva receta de las patatas pobres; a R le encantaron e incluso E comió un poco:

1 kilo de patatas
100 ml de aceite
10 granos de pimienta
2 dientes de ajo
¼ cucharadita de comino
½ cucharadita de pimentón
50 ml de agua
1 cucharadita de sal
1 cucharadita de vinagre

Corta y fríe la patas, mezcla las especias y disuelve en agua, añade las patatas con la sal y el vinagre. Cuece hasta que esté listo. Muy simple y delicioso».

—Mira, hay un dibujo del pueblo.

Le mostró a Maisie un dibujo a lápiz en la siguiente página.

—Por qué no nos llevamos los diarios al hotel y los leemos cómodamente —sugirió Maisie—. Parece haber muchas cosas

interesantes en ellos.

—Sí, buena idea. Veamos si hay alguno más primero.

—Bueno, ¿qué tenemos? 1931, 34, 35 y 37.

—Aquí hay algunos más: 32, 33 y 1936, oh, y 1930.

—Quizás no empezó a escribirlos hasta 1930.

—Bueno, de todas formas, con esto bastará por ahora. Regresaremos mañana y veremos qué más hay.

—Sí y le echaremos un vistazo al jardín; sé que está descuidado, pero hay algunas plantas interesante en él.

El hotel era pequeño y acogedor, lo que los folletos actuales denominan «hotel boutique». Kate había reservado dos habitaciones contiguas con baños incorporados y sala de estar compartida.

—Es muy elegante —dijo Maisie una vez el botones dejó su bolsa y se fue—. Me alegro de que seas tú la que pague la cuenta.

—Sí, está bien, ¿verdad? Pedí dos habitaciones con vistas.

Se desplazó a la ventana y miró fuera; más allá de las verdes y onduladas colinas podía ver el sol brillando sobre el mar. El cielo estaba despejado y no había viento; prometía ser una noche perfecta.

—Podremos sentarnos aquí con nuestros gin tonics y ver la puesta del sol —dijo Maisie acomodándose en una silla al lado de la ventana.

—¿Te has olvidado de que es un viaje de trabajo?

—Ah, sí, «el caso del abuelo perdido», lo había olvidado. Bien, volvamos al trabajo, Sherlock.

Colocaron los libros en la mesita de café.

—Dejemos los más antiguos por ahora —sugirió Kate—. Yo cogeré 1937 y tú coge 1936. Si hay otro hombre en la vida de mi abuela, no creo que fuera mucho antes de 1937, porque estuvo en Inglaterra la mayor parte del tiempo.

—Pero no todo el tiempo; ¿no dijiste que sus padres habían vivido allí durante algunos años? Probablemente los visitaba en vacaciones.

—Sí, pero estos no son sus diarios; son de su madre. De todas formas, empecemos con los últimos, luego podemos volver a los otros.

—De acuerdo, jefa.

Se acomodaron para leer. Kate estaba fascinada con las anotaciones de su bisabuela; todo parecía ser digno de mención: había recetas, consejos domésticos, notas de jardinería, dibujos a lápiz de sus amigos, flores prensadas, bocetos, noticias del extranjero, noticias

del pueblo. El cinco de enero anotó que salía el primer espliego y el 6 que el burro de su vecino había muerto. Una semana más tarde registró que Peter se había resbalado en la orilla del río detrás de la casa y se había roto la pierna, y que ella había hecho un emplasto con hierbas silvestres para aplicárselo.

«15 de enero de 1937

E está todavía con nosotros. Había esperado que regresara a Inglaterra después de las vacaciones, pero dice que se va a quedar aquí un tiempo. Estoy preocupada por ella. ¿Por qué no quiere encontrar un trabajo? Sin embargo, es agradable tenerla aquí un poco más. R todavía está preocupado por la guerra. Los rebeldes están en Sevilla, no tan lejos. Espero que se vayan directos a Madrid y dejen a Málaga en paz.

He tenido que dejar ir a Adela; tiene que cuidar de su madre. No estoy segura de cómo se las va a arreglar C. Quizás E le eche una mano, pero dudo cómo».

Kate se llevó el libro hasta la nariz; todavía olía a espliego.

«19 de enero de 1937.

Malas noticias del pueblo, una docena de hombres se han ido a unirse a las milicias en Málaga dejando a sus esposas y familias abandonadas a su suerte. No sé cómo saldrán adelante.

Remedios vino a la casa pidiendo trabajo, pero tuve que decir que no. A C no le gusta, dice que preferiría hacerlo todo ella misma que tener que estar todo el día detrás de Remedios. No puedo decir tampoco que sea mi persona favorita; tiene el rostro alargado, con una nariz afilada y una lengua todavía más afilada. Creo que si viniese aquí, acabaría con la armonía de nuestra feliz morada.

R se queja de que no hace progresos con su libro; dice que no se puede concentrar en el pasado cuando se está haciendo historia a su alrededor. Le sugerí que escribiera un breve artículo sobre la situación actual para el Times.

E pasa la mayor parte de su tiempo caminando por las colinas con Willow. Ha perdido peso desde Navidad. Espero que no sea infeliz. Ha hecho unas fotografías muy buenas de Peter y una preciosa de C».

«27 de enero de 1937.

R dice que Timothy le ha dicho que tenemos que irnos. He pasado toda la noche llorando. No sé a dónde ir y no quiero dejar mi casa. ¿Qué pasará con Concepción y Pepe? Me aterra pensar lo que le pasará a mi jardín sin que se riegue regularmente. R me dice que no

sea tonta. Promete que volveremos tan pronto como todo haya terminado. No creo que lo hagamos. Tengo un mal presentimiento al respecto.

Pepe dice que ha recibido noticias horribles del pueblo de su esposa; su suegro y dos de sus cuñados han sido fusilados. Está muy alterado. Todo el mundo con el que se habla tiene historias terribles que contar; esta guerra nos está afectando a todos.

No tenía ánimo para pintar hoy, así que solo hice unos cuantos bocetos de la casa. Si nos marchamos, quiero algo que me la recuerde.

Peter ha tenido un berrinche hoy, muy poco habitual en él, siempre es tan plácido. Insiste en que no quiere dejar sus maquetas de barcos. Le dije que si nos marchamos, nos llevaremos tantos como podamos, pero aún así estaba muy disgustado».

Kate volvió la página y miró los dos bocetos de la casa; estaban hechos con lápiz y tinta y mostraban la casa desde dos ángulos distintos. Se preguntaba si su bisabuela los había pintado.

—¿Cómo vas? —le preguntó a Maisie.

—Aún nada. Es todo muy interesante, pero no lo que estás buscando. ¿Y tú?

—Hasta ahora nada. Las entradas parecen haberse detenido durante un tiempo; la siguiente es de febrero.

Continuó leyendo:

«4 de febrero de 1937. Gibraltar

Nuestro barco parte mañana a Inglaterra; R quiere que vayamos con él. Está tan disgustado a causa de E. No puedo entender qué le entró para marcharse así. Dios sabe dónde está ahora; no puedo dormir por la noche de preocupación por ella. Le hemos pedido a Timothy que averigüe lo que pueda, pero dice que es imposible, todo está incomunicado. No hay forma de contactar con ella aunque estuviéramos seguros de que todavía está en Málaga. No paro de decirle a R que no se preocupe; si hay una cosa que sé sobre mi hija es que tiene muchos recursos. Si puede ponerse en contacto con nosotros, lo hará. Peter no ha dicho nada, pero sé por su silencio que está muy disgustado por ella. Solo habla para quejarse por sus maquetas. Sé que está muy triste por dejar tantas aquí, pero qué otra cosa podíamos hacer.

Hemos tenido que quedarnos en un pequeño hotel cerca de la frontera porque todos los demás están ocupados, pero no me importa, significa que no tendremos que escuchar a toda esa gente quejándose

de los españoles y su «maldita guerra». No puedo soportarlo; parecen no tener idea de todo el sufrimiento que se está produciendo. No puedo dejar de pensar en mi pobre C y de cómo le estará yendo sin nosotros. Espero que la veamos de nuevo un día, pero a medida que pasan los días, lo dudo cada vez más».

Había un boceto del Peñón de Gibraltar y otro de un niño pequeño abrazando a un perro. La siguiente entrada no se produjo hasta marzo.

Siguió leyendo:

«1 de marzo de 1937. Inglaterra.

De vuelta en casa, en Inglaterra, al fin. El barco estaba abarrotado y estuvimos hacinados en las zonas públicas. Por supuesto los H-S consiguieron un camarote, pero nosotros tuvimos que dormir en sillas en el salón. Peter estuvo bien, pero R tiene rigidez de espalda y le molesta el cuello. La travesía fue horrible, marejada y vientos fuertes; afortunadamente ninguno de nosotros nos mareamos, pero muchos lo hicieron. Pasé la mayor parte del tiempo que pude en la cubierta, solo para alejarme del olor. Imposible escribir en mi diario, pero me las compuse para hacer un boceto o dos.

El tiempo ha sido horrible desde que volvimos; un marzo típico, frío y ventoso. Es agradable ver a Brian y a Susan, nos han hecho sentir muy bienvenidos. R todavía no se ha recuperado de la forma en que E nos dejó. Piensa que no lo sé, pero lo he visto sentado concentrado en sus libros con aspecto de niño pequeño perdido; no puede trabajar y no puede dormir. Yo me siento igual. No me puedo acostumbrar a nada hasta que no sepa lo que le ha pasado. Gracias a Dios que tenemos a Peter; hemos estado muy ocupados intentando escoger su nuevo colegio, eso ha evitado que me vuelva completamente loca. Es un chico de tan buena disposición; no sé qué haría sin él».

—Hay algunos bocetos del barco.

Le tendió el diario a Maisie. Había una serie de pequeños dibujos que representaban a sus compañeros de viaje.

—Es muy buena. Pero qué multitud más variopinta. Mira las expresiones de los rostros de esas dos mujeres; están avinagradas.

Le devolvió el diario a Kate.

«3 de marzo de 1937.

R dice que es hora de que empecemos a buscar una casa propia; algo pequeño, de alquiler, hasta que regresemos. Tendrá que ser en un

sitio cerca de aquí, porque no quiero cambiar a Peter otra vez de colegio y disfruto de la compañía de Susan. Vamos a ver la inmobiliaria de Wareham, algún día de la semana que viene. Espero que podamos encontrar algo con jardín; me siento tan triste cada vez que pienso en mi pobre jardín en España».

«5 de marzo de 1937.

R piensa que ha encontrado la casita de campo ideal para nosotros cerca de Wareham. Mañana vamos a verla.

He ido a Bournemouth esta mañana con Susan y he aprovechado para comprar pinturas. Intentaré empezar alguna acuarela nueva la próxima semana cuando Peter se haya ido al colegio».

«6 de marzo de 1937.

Hemos encontrado nuestra casa ideal; no demasiado grande, pero lo suficiente para nosotros cuatro. R tiene que negociar el alquiler, pero como no está ocupada, espero que podamos trasladarnos de inmediato».

—Mira, ha dibujado la casita de campo y, ¿esto no es una hoja de glicina seca?

«9 de marzo de 1937.

Recibimos una carta de E ayer. Gracias a Dios que está a salvo; ambos nos sentamos a llorar y llorar. Todavía no la hemos visto, pero espero que se pondrá en contacto pronto».

Kate volvió la página:

«15 de marzo de 1937.

E está en casa de nuevo. Tiene un aspecto horrible; nunca la había visto tan delgada y cansada, y tiene una mirada atormentada horrible en sus ojos. Pareciera que necesitara dormir una semana entera. Un agradable joven que conoció en España vino con ella; parece muy atento, pero E no ha dicho si hay algo entre ellos. Vive en Oxford, así que solo se quedó una noche y luego se marchó.

Le he enseñado a Susan cómo hacer tortilla de patata, pero no estoy seguro de que a ella y a Brian les guste en realidad. Él dice que prefiere sus huevos revueltos con las patatas aparte, preferiblemente en puré.

Ahora que E está en casa, R vuelve a ser el mismo de antes».

—Ah, aquí hay algo —dijo—. Escucha esto Maisie.

«25 de marzo de 1937.

Estoy segura de que algo le sucede a E. Se pasa todo el día en su habitación y a menudo parece que ha estado llorando. Le he

preguntado si tiene algo que ver con Alex, pero dice que no. Él viene todos los fines de semana a visitarla y dan largos paseos por la playa con Willow. Me pregunto si son novios o, como no para de decirme ella, solo amigos.

Peter vendrá a casa por Semana Santa, eso puede que la anime».

—Bueno, estás llegando a alguna parte ahora.

«2 de abril de 1937.

E decidió escoger el 1 de abril, día de los inocentes en Inglaterra, para contarnos que está embarazada; R pensó que era una broma al principio, pero cuando empezó a llorar nos dimos cuenta de que iba en serio. No sabíamos qué decir. R está destrozado; tenía tantas esperanzas depositadas en E, ahora cree que su vida está arruinada. Le he dicho que una nueva vida es una cosa maravillosa, no importa de qué lado de las sábanas ha sido engendrado. Pero él todavía está muy contrariado.

Al principio, E no dijo quién era el padre, así que pensamos que tenía que ser Alex, pero entonces me dijo que el padre estaba muerto y que era por eso que no podía casarse con él. No sé si creerla o no. Me pidió que no se lo contara a R.

Parece estar pasándolo mal con sus náuseas matutinas. Susan nos ha dado una receta local que se supone es de ayuda. He llamado a la comadrona hoy y me ha dicho que lleve a E al médico».

—Aquí hay otra.

«20 de abril de 1937.

Alex le pidió a R la mano de E en matrimonio. Le dijo que estaba embarazada y que quería casarse tan pronto como fuera posible para no evitar las malas lenguas. Parece que su padre es un hombre muy recto y no lo aprueba. Por supuesto, qué otra cosa podía decir R más que sí. Pero fue a hablar con E; le dijo que no tenía que casarse solo porque estuviera embarazada, que nosotros cuidaríamos de ella y del bebé si quería. E dijo que amaba a Alex y quería casarse con él, pero yo no la creí; no creo que lo ame».

—¿Puede ser ese el motivo por el que tu tío nunca se llevó bien con tu madre? Quizás Alex y Elisabeth eran fríos el uno con el otro. Quizás te echaba la culpa a ti de eso —la interrumpió Maisie.

Kate se la quedó mirando.

—Es posible, supongo. En realidad no conocí a mi abuela; murió cuando yo era pequeña.

Continuó leyendo el diario.

«1 de mayo de 1937.

La boda está fijada para el 19 de junio y será en la Iglesia de Todos los Santos de Oxford. R, Peter y yo vamos a ir el fin de semana. R quiere ir a la Biblioteca Bodleiana mientras estamos allí. Susan y Brian han sido invitados, pero no han decidido aún si van a ir.

La salud de E está mucho mejor y ha cogido peso, gracias a Dios; afortunadamente es tan alta que aún puede esconder su embarazo bastante bien. Susan va ha hacerle un vestido de boda; así que E y yo fuimos a Dorchester el pasado fin de semana para comprar la tela. Es un bonito satén blanco con un velo de tul. Sé que se verá maravillosa.

Mi tos empeora. R dice que tengo que ver un médico, pero no veo por qué; solo me dará más preparado para la tos».

—Mira aquí hay un boceto del vestido de boda.

—Y, ¿ese no es el Castillo de Corfe?

—Sí, creo que sí. Escucha esta entrada; parece que Elizabeth tiene dudas sobre la boda, a pesar del apoyo de su madre. Me pregunto por qué continuó con ella.

«6 de mayo de 1937.

Es tan divertido tener una boda que preparar, pero parece que yo lo disfruto más que E. Dijo que me ayudaría a hacer el pastel, pero luego no se sintió muy bien y Susan me ayudó. Estoy encantada con él; tiene tres pisos, lo que debe bastar. Cuando le dije que tiene que guardar el piso superior para el bautizo, rompió a llorar y subió corriendo a su habitación. Se lo conté a R y dijo que hablaría con ella de nuevo. Aunque suponga humillarnos, mejor que cancele la boda que casarse con un hombre que no ama».

«15 de mayo de 1937.

Estoy haciendo saquitos de espliego para poner en las mesas como pequeños regalos para todas las damas. Espero que a E le gusten.

Esta noche la he pasado muy mal, no podía dormir de la tos. Hemos acordado ir a Wareham mañana para ver al médico. Estuve muy cansada hoy, así que pasé la mayor parte del día en cama».

«16 de mayo de 1937.

No me sentía lo suficientemente bien para ir al médico hoy, así que él vino a visitarme. Le dije a R que no lo molestara, pero no descansó hasta que vino. Dice que no estoy bien y que tengo que ir a un hospital de Southampton para realizarme unas pruebas. Yo dije que no tenía tiempo para eso; tenemos una boda que organizar. Al final, R

dijo que me llevaría mañana por la mañana y me prometió traerme de vuelta el mismo día.

Tengo que intentar terminar los saquitos de espliego».

—Escucha esto, Maisie.

«20 de mayo de 1937.

He estado demasiado disgustada para escribir nada en mi diario durante unos cuantos días. Han sido muy amables conmigo en el hospital; primero, el doctor me examinó y me envió a hacerme una radiografía. Me pusieron en una habitación aparte para esperar los resultados, pero no dejaron que R se quedara conmigo. Cuando finalmente vinieron a verme fue para decirme que tenía tuberculosis. No me dejarán ir a casa de nuevo. Tengo que ir a un sanatorio cerca de Poole, donde pueden ponerme en cuarentena y no podré infectar a nadie más. Dicen que tengo que quedarme allí durante al menos seis meses hasta que estén seguros de que estoy curada. No estaba asustada cuando me lo dijeron, pero cuando vi el poster en la pared del hospital con el retrato de un bebé y las palabras «Protégelo de la tuberculosis», empecé a llorar. Sé que no podré ver a mi nieto ahora.

Toda la familia ha sido examinada; todos están bien y ahora a todos les han administrado la vacuna BCG para evitar que la cojan. A Peter lo sacaron del colegio para examinarlo, pero él también está bien. Él y todos los chicos de su clase han sido vacunados. Si en unas semanas todos están aún bien, R vendrá a visitarme. No me dejarán ver a Peter porque es un niño, y no me dejarán ver a E porque está embarazada; es demasiado peligroso vacunarla mientras está embarazada».

—Oh, pobre mujer, encerrada y apartada de todos durante seis meses.

«28 de mayo de 1937.

Desde que llegué he estado postrada en cama, sintiéndome enferma y muy sola, pero el tratamiento que me están suministrando me ayuda con la tos y me siento un poco más fuerte ya. Hoy es la primera vez que he hecho unos cuantos bocetos. Hay una enfermera que ha sido particularmente amable conmigo y le he hecho un retrato y se lo he dado. No me siento con fuerzas para pedir mis pinturas aún porque todavía me canso con facilidad».

—¿Hay algún boceto esta vez?

—No, y no parece haber muchas más entradas. La siguiente es del 15 de junio.

«15 de junio de 1937.

He recibido una dulce y larga carta de E hoy. Está casi tan triste como yo de que no pueda ir a la boda. Quería posponerla, pero R y Alex la convencieron de que no por el bebé. Ninguno de nosotros quiere que el pobre niño nazca ilegítimo.

Ya he leído la carta tres veces y todavía me hace llorar; lo que ha sufrido mi pobre hija. Me sangra el corazón por su causa. Pero de todo ese sufrimiento ha salido algo bueno; tendrá un niño precioso, una nueva vida que cuidar y amar. Y ha encontrado un buen hombre con el que casarse y que los cuidará a los dos. Le he dicho a vuelta de correo que las cosas podían haber sido peor. Quería saber si debía registrar al niño como hijo de Alex o ponerle el apellido del padre. No vacilé en decirle que dejara que el niño fuera de Alex. Por qué complicar la vida de un niño inocente por algo que no es culpa suya.

Estoy pintando un poco ahora, pero no le pongo todo el corazón en realidad. E ha prometido enviarme muchas fotografías de la boda. Le escribo a Peter cada día y recibo unas cuantas líneas de él cada semana, pero supongo que no puedo esperar nada más. Después de todo es solo un niño. Susan ha sido una buena amiga y siempre escribe y me manda cosas para mantenerme ocupada. Extrañamente, no estoy tan intranquila como pensaba que lo estaría. Duermo mucho; no estoy segura de si a causa de la enfermedad o por la cura».

—Entonces, tiene que haber más correspondencia en alguna parte —dijo Maisie cuando Kate hubo terminado.

—Sí, imagino que es por eso que escribe menos en su diario, porque está ocupada escribiéndole a su familia.

—Bueno, alguien que lleva un diario también guarda las cartas que recibe. ¿No estás de acuerdo?

—Es cierto. Mañana echaremos otro vistazo para buscar las cartas. Mientras tanto, continuemos con estos. No hay mucho más aquí.

Leyeron en silencio durante un rato más y luego Kate dijo:

—No hay nada más aquí. Incluso parece que ha parado de hacer sus bocetos ahora.

—Bueno su enfermedad probablemente empeoró.

—O quizás no tenía nada que registrar en su diario ya; su vida se debió haber visto más limitada. ¿Has encontrado algo tú?

—¿Quieres decir aparte de cómo hacer gazpacho y la mejor época para sembrar judías verdes? No, nada. Creo que tenemos que buscar

las cartas. Pero al menos ya sabes a ciencia cierta que Alex no es tu abuelo.

—Sí, pero ¿quién lo era?

A la mañana siguiente, después de un placentero desayuno, Kate y Maisie partieron rumbo a Badger Cottage. Habían aparecido nubes durante la noche y prometía ser un domingo gris y sombrío.

—Mira, estoy segura de que no vamos a encontrar nada más en la biblioteca. Pensemos en esto. Pasó el último año de su vida en un sanatorio; nunca volvió a vivir aquí.

—Sí, así que cuando murió, su marido tuvo que haber traído todas su cosas a la casa. ¿Dónde las pondría?

—¿En su habitación?

—Posiblemente. ¿Había otra habitación que empleara, quizás para pintar?

—Claro, tenía que pintar en algún lugar y necesitaría un sitio para guardar sus pinturas y su caballete.

Recorrieron la casa buscando un posible lugar hasta que llegaron a la puerta trasera.

—¿Y esta puerta? ¿Dónde conduce?

En ángulo recto con la puerta trasera había otra puerta con un candado oxidado en ella.

—Podía ser la carbonera o un cobertizo para las plantas quizás —sugirió Maisie—. ¿Por qué no la abres?

Kate bregó con el manojo de llaves hasta que encontró lo que parecía una llave de candado.

—Esta puede ser.

Puso la llave en la cerradura y la giró; el gozne del candado cedió inmediatamente. Lo quitó y abrió la puerta empujándola; dentro había una gran habitación cuadrada con el suelo de piedra y ventanales de cristal que ascendían hasta el techo.

—Es un estudio.

—O un cobertizo de jardinería.

La habitación estaba llena de bancos de madera donde una vez alguien había cultivado plantas de semillero y esquejes; macetas vacías, tierra dispersa, bolsas de fertilizante y hojas marchitas hablaban de que allí, una vez, se habían cultivado y florecido plantas, nutridas por el amor, disfrutando de la luz clara y pura que se introducía a duras penas por el cristal sucio.

—Bueno, sabemos que le gustaba su jardín. ¿Qué más hacía aquí?

—¿Pintar?

Un caballete de madera estaba apoyado contra la pared y una mesa en un rincón de la habitación estaba cubierta con viejos tubos de pintura, enrollados y endurecidos por la falta de uso; una maltrecha lata de hojalata sostenía un surtido de pinceles y una polvorienta paleta pugnaba por revelar los colores de su vida previa.

—Eso parece. Así que aquí es donde pintaba.

—Es ideal en realidad, mucha luz, cerca de la cocina. Perfecto.

—Sí, pero no es un sitio para guardar cosas, cartas seguro que no.

Ligeramente contrariadas volvieron a cerrar con llave el estudio y entraron en la casa.

—¿Qué más hacía?

—¿Cocinar? ¿Coser? Escribir su diario. Las cosas habituales, supongo.

—No hay otra zona de escritura, excepto el escritorio de la biblioteca y sabemos que no hay nada allí.

—Pudo haberse simplemente sentado a la mesa de la cocina a escribir —sugirió Maisie.

—Sí.

Abrieron todos los cajones y armarios de la cocina, pero no encontraron nada, excepto unas cuantas cucarachas debajo del fregadero.

—Dios, tendrán que marcharse —dijo Kate incapaz de esconder su repulsión.

—Son las criaturas más antiguas del planeta —dijo Maisie.

—No me importa; son asquerosas —respondió Kate cerrando la puerta de un golpe—. Bueno, aquí no hay nada y, si alguna vez lo hubo, hace tiempo que no está.

—Probemos en la sala de estar.

Abandonaron la cocina y centraron su atención en el salón.

—¿Qué es esto? Parece como un viejo gabinete de costura.

Kate señaló una caja de caoba unida a una tapa de bisagra y un pequeño cajón debajo; estaba sustentada por cuatro patas cabriole.

—Es una monada, ¿verdad?

Abrieron la tapa y estaba llena de bobinas de hilo de algodón y seda, trozos de tela, viejos botones y botones a presión, corchetes... Para abreviar, todo lo que uno necesita para coser.

—¿Y el cajón?

Y allí estaba: un fajo de cartas, escritas con una elegante escritura sobre un descolorido papel vitela azul, atado con un lazo también azul. Cuando las cogió, algo se cayó.

—¿Qué es eso? —preguntó Maisie.

Kate lo cogió y lo sostuvo contra su nariz.

—Espliego, creo.

—Bueno, al fin llegamos a alguna parte —exclamó Maisie—. Dame algunas a mí y tú lee el resto.

Un tanto a regañadientes Kate le tendió unas cuantas cartas a su amiga; en realidad las quería todas para sí, pero no podía contrariar a Maisie a aquellas alturas de su búsqueda. Se acomodaron en el sofá y empezaron a leer; todas parecían ser de Elizabeth a su madre. Transcurrido un instante, Maisie alzó la mirada y dijo:

—Esto es realmente triste. Sabe que su madre se está muriendo, pero nadie quiere admitirlo.

—Creo que tengo aquella sobre la que leímos. ¿La fecha no era el 15 de junio?

—Sí, eso creo.

—Oh, esto es terrible. Por lo que tuvo que pasar.

Kate se calló y continuó leyendo. Al final, levantó la vista; había lágrimas en sus ojos.

—Tengo su nombre.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—Juan Francisco Gómez de la Luz de Montevideo Rodríguez.

—Casi un trabalenguas.

—Había un Juan en la foto con Alex. Mi tía tenía una caja con unas cuantas fotos antiguas; estaba allí. Debía ser mi abuelo.

—¿Dónde está? ¿La foto?

Kate abrió su bolso y sacó la maltrecha fotografía.

—¿Lo ves? Tiene su nombre escrito en el dorso.

—Hay cierto parecido familiar, sabes —dijo Maisie mirando atentamente la foto—. Ciertamente te parece más a Juan que a Alex.

Kate no estaba segura de qué sintió cuando Maisie lo dijo. Era como si todo lo que había creído toda su vida que era sólido y digno de confianza hubiera sido destruido.

—Bueno, ¿qué dice? —preguntó Maisie devolviéndole la foto.

—La mayoría son banalidades: le cuenta lo que hace y le pregunta a su madre por su salud, luego entra en harina.

Kate empezó a leer en alto:

«Madre, siento mucho haberte contrariado; sé que me criaste para que me tuviese respeto y no me viera involucrada en situaciones que se me escapasen de las manos, pero en realidad no pude hacer nada para evitar lo que sucedió. Tan pronto como conocí a Juan, supe que era mi hombre; nunca me había enamorado antes y no supe cómo controlar mis sentimientos por él. Decir que me vi arrastrada por todo suena un poco dramático, pero la verdad es que todo era diferente allí. Cuando la gente se muere en las calles, tus normas cambian. Quizás es un instinto básico de supervivencia. Estábamos solos, asustados y enamorados; nos aferramos el uno al otro. No me importaba lo que la gente pensara; solo quería estar con Juan. Me hacía tan feliz, y aunque fue durante un breve periodo de tiempo, no me arrepiento de un solo momento de ello. Me hubiera gustado pasar el resto de mi vida con él, pero no tenía que ser. Ahora está muerto y siento que mi corazón se ha congelado dentro de mi cuerpo; estoy vacía de todo amor y emoción. Supongo que esto cambiará y seré capaz de amar a este bebé y, con el tiempo, espero que pueda amar a Alex, que me salvó de mí misma. Sin él, todavía estaría en España, viva y muriéndome de hambre o quizás muerta. No estoy tan perdida como para no poder ver la ayuda que me ha prestado. Iba a ahorraros los detalles de mi vergüenza, como creo que la consideráis, pero al final sentí que tenía que contaros todo sobre el yerno que nunca fue.

Era un hombre maravilloso, amable, generoso y considerado. Nació en el seno de una noble familia; los «de la Luz de Montevideo». Familia que ha sido propietaria de tierras en Andalucía durante siglos. Aunque Juan era el nieto de un importante terrateniente, no le agradaba que continuaran tratando a sus trabajadores como siervos y discutió con su padre y su abuelo por ello. En la guerra se encontró en el bando contrario al resto de su familia, pero los quería aún y siempre hablaba afectuosamente de ellos. Tenía una hermana más joven a la que quería mucho y le apenaba estar alejado de ella y de su madre. A menudo hablaba de cómo las echaba de menos. Su padre era abogado y Juan también lo era, pero creía en la justicia para todos, ricos y pobres. Creía en una España mejor y quería ayudar a conseguirlo, pero desafortunadamente murió demasiado pronto. Cuando huíamos de Málaga fue herido en un ataque con mortero y creemos que murió después a causa de las heridas. Digo «creemos» porque nos separamos y no pudimos encontrarlo. Eso fue lo peor de todo para mí: no saber si estaba vivo o muerto. Al final, Alex, con toda su lógica inglesa, me

convenció de que debía estar muerto. Quizás debimos habernos quedado a buscarlo; cada noche me hago la misma pregunta, pero qué importa ahora. Es demasiado tarde, demasiado tarde para mí y demasiado tarde para él. Pero nunca lo olvidaré y ahora al menos tendré este niño al que amar en su lugar.

Espero que puedas perdonarme, madre; sabes que nunca querría haceros daño a ti y a padre».

Kate dobló la carta y añadió:

—Luego continúa con los planes de boda y otras cosas.

—Bueno, ahora tienes lo que querías.

—Sí.

—Un fin de semana exitoso. ¿Y ahora qué?

—Ahora, podemos irnos a comer y luego te llevaré a casa.

—Me suena bien.

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 20
ELISABETH

El niño no tenía buen aspecto. Isabel había calentado la leche, pero él no bebía. Intentó meterle la infusión con una cuchara en la boca, pero él no estaba interesado. Estaba despierto y durante la mayor parte del tiempo se quedaba mirándola, el único sonido que emitía era el de su laboriosa respiración. De vez en cuando se le descomponía la carita y empezaba a llorar de rabia. Ahora se sentía desesperada; aquello era peor que la vez que Pedro tuvo el cólico y ella y su madre se habían quedado despiertas toda la noche con él. Ahora, como entonces, tenía aquel terrible sentimiento de ineptitud; no sabía qué hacer para ayudarlo. Se acostó en la cama y trató de acallar el sonido de los llantos del bebé. Llamaron a la puerta.

—Pase —dijo ella levantándose y alisándose la falda.

—Señora, perdóneme.

Era el camarero.

—Es por el bebé. ¿Le pasa algo? —preguntó.

—Sí, creo que está enfermo. ¿Puedes ayudarme? ¿Sabes dónde puedo encontrar un médico? —dijo ella.

—No estoy segura, señora, pero tal vez pueda ayudar. Tengo muchos hijos propios. ¿Puedo verlo?

Ella levantó al bebé y se lo entregó.

—Ahora está callado, pero a veces solo grita y grita. No sé qué hacer.

El camarero miró al bebé con mucha solemnidad.

—Está muy enfermo, señora. Creo que este bebé tiene bronquitis. No puedo ayudarla con eso. Debe llevarlo a un médico. Lo siento.

Le devolvió el bebé.

—¿Puedes encontrarme un médico? ¿Hay uno cerca de aquí?

—Sí, muy cerca. Ahora iré a casa de mi primo; su vecino es un médico. Quizá venga si se lo pido. No está lejos. No se preocupe señora, no tardaré mucho.

—Oh, muchas gracias.

Quería abrazarlo. Por fin alguien iba a ayudarla. Cerró la puerta detrás de él y se sentó en la cama, balanceando al bebé de lado a lado y cantándole suavemente.

El camarero fue fiel a su palabra y en media hora volvieron a tocar a la puerta.

—Señora, le presento al doctor Rafael Morales.

—Adelante, doctor. Gracias a Dios que está aquí.

El médico era un hombre muy serio; llevaba un traje oscuro y gafas y una pequeña bolsa de cuero. Le hizo un gesto con la cabeza a Elizabeth pero no sonrió. Le cogió al bebé de los brazos y comenzó a examinarlo. Sacó un estetoscopio de su bolsa y auscultó su pecho; abrió la boca del bebé con un depresor y miró su garganta; colocó un termómetro en la axila del niño y, mientras esperaba a que marcara la temperatura, le preguntó a Elizabeth si el bebé estaba comiendo bien. Ella esperó pacientemente hasta que le dio su diagnóstico.

—Bueno, la temperatura está bien, pero no es un bebé sano —dijo el médico al final envolviendo al niño con su toquilla y devolviéndoselo a Elizabeth.

La miró y luego le preguntó:

—¿Es inglesa?

—Sí.

—¿Y este es su bebé?

—No, no es mío.

Le explicó al doctor cómo lo había encontrado en una puerta.

—¿Así que no tienes idea de dónde procede?

—Ninguna.

—¿Y has intentado encontrar a sus padres?

—Bueno, en realidad no. He preguntado a algunas personas, pero para ser honesta, no sabía cómo proceder. En realidad, he pasado la mayor parte del tiempo buscándole comida.

—Pero, ¿qué hay de la policía? ¿Por qué no fuiste a la policía?

La estaba mirando con mucha suspicacia. Ella no respondió; no sabía por qué no había ido a la policía inmediatamente con el bebé. Al principio todo había sido tan caótico y luego, más tarde, no había querido abandonarlo de nuevo. Sintió que le picaban los ojos y luchó por contener las lágrimas; una ola de autocompasión la invadió. Después de todo, ella solo había estado tratando de ayudar a aquel niño y ahora, ¿de qué se le acusaba? ¿Qué insinuaba, que ella había

robado al niño? Tragó con fuerza y dijo:

—Háble me del bebé. ¿Se va a poner bien?

—Tiene bronquitis; sus pulmones parecen contener mucho líquido. Es una enfermedad muy peligrosa para alguien tan joven y desnutrido.

—¿Puede darme alguna medicina para él? Puedo pagarle. Tengo dinero.

—No, señora. No tengo medicinas. Solo manténgalo caliente, dele muchos líquidos y récele a Dios.

Recogió su bolsa y luego agregó:

—Y cuando esté mejor llévelo a la comisaría de policía y deje que las autoridades se encarguen de él.

Le dedicó una brusca inclinación de cabeza y se fue. Casi inmediatamente la puerta se abrió de nuevo. Era Juan. Gracias a Dios, pensó, lanzándose a los brazos de su amante y aferrándose a él. Sintió como sus brazos la rodeaban, abrazándola, tratando de calmarla.

—Está bien, Isabela. Está bien —murmuró él acariciando su pelo.

Cuando se calmó, la sentó en la cama y le dijo:

—Ahora dime qué ha pasado. ¿Quién era ese que se acaba de ir?

—Un médico. El camarero fue a buscarlo.

—Y, ¿qué dijo?

—¿Aparte de decirme que debería haber llevado al bebé a la policía? Dice que tiene bronquitis, que lo mantenga caliente y que le rece a Dios.

No podía evitar la amargura de su voz.

—Oh mi pequeña Isabela, lo siento mucho.

Juan la rodeó con su brazo y tiró de ella hacia él. Ella comenzó a llorar de nuevo; puso su cabeza sobre su hombro y lloró. Lloró por la inocencia del niño, por su propia impotencia y por lo injusto que era todo aquello.

—Tal vez se recupere, cariño. Es un pequeño luchador —dijo Juan tratando de consolarla, pero ambos sabían que eran solo palabras.

Cuando se calmó y se lavó la cara con agua fría, Juan la tomó de la mano y le dijo:

—Isabela, tengo malas noticias. Mis amigos me dicen que han oído que un convoy de camiones está llevando soldados italianos al frente. Ya están en Colmenar. No puedes quedarte aquí ahora. Debes irte ahora mismo.

—¿Cómo podría? El bebé está demasiado enfermo para moverse; tengo que mantenerlo caliente —protestó—. Y, de todos modos, ¿qué hay de ti? No me iré sin ti.

—Venga Isabela, sé razonable. Este lugar no es seguro para ti. No hay comida. Si no te matan de un tiro, morirás de hambre. No puedes quedarte.

Podía oír la voz de su padre mostrando su acuerdo con él. Todos querían que se fuera.

—Podría llevarte a la casa del Cónsul Honorario; ha dicho que puedes quedarte con él hasta que las cosas se calmen. Allí estarás a salvo.

—No te irás a creer eso, Juan. No estamos seguros en ninguna parte de esta ciudad. No, no voy a ir a ninguna parte sin ti.

—Al menos tú y el bebé tendríais algo de comer.

Discutieron por un tiempo hasta que, por fin, Juan estuvo de acuerdo en que esperarían unos días más para ver si el estado del bebé mejoraba y luego se irían juntos, pasara lo que pasara. Hambrientos y cansados, se acurrucaron juntos en la cama y durmieron.

Elizabeth había estado soñando que estaba de vuelta en Inglaterra, caminando por un campo con Willow; era verano y el maíz estaba listo para la cosecha. Podía escuchar el canto elevado de las alondras y el sonido distante de las campanas de la iglesia.

—Isabela, despierta. Es un ataque aéreo.

Juan la sacudía y el sonido de las campanas de la iglesia era ahora ensordecedor. Agarró al bebé y se apresuró a bajar al sótano de debajo del hotel. Aunque aquella bodega era tan oscura y húmeda como la del Regina, era mucho más grande, con techos altos y abovedados. No sintió ningún miedo inapropiado por unirse al resto de los residentes, acurrucados en el suelo.

El bombardeo se prolongó hasta bien entrada la noche y cuando finalmente pudieron regresar a su habitación, ya era casi de día. Se refrescaron un poco con el agua fría de grifo del baño, que ya no era más que una gota marrón, y fueron en busca del desayuno. El estómago de Elizabeth le dolía a causa del hambre y no podía deshacerse del amargo sabor de la bilis en su garganta. Una vez más no había comida en el hotel, ni siquiera leche para el bebé. Elisabeth mezcló lo que quedaba de azúcar con un poco de agua y se lo dio de beber al bebé. Este succionó la tetina y se volvió a dormir, demasiado

débil para llorar. Lo envolvió en su toquilla y se la ató a ella.

Cuando estaban a punto de salir del hotel, el director pidió hablar con Juan. Lo llevó a su oficina y cerró la puerta. Elizabeth se sentía nerviosa; ¿tenía algo que ver con el bebé? Unos minutos más tarde Juan regresó. Ella lo miró expectante.

—Quería que pagáramos la cuenta ahora. Dice que todos se van; creo que tenía miedo de que nos escapáramos sin pagar.

—Tengo algo de dinero —dijo Elizabeth buscando en el bolsillo de su abrigo.

—No, no es necesario. Ya he pagado. De todos modos, aquí en España, una dama siempre deja que el caballero lo pague todo.

Ella sonrió; no se sentía como una dama.

—¿Y qué hay de esta noche?

—También he pagado por eso, cariño.

Salieron a la plaza. La mayoría de las bombas parecían haber caído en la zona más cercana al puerto y la destrucción era generalizada. El aire estaba lleno de polvo y olía a pólvora. Se dirigieron al Café Inglés, pero estaba cerrado y las ventanas tapiadas.

—Probemos en el Regina. Tal vez Ana tenga algo de pescado —sugirió Elizabeth.

Empezaba a sentirse atrapada en aquella ciudad. Estaba muy bien que todo el mundo le dijera que tenía que irse, pero ¿adónde podía ir? No había barcos que fueran a Gibraltar ahora. Instintivamente agarró la mano de Juan. Este, como si pudiera leer sus temores, dijo:

—No te preocupes Isabela. Mañana nos dirigiremos al este. Intentaremos llegar a Almería. Mis amigos me dicen que todavía está en manos de los republicanos; allí estaremos a salvo. Entonces podremos buscar un barco para llevarte a Inglaterra.

Ella sacudió la cabeza.

—No te voy a dejar Juan.

—Bien. Cada cosa a su tiempo. Primero debemos salir de Málaga.

—Pero Almería está a kilómetros de distancia.

—Lo sé, pero intentaremos que alguien nos lleve, tal vez en un camión. No te preocupes, cariño, todo saldrá bien.

Elizabeth no dijo nada. Estaba preocupada; y ciertamente no parecía que todo fuera a estar bien.

Cuando llegaron al Regina, Alex estaba en el bar hablando con un hombre al que no reconocieron. El hombre llevaba un uniforme andrajoso y una gorra negra con la insignia de la milicia.

—Alex —dijo Juan agarrando su mano—. Buenos días. Qué bueno verte, pero ¿qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo. Pensé que ya os habríais ido los dos a estas alturas. ¿Elizabeth no te dio la noticia?

Ambos miraron a Elizabeth. Esta se encogió de hombros.

—No quería preocuparte, Juan.

—¿Qué noticia?

—Los rebeldes están atacando desde el noroeste.

—Ya lo sé y hay tropas italianas en la carretera que lleva a la ciudad. Llegarán en cualquier momento —respondió Juan.

—Eso no es lo peor —interrumpió el miliciano.— Todas las líneas de comunicación están cortadas, no hay electricidad y el gobernador civil ha abandonado la ciudad. Huyó a Valencia esta mañana abandonando a los malagueños a su suerte.

—Dios mío.

Juan miró a Elizabeth.

—Es hora de ponerse en marcha. No podemos demorarnos más.

—Muy bien, nos iremos esta noche —susurró ella.

—Voy con vosotros —dijo Alex—. En los números radica la seguridad.

—Está bien, vendremos aquí tan pronto como oscurezca. Llévate lo menos posible.

Se volvió hacia el miliciano.

—¿Qué hay de ti? —preguntó.

—No lo sé. Quiero quedarme y pelear, pero no he visto a un oficial en días. Nadie en mi pelotón tiene la menor idea de qué hacer.

Tosió y se volvió para escupir en el suelo.

—¿Cómo está el bebé? —le preguntó Alex a Elizabeth.

—Durmiendo por el momento, gracias a Dios —contestó ella tocando el bulto de forma protectora.

Ana apareció desde detrás de la barra; parecía cansada.

—Hola, señorita. ¿Cómo está usted? —preguntó acercándose a Elizabeth y besándola en ambas mejillas.

—Estoy bien, Ana, ¿y tú?

La mujer se encogió de hombros.

Elizabeth bajó el volumen de su voz hasta convertirla en un susurro:

—Pero el bebé no está bien; tiene bronquitis.

Ana dejó escapar un sollozo de angustia; para ella, la bronquitis

era una sentencia de muerte.

—Calla, no lo despiertes, necesita dormir —dijo Elizabeth.

—Oh, el pobre niño, el pobre pequeño —continuó llorando Ana—. Rezaré a Dios por él; diré una docena de Ave Marías por él. Oh, el pobre pequeño.

—Ana, ¿hay algo de comer? ¿Cualquier cosa? —preguntó Juan.

—No, lo siento, no hay nada. No hemos tenido nada desde el jueves cuando Pablo nos trajo más pescado. Nos enteramos de que hundieron su barco.

Sacudió la cabeza.

—Estos son tiempos terribles, señorita.

—¿Qué tal algo de beber?

—Tomen un vaso de anís, está lleno de azúcar y los calentará.

Sirvió dos copas del licor blanco y pegajoso y se las tendió. Elizabeth bebió la suya de un solo trago, agradecida de meter algo en su estómago. El sabor le recordaba a las bolas de anís que solía chupar cuando era niña, manteniéndolas en su boca y dándoles vueltas en la lengua hasta que la capa de azúcar se disolvía dejando solo la diminuta semilla de anís. El alcohol alcanzó rápidamente su cerebro y se rió.

—Creo que esto debe de ser una pesadilla y estoy a punto de despertarme en cualquier momento —dijo.

—No es un sueño, Isabela, pero tal vez pronto sea solo un mal recuerdo —dijo Juan tomando su mano en la suya—. Vamos, veamos si podemos encontrar algo de comida en otra parte.

Se volvió hacia el inglés.

—Esta noche entonces, Alex. Nos encontraremos aquí a eso de las seis en punto.

—Muy bien, Juan. Estaré aquí.

Los dos hombres chocaron las manos. Entonces Juan se volvió hacia el miliciano.

—Buena suerte y cuídate.

Pudo ver que el soldado no llevaba rifle.

Juan y Elizabeth probaron en algunos cafés más, pero no había comida en ninguna parte; todos contaban la misma historia: los suministros no podían llegar a la ciudad desde hacía días.

—¿Por qué no volvemos al hotel y descansamos? —sugirió Elizabeth—. Tendremos un largo camino que recorrer esta noche.

—Tienes razón. Haremos eso.

A las seis en punto se despertaron; ya empezaba a oscurecer. El bebé no los había molestado ni una sola vez; así que ambos se sintieron frescos después de haber dormido. Elizabeth sacó su maleta de debajo de la cama.

—No creo que sea una buena idea llevarte la maleta —dijo Juan—. Vamos a tener que caminar un largo trecho; solo resultará un lastre. Toma lo que necesites y deja el resto.

Elisabeth miró sus escasas pertenencias con consternación; ¿qué dejar y qué llevarse? Pensó en su madre tratando de decidir qué dejar atrás. A diferencia de ella, no tenía un lugar seguro para dejar sus cosas; debía tomar lo esencial y tirar el resto. Por fin se decidió a llenar su bandolera con algunos artículos necesarios como su cepillo de dientes, su pasaporte, algo de dinero inglés y algunas pesetas, una pequeña pastilla de jabón y unas cuantas bragas de repuesto. Se vistió cuidadosamente, poniéndose una capa extra de todo; al menos estaría caliente aquella noche. A regañadientes metió el resto de sus pertenencias en la maleta y la cerró. Se llevaría su cámara y el carrete, pero abandonaría su cuaderno de notas y su diario. De alguna manera no pensó en que fuera a tener dificultades para recordar los acontecimientos de los últimos días.

—Hecho —dijo—. Ahora voy a preparar al bebé.

Fue a cogerlo de su cuna improvisada; parecía que estaba durmiendo. Lo levantó suavemente, tratando de no despertarlo, pero su pequeño cuerpo estaba frío y rígido; se le revolvió el estómago.

—Juan, algo le pasa al bebé —lloró consternada.

Le puso la mano en la cara; estaba como el hielo. Lo sacudió muy suavemente, todo el tiempo hablando con él suavemente en el lenguaje infantil que le dedicaba solo a él, pero él no abrió los ojos, así que comenzó a masajearle sus pequeños brazos y las piernas. No hubo respuesta. Un sentimiento de desesperanza la abrumó y se volvió hacia Juan con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Juan, Juan, ¿qué pasa?— lloró mirándolo con desesperación.

Juan le quitó al niño y puso su cabeza contra el pecho del bebé. La miró y sacudió la cabeza con tristeza.

—Isabela, lo siento mucho, pero el pobre niño ha muerto. Todo ha sido demasiado para él.

Un gemido de angustia surgió desde su estómago. Aquel pobre niño nunca había tenido una oportunidad. Elizabeth tomó al bebé de

nuevo y lo apretó contra su pecho. No podía hablar por el pesar que la afligía; sentía una tristeza infinita por aquella pequeña vida que había escogido tan mal momento para hacer su entrada en el mundo. Había estado condenado desde el principio; en su corazón siempre había sabido que era solo cuestión de tiempo, pero nada de aquello aliviaba el dolor que sentía en aquel momento mientras sostenía el delgado cadáver del bebé en sus brazos. Sus lágrimas cayeron sobre el rostro del niño, bañándolo en su amor. Suavemente se las limpió.

—¿Qué hacemos ahora, Juan? —consiguió preguntar al fin.

—No podemos llevarlo con nosotros, Isabela. Lo mejor que podemos hacer es dejarlo aquí, alguien del hotel lo encontrará y se ocupará de su entierro.

—Pero no podemos hacer eso. No podemos dejarlo.

—No seas tonta, ¿qué más podemos hacer? No hay forma de que lo podamos enterrar aquí en la ciudad. ¿Quieres acabar teniendo que tirarlo en la calle?

Elizabeth empezó a llorar aún más. No era correcto abandonarlo, pero ¿qué otra cosa podían hacer? Observó como Juan alisaba la colcha de su cama.

—Trae, colócalo en el medio. Mañana la doncella lo encontrará y se ocupará de él. Te lo prometo.

Isabela dejó al bebé y se alisó el vestido, luego, cuidadosamente, lo envolvió en su toquilla antes de ponerlo en la cama.

—¿No necesitarás esa toquilla? —le preguntó Juan en voz baja.

—No, quiero que la tenga.

Acarició la fría frente y luego se inclinó y lo besó.

—Adiós, pequeño.

Las lágrimas todavía corrían por su rostro, se volvió hacia Juan y dijo desesperadamente:

—Ni siquiera sé si tenía un nombre.

—Bueno, puedes ponerle uno ahora. Ponle un nombre español.

—No, es demasiado tarde. Dios se lo ha llevado, Dios puede ponerle un nombre —dijo enfadada.

Era tan injusto que aquel inocente niño debiera morir sin nadie que lamentara su pérdida. Había intentado ayudarle, pero al final, sus esfuerzos habían sido inútiles.

Juan sacó algo de su bolsillo y lo colocó encima del niño; era un crucifijo de plata.

—Pensarán que está bautizado ahora —le explicó.

—Pensé que ya no creías en la Iglesia —dijo ella.

—No lo hago, en realidad no. Mi hermana me dio esta cruz cuando se marcharon. Estaba muy contrariada porque no iba con ellos; ella y mi madre lloraron y me suplicaron que me fuera con ellos, pero fui muy testarudo. No me iba a ir. Mi madre dijo que me matarían si me quedaba. Le dije que era más probable que me dispararan si iba con ellos y que los pondría en peligro. Al final, mi padre se las llevó a rastras, pero no antes de que Lucy regresara corriendo y me diera esta cruz. «Te protegerá, Juanito», dijo. «Dios te cuidará». Así que, quizás ahora, Dios cuidará de este pobre niño en mi lugar.

—Gracias, Juan —dijo besándolo.

—Isabela, es hora de irnos. Vamos.

—Sí, Juan, estoy lista.

Se secó las lágrimas con su pañuelo y se inclinó y besó al niño muerto tendido en la cama.

INGLATERRA 2007

CAPÍTULO 21
KATE

Kate dejó a Maisie en su casa y se fue directa a la suya; la casa parecía vacía y gris después del hotel boutique. Se sentía un poco abatida; había sido un fin de semana emotivo para ella, indagando en el pasado de su familia y ahora no sabía qué hacer consigo misma. Colocó las cartas y los diarios en la mesita de café, se sirvió una gran copa de Chablis y se acomodó para revisarlas, pero, transcurridos unos cuantos minutos, descubrió que se le cerraban los ojos. Había sido un día largo. Había descubierto lo que estaba buscando, pero ¿cómo se sentía al respecto? La verdad era que todavía no sabía quién era; todo lo que sabía era quien no era. No era la nieta de Sir Alexander Reeves, un hombre conocido y respetado por sus semejantes. Era la nieta de un hombre llamado Juan de la Luz de Montevideo, de quien no sabía nada excepto la breve descripción que había leído en la carta de su abuela. Intentó examinar sus sentimientos desapasionadamente. ¿Importaba? ¿Estaba realmente molesta por la noticia? ¿Realmente necesitaba conocer quién era su abuelo? No podía responder; estaba demasiado cansada y demasiado confundida. Haría lo que su madre siempre le había aconsejado hacer; lo consultaría con la almohada.

A la mañana siguiente telefoneó a Robert Percy para decirle que había visto la casita de campo y quería quedársela, así que tenía que seguir adelante y poner las escrituras a su nombre.

—Tengo buenas noticias —le dijo—. Finalmente se ha confirmado el dinero y le transfiero dos millones trescientas setenta y dos libras a su cuenta bancaria hoy. Esta es la cantidad que se le debe después de haber deducido el valor de la casa de Dorset y su parte en nuestros honorarios. También he retirado una suma para pagar el impuesto de sucesiones. Por supuesto que le mandaré una carta con todo

pormenorizado, pero mientras tanto le sugiero que se ponga en contacto con el director de su banco tan pronto como pueda.

Le dio las gracias e inmediatamente llamó a su banco y concertó una cita para ver al director.

—Jill, tengo un asunto personal importante que atender hoy. Te importa coger mis llamadas mientras estoy fuera. No serán más de un par de horas.

—No hay problema. ¿Se lo has dicho a Geoff?

—No, lo haré ahora.

Podía ver que su jefe estaba en su escritorio examinando unos informes, así que fue directa allí.

—Buenos días, Geoffrey —dijo tendiéndole su correo.

—Buenos días, Kate —dijo sin levantar la vista.

—Geoffrey, necesito un par de horas libres esta mañana, espero que esté bien.

—¿Esta mañana? Pero necesito que compruebes este informe.

—¿Para cuándo lo necesitas?

—El jueves, a tiempo para la reunión de la Junta.

—Bueno, hoy es lunes. Tendré mucho tiempo para echarle un vistazo cuando regrese. Solo estaré fuera un par de horas. Ponlo en mi escritorio cuando termines con él.

Parecía un tanto abatido, pero como ya sabía que lo haría, le concedió el tiempo libre.

—¿A qué hora volverás? —le preguntó.

Había quedado en ver al director del banco a las once e hizo un rápido cálculo en su cabeza:

—Sobre la una, una treinta, creo.

—De acuerdo.

Nunca se había visto con Mr. Potts, el director de su banco, antes; su cuenta tenía tan poco dinero en ella que nunca necesitó hablar con nadie, excepto con el cajero cuando necesitaba un nuevo talonario de cheques o una tarjeta. Se sentía inexplicablemente nerviosa.

—Mrs. Scott —le dijo levantándose tras su amplio escritorio de caoba y haciéndole señas para que tomara asiento.

—Ms. Scott —lo corrigió.

—Ah, eso es —dijo mirando su expediente.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Espero un ingreso en mi cuenta hoy y quería hablar con usted

al respecto.

—Sí, y, ¿a cuánto espera que ascienda el ingreso? —preguntó garabateando algo en un trozo de papel.

—Es una herencia de mi abuelo; murió hace unas semanas.

Ya no se sentía nerviosa; se sentía irritada con aquel hombre. Ya la había encasillado como a una de sus cuentas más pequeñas y probablemente se preguntaba por qué no estaba tratando con ella el subdirector. No parecía particularmente interesado en lo que Kate estaba diciendo, así que disfrutó mucho al decirle la cantidad exacta:

—Dos millones trescientas setenta y dos libras, menos la comisión por transferencia.

El director levantó la vista al instante al no estar seguro de si había escuchado bien.

—¿Una herencia ha dicho?

—Sí, de mi abuelo, Sir Alexander Reeves.

El director del banco se levantó y se desplazó de la seguridad de su escritorio para ponerse de pie ante ella.

—Así que es la nieta de Sir Alexander, ¿no es así? Bueno, no lo sabía.

«No, apuesto a que no —Kate pensó, pero no respondió, sino que asintió con la cabeza».

—Le ha dejado una bonita suma. ¿Qué ha dicho, dos millones trescientas setenta y dos libras?

—Sí, me gustaría que me diera consejo sobre cómo invertirla. Necesito unos cuantos miles para gastos inmediatos, digamos veinte, el resto quiero invertirlo.

El director anotó lo que decía y luego preguntó:

—¿Tiene alguna idea de qué clase de inversiones quiere hacer? ¿De bajo riesgo? ¿Alto riesgo? ¿A corto plazo, a largo plazo? ¿Quiere recibir el interés en forma de renta?

—Creo que tendrá que explicarme las opciones, Mr. Potts, no estoy muy al tanto de este tipo de cosas. Me gustaría recibir unos ingresos regulares, suficientes para vivir de ellos; también he heredado una vieja casa y necesitaré dinero para renovarla pero, aparte de eso, creo que el resto lo invertiré.

—Estupendo, creo que le buscaré una mezcla de alto y bajo riesgo; la primera le ofrece la promesa de una elevada rentabilidad, pero con un mayor riesgo, y la última le proporcionará una rentabilidad más modesta, pero segura de su inversión. Quizás

deberíamos mirar inversiones a corto plazo también, en caso de que decida comprarse un piso en España, por ejemplo.

Hablaron durante un rato sobre las múltiples opciones que tenía y quedaron en verse la próxima semana para finalizar con los trámites. Ahora que Mr. Potts sabía que era una heredera, no podía haber sido más encantador. Se preguntaba si aquello se repetiría mucho desde ahora.

—Gracias, Mr. Potts. Lo veo la semana que viene entonces.

—Sí, gracias, Ms. Scott. Tan pronto como llegue el dinero a su cuenta le telefonearé para hacérselo saber y lo transferiré a una cuenta a la vista disponible las veinticuatro horas para que no pierda interés.

Mientras caminaba de regreso al trabajo, al fin empezó a darse cuenta de lo que le estaba pasando; ese dinero podía cambiarle la vida. Su charla con Mr. Potts había evidenciado que, sino malgastaba su herencia, tendría más que suficiente dinero para vivir de él por el resto de su vida, y eso era tan solo con los intereses. No tenía que trabajar más. Podía viajar; podía hacer lo que quisiera. Su ruta la condujo por delante de un gran número de oficinas inmobiliarias, así que decidió pararse en la primera para poner su casa en el mercado.

Su vida iba a cambiar y ya había dado el primer paso. El segundo era decirle a Geoffrey que se marchaba; eso sería más difícil. No estaba segura de cómo iba a abordar el tema.

No estaba en su oficina cuando llegó al trabajo, pero había dejado el informe en su escritorio para que lo mecanografiara. Lo cogió e iba a ponerlo en su bandeja de entrada cuando las palabras «Reorganización del Departamento de Recursos Humanos» llamaron su atención. Empezó a leerlo. Era el informe que el Director le había estado pidiendo. Parecía que no iba a haber necesidad de presentar su renuncia después de todo; iban a despedirla. No era de extrañar que Geoffrey no le hubiera dicho nada. El informe empezaba con un sumario que decía que la Junta quería que todos los jefes y directores, y eso incluía también al Departamento de Recursos Humanos, mecanografiaran sus documentos, llevaran sus propios registros y archivos y concertaran sus citas. Argumentaba que la tecnología moderna facilitaba a los gerentes hacer todas estas tareas por sí mismos y eliminaba la necesidad del gasto adicional de secretarias y mecanógrafas, y la mayoría de asistentes personales. Tenían que avanzar hacia un sistema de oficina electrónica. Luego seguían una

serie de páginas de cálculos que mostraban el ahorro que se produciría si se despedía a las siguientes personas: había ocho nombres en la lista. Los recorrió con el dedo; estaba el nombre de Jill, el de Heather, la secretaria del Jefe de Formación y luego vio su propio nombre. Sabía que tenía sentido; la compañía estaba a años luz de las prácticas de gestión de oficina de otras compañías, y RRHH era el peor de todos. Todos los altos directivos tenían ordenadores caros de última generación y empleaban menos de la mitad de sus funciones. La verdad era que a todos les gustaba el estatus que proporcionaba tener su propia secretaria y una asistente personal era incluso mucho mejor, pero no era rentable y era la primera en admitirlo.

Se preguntaba cuándo le diría su jefe lo que estaba planeado. Decidió utilizar el informe para presentarle el tema y ver que tenía que decir, pero no le hablaría de sus propios planes por ahora.

Kate estaba a mitad del informe cuando Geoffrey regresó de comer.

—Hola, Kate. Veo que has vuelto. ¿Todo ha ido bien?

—Estupendo, gracias, Geoffrey. ¿Está bien si entró a verte un momento?

—Sí, bien.

Cogió el informe a medio terminar y entró en su oficina.

—De acuerdo, dispara. ¿Qué tienes en tú mente? —preguntó.

—Es este informe. Me preguntaba cuándo ibas a hablarme de los despidos.

—Oh, eso. Bueno, Kate, no es fácil. Sabes que no estoy de acuerdo con esto; la oficina va perfectamente tal como está; todos hacemos nuestro trabajo bien, especialmente tú. No sé por qué Henry quiere agitar las aguas.

—Supongo que es por dinero.

—Sí, eso es lo que dice, pero no podemos asegurar que la calidad del trabajo no vaya a disminuir. Si los directivos van a tener que llevar a cabo las tareas de secretariado, su propio trabajo se resentirá. No funcionará. Sé que no lo hará.

—Bueno, supongo que tendrá que conservar algunos de los servicios: fotocopias, impresión, recepción.

—Sí, por supuesto. De hecho, Kate, me alegra de que hayas sacado el tema, porque estaba pensando en recomendarte para el puesto.

—¿Puesto? ¿Qué puesto? ¿Reprografía? ¿Recepción? ¿Yo? ¿Estás

de broma, Geoffrey? No voy a volver a hacer ese trabajo; llevó aquí veintitantos años. Eso es el tipo de trabajo que hacía cuando empecé.

—Oh, no sería así; serías la jefa de los Servicios de Oficina y recibirías el mismo salario de ahora. Trabajarías para todos los departamentos, no solo para mí; es un trabajo de mucha responsabilidad.

—Estoy segura de que lo es. Gracias por pensar en mí, Geoffrey, pero en realidad no quiero empezar a trabajar para todo el equipo directivo tras años siendo tu asistente personal. No es para mí. Prefiero aceptar el despido.

Tan pronto como abandonó el edificio lo vio; estaba de pie en la esquina opuesta, esperándola. Giró a la derecha y se alejó rápidamente, fingiendo no haberle visto.

—Kate, hola, pensé que eras tú —jadeó él corriendo a alcanzarla—. He estado intentando contactar contigo, sabes, pero tu teléfono siempre está ocupado. ¿Le ocurre algo? Tendrías que echarle un vistazo.

No respondió e intentó acelerar su ritmo, pero él hizo lo mismo. No iba a dejarlo atrás, así que tendría que intentar quitárselo de encima.

—Lo siento, Bill, tengo prisa. Sabes como es todo a la hora de la comida, tantas cosas que encajar.

Intento hacer que su voz sonara agradable.

—No hay problema, iré contigo y te haré compañía.

No respondió y continuó caminando.

—¿Cómo te va? Tengo que decir que tienes buen aspecto. ¿Un nuevo corte de pelo? Muy chic.

Qué demonios quiere, pensó. Su peinado no había cambiado desde hacía al menos diez años y sabía que hoy su aspecto no era otro que el de una persona agobiada y cansada.

—No, es el mismo de siempre —respondió.

—Bueno, realmente te sienta bien.

Eso era, el mismo de siempre, pensó, él tiene que llevar la voz cantante y yo bailar a su son. Estoy loca o qué, huyendo, dejando el teléfono descolgado, fingiendo que no estoy en casa. ¿Por qué estoy asustada de este hombre patético? Se detuvo de repente para encararlo.

—Mira, Bill, ¿qué es lo que quieres? Te he dicho que estoy

ocupada. No tengo tiempo ni ganas de hablar contigo; déjame en paz.

—Solo quería ver cómo estas. Te echo de menos, Kate. No puedes borrar veinte años de matrimonio como si nada.

—Oh, creo que tú sabes muy bien que puedes; es bastante sencillo en realidad. Lo has demostrado.

—Oh, Kate, no seas tan dura. Solo quiero que sigamos siendo amigos.

—¿Qué, retomarlo en donde lo dejamos? ¿Y tú nueva familia? ¿Qué tienen que decir al respecto?

Sabía que era por el dinero; podía ver la codicia brillando en sus ojos. ¿Cómo podía haber amado a aquel hombre alguna vez? Decían que el amor era ciego, pero no se había dado cuenta de ello hasta ahora.

—Ursula siempre está ocupada con los niños y no tiene tiempo para mí estos días. A veces pienso que solo quería casarse para poder tener una familia y quedarse en Inglaterra.

Ahogó una carcajada; ¿realmente creía que era tan idiota? Ahora la culpa pasaba a la tonta au-pair. Qué bastardo era.

—Bueno, tienes que solucionarlo con ella; no es asunto mío. Ahora, por favor, discúlpame. Tengo que continuar.

No sabía qué es lo que le dio la idea, pero vaciló y luego dijo:

—Por cierto, ¿cómo está Bob? Hace tiempo que no lo veo.

—Oh, está bien. Su hándicap ha bajado a seis ahora.

Así que había sido Bob quien le había contado lo del dinero. Todos esos años había fingido que no era amigo de Bill ya, y había estado viéndolo todo el tiempo. Se preguntaba si Maisie lo sabía.

—Mira, Bill, deja que te lo deje perfectamente claro. No me llames. No me escribas y no intentes verme. Se ha acabado. Tomaste tu decisión en 2001, ahora puedes vivir con ello. No me molestes de nuevo o iré a mi abogado y obtendré una orden de alejamiento en tu contra.

La miró horrorizado.

—Pero no he hecho nada, Kate; solo he intentado hablar contigo.

—Te lo he dicho, no quiero hablar contigo. Déjame en paz o haré que me dejes en paz.

¿Era su recién adquirida riqueza lo que le daba poder para hablarle así? Podía chasquear los dedos y un abogado se ocuparía de todo por ella, y no tendría que preocuparse por cómo pagar sus honorarios; otra diferencia en su vida propiciada por el dinero de su

abuelo.

Él no dijo nada más, se giró sobre sus talones y se largó por donde había venido. Esperó hasta que estuvo fuera de vista y luego desanduvo sus pasos y continuó con sus planes para comer. Era como si se hubiera quitado un peso de los hombros; estaba tomando al fin el control sobre su vida.

Casi se había olvidado de la fecha de su cena con Hugh porque Geoffrey la había mantenido ocupada el miércoles. Parecía estar revisando cada punto importante que tenía en su agenda de trabajo en un esfuerzo por acabar con lo acumulado mientras todavía tenía el uso exclusivo de los servicios de Kate.

—Hola Kate. Soy Hugh, solo quería comprobar que todavía estás de acuerdo con lo de esta noche.

—Hola, Hugh. Sí, lo había olvidado. Estoy un poco ocupada hoy, pero estaré allí; he reservado la mesa para las ocho treinta.

—Estupendo, te veo entonces.

Colgó. ¿Había sido un poco demasiado brusca con él? Esperaba que no. El encuentro con Bill la había dejado tensa y mordaz. No había pretendido que afectara a otras relaciones. Cogió el teléfono y lo llamó.

—¿Hugh?

—¿Sí?

—Soy Kate. Solo quería estar segura de que sabías el nombre del restaurante.

—L'Escargot.

—Sí, eso es. Bueno, te veo esta noche entonces.

Hizo un esfuerzo por que su voz sonara lo más cálida posible.

—Estoy ansioso por ello —respondió él.

Su teléfono sonó de nuevo. Esta vez era Robert Percy.

—Kate, tengo noticas sobre el asunto que me pediste investigar —le dijo.

—Bien.

—Tu tío abuelo Peter todavía está vivo. Lo hemos localizado en un geriátrico en Whitby. No sé si podrás sacarle mucho, sin embargo; es bastante viejo y según la jefa de enfermeras, su memoria no es tan buena como solía ser.

—Dígame. ¿Pero eso significa que no está en sus cabales?

—No, solo significa que tiene días buenos y días malos. En los

días buenos puede mantener perfectamente una conversación lúcida.

—¿Tiene la dirección del geriátrico?

—Sí, ¿tienes un lápiz? Bien.

Le dictó la dirección y luego añadió:

—Tiene familia. La esposa está muerta, pero hay dos hijos. Uno vive cerca, así que puedo darte su número de teléfono si quieres.

—Por favor. Lo llamaré antes de ir a visitar a su padre.

—Bueno, ¿hay algo más que quieres que haga?

—No, gracias, Mr. Percy, ha sido de mucha ayuda. Yo me encargaré ahora.

Dobló el trozo de papel y lo colocó a buen recaudo en su bolso.

No llegó a casa hasta casi las ocho en punto; Geoffrey la había tenido discutiendo varios puntos de su informe sobre los que no estaba seguro. Las reuniones mensuales de la Junta siempre lo ponían nervioso y le gustaba escuchar el sabio consejo de Kate sobre sus ideas antes de presentarlas ante la Junta. Si Kate se ceñía a su plan original de seguir la orilla del río y cruzar la ciudad para llegar al restaurante, iba a llegar tarde, así que lo abandonó y pidió un taxi. Todavía no había decidido qué ponerse; quería lucir bien, elegante, pero no demasiado glamurosa, y quizás un poco sexy. No había nada nuevo en su armario; tiró de sus recursos habituales: un vestido negro entallado con una falda corta. No le costó mucho estar lista. Se estaba rociando con Chanel número 5, cuando el timbre de la puerta sonó para indicar que el taxi había llegado.

Hugh ya estaba sentado a la mesa bebiendo una copa de vino cuando llegó. Kate miró su reloj; no, no llegaba tarde. Él debía haber llegado temprano. Se levantó para saludarla.

—Hola —dijo tímidamente besándola en la mejilla.

—Hola, Hugh. Siento llegar tarde.

—No, llegué un poco pronto y decidí esperarte en la mesa. Siento haber empezado ya —dijo señalando su bebida—. ¿Puedo pedirte algo?

—Lo mismo está bien.

Se sentía rara; no estaba habituada a las citas. Era un hábito al que pronto te desacostumbras una vez pasas cierta edad. Charlaron superficialmente durante unos instantes, discutiendo del tiempo, el viaje de él desde Bristol y el día de trabajo de Kate hasta que el

camarero los sacó de las banalidades de la conversación educada entregándoles el menú. Una vez decidieron qué comer y pidieron, elegida una adecuada botella de vino, ambos parecieron relajarse.

—¿Nos has apuntado ya a la competición? —preguntó él.

—No, telefonearé y lo haré mañana. Es el domingo después del próximo. ¿Te viene bien?

Él sacó una delgada agenda de cuero y la consultó.

—Sí, estupendo. Lo anotaré.

—Pediré hora de salida para las once. ¿Eso te dará suficiente tiempo para llegar allí?

—Oh, probablemente venga el sábado y me quede a pasar la noche. Tengo habitación en el Royal para hoy. Parece un hotel muy bueno, volveré a quedarme allí.

—Está bastante céntrico.

—¿Quizás pueda invitarte a cenar esa noche?

—Quizás deberías esperar a ver lo que te diviertes esta primero —bromeó ella—. Puede que cambies de opinión.

—Lo dudo.

Sus palabras, llenas de confianza y provocativas, se quedaron suspendidas en el aire mientras él saboreaba el vino que el camarero le ofrecía. Una vez aprobado y servido, continuó:

—¿Qué haces este fin de semana?

—He pensado en ir a Whitby a ver unos parientes —respondió tomando la decisión de visitar a Peter en aquel mismo instante.

—Oh, ¿eres de Yorkshire? —preguntó.

—No, no lo soy. Soy de por aquí, Berkshire, Oxfordshire. Mis padres vivían en Henley, mis abuelos estaban en Oxford y yo he vivido en Reading la mayor parte de mi vida adulta. Bastante aburrida en realidad.

—En absoluto, creo que el paisaje de este lugar es espectacular, las colinas de Berkshire y el valle del Támesis. Es muy bonito.

—Mi tío abuelo está en una residencia; tiene ochenta y un años. Pensé en visitarlo antes de que muera.

—Suena un poco morboso. ¿Está enfermo o algo así?

—No, no lo creo. No lo sé en realidad; no lo conozco.

—Perdóname por decirte esto, Kate, pero todo suena un poco extraño.

Se dio cuenta de que tendría que explicárselo, así que le habló de la casita de campo en Dorset y de su intento de encontrar a su abuelo

biológico. Omitió mencionar que había heredado más de dos millones de libras. No quería engañarlo ni había pensado en cómo afectaría a su relación en ciernes; solo no se lo dijo.

—¿Vas a ir sola? —le preguntó.

—Sí. Puede que vaya en tren. Creo que es probable que haya uno directo desde Reading.

—No estoy seguro. Supongo que tendrás que hacer trasbordo en Londres o Birmingham, luego de nuevo en Leeds o quizás en Middlesbrough.

—Oh, no puedo preocuparme de eso, iré en coche —dijo.

—¿Te gustaría que fuera contigo? —le preguntó en voz baja.

Lo miró; le agradaría su compañía, pero algo le decía que debía ir más despacio. Se habían producido muchos cambios en su vida y no quería un compromiso romántico también. Cenar estaba bien, pero ¿un fin de semana juntos? Quizás más tarde.

—Es muy amable por tu parte —respondió—. Pero voy a conocer a la familia de su hijo primero. Creo que sería mejor si voy sola.

—Por supuesto. Solo intentaba ayudar.

Para disimular su bochorno, le sirvió a Kate otra copa de vino y él mismo tomó un generoso trago.

—Cuéntame más de esa vieja casita de campo que has heredado —le dijo.

Así que le contó todo sobre su fin de semana en Dorset con Maisie y describió la casita de campo y su terreno.

—Parece que tienes mucho trabajo entre manos.

—Sí, necesita muchas reparaciones. No estoy segura de por dónde empezar.

—¿Te gustaría que le echara un vistazo? Quizás podría darte algunas ideas.

Por supuesto, había olvidado que era arquitecto; podría verla con ojos más profesionales.

—Eso sería estupendo si tuvieras tiempo. Estoy segura de que tiene múltiples posibilidades; solo que no puedo imaginármelas.

—¿Dices que no está lejos del Castillo de Corfe? —dijo.

—A unos dieciséis kilómetros a vuelo de pájaro, pero a más de veintinueve si se tienen que atravesar todos esos tortuosos caminos.

—Mis padres son de Swanage —dijo—, así que conozco esa parte de Dorset muy bien. Solía pasar la mayor parte de mis veranos buceando cerca de la playa allí. El mar está en calma y es claro en

alguna de esas calas.

—¿Todavía buceas? —le preguntó Kate.

—No, en realidad no, solo tengo tiempo para un hobby y hoy en día ese es el golf. Todavía lo intento cuando estoy de vacaciones, sin embargo. El último verano fui a la Costa del Sol un par de semanas y buceé un poco con unos amigos, tres tipos del club de golf; repartimos nuestro tiempo entre la playa, el golf y el buceo. Chica, lo en forma que estaba cuando volví a casa.

—¿Así que todavía te gusta?

—Sí, pero no tanto como el golf. Conoces a gente muy agradable en el campo de golf —dijo con los ojos brillantes—. ¿Y tú?

—Oh, yo no soy buena nadadora. Puedo cruzar a duras penas una piscina climatizada, pero eso es todo.

—¿No hay planes entonces para cruzar a nado el Canal de la Mancha?

—No, ni en mis sueños más atrevidos.

La noche fue un éxito: la comida fue deliciosa, el vino olía a moras trituradas y la conversación no languideció. Kate se sintió muy cómoda en compañía de Hugh y se lo dijo.

—Yo también he disfrutado de la velada, Kate. Es una pena que se haya terminado tan pronto. ¿Te gustaría tomar un café en el Royal?

—Me gustaría, pero mañana tengo que estar en el trabajo pronto. Lo siento. Te telefonearé cuando tenga nuestro tiempo de salida para el domingo.

—¿Y una cena? ¿Crees que podrías soportar otra cena conmigo?

—Eso creo; haré un esfuerzo.

—¿Venimos aquí otra vez?

—Por qué no. ¿Quieres que haga la reserva yo otra vez?

—No hace falta, ya he reservado una mesa.

No sabía si sentirse impresionada o irritada por la confianza en sí mismo de aquel hombre; al final se rió. Dejó que le diera un beso de buenas noches, pero rechazó su ofrecimiento a acompañarla a casa, ya le había pedido al camarero que le llamara a un taxi. Mientras esperaban fuera del restaurante, él la rodeó con su brazo y dijo:

—Kate, ha sido una maravillosa velada; de verdad que me he divertido.

—Yo también, Hugh.

La acercó más hacía sí y estrechó su cuerpo contra el suyo, luego la besó de nuevo, más apasionadamente esta vez. Suavemente, ella se

liberó de su abrazo; era demasiado mayor para andar besuqueándose en medio del distrito comercial de Reading, se dijo a sí misma.

—Te veo la semana que viene, Hugh —le dijo dirigiéndose a su taxi.

Mientras se recostaba en su asiento pensó en la noche. Era cierto; había sido una velada maravillosa. ¿Por qué entonces le había puesto fin tan bruscamente? No había querido ir al Royal, pero podía haberlo llevado a su casa para pasar la noche con él. ¿Qué la había frenado? «¿Aparte del hecho de que solo lo conoces de cinco minutos? —escuchó la voz de su madre preguntarle». Algunas cosas estaban tan arraigadas que no podían cambiar; tenía que poder decirse que amaba a alguien antes de poder irse a la cama con él. Algunas veces, en el pasado, sabía que se había estado engañando a sí misma con esta mentira, pero le había bastado en aquel entonces. Aquella vez era diferente; sentía que Hugh era un hombre del que podía enamorarse y no quería precipitarse.

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 22
ELIZABETH

Alex estaba esperándolos en el exterior del hotel Regina como habían planeado. Como Juan, no llevaba equipaje alguno.

—¿Dónde está el bebé? —preguntó casi de inmediato.

Juan sacudió la cabeza con tristeza.

—Oh, lo siento Elizabeth. Sé que le habías cogido cariño al pequeño. No importa, probablemente ahora está mejor.

Elizabeth sintió como Juan le apretaba la mano; no dijo nada.

—Bueno, vayámonos mientras aún está todo tranquilo —dijo Juan—. Iremos por calles secundarias hasta que estemos lejos del puerto, entonces, tomaremos la carretera principal. ¿Qué dices tú?

—Está bien. Tú abres la marcha —respondió Alex.

Resultaba bastante difícil caminar por las estrechas calles por la noche; no había luz en las calles y los pálidos rayos de la luna no penetraban por los oscuros callejones, pero Juan parecía conocer el camino. Para cuando hubieron pasado la catedral y alcanzado el parque, sus ojos se habían acostumbrado a la noche. Elizabeth se sentía nerviosa; los árboles proyectaban extrañas sombras y podía oír gente moviéndose en la oscuridad.

—No tengas miedo —le susurró Juan—. Son solo gente como nosotros que pasan aquí la noche.

Sin embargo, se mantenían pegados a los muros de la fortaleza, evitando los fuegos de los campamentos; parecía haber cientos acampados allí, esperando la mañana. Finalmente alcanzaron la plaza de toros y el Paseo Marítimo; al fin estaban en la carretera de Almería. Caminaron hasta el amanecer, deteniéndose de vez en cuando a descansar a un lado de la carretera. Al principio avanzaron a buen paso, llegando al pequeño pueblo pesquero de La Cala transcurridas solo dos horas.

—Juan, tengo que sentarme; mis piernas me están matando —se quejó Elizabeth.

—Buena idea. ¿Por qué no nos paramos un poco aquí? Mirad, hay unos bancos en el exterior de ese bar —sugirió Alex.

—Desearía que hubiera algo para comer —se quejó ella—. Nunca antes había tenido tanta hambre.

—Ten, toma algo de agua.

Alex le tendió una botella de agua y ella le dio un trago. Le hubiera gustado beber y beber de ella hasta que su sed se hubiera saciado, pero sabía que era toda la que tenían.

—Vamos, toma un poco más —le apremió él.

—No, mejor guardarla para después —dijo Juan cogiéndole la botella a Elizabeth—. Vamos, creo que debemos seguir.

Nadie se lo discutió, todos sabían que tenía razón. Extenuados, continuaron el viaje. La carretera discurría junto a la playa y a lo largo de una vieja vía de tren; el mar estaba en calma y tranquilo, una alfombra brillante bajo la luna.

Juan le cogió la mano.

—Sabes, hay una vieja historia gitana sobre la luna —dijo.

—¿Sí, cuál es?

—Bueno, había una vez una pareja gitana que estaba triste porque no tenían hijos. Así que una noche la mujer le cantó a la luna pidiéndole que le diera un hijo. La luna se compadeció de la gitana y le concedió su deseo, y pronto la mujer se quedó embarazada. Pero el niño que nació con la cara redonda y blanca como la luna. El esposo gitano, cuya piel era del color de la madera del olivo, miró al bebé con su rostro redondo y blanco y se enfureció. Pensó que el bebé, tan pálido y tranquilo, no podía ser suyo. Inmediatamente llegó a la conclusión de que su mujer le había sido infiel y sacó su cuchillo y la mató. Luego llevó al bebé a lo alto de una colina, lo envolvió con la toquilla de su madre y lo dejó allí bajo la luna. Cuando la luna vio al niño abandonado, se compadeció de él y lo llevó a vivir con ella en el cielo. Así que, ya ves, cuando miramos a la luna, si el niño está feliz, la luna está llena y, si el niño está durmiendo, la luna hace una cuna para mecerlo.

Elizabeth miró hacia arriba a la luna llena y sonrió.

—¿Así que, ahora, el niño está feliz? —dijo—. Es bonito.

—En realidad es una vieja canción y la letra es mucho más bonita que mi sencilla versión. Un día cuando todo esto acabe te la cantaré.

—¿Cantas? —le preguntó.

—Un poco.

—¿Y tocas? —le preguntó ansiosa por conocerlo todo de su nuevo amante.

—Solo la guitarra. Siempre me ha gustado la música desde que era pequeño. Pero no ahora; he dejado mi guitara en casa de mis padres.

—Deberías continuar tocando, Juan. Ahora es tiempo de música, más que nunca. La gente necesita algo para mantener la moral alta.

—Quizás más tarde; quizás cuando todo esto acabe te enseñaré algunas canciones españolas.

—¿Y tú, Alex, tú cantas? —preguntó Elizabeth.

—¿Yo? Qué bah. No, mi voz es tan plana como una tortita. La única vez que me pidieron cantar en un coro fue cuando querían bajar el tono unas cuantas octavas.

—Estoy segura de que no eres tan malo.

—Créeme; no querrías oírme cantar.

—Bueno, si no sabes cantar, ¿qué sabes hacer? Cuéntame más de ti, Alex. ¿Dónde vives en Inglaterra? —preguntó Elizabeth.

—Cerca de Oxford. ¿Conoces una pequeña ciudad llamada Wallingford? Está a orillas del Támesis.

—No, en realidad no. ¿Es bonita?

—Supongo; es solo una ciudad mercantil. Tiene un bonito puente sobre el río y hay unos cuantos buenos pubs; no es un mal sitio para remar. Tenemos un buen club de remo allí, en realidad; quedamos muy bien en Henley en el pasado.

—Y, ¿tus padres todavía viven allí?

—Sí. Han vivido allí años; mi hermana y yo nacimos allí.

—¿Tu hermana?

—Sí, tengo una hermana llamada Angela. Es más mayor que yo. Está bien en realidad, pero solía mangonearme mucho cuando era un niño. Está casada ahora y tiene dos niños gemelos, Alfred y Michael. Su marido en un tipo agradable, es remero.

Gemelos, Elizabeth pensó en los dos chicos con un solo par de zapatos. Se preguntó qué había sido de ellos.

—Entonces, ¿todavía vives en casa de tus padres? —preguntó.

—Sí. Acabo de pasar mis exámenes finales —admitió.

Por eso era que había dicho que su profesión era la de atleta; todavía era un estudiante.

—Y, ¿aparte de correr qué piensas hacer cuando vuelvas a Inglaterra? —le preguntó Juan.

—Cuando, o si, regreso, espero emprender algún negocio. No lo sé realmente. No estoy preparado para sentar cabeza aún; todavía tengo muchos viajes que hacer. Todo lo que sé es que no quiero una vida como la de mis padres.

—¿Son infelices entonces? —le preguntó Elizabeth.

—No, no lo creo, pero estoy seguro de que se aburren. Su vida es gris y aburrida. Mi padre es profesor en la universidad; pasa la mayor parte de su vida con la nariz metida en un libro. Cuando está en casa solo se ocupa del jardín o escucha ópera en su gramófono.

—Bueno, quizás eso es lo que lo hace feliz —dijo Elizabeth—. Mi padre es muy parecido y siempre parece muy contento.

Pensó en sus padres y en su vida juntos; siempre eran tan afectuosos entre sí. Cuando su madre pintaba, su padre se traía sus libros y se sentaba a su lado, sin hablar, pero feliz de estar junto a ella.

—Sí, pero tu padre no ha vivido toda su vida en la misma ciudad, no ha trabajado siempre en lo mismo y con la misma gente. No puedo soportarlo. Hay muchas más cosas que ver y hacer.

—¿Qué hay de tu madre?

—Madre hace lo que padre quiere. No se queja, pero siempre la veo triste. Lee mucho; libros diferentes a los de mi padre, le gustan las novelas románticas y las novelas en las que la heroína se escapa con un loco aventurero. Debería haber sido novelista o dramaturga; cuando éramos pequeños nos contaba historias maravillosas, llenas de misterio y magia.

Se rió.

—Es probablemente de ahí de donde me viene mi sed de viajes: sus cuentos de exploradores y tierras lejanas.

—¿Qué es eso? —preguntó Elizabeth.

El cielo a sus espaldas se había iluminado con una sucesión de destellos y escucharon el sonido de explosiones distantes.

—Deben estar bombardeando el puerto —dijo Juan—. Vamos, tenemos que intentar caminar un poco más rápido.

Continuaron en silencio durante un rato, manteniendo el mar a su derecha y de tanto en tanto atravesando oscuros y húmedos túneles en los que Elizabeth tuvo que agarrarse fuerte a la mano de Juan, y dejar que la guiara mientras avanzaba arrastrando los pies y vigilando sus pasos sobre el desigual suelo. Todo el tiempo fueron conscientes de los destellos en el cielo, como retazos de fuegos artificiales lejanos y

celebraciones olvidadas. Elizabeth intentó no pensar en lo que estaba sucediendo allí, en la gente desprevenida al lado del fuego, en Ana y el hotel, en Alberto, en María, y concentrarse en hacer que sus piernas cansadas la alejaran del peligro. A pesar de los exhortos de Juan, su paso se había hecho más lento y, para cuando el sol ascendía del mar, solo se aproximaban a Torre del Mar.

Cuando amaneció, Elizabeth miró a su alrededor sorprendida; no había sido consciente durante algún tiempo de que no estaban solos en la carretera, pero ahora se daba cuenta de que formaba parte de un éxodo impresionante. Hasta donde le alcanzaba la vista, mirando en ambas direcciones, había gente, cientos de gente caminando en la misma dirección: hombres heridos, mujeres, niños, ancianos, cabras, burros, incluso algunos pollos en jaulas. La ciudad entera parecía estar en movimiento. Un inmenso silencio se cernía sobre ellos, perturbado solo por los lloros lastimeros de los niños que pedían comida, y las maldiciones y quejas de los ancianos, que se esforzaban por seguir el paso. No tenían necesidad de hablar; no había nada que decir. Todos sabían que tenían que caminar lo más rápido que pudieran para evitar el peligro. Si se rezagaban, morirían; era una carrera por salvar sus vidas, e incluso los más jóvenes parecían saberlo. Apremiaban a sus niños, que no cesaban de llorar, a continuar, y cuando la abuela de alguien se rendía y se sentaba a un lado de la carretera, demasiado exhausta para continuar, proseguían sin ella. Tenían que llegar a Almería y ponerse a salvo a toda costa.

—Qué desbandá —murmuró Juan visiblemente conmovido por ver tanta gente sin hogar.

Elizabeth se preguntó desde dónde habría venido aquella gente; algunos envueltos en abrigos y mantas, otros no llevaban más que lo puesto, algunos iban descalzos, con los pies magullados y sangrando. Una mujer se sentó a un lado de la carretera, sollozando, sus piernas hinchadas estaban ulceradas, la sangre le caía en las sandalias. Había muchos niños, docenas y docenas de niños, la mayoría no llegaba a los diez años. Algunos eran afortunados de ir sentados en las alforjas de burros que parecían reumáticos, otros iban cargados en las espaldas de sus padres o en los brazos de sus madres, pero muchos más, aterrados ante la posibilidad de perderse, todos llorando de hambre, corrían detrás de la hilera de hombres, sus diminutas piernas intentaban seguir el ritmo de sus familias.

—¿Exactamente, a cuánta distancia está Almería? —preguntó Elizabeth.

—Bueno, está a ciento sesenta kilómetros de Málaga; así que nos quedan por delante otros tres días y tres noches si podemos mantener el ritmo —respondió Alex.

Elizabeth emitió un quejido; no quería decírselo, pero ya se sentía incapaz de andar más. Le dolían los pies y le daba miedo quitarse los zapatos por si no podía volver a ponérselos, la espalda le dolía y todavía estaba desesperadamente hambrienta.

—Vigilad por si veis un camión. Quizás tengamos suerte y nos pueda llevar —dijo Juan, pero con poca convicción.

—¿Qué es esto? —preguntó Alex—. Quizás tengamos suerte.

Una enorme nube de polvo blanco ascendía de la sucia carretera expelida por un convoy de camiones que se aproximaba hacia ellos. Los conductores conducían rápido, haciendo sonar las bocinas continuamente esperando que todo el mundo saltara a un lado en deferencia. Abrieron una brecha entre los exhaustos peregrinos que tropezaban y se caían para evitar ser arrasados. Cuando el primer camión los alcanzó, Alex y Juan saltaron a un lado arrastrando a Elizabeth con ellos.

—Bastardo —juró Alex—. ¿Visteis quién era? Era ese cerdo del Coronel Villalba; así que incluso el alto mando se marcha ahora. Bueno, eso significa que Málaga las tiene contadas; está sola a su suerte ahora.

—Parece como si se hubiera llevado a la mayoría de sus tropas con él —añadió Juan.

—Cobarde bastardo —repitió Alex.

Elizabeth no dijo nada; estaba pensando en Ana y en María. ¿Todavía estaban allí? ¿Qué les sucedería? Se volvió hacia Alex, que estaba intentado espolsarse el polvo de sus ya sucios pantalones.

—¿Sabes qué ha sido de María? —le preguntó.

—No, lo último que oí fue que se unió a un grupo de comunistas.

—¿Se iba a quedar en Málaga?

—Dijo que sí, pero realmente no lo sé. Se suponía que se iba a reunirse conmigo en el Regina el miércoles, pero no apareció.

—¿Qué le pasará si los nacionales la atrapan?

—Nada bueno, eso puedo asegurártelo —respondió Alex.

—O la fusilarán de inmediato o la encarcelaran y luego la fusilarán. Sería mejor que la fusilaran de inmediato —dijo Juan.

—Dios mío, eso es terrible. ¿No se da cuenta de eso? —preguntó Elizabeth.

—Oh, sí, claro que se da cuenta. Es por eso por lo que los combate. Sé que prefiere morir luchando. No tengo que explicarte lo que le sucederá si los nacionales la capturan, ¿o sí?

Elizabeth se estremeció; pobre María, estaba llena de arrojo y de grandes ideales, pero cómo sobreviviría si la cogían. Era solo una mujer joven, como ella.

—¿Qué es ese ruido? Parecen más armas —dijo Juan.

El sonido de artillería pesada se podía oír proveniente de algún lugar tras ellos.

—No puedo ver nada —respondió Alex.

—Vamos, intentemos avanzar un poco más rápido —les apremió Juan.

Parecía preocupado. Elizabeth suspiró, pero le dejó cogerle la mano y tirar de ella para que avanzara más rápido.

—Esperad, amigos. Solo un minuto —dijo Alex de repente.

Desapareció por un portal de madera y reapareció un minuto más tarde con los bolsillos llenos de naranjas.

—Las acabo de ver en ese huerto de ahí atrás. Tomad, probad una.

Elizabeth peló una y se llevó un gajo a la boca. Era muy ácida, pero se la tragó sin embargo. Le ayudaría a mitigar su interminable sed.

—¡Puf! Naranjas de Sevilla, no es de extrañar que nadie las haya cogido —dijo, pero se la comió toda de todos modos.

—Dan una buena mermelada —dijo Alex arrugando el rostro mientras masticaba—. Mi madre hace una mermelada muy buena; normalmente la vende en la feria local para sacar dinero para reparar la torre de la iglesia. ¿Quieres otra?

—No, gracias. Preferiría un trozo de tostada con algo de la mermelada de tu madre y una tetera de té.

El ácido jugo de la naranja la hacía sentir náuseas. Le hubiera gustado disfrutar de un buen trago de agua fría.

—Creo que me da más sed que antes —se quejó.

Podía oír el quejido de su voz y se sentía como una niña pequeña, cansada y contrariada.

—Tratad de aguantar una hora más y luego podremos parar y compartir un poco más del agua de Alex —sugirió Juan—. Saldremos

de esta, ya veréis.

Continuaron caminando con dificultad. A Elizabeth le parecía que habían caminado siguiendo la línea de la costa una eternidad. Las montañas descendían una vez más para salir a su encuentro y discurrir a su lado; la carretera ahora estaba encajonada entre el frente pronunciado de la sierra y la estrecha y rocosa playa. Estaban tan cerca del mar que, cuando las olas rompían contra las rocas, despidiendo un fino y salado rocío, podían sentir las frías gotas caer en su rostro y en su pelo. Las gaviotas descendían sobre ellos, graznando y buscando en vano desechos. Los viajeros avanzaban más juntos por allí, ya no iban en hileras de pequeños grupos, pero avanzaban como en una corriente incesante. Elizabeth miró a sus vecinos más cercanos: una mujer con dos niños pequeños y su madre. Los niños tiraban de la falda de su madre.

—Mamá, ¿tarda mucho? Mamá, ¿tarda mucho? —repetían una y otra vez. Su madre no respondía; no podía responder a sus hijos. No sabía cuánto faltaba; todo lo que sabía era que tenían que seguir caminando. La única pregunta presente en la mente de todos era cuándo llegarían a Almería.

Alex caminaba delante de ella; pensó en lo joven que parecía. A pesar de haber andado toda la noche, sus largas y delgadas piernas continuaban avanzando a zancadas y todavía caminaba con energía. Juan, por otro lado, parecía triste, incluso taciturno; caminaba con la cabeza y los hombros gachos de desesperación. Solo cuando Elizabeth le hablaba sonreía y la luz regresaba a sus ojos.

Estaban tan decididos a cubrir tantos kilómetros como fuera posible, tan sumidos en su propio desasosiego, que no se dieron cuenta de los barcos que se acercaban. Se dieron cuenta por primera vez de que algo iba mal cuando la gente de detrás empezó a gritar y a adelantarlos corriendo.

Cuando cayó el primer proyectil, Elizabeth pensó que había llegado el fin del mundo; la carretera delante de ella estalló en una explosión de tierra y arena, sus entrañas fueron lanzadas al aire. El ruido de la explosión pareció tragársela, borrando cualquier otro sonido; no podía oír nada, solo un pitido en su cabeza y luego el silencio. La explosión la lanzó hacia delante en una cascada descendiente de escombros; por un instante yació allí aturdida. Luego su sordera se mitigó y pudo oír los gritos. Intentó ponerse en pie para ponerse a salvo del peligro, pero no podía mover las piernas; había

algo sobre ellas. Explotaron más proyectiles, primero uno y luego otro, y otro más; la tierra se convulsionó y tembló bajo ella como si se produjera un terremoto. Dejó de luchar y se quedó inmóvil, cubriéndose la cabeza con los brazos y aguardó esperando no estar a punto de morir. Sus ojos y su nariz estaban llenos de polvo y podía saborear la arena en la boca. Sus piernas estaban clavadas al suelo, pero no parecía haber sufrido más heridas, estaba maltrecha y magullada, pero no herida; al menos no sentía dolor. Eso era bueno o malo, se preguntaba.

Se quedó allí tumbada por lo que le pareció mucho tiempo, escuchando el bombardeo, esperando que cada explosión fuera la última. Sus pensamientos se centraron en sus padres y en su hermano. ¿Volvería a verlos de nuevo? ¿Si moría quién se lo contaría? Puede que pasaran años esperando que regresara, preguntándose qué le habría sucedido, sin saber a ciencia cierta que estaba muerta. Se dio cuenta de lo egoísta que había sido al irse sin decírselo en persona y lágrimas de arrepentimiento se deslizaron por su nariz y empaparon la tierra. Y todo lo que podía hacer era tomar unas cuantas fotografías. Su cámara. ¿Dónde estaba? Se dio cuenta de que estaba tumbada sobre algo duro; lo más probable era que fuera su cámara. Levantó su cuerpo ligeramente y tiró de ella. Estaba destrozada sin posibilidades de ser reparada. Así que, al final, todo aquello había sido para nada. No, ahora se acordaba, no había sido para nada; había conocido a Juan. Había sido testigo de lo que sucedía allí. ¿Qué importaba si no había fotografías que mostrarle al mundo? Escribiría sobre aquello en su lugar. Su mano se dirigió instintivamente a los dos rollos de película que había conseguido tomar. Estaban a salvo en su bolsillo. Al menos, los tenía.

Al fin, el bombardeo cesó; había terminado. El silencio se cernió sobre ellos, roto solo por los quejidos y los lamentos de los heridos. Giró la cabeza para buscar los barcos. Estaban en la playa. Podía ver a los marineros caminando por la cubierta; si alargaba la mano casi podía tocarlos. Tenía que levantarse; tenía que ponerse a salvo. Aún no podía mover las piernas. Se dio media vuelta para ver lo que la clavaba al suelo; era el cuerpo de Juan.

—Juan, Dios mío, Juan, ¿estás bien? Juan, háblame.

Y Alex, ¿dónde está? ¿Lo habían matado? ¿Estaba sola?

—Alex, ¿estás ahí? ¿Alex? —gritó frenéticamente.

Se debatió por liberarse, tirando del cuerpo inerte de Juan lo

mejor que pudo; pero no podía moverlo.

—Espera; está bien, lo tengo. Está vivo.

Era Alex. Tiró de Juan para incorporarlo y lo ayudó a retirarse a un lado de la carretera.

—Ven, amigo, siéntate aquí un minuto —le dijo suavemente poniéndolo contra una roca.

Los ojos de Juan estaban abiertos, pero no parecía saber dónde estaba; se quejó en voz baja.

—Elizabeth, ¿estás bien? —le preguntó Alex ayudándola a ponerse en pie—. ¿Estás herida?

—No, no lo creo. Pero ¿Y Juan? ¿Está bien?

Podía ver bien que estaba herido; había una gran brecha en su frente y estaba sangrando copiosamente, y su brazo izquierdo colgaba suelto a un lado. Ella se quedó de pie mirándolo, incapaz de hablar, las lágrimas le caían por el rostro.

—Juan, Juan. Háblame —dijo Alex sosteniéndole por el hombro—. Te han herido, pero no creo que de gravedad, amigo. Vamos, mírame.

Juan levantó la cabeza y sonrió débilmente.

—Estoy bien, Alex. De verdad, bien. Solo dame un minuto o dos. ¿Dónde está Isabela? ¿La han herido?

—Está bien. Está aquí, justo a tu lado.

Juan intentó permanecer en pie, pero una punzada de dolor lo hizo gritar y se derrumbó en el suelo.

—Mierda. Creo que me he roto algo —dijo.

—Estoy aquí, Juan. Estoy aquí. No te muevas, cariño, déjame mirar —dijo Elizabeth arrodillándose a su lado.

El pánico que la había paralizado desapareció cuando vio que Juan la necesitaba. Cuidadosamente le quitó la chaqueta y la camisa; ambas estaban rotas y empapadas de sangre. Un hueso había rasgado su carne y ahora sobresalía de su hombro en un ángulo anormal; su pecho era una masa de cortes y lesiones, causados bien por fuego de mortero o por la carretera, no estaba segura. Estaba gravemente herido, podía verlo, pero era difícil apreciar el verdadero alcance de las heridas por toda la sangre.

—Creo que tu hombro está roto —le dijo—. Tenemos que limpiarte un poco. Alex, te importaría conseguir algo de agua de mar para lavarlo. La sal actuará como un buen antiséptico.

Miró a su alrededor buscando un recipiente apropiado.

—Mira hay una cacerola vieja allí. Eso servirá.

Cuando Alex regresó con el agua, la vertieron sobre las heridas de Juan y lo limpiaron lo mejor que pudieron. Ahora era posible ver que la mayoría de los cortes eran superficiales, pero había uno en el que un trozo de metralla había penetrado en los músculos de su pecho, que sangraba profusamente.

—Lo siento amigo, va a doler un poco —dijo Alex—. Voy a sacar esta cosa de tu pecho y detener la hemorragia, y luego intentaré ponerte un poco más cómodo. Hay poco más que podamos hacer hasta que no te llevemos a un doctor, me temo.

Juan intentó sonreír, pero parecía como si estuviera a punto de desmayarse.

—Aguanta ahí, amigo —dijo Alex.

Se quitó su chaqueta y la colocó en el suelo, y luego se quitó la camisa y de un tirón la rompió en dos. Plegó una mitad de la camisa para formar una compresa que colocó encima de su chaqueta.

—Elizabeth, quiero que sujetes el hombro bueno de Juan durante un instante mientras yo intento sacar este metal de su pecho.

Le sonrió animándola.

—Desearía que nos hubiéramos traído algo del anís de Ana —añadió.

Elizabeth sintió flaquear sus piernas por el miedo, pero hizo lo que le decía.

—Mira, lo siento, amigo. Intentaré hacerlo lo más rápido posible, pero si no lo sacamos pronto, podrías morir desangrado.

Incluso antes de haber terminado de hablar, Alex había agarrado firmemente la metralla y la retorcía para sacarla del pecho de Juan. La sostuvo en el aire triunfante. Juan dejó escapar un rugido de dolor y su cabeza cayó hacia atrás. Elizabeth pensó que se había desmayado hasta que lo escucho maldecir:

—Mierda. Eso duele.

—Lo siento, amigo. Aquí tienes un recuerdo para ti.

Alex dejó caer la metralla en el regazo de Juan, luego cogió la compresa que había confeccionado con su camisa y la presionó sobre la herida para contener la hemorragia.

—Elizabeth, sujeta esto un momento.

Cogió la otra mitad de su camisa y la ató alrededor del cuerpo de Juan a modo de vendaje para sostener la compresa.

—¿Cómo va? —le preguntó a Juan.

—Bien —respondió desfalleciente Juan.

Luego se quitó el cinturón y, levantando el brazo de Juan lo más suavemente posible, lo ató a su cuerpo. Elizabeth vio la mueca de dolor de Juan, parecía muy blanco y un nervio de su mejilla se contraía seriamente.

—Esto te aliviará un poco, al menos por ahora —dijo Alex.

—Gracias Alex. Es genial. Ayúdame a levantarme ahora, por favor; no podemos quedarnos aquí. Los barcos regresarán en cualquier momento.

Era obvio que avanzarían más lentos a partir de ahora; aunque Juan podía caminar, había perdido mucha sangre y no se mantenía muy bien de pie. Elizabeth lo cogió del brazo bueno y lo dejó apoyar su peso en ella.

La carretera era un campo de batalla; había muertos y heridos en todas partes y los llantos y lamentos eran como un manto de sonidos que amenazaba con ahogarlos. Elizabeth no podía asimilarlo todo; era una pesadilla de la que no podía despertarse. Pasaron a un hombre que había quedado ciego; la sangre corría por su rostro e iba de persona a persona llamando patéticamente a su mujer. Una mujer estaba sentada en la cuneta con su hijo muerto en el regazo y el vivo llorando a su lado; había perdido uno de sus pies. No había nada que pudieran hacer por ayudar a aquella gente; «Es demasiado —quería gritar—. No sé qué hacer». ¿Qué había hecho aquella pobre gente para merecer aquel trato bárbaro? Los niños deambulaban perdidos, llorando y buscando a sus madres; las madres gritaban en vano, llamando a sus hijos. Pensó en el bebé muerto y se dio cuenta de que habían hecho lo correcto; no había nada que pudieran haber hecho por él. Era una mera pasajera en esta vida; Dios o el Destino decidirían donde acababa.

Todavía podía ver los barcos navegar cerca de la costa. Se habían vuelto de regreso a Málaga, pero continuaban abriendo fuego contra aquellos extenuados viajeros, las explosiones mitigaban por momentos su intensidad, mientras se alejaban de ellos.

—Creo que deberíamos intentar encontrar un lugar donde escondernos y descansar por el resto del día —sugirió Alex—. Podemos continuar esta noche cuando sea más seguro. Puede que los barcos no ataquen durante la noche y, si lo hacen, tendrán más dificultades para vernos.

Elizabeth pensó que aquello no supondría diferencia alguna; los

barcos se habían aproximado mucho a la playa. Incluso sin prismáticos podía ver a los marineros correr por las cubiertas, así que ellos a su vez tenían que tener una excelente visión de sus objetivos. Sin embargo, estuvo de acuerdo con Alex; a aquellas alturas ya estaba extenuada, además, sabía que Juan necesitaba descansar.

—Pero, ¿dónde? —preguntó.

Parecía no haber donde esconderse; estaban completamente expuestos a lo largo de aquel tramo de carretera. Continuaron caminando hasta que llegaron a uno estrecho surco en la roca por el que un arroyo discurría hasta el mar.

—Aquí arriba —dijo Alex—. Hay caña de azúcar más adelante; podemos escondernos ahí. Tiene que ser mejor que aquí; nos agacharemos si los cañoneros regresan.

Dejaron la carretera y se dirigieron corriente arriba. Elizabeth se detuvo y se agachó para lavarse la cara en el agua; cogió la fresca agua en las manos y bebió. Tenía un gusto fangoso, pero estaba deliciosa, deslizándose por su reseca garganta como vino.

—Juan, espera un minuto. Deja que te traiga algo de agua. ¿Alex, todavía tienes la botella?

Rellenó la botella y se la sujetó contra la boca a Juan para que bebiera. Le dio algo a Alex y luego rellenó la botella para más tarde. Continuaron arroyo arriba tropezando con pequeños cantos y chapoteando en el agua hasta que Alex se quedó convencido de que la caña de azúcar que crecía a lo largo de las orillas era lo suficientemente densa para proporcionarles abrigo. Se detuvo y giró hacia el interior apartando las cañas cuidadosamente para que no se rompieran y volvieran a su lugar inicial cuando ellos pasaran.

—Aquí, esto es perfecto —dijo.

Estaban de pie en un pequeño claro, no más amplio que un par de metros, en el que la caña parecía haber sido aplastada por algún animal. Elizabeth se quitó el abrigo y lo dejó en el suelo.

—Juan, siéntate aquí, cariño —dijo ayudándole a descansar su cuerpo sobre el suelo.

Todavía estaba muy blanco y en su frente reposaban diminutas gotas de sudor. Estaba más guapo que nunca, pensó, superando el deseo a su preocupación. Se inclinó sobre él y lo besó tiernamente en la mejilla. Él le sonrió, pero sabía que sus ojos no la veían. Se recostó en el abrigo de ella y al instante cerró los ojos. Ella se estiró a un lado de Juan, y Alex al otro, ambos intentando calentar su cuerpo con el

suyo. Durmieron toda la tarde, arrullados por el sonido de las zumbantes moscas y el suave murmullo de las cañas en la brisa, y solo se despertaron cuando el sol se puso y el aire húmedo empezó a calar en sus huesos.

—Creo que deberíamos continuar —dijo Alex levantándose y estirando sus largas piernas—. ¿Crees que podrás, Juan?

—Sí, por supuesto, estoy bien —respondió—. Me siento mucho mejor ahora.

No parecía mejor; su herida había estado sangrando de nuevo y el improvisado vendaje de Alex estaba ahora empapado de sangre. Intentó sonreír, pero el dolor y el cansancio eran demasiado para él. Elizabeth miró a Alex. Este sacudió la cabeza y susurró:

—No tenemos opción Elizabeth, tenemos que seguir. Tenemos que llevarlo a un médico.

Estaba oscuro a la sombra de la montaña y la poca luz que había, procedente de las estrellas, no penetraba en el estrecho valle, así que caminar por el irregular terreno se hacía difícil. Juan tropezó una vez y Elizabeth lo escuchó maldecir en español de nuevo, pero cuando intentó ayudarlo, la apartó.

—Estoy bien. No te preocupes tanto, cariño —le dijo—. Regresaremos a la carretera pronto. Deberíamos estar en Salobreña por la mañana.

INGLATERRA 2007

CAPÍTULO 23
KATE

Cuando cogió la M42 y se dirigió en dirección a la M1 calculó que le costaría al menos otras tres horas llegar a Whitby y eso sin retrasos. Esperaba que fuera a valer la pena. Había releído los diarios de su bisabuela y las cartas de su abuela y no estaba segura de que Peter, aunque pudiera recordar aquellos días, fuera capaz de añadir nada, pero se sentía obligada a explorar todas las vías. Era como recomponer un mosaico; cada pequeña pieza contribuía algo a todo el cuadro.

El hijo de su tío abuelo, Tom, le había sonado muy agradable al teléfono. Aunque nunca se habían visto, sabía de ella y de su familia; le ofreció sus condolencias por la muerte de sus padres y se disculpó por no ponerse en contacto con ella. Su padre se había trasladado a Yorkshire cuando todavía era joven, dijo, luego se había casado con una chica de Dales y se había quedado en la zona desde entonces. Tom y su hermano, Martin, habían nacido y se habían criado allí, así que después de un tiempo, las dos partes de la familia perdieron el contacto. Solo sabían de él porque leían de cuando en cuando algo sobre Sir Alexander en la prensa nacional.

Tom vivía en la Bahía de Robin Hood, una pintoresca cala pesquera a unos cuantos kilómetros de Whitby. Le había dado unas excelentes indicaciones y, justo antes de las dos en punto, aparcó fuera de la casa adosada pintada de blanco y pendida de los acantilados calcáreos con vistas a la diminuta bahía. Tenía el encanto de una caja de bombones, todo limpio y ordenado y nada fuera de lugar. Solo el mar bravo y tumultuoso que laceraba las rocas y el frío viento del este le decían que este había sido escenario de pescadores, contrabandistas y naufragios: unos bombones con el corazón duro. Estaba ya esperándola y, después de ofrecerle un refrigerio, partieron hacia Whitby.

—Mejor si vamos en mi coche —dijo—. Calculo que ya has tenido

suficiente volante por un día.

—Es muy amable por tu parte. Tienes razón; es agradable sentarse atrás y mirar las vistas por un rato. Háblame de tu padre. ¿Qué le sucede? ¿Alzheimer?

—No, creo que es solo la edad; ha empeorado estos últimos años desde que mamá murió. Es triste; se ha dado por vencido.

—¿Qué le pasó a tu madre?

—Tenía cáncer de estómago. Ninguno de nosotros lo sabíamos, ni siquiera ella. Fue a hacerse unos exámenes, tuvo un ataque de corazón y murió. Entonces fue cuando descubrieron el cáncer.

—Bueno, al menos no sufrió.

—No, eso es verdad, pero fue un shock para nosotros.

—Estoy segura de que lo fue. Lo siento mucho.

—Bueno, papá no ha vuelto a ser el mismo desde entonces.

—¿Cómo está su memoria? ¿Crees que puede recordar a su hermana?

—No lo sé. Es posible. Solía hablar de ella todo el tiempo; le tenía mucho cariño a Elizabeth.

Seguían la carretera de la costa, con el mar a su derecha. Kate abrió la ventanilla del coche y pudo respirar su salado y fresco aroma. El rugido del mar no los abandonaba; siempre estaba allí, subrayando su conversación, introduciéndose en su memoria e invadiendo sus sentidos. Le hablaba de su poder. Le decía que sabía todos los secretos guardados que buscaba; había estado allí cuando Peter era un niño y estaría allí cuando se hubiera ido.

—Lo siento, no te oí —dijo subiendo la ventanilla de nuevo.

—¿Tienes dónde quedarte?

—Sí, gracias, he reservado una habitación en un hotel en Scarborough.

—Eres bienvenida para quedarte conmigo y mi señora. Tenemos una habitación libre ahora que los chicos se han ido.

—Eres muy amable, pero ya la he reservado.

—Bueno, en otra ocasión.

—Gracias —repitió.

Se preguntaba qué edad tenía Tom; probablemente solo unos cincuenta años, pero parecía mayor. Su piel estaba bronceada y curtida por el clima, su rostro era un laberinto de finas arrugas y barba de un día, y sus ojos eran azul claros. Todos en esta familia tienen los ojos azules, excepto yo, pensó, irritada.

—¿Eres pescador? —le preguntó.

—¿Pescador? No, soy pintor. Ya no hay pescadores en la Bahía de Robin Hood, somos todos artistas.

Parecía encantado con la idea de que lo hubiera tomado por un pescador y se rió entre dientes.

—Papá se reirá cuando se lo cuente —dijo—. No hay nadie que odie más los barcos que yo.

—Pero vives a la orilla del mar —dijo ella.

—Eso es cierto, pero no de él. Solo lo pinto.

—¿Y tu padre? ¿Pintaba él?

—Sí, toda la familia son artistas de una clase u otra. Mi hermano es alfarero. Tiene un estudio cerca de la Bahía de Whitley. Creo que hemos heredado los genes de nuestra abuela.

—¿Margaret?

Asintió con la cabeza.

—Ya casi estamos —dijo.

El contorno de la Abadía de Whitby apareció en el horizonte, definido y poderoso contra un cielo que se oscurecía.

—Qué bonito —murmuró Kate.

—Sí —coincidió él—. Parece que va a llover.

Se abrieron paso por las estrechas calles y aparcaron al lado del muro del puerto.

—Es más fácil continuar desde aquí andando —dijo él.

El geriátrico era una casa rehabilitada con vistas al puerto. Se imaginó que una vez había sido una casa de huéspedes; todavía olía a comida rancia y a friegasuelos barato que le recordaba a sus vacaciones en el mar.

—Mr. Atkins, ¿ha venido a ver a su padre?

Una enfermera uniformada con un pecho amplio detrás del almidonado peto de su delantal blanco les abrió la puerta.

—Sí, hermana y he traído una prima para visitarlo también.

—Pasen. Están de suerte, tiene uno de sus días buenos. Se ha comido toda su comida y ahora está en la sala de la televisión. Si quieren ir a su habitación, lo subiré.

—Gracias.

Tom los llevó por el corredor y luego por unas estrechas escaleras. La habitación de Peter no era muy grande, pero estaba cómodamente amueblada con una amplia cama, una mesa para escribir y dos butacas; una puerta en la pared conducía a un

guardarropa y otra a un pequeño cuarto de baño.

—Esto es agradable —dijo ella.

—Sí, no es muy grande, pero es lo suficientemente confortable y limpio. Los empleados son amables; tratan a los residentes realmente bien; muestran respeto por las personas mayores.

Miró a Kate para ver si había entendido. Obviamente le apenaba haber metido a su padre en una residencia.

—No podíamos ocuparnos de él en casa. No era justo para mi señora. Sabes, bueno, no es capaz de hacer las cosas por sí mismo ya.

Kate asintió con la cabeza; no necesitaba insistir en dejarlo claro.

—Estoy segura de que lo cuidan muy bien aquí.

—Sí y vengo a verlo cada dos días. Solía venir todos los días, pero es demasiado —explicó.

La puerta se abrió y allí estaban Peter y la enfermera. Obviamente, había sido alguna vez un hombre alto y guapo, ahora estaba encogido por la edad y la enfermedad. Kate inmediatamente reconoció el parecido familiar.

—Hola, papá. Te he traído una visita.

Peter se volvió hacia su hijo con una mirada de desconcierto.

—Soy yo, papá, Tom, y esta es Kate. Recuerdas que te dije que vendría a verte. Ha venido desde Londres, papá. Quiere hablar contigo sobre Lizzie.

La enfermera ayudo al anciano a sentarse en la silla de al lado de la ventana y se marchó.

—Hola, Peter —dijo Kate inclinándose y besándolo en la mejilla.

El contacto físico lo sacó de su abstracción.

—No te pareces en nada a tu madre —le dijo—. Ni a tu abuela.

Ella sonrió.

—Eso siempre me dicen. Sin embargo, yo puedo ver que eres el hermano de mi abuela; te le pareces mucho.

—¿A quién?

—A Lizzie, papá. Dice que te pareces mucho a Lizzie.

—Pobre Lizzie; está muerta, sabes.

Kate asintió con la cabeza.

—Murió con el corazón hecho pedazos

—¿Por qué fue eso, papá?

—¿El qué?

El anciano miró a su hijo.

—¿Por qué has dicho que murió con el corazón hecho pedazos?

—Bueno, ¿por qué otro motivo iba a morir tan joven?

—Peter.

Kate cogió su enjuta mano en la suya y la acarició suavemente.

—Peter, ¿puedes decirme algo sobre el hombre al que Lizzie amaba? ¿Lo conociste alguna vez?

De repente, Peter recobró la lucidez, miró directamente a Kate y dijo:

—¿Cómo lo podría haber conocido? Solo era un niño pequeño en aquella época. No sabía nada al respecto. Solo años después Lizzie me dijo que Alex no era el padre de su primera hija; era un hombre que había conocido en España, aquella vez que se fugó y nos abandonó. A menudo hablaba de volver a buscarlo a él o a su familia; tenía una hermana más joven, sabes. Pero nunca lo hizo; siempre estaba demasiado ocupada con sus hijos. Me dijo que si volvía buscaría mis barcos, pero supongo que ya hará tiempo que no están ahora. Algún niño pequeño español estará jugando con ellos.

Una lágrima corrió por su mejilla.

—Nadie sabía de él, sabes, aparte de la familia y Alex, por supuesto —continuó—. Me gustaba Alex. Me hubiera gustado que hubiera visto mis barcos.

Se volvió a su hijo:

—¿Por qué ya no viene Alex a verme?

—Está muerto ya, papá. Murió el mes pasado. Recuerdas, te mostré la necrológica en el periódico.

—¿Muerto? Todos están muertos ya.

Suspiró y dijo en un susurro:

—Solo falto yo.

Miró a Kate de nuevo.

—¿Quién dijiste que eras? ¿Eres la mujer de Tom?

—No, soy Kate, una de las nietas de Lizzie.

—Lizzie está muerta, sabes. Murió con el corazón hecho pedazos —repitió.

Sus ojos empezaron a cerrarse y empezó a dar cabezadas contra su pecho.

—Eso es todo lo que le sacarás esta tarde. Puedes regresar mañana si crees que puede ayudarte más.

—No, está bien así. No quiero molestarlo.

—No lo molestarás. Mañana ni siquiera recordará que estuviste aquí.

Colocó a su padre en una posición más cómoda para que pudiera dormir en paz y se levantó para marcharse. Kate se inclinó y besó al anciano en la frente.

—Adiós, Peter —dijo.

Mientras caminaban de regreso al coche, Tom le preguntó:

—¿Fue de utilidad para ti? No tenía mucho que decir, ¿no?

—Bueno, supongo que lo fue. Estoy contenta de haberlo conocido; conocer a la gente que amó, me facilita el hacerme una idea de mi abuela. También fue interesante saber que todavía hablaba de buscar a su amante años más tarde. Obviamente nunca dejó de amarle.

—Me alegra de que fuera útil entonces.

—Muchas gracias por venir conmigo, Tom. Fue muy amable de tu parte.

—No fue nada —gruñó él.

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 24
ELIZABETH

Avanzaban lenta y penosamente. Caminaban en silencio, cada paso parecía agotar a Juan más y más; Elizabeth podía ver que intentaba reunir cada ápice de su fuerza para continuar y le dolía verle sufrir así. La herida de su pecho había cesado de sangrar ahora, pero de vez en cuando se quejaba del dolor en su cabeza y decía que se sentía mareado. Se turnaron para ayudarlo a avanzar, pero su cuerpo se volvía por momentos cada vez más pesado; Elizabeth quería detenerse y descansar, pero él no les dejaba.

—Mañana podemos descansar —dijo—. Cuando estemos a salvo.

Incluso la carretera principal era difícil de transitar en la oscuridad: en algunos lugares la superficie se había desplomado originando cavidades; el bombardeo había arrancado piedras enormes y provocado derrumbes en la montaña que obstaculizaban su camino. Había que esquivar cadáveres y cuerpos de animales, posesiones abandonadas y carretas desvencijadas. Avanzaban cautelosamente, comprobando el terreno con sus pies por si acaso se presentaba una repentina sorpresa e intentaban seguir a la gente que iba delante de ellos. A eso de las tres en punto de la mañana oyeron el ruido de un camión.

—A la playa —les ordenó Alex arrastrado a Juan para que saliera de la carretera—. Nos esconderemos en las rocas hasta que veamos quién es.

No se oían disparos mientras se aproximaba el camión; parecía viajar a velocidad normal y se paró a pocos metros delante de ellos.

—Es la Cruz Roja —gritó Elizabeth—. Oh, gracias a Dios.

El camión era de hecho una gran furgoneta blanca marca Ford con una cruz roja pintada en su costado. Segundos después de pararse fue rodeada de una multitud de gente desesperada, todos gritando al unísono:

—Llévense a mi hijo, por favor, llévense a mi hijo.

—Mi hijo está enfermo; por favor, llévenlo al hospital.

—Mirad a este niño. Está gravemente herido.

—Mi esposa acaba de dar a luz. ¿Tienen sitio para ella y el bebé?

—Por favor, llévense a mi hija, se está muriendo.

—Por favor, ayúdennos. Mi hijo tiene disentería; se está muriendo.

Los gritos sonaban en la noche rompiéndole el corazón a Elizabeth. ¿Cómo podía llevarse a tantos una furgoneta pequeña? ¿A quién escogerían ayudar y a quién dejarían morir? Elizabeth y Alex arrastraron a Juan para unirse a la multitud. Un hombre alto y erguido con un espeso pelo blanco descendió del camión; vestía un uniforme militar con la insignia de la Cruz Roja Internacional en el bolsillo de su pecho y una boina militar. Alzó sus manos y empezó a hablar con la gente en un español vacilante con, lo que Elizabeth pensó, era un acento americano; se acordó de Wilbur.

—De acuerdo, amigos, calmaos. Me llamo Norman; estoy con la Cruz Roja Internacional y estoy aquí para poneros a salvo.

Se detuvo incapaz de continuar por los gritos de los refugiados que reclamaban su atención. Cuando la multitud vio que no iba a continuar fueron apaciguándose gradualmente.

—Eso está mejor. Queremos ayudar a todos cuantos nos sea posible, pero como podéis ver, nuestro camión no es muy grande. Podemos llevar unos cuarenta en cada viaje y luego volveremos a por más. Lo siento, no podemos llevaros a todos de una sola vez, pero tendréis que ser pacientes y continuar caminando hasta que regresemos.

Se volvió a su ayudante.

—Nos llevaremos a los niños y a sus madres primero —le susurró y luego se dirigió a la multitud de nuevo.

—Sé que algunos habéis sido heridos, pero cuando lleguéis a Almería, hay un hospital con doctores y medicinas; podréis conseguir comida y agua fresca y un sitio donde dormir. Me gustaría llevaros a todos, pero voy a tener que empezar por los más débiles, los niños. Son nuestra prioridad.

La multitud se abrió permitiendo que los niños avanzaran al frente.

—De acuerdo, hijo, arriba.

Subió a un niño pequeño a la parte trasera de la furgoneta; una mujer que llevaba un bebé subió detrás de él.

—Bien, ¿quién es el siguiente?

Elizabeth observó como ayudaba a más gente a subir a la furgoneta; se llenaba rápidamente. Se abrió paso entre la multitud hasta que se plantó a su lado.

—¿Va a Almería? ¿Puede llevar a mi marido? Está gravemente herido; necesita urgentemente un doctor o morirá.

El hombre se volvió hacia el sonido de su voz.

—¿Eres inglesa? —le preguntó.

—Sí, pero mi marido es español. Necesita su ayuda.

—Lo siento, pero ya estamos llenos. Escuchaste lo que dije, solo podemos llevar a los más vulnerables: los jóvenes y los débiles.

—Pero ¿no tiene sitio para mi marido? Morirá si no le ayuda.

—Lo siento. Solo tenemos un camión, querida. Trabajamos solos, pero volveremos en cuanto podamos.

—Será demasiado tarde para entonces.

—De verdad, lo siento. Intenta cuidarle hasta que volvamos.

—Pero, es médico, ¿no le echará un vistazo al menos?

Se quedó parado acariciándose su espeso y blanco bigote.

—¿Dónde está? —le preguntó al fin.

Alex empujó a Juan hacia adelante; y este se tambaleó a la luz de los faros, parpadeando sorprendido. El doctor lo miró. Ofrecía un espectáculo desolador; llevaba el abrigo de Elizabeth, dos tallas más pequeño que la suya, y estaba manchado de barro y sangre; sus pantalones estaban rotos y su rostro cubierto de suciedad. Parecía ignorar lo que sucedía, y miraba a su alrededor muy sorprendido.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó el doctor.

Alex le explicó brevemente lo que había ocurrido.

—Estamos preocupados porque ha perdido mucha sangre y ahora no parece saber dónde está. Pensamos que puede haber sufrido una conmoción cerebral por la explosión.

El doctor suspiró.

—De acuerdo entonces, ponerlo delante con nosotros, pero no puedo llevaros también a vosotros dos. Lo siento.

—No, está bien. Caminaremos. Lléveselo.

—Escuchad, cuando lleguéis a Almería, id al Hospital de la Cruz Roja Internacional; lo dejaremos allí. Tendréis que buscarlo y puede que no sea fácil; hay miles de refugiados en Almería y el hospital está lleno.

—Lo encontraremos. Gracias.

Elizabeth estaba llorando para entonces. Le puso las manos en la cara a Juan y lo atrajo hacia sí, besándolo suavemente.

—Iremos a por ti, Juan. Te encontraremos, cariño. Te encontraremos.

Alex la apartó y puso a Juan en el asiento delantero. No podía esperar a meterlo en la furgoneta antes de que el doctor cambiara de parecer.

—Isabela. ¿Dónde está mi Isabela? —preguntó Juan mirando a su alrededor e intentando levantarse.

—Vendrá pronto, amigo. Ve con el doctor ahora, nosotros iremos después. Es por tu bien; nos estabas haciendo avanzar despacio, sabes. No te preocupes; cuidaré de ella —dijo Alex empujándolo para que se sentara.

—Bien, nos vamos. ¿Lista? —le dijo el doctor a su ayudante, una joven enfermera cuyo precioso rostro estaba desmejorado a causa del estrés y la falta de sueño.

Ella asintió con la cabeza y se subió al asiento delantero embutiendo a Juan entre ella y el doctor. Cerraron las puertas de la furgoneta y partieron en la noche dejando una multitud desconsolada tras ellos. Elizabeth y Alex observaron las luces traseras hasta que se convirtieron en diminutos puntos de luz y finalmente desaparecieron, luego Alex la rodeó con su brazo.

—Vamos Elizabeth. Estará bien ahora. Cuidarán de él una vez llegue al hospital. Estará bien.

Ella asintió con la cabeza incapaz de hablar porque las lágrimas la ahogaban. ¿Volvería a verlo de nuevo alguna vez?

—Vamos, todavía tenemos un largo camino que recorrer —dijo Alex tirando de ella.

Ella se estremeció; el viento del mar calaba en sus huesos y estos le dolían.

—No era americano, sabes. Más bien canadiense —le dijo Alex un rato después.

—¿Quién?

—El amigo doctor.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, en un lateral de la furgoneta decía: «Servicio Canadiense de Transfusiones de Sangre».

—¿Transfusiones de sangre?

—Sí, pero parece como si hubiera sido desmontada y convertida

en ambulancia. Parece estar usándola como autobús ahora.

—Gracias a Dios que lo hace. ¿Me pregunto quién es?

—Probablemente alguien de las Brigadas Internacionales; he oído que hay bastantes voluntarios de Canadá.

—Bueno, quienquiera que sea, es como un ángel caído del cielo en esta carretera infernal —dijo Elizabeth.

Juntos continuaron caminando. Estaba rendida y sus pies llenos de ampollas le dolían, pero sabía que tenían que continuar. Cuandoquiera que tropezaba o flaqueaba y decía que no podía continuar, Alex la cogía del brazo y tiraba de ella suavemente. Él nunca se quejaba, aunque tenía que estar tan cansado y hambriento como ella lo estaba. Sintió un repentino afecto hacia él, contenta de que hubiera escogido ir con ellos; habría estado perdida sin él ahora que Juan se había ido. Era tan amable con ella, casi como un hermano mayor, preocupado y cariñoso y, le había salvado la vida a Juan. Era poco probable que Juan hubiera logrado llegar tan lejos sin él. Pensó en el día que conoció a Alex; le resultaba difícil creer que no le hubiera gustado. Lo miró avanzando a su lado; no parecía la misma persona. Ahora caminaban a paso más rápido; Alex había tenido razón cuando le dijo a Juan que avanzarían más sin él, pero ahora, sin embargo, le dolía el corazón.

Para cuando el sol había ascendido por el horizonte, exponiendo a la rezagada columna de supervivientes a sus enemigos, habían alcanzado Salobreña. La ciudad surgió ante ellos como una aparición, un monolito blanco que ascendía del mar, incandescente ante la débil luz del nuevo día. En aquel punto, la carretera rodeaba el pueblo, volviéndole la espalda al mar y adentrándose en campos de almendros. Podían escuchar disparos más adelante y pequeñas nubes de humo negro ascendían al perfecto cielo.

—Espera, Elizabeth; esperemos un minuto. ¿Qué crees que está sucediendo allí?

Estaban en la cima de una colina, con vistas a la amplia y plana llanura que el río Guadalfeo recorría hacia el mar; delante de ellos estaba Motril y la sinuosa carretera que ascendía a las montañas de Granada. Podía escuchar un fuerte ruido gutural. Mientras esperaban, el ruido se hizo más intenso y de repente se convirtió en un tremendo rugido. El agua caía en el valle. Los morteros de los cañoneros habían abierto una brecha en el embalse y ahora cientos de litros de agua

bajaban por el escarpado valle a la llanura. Observaron con horror como el verde manto de agua avanzaba arramblando con todo a su paso, arrancando árboles de raíz, tirando muros, tumbando rocas y piedras como meros guijarros y enterrando todo, gente, animales, casas, en lodo y escombros.

—Oh, Dios mío. ¿No va a terminar esto nunca? —lloró Elizabeth.

Sostuvo su cabeza en sus manos y se estremeció de terror. Aquellos fácilmente podrían haber sido ellos. La gente a su alrededor gritaba y lloraba de miedo; nadie se atrevía a avanzar; nadie quería descender a aquel infierno.

—¿Qué vamos a hacer? —lloró.

Alex parecía perplejo; la cogió de la mano y se obligó a hablar con calma.

—Tenemos que esperar, Elizabeth. Es imposible pasar por ahí, no por el momento; seríamos arramblados. De todos modos necesitamos descansar. Esperemos y roguemos por que el puente resista y continuaremos por la noche.

—Pero, a este paso, nunca llegaremos a Almería —gimió.

Quería gritar de rabia y frustración.

—Tengo que encontrar a Juan. Tengo que continuar.

—No. Ahora descansaremos; es demasiado peligroso para continuar. Gracias a Dios que no estábamos ahí abajo con esos pobres diablos.

El agua se estaba extendiendo por el terreno inundable y vertiéndose al mar, pero dejaba a su paso una espesa capa negra de cieno y lodo. Desde donde estaban parecía como si la carretera hubiera sido barrida; no había camiones, ni gente. Y el agua todavía caía por la montaña, inundando los campos de caña de azúcar, derribando los árboles de aguacates y llevándose todo lo que se cruzaba en su camino al mar.

—Mira —dijo Alex señalando al Mediterráneo.

Los barcos estaban de regreso; podía verlos acercarse sigilosamente por la costa, disparando a grupos aislados de refugiados.

—Es todo un juego para ellos —dijo Elizabeth—. Mira están abriendo fuego contra esa gente de abajo. Pueden ver que son mujeres y niños y todavía disparan. No puedo creerlo. Esto es una pesadilla continua, ¿cuándo terminará?

Ahora gritaba y se tiraba del pelo. La carretera estaba inundada delante de ellos y los cañoneros estaban detrás de ellos. ¿Qué iban a

hacer?

—No podemos avanzar y tampoco podemos retroceder; estamos atrapados.

—Vamos, Elizabeth, no entres en pánico; eso no va a arreglar las cosas. Ven aquí.

Alex la rodeó con el brazo y la abrazó hasta que se calmó.

—Eso está mejor. Ahora vamos a encontrar un lugar donde escondernos por un rato y luego, cuando todo esté más tranquilo y el agua se haya ido, iremos y echaremos una ojeada a la carretera. Hemos tenido suerte hasta el momento, quizás la conservemos un poco más.

Toda la gente a su alrededor corría presa del pánico. Los barcos habían empezado a abrir fuego sobre la ciudad y el fuego de las casas en llamas oscurecía el cielo. La gente todavía ascendía la colina tras ellos, esperando escapar al alcance de la artillería, pero cuando vieron la devastación que tenían delante también se hallaron sin saber qué hacer; algunos se sentaron en la cuneta a esperar.

Alex la alejó de la carretera y la introdujo en los campos de almendros; era como entrar en otro mundo. Los árboles estaban cubiertos de delicadas flores rosas y blancas que desprendían un aroma embriagador. Aspiró profundamente y por un momento se animó; los árboles eran tan hermosos.

—Aquí no estamos muy al cubierto —se quejó Alex—. Tenemos que subir un poco más.

Ascendieron hasta la cima de la colina; la vista a la resplandeciente bahía era espectacular. Podían ver kilómetros hacia atrás el camino por el que habían venido, donde la carretera todavía estaba llena de refugiados, y hacia delante, hasta el puerto pesquero de Motril; detrás de ellos, en la distancia, los picos cubiertos de blanco de Sierra Nevada ascendían a un cielo azul carente de nubes. Elizabeth respiró profundamente, aspirando el dulce y limpio aire. Necesitaba aquel momento de paz para ahuyentar los demonios de la noche anterior. Muy arriba, sobre sus cabezas, las águilas planeaban, y el aire estaba repleto de las gorjeantes alondras. Desde allí arriba incluso los cañoneros, que continuaban disparando incesantemente contra la ciudad, parecían tan lejanos como para no representar una amenaza, simplemente explosiones distantes y apagadas. Se acordó de cuando caminaba por las colinas de Málaga con Willow a su lado. Qué tiempo más lejano parecía y solo hacía unos días, no más de una semana.

Cómo había cambiado su mundo en tan corto espacio de tiempo. Pensó en sus padres y esperó que estuvieran en algún lugar seguro.

—Mira. Creo que el puente todavía está en pie —dijo Alex señalando hacia más allá de donde el agua lo inundaba todo.

—Está lejos. ¿Estás seguro de que es un puente?

—Bastante seguro. Bueno, lo sabremos muy pronto, cuando lleguemos allí.

—Alex, sé que tenías razón cuando decías que debíamos descansar, pero no quiero pasar por ahí en la oscuridad.

Señaló la llanura inundada.

—No, sería demasiado peligroso si nos desviáramos de la carretera. Esperaremos unas cuantas horas y nos iremos. Estaremos lejos cuando caiga la noche. No te preocupes.

Avanzaron un poco más, atravesando los aromáticos árboles hasta que al fin Alex dijo que podían detenerse. No era tan seguro como su anterior lugar de descanso, pero no querían alejarse demasiado de la carretera. Otros habían seguido su ejemplo y los habían seguido al campo de almendros; se dispersaron buscando la sombra y un lugar donde dormir.

—Descansa tú primero, Elizabeth. Yo me sentaré aquí un poco y vigilaré —dijo reposando su espalda contra el tronco nudoso de un viejo árbol.

Elizabeth no discutió; se echó en el suelo y pronto se durmió.

Alex se puso su vieja gorra de críquet sobre los ojos; se sentía cansado, más cansado de lo que podía recordar, pero sabía que no debía dormir. Miró la figura de Elizabeth, tumbada sobre su espalda. Dormida era incluso más bonita; las tribulaciones del viaje parecían haber cesado temporalmente mientras dormía. Ansiaba alargar el brazo y tocarla, sentir su suave piel, recorrer con sus dedos la línea de aquellos preciosos labios. Pero sabía que era imposible; estaba enamorada de otro. Lo podía ver; se tenía que estar ciego para no saber que ella y Juan eran amantes. Le dolía pensar en ellos dos juntos, pero aquello no aplacaba su pasión; sino que la aumentaba, del mismo modo que un zumo de un limón exprimido sobre el pescado intensifica su sabor. Suspiró. Incluso en tiempos como aquellos sus pensamientos se dirigían a la comida. Sentía su estómago quejarse por las privaciones. ¿Cuánto tiempo hacía desde que había comido? Si no tenía en cuenta esas horribles naranjas, debía hacer al menos treinta y seis horas. Se preguntaba cuánto tiempo podría sobrevivir sin comida.

¿Tres días, cuatro, cinco? Bueno, al menos tenían algo de agua. Cogió la botella y le dio un pequeño trago.

Nunca debería haber ido a Málaga. Tendría que haberse ido a Inglaterra con los otros tan pronto como supo que los Juegos se anulaban. No era un soldado. Lo había considerado una vez, justo antes de empezar la universidad. Su tío era un soldado, un coronel de los Guardias Granaderos; había intentado convencer a Alex de que sería una buena carrera para él. «Llega a la cumbre, amigo —le dijo—. Y podrás volar. Vamos, dale una oportunidad; haz un hombre de ti». Afortunadamente los padres de Alex no estuvieron de acuerdo. En lo que concernía a su padre, nada podía sustituir a un título universitario. Alex suspiró; desearía estar en Oxford en aquel momento.

—Oh, estar en Inglaterra... —murmuró.

—¿Qué? —musitó Elizabeth agitándose inquieta en sueños.

—No es nada; sigue durmiendo —dijo acariciándole el pelo suavemente.

Todo parecía tan irreal. Intentó imaginarse a sus padres. ¿Qué estarían haciendo en aquel momento? Probablemente hacía demasiado frío para que su madre estuviera en el jardín, estaría preparando la comida. Su padre, sin duda, estaría en su estudio, fumando su pipa y leyendo algo de Trollope. ¿Y Angela? Sintió una oleada de nostalgia al pensar en su hermana y su familia; pronto sería el segundo cumpleaños de los gemelos, la próxima semana quizás. Se dio cuenta de que ni siquiera estaba seguro de qué día era; todos los días parecían discurrir juntos allí. Quizás estuviera en casa a tiempo para celebrarlo. No sería fantástico que llevara a Elizabeth con él. A Elizabeth le gustaría su familia, estaba seguro. Se sumió en un ensueño en el que llevaba a Elizabeth a casa para conocer a sus padres y pronto se durmió.

Elizabeth había dormido sin soñar y, cuando se despertó, vio que Alex también estaba durmiendo. Todavía estaba apoyado contra el árbol, pero su cabeza descansaba en su pecho y sus brazos colgaban inertes pegados a su costado. El sol caía directamente sobre sus cabezas; miró su reloj de pulsera y vio que solo había dormido un par de horas. Era demasiado pronto para partir aún. Se giró y en cuestión de minutos estaba de nuevo dormida.

—Elizabeth, despierta. Es hora de que regresemos a la carretera.

Se despertó en un instante; Alex estaba de pie a su lado, sacudiéndole por el hombro.

—Vamos; tenemos que irnos —prosiguió.

—Sí, está bien. Estoy despierta.

Se incorporó, estirando sus rígidos miembros como un gato.

—Dios, eso está mejor. Lo siento Alex. ¿Se suponía que debía permanecer despierta mientras tú dormías?

—No importa. Yo también dormí un poco de todos modos. Me alegra que hayas descansado bien. Podremos avanzar más rápido ahora.

Volvieron a la carretera y recuperaron su sitio en la incesante procesión.

—Creo que podremos pasar; la gente parece moverse al fin —dijo Alex.

—¿Puedes ver algo? —le preguntó ella.

—En verdad no. Quizás cuando pasemos esa curva nos hagamos una idea mejor de lo que hay delante.

La corriente de refugiados avanzaba lentamente. Alex cogió a Elizabeth de la mano y tiró de ella entre la multitud apremiándola a continuar. La carretera se elevaba en aquel punto, discurriendo sobre soportes que cruzaban la llanura de inundación. El agua borboteaba y hacía remolinos debajo, pero no había ocasionado ningún daño real a la carretera y, delante de ellos, se erguía el puente, todavía intacto.

—Bien, continuamos de suerte —dijo Alex—. Gracias a Dios.

—Pero cuando crucemos el puente estaremos expuesto de nuevo y los cañoneros podrán vernos —dijo Elizabeth.

—Oh, vamos, Elizabeth. No puedes tenerlo todo. Ahogarte o que te disparen, ¿qué va a ser?

Ella intentó reírse, pero el peligro era demasiado real y todo lo que consiguió esbozar fue una sonrisa forzada.

—Vamos, amiga. Lo conseguiremos, ya verás. Pronto estaremos en Almería, tomando ese turbio café de nuevo con Juan.

Era muy dulce, pensó, intentaba animarla, pero ella no podía reaccionar como esperaba. Estaba bloqueada por el miedo. Cuando pensaba en Juan, y pensaba en él todo el tiempo, sentía que el corazón le pesaba como un plomo; tenía un dolor en el pecho que no se le iba. Al fin, Alex la dejó con sus pensamientos, y caminaron en silencio, su atención se centró en abrirse paso entre la suciedad y en no perder el equilibrio en la superficie fangosa. El olor era pútrido; toda clase de

detritos habían sido arrastrados por el agua desde la presa. Era como una escena de un campo de batalla de la Primera Guerra Mundial: las piernas de animales muertos sobresalían del barro en ángulos forzados, árboles despojados de su follaje se erguían firmes contra el cielo. Intentó no mirar, pero el horror de la escena atraía sus ojos.

—Lástima de tu cámara —dijo Alex al fin—. Habría sido buena para capturar esto. Estoy seguro de que nadie nos creerá cuando le contemos cómo ha sido.

—Es irónico, ¿verdad? Esa es la razón por la que estoy aquí y la maldita cámara está rota.

—Podría ser peor. Mejor que haya volado la cámara que tú.

—Eh, conozco a esa gente —dijo ella repentinamente.

Delante de ellos estaban los gemelos y su madre. Los niños tenían ahora un par de botas cada uno, aunque uno de los pares no era realmente un par, consistía en una bota marrón y otra negra. Los llamó.

—Hola. ¿Os acordáis de mí?

—Sí, señora —dijeron al unísono.

Se llevaron las manos a la cara y simularon que hacían fotos, luego se señalaron a sí mismos.

—No, lo siento, mi cámara ya no funciona. Se rompió en la explosión —les explicó.

Los chicos se encogieron de hombros y continuaron andando. Nada había mejorado para aquella familia, a excepción de que ahora tenían un par extra de calzado, pero saber que todavía estaban vivos y habían conseguido llegar tan lejos ejerció un profundo efecto sobre Elizabeth. Sus propias penas parecían nimias; ella al menos sabía dónde iba. No sería fácil llegar allí, pero tenía una meta. Encontraría a Juan y luego se irían a Inglaterra juntos, a la casa de sus padres. Aquella familia había caminado durante días y días y no tenía idea de cuándo llegarían. Habían abandonado su hogar y no tenían otro a dónde ir; todo lo que podían esperar era un refugio seguro donde pudieran encontrar comida y cobijo. Y luego, ¿qué? No podían regresar una vez que la contienda terminara. Tendrían que empezar una nueva vida en una ciudad extraña lejos de sus amigos y familia. Se preguntaba qué le habría sucedido al padre de los niños. ¿Estaba vivo o muerto? Antes, aquellos niños habían tenido una familia; tenían un padre; tenían tíos y tías, abuelos, tíos abuelos y tías abuelas, quizás hermanos y hermanas, y una completa red de parientes que los

apoyaba y los mantenía unidos. Todo aquello les había sido arrebatado y ahora aquellos dos chicos idénticos caminaban detrás de su madre, colgados de su falda hacia un nuevo mundo.

Finalmente pasaron el estuario regresando a la carretera de la costa, dejando Motril tras ellos. Caminaron toda la noche; ahora Alex se mantenía pegado a su lado, algunas veces la tomaba del brazo para ayudarla y le preguntaba de cuando en cuando si estaba bien. Parecía haberse tomado la promesa que le hizo a Juan muy en serio.

—Háblame de ti y de Juan —dijo—. ¿Hace mucho que os conocéis?

Toda nuestra vida, pensó, parece como si fuera de toda la vida, pero en su lugar dijo:

—En realidad no. Lo conocí en el Regina. Estaba con el cuñado de nuestro jardinero.

Hizo una pausa. No sonaba como el comienzo de una apasionada historia de amor.

—Y nos enamoramos.

Sus palabras sonaban patéticas, como las de una adolescente enferma de amor. Cómo podía transmitirle a ese hombre lo mucho que Juan significaba para ella cuando apenas se lo podía explicar a sí misma. Esperaba que Alex hiciera algún comentario impertinente, pero en su lugar la rodeó con el brazo y la apretó contra sí.

—No te preocupes, Elizabeth. Pronto estaréis juntos de nuevo.

Elizabeth sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Qué clase de trabajo hacía? —le preguntó Alex.

Ella comenzó a hablarle de Juan y su familia.

—Mira, ahora realmente me preocupa que alguien lo reconozca y piense que es un espía. No está seguro; está dividido entre su sangre y sus creencias y no está a salvo en ningún sitio.

—Sí, pero tiene un pie en ambos campos de alguna forma. Tiene que haber cientos de personas en la misma situación. Una cosa es segura en esta guerra, ha dividido el país en dos, sin importar las familias o los linajes. Pero no te preocupes; por lo que dijo ese tipo canadiense, me inclinaría a pensar que habrá tal caos en el hospital que nadie comprobará su nombre y, de todas formas, dudo que nadie esté a la búsqueda de potenciales espías.

—Probablemente tengas razón.

Hablar de Juan la ponía triste. Nunca tendría que haberlo dejado; pero no había habido alternativa. ¿Y si no podía encontrarlo de

nuevo? Aquel pensamiento le helaba la sangre.

—Juan está muy contrariado con su padre, sabes; lo quiere, pero no pude hablar con él. Su padre cree que la lealtad de Juan debería ser antes que nada para con la familia, que sus creencias personales deberían pasar a segundo plano. No alcanza a ver otro punto de vista.

—Bueno, la familia es importante. Solo ahora que estoy tan lejos de la mía me doy cuenta de ello.

—Sí, pero es más que eso. Su padre cree que el Gobierno Republicano destrozará la forma de vida tradicional española a menos que se le ponga freno. Se ve a sí mismo y a otras familias como la suya como defensores de la Iglesia y la Monarquía; cree que los fascistas son sus salvadores.

—¿Y Juan no está de acuerdo?

—Desde luego. Le dijo a Juan que si permanecía en la zona republicana nunca volvería a hablar con él y que lo desheredaría. La madre de Juan y su hermana estaban desconsoladas.

—Puedo entenderlo.

—Es trágico. Juan odia romper el vínculo con su familia; los quiere, especialmente a su hermana, y ahora probablemente no los volverá a ver nunca.

—Eso puede depender de quién gane esta guerra y de si vivimos para verlo —respondió Alex.

ESPAÑA 2007

CAPÍTULO 25
KATE

Sintió el golpe cuando las ruedas descendieron y se colocaron en su lugar, y se produjo la usual sensación de vacío en su estómago cuando el avión empezó a descender. Se colocó un chicle en su boca y empezó a masticarlo intentando reducir la presión que se estaba formando en sus oídos. La charlatana joven sentada a su lado estaba callada por fin; antes de despegar le había confesado a Kate que le aterraba volar, y ahora estaba doblada con la cabeza en las manos lamentándose en voz baja para sí misma. Kate sintió que debía intentar reconfortarla, pero se lo pensó mejor. En lugar de eso, cogió su novela e intentó continuar leyendo. El avión estaba más bajo ahora y podía ver la caldeada tierra roja de las montañas con bastante claridad antes de perderse en el mar. El avión se inclinó y giró para poder aproximarse a la pista en el aire, y debajo de ellos una franja de playa dorada se curvaba al borde del resplandeciente mar Mediterráneo. Se sintió excitada por el viaje; era su primera visita a la península española y había pasado la semana anterior leyendo todas las guías turísticas que pudo encontrar.

Geoffrey se había quedado impactado cuando le entregó su renuncia e inmediatamente le prometió toda clase de improbables incentivos para hacerla cambiar de opinión; estaba muy dispuesto a que ella aceptara el trabajo de Jefa de los Servicios de Oficina. Al final, había sentido justo decirle la verdadera razón de su partida, que era tan simple como que ya no necesitaba trabajar más. Tenía que reconocerle que se había sentido encantado de saber de su buena suerte y le había deseado lo mejor; incluso organizó una cena de despedida para ella e invitó a todo el personal del departamento. Todavía sentía ganas de llorar cuando pensaba en ello; lo echaría de menos.

Todavía no había vendido su casa; había una pareja que había mostrado cierto interés en comprarla, pero tenían problemas para vender su apartamento de un solo dormitorio. Maisie le había

prometido echarle un ojo hasta que regresara, así que Kate le dejó un juego de llaves a ella y otro al agente inmobiliario, que prometió mantenerla informada de cualquier avance. No había dado una fecha de regreso, pero había prometido volver si la necesitaban. Sus planes estaban bastante claros; iba a intentar buscar a la familia Luz de Montevideo e iba a conocer un poco el país que había seducido tanto a sus abuelos como a su madre. Compró un billete de ida, añadió a su equipaje sus palos de golf y reservó una habitación en el Parador de Golf, sobre el que parecían estar volando en aquel mismo instante. Estiró el cuello para ver mejor; pero antes de que pudiera registrar cada detalle, lo habían pasado y se lanzaban a la pista a punto de aterrizar. Se produjo un ruido sordo cuando las ruedas tocaron tierra y Kate se sintió impulsada hacia delante; el avión aminoró la velocidad y se colocó en su zona de desembarco. Estaba en España.

Recogió su coche alquilado sin problemas y pronto se incorporaba a la atestada caravana que salía de los predios del aeropuerto. No estaba lejos del Parador, y en cuestión de diez minutos aparcaba en la puerta del hotel; un botones salió a recibirla y la ayudó a descargar su equipaje. Le gustó el aspecto del lugar tan pronto como lo vio; el hotel era bajo y amplio y de un distintivo diseño andaluz que comprendía jardines y una piscina. Todo había sido diseñado en pro de la paz y la relajación. Se quedó embrujada por su simplicidad; su habitación era luminosa y diáfana, con los tradicionales azulejos vidriados rodeando un suelo pavimentado con cálidos bloques de terracota. Los muebles eran de una madera pesada y oscura que contrastaba con las simples paredes blancas y los pocos cuadros minimalistas que añadían un toque de color a la habitación.

Kate decidió dejar la tarea de deshacer la maleta para más tarde y pasear por la orilla del mar. La playa estaba atestada de gente tomando el sol estirados debajo de sombrillas multicolores; otros nadaban en las aguas turquesas. La caliente arena quemaba las plantas de sus pies y mientras corría al borde del agua para refrescarse, una suave brisa procedente del mar acarició su piel; ahora sus vacaciones estaban empezando de verdad. Hoy se relajaría y exploraría las instalaciones; mañana sería lo suficientemente pronto para empezar sus investigaciones.

A la mañana siguiente se levantó temprano y se dirigió al primer

hoyo. Había dispuesto jugar nueve hoyos cada día antes de desayunar, antes de que el sol estuviera alto en el cielo y empezara a abrasar la tierra. No había nadie, excepto unos cuantos miembros del personal del campo y algún huésped del hotel vagando por los jardines. Estaba fresca después de la noche de descanso y mientras caminaba por la primera pista se sintió muy positiva por lo que se le presentaba ante sí. Ahora que estaba allí, en la ciudad en la que sus abuelos se habían conocido, seguramente encontraría todas las respuestas a sus preguntas. Se colocó y se balanceó suavemente, golpeando la bola firmemente y haciéndola rebotar por la pista, dispersando a un grupo de periquitos en su camino. Los pájaros ascendieron en el aire, chillando a modo de protesta, y luego se posaron unos cuantos metros más lejos para continuar su búsqueda del desayuno.

Después de su mañana de ejercicio y un placentero desayuno, se dirigió a la nueva sede del Consulado Británico.

—Buenos días, ¿cómo puedo ayudarla? —le preguntó una mujer con un inmaculado acento británico.

—Me gustaría ver al cónsul, por favor.

—¿El cónsul? ¿Tiene una cita?

—No, pero de verdad me gustaría verlo, si es posible.

—¿Puedo preguntarle de qué se trata?

—Estoy intentando encontrar a alguien, alguien que vivió en Málaga hace tiempo.

—Oh, yo puedo ayudarle con eso. Un momento.

Caminó hasta la puerta lateral y presionó un timbre de seguridad.

—Pase. Es más fácil que hablar a través de esa rejilla y no me parece una terrorista.

La joven condujo a Kate a una sala de entrevistas. Se sentó frente a un ordenador y le indicó a Kate que se sentara frente a ella.

—Bien. ¿A quién quiere encontrar?

—Bueno —Kate vaciló—. No estoy segura exactamente; quería hablar con alguien que viviera aquí durante la Guerra Civil.

—Dios mío, ¿la Guerra Civil, dice? Eso fue, déjeme pensar, ¿en 1935?

—1936. De 1936 a 1939.

—Correcto, bueno, la mayoría de los expatriados que vivieron aquí entonces están ahora en el Cementerio Inglés, pero déjeme buscar de todos modos.

Escribió algo en el ordenador y esperó un momento.

—Sí, justo como pensaba, la mayoría están ahora muertos. Hay un octogenario, en realidad es casi nonagenario, Walter Bristow. Bueno, es medio americano en realidad; su padre era Sir Alfred Bristow y su madre la hija de un magnate del petróleo americano. No sé si ha oído hablar de ellos.

Kate sacudió la cabeza.

—Bueno, de acuerdo a nuestros registros, todavía vive, pero no puedo garantizarle que esté en sus cabales, sabe. De todas formas, vive en una residencia, La Residencia Blanca Paloma, aquí, en Málaga. ¿Quiere la dirección?

—Por favor.

Kate no podía creer su suerte. Quizás aquel anciano conoció a su abuela o podía decirle algo de su abuelo y de su familia. La mujer copió el nombre y dirección cuidadosamente en un trozo de papel y se lo tendió.

—Por supuesto, por favor tenga presente que nuestros registros no son cien por cien fiables. Podría ser que ya hubiera muerto y nadie hubiera pensado en informarnos.

—Si ese fuera el caso, ¿cómo encuentro a alguien que estuviera aquí entonces, una persona española, por ejemplo?

—Creo que eso sería más fácil. Vaya al Ayuntamiento y pregunte por el Departamento del Padrón. Tienen los registros de todos los habitantes de Málaga.

Kate se levantó.

—Muchas gracias. Ha sido de mucha ayuda.

—Si está investigando para un libro o algo así, tenemos muchas fotografías y archivos que se remontan a principios del siglo diecinueve —añadió la mujer.

—No, no es nada de eso. Es un asunto personal; pero gracias de todas formas.

No tenía ni idea de cómo encontrar la Residencia Paloma Blanca, así que decidió dejar su coche en el aparcamiento e ir en taxi. Fue una sabia decisión porque, cuando el taxista aparcó en doble fila para que se apeara, apenas pudo escuchar lo que dijo por el estruendo de las bocinas de los frustrados motoristas; podía ver que tanto aparcar como atravesar las estrechas calles no era para un pusilánime.

La residencia era un edificio alto y estrecho sin jardín, pero con

espléndidas vistas al puerto y a la plaza de toros. Abrió la puerta y entró directamente.

—¿La puedo ayudar en algo? —le preguntó la recepcionista, en un deficiente inglés.

—Sí, me preguntaba si podría hablar con Walter Bristow.

—¿Es pariente?

—No.

—¿Amiga?

—Me temo que Mr. Bristow no me conoce. Solo quería hacerle unas cuantas preguntas.

—Bueno, lo siento mucho, pero no será posible; Mr. Bristow murió ayer.

—Oh, Dios mío, lo siento.

—Sí, bueno, no fue exactamente inesperado. Era muy viejo, sabe, y no estaba bien desde hacía un tiempo —le explicó la recepcionista.

—Sí, me doy cuenta de ello. Bueno, gracias de todas formas.

—Ese que se marcha ahora es su hijo —añadió—. Ha estado desalojando su habitación. Quizás pueda ayudarla.

Señaló a un hombre alto y fornido de unos cuarenta años que se peleaba con la puerta para mantenerla abierta con su pie mientras intentaba hacer pasar una gran caja de cartón por la abertura.

—Déjeme que le ayude —se ofreció sujetándole la puerta.

—Gracias —respondió él.

Detectó un acento tejano.

—Siento molestar, pero entiendo que su padre acaba de morir. Lo siento mucho —dijo.

—Sí, bueno lo esperábamos hace semanas. Pero aún así es bastante duro.

—He venido hasta aquí para ver si podía hablar con él —le explicó.

Él colocó la caja encima de un muro bajo y la miró atentamente por primera vez.

—¿La conocía? —preguntó.

—No. Una mujer del Consulado Británico me dio su nombre; pensé que podría ayudarme con unas cuantas preguntas.

—¿Qué clase de preguntas? —le preguntó frunciendo el ceño ligeramente.

—Estoy intentando encontrar a la familia de mi abuelo. Mi abuela y mi abuelo se conocieron en Málaga durante la Guerra Civil y quería

encontrar a alguien de su familia.

Alzó una ceja.

—¿Y pensó que papá podría ayudarla?

—Bueno, como su padre ha vivido aquí tanto tiempo, pensé que quizás habría reconocido sus nombres —explicó.

—Bueno, llega unos cuantos días tarde, me temo.

—Sí, me doy cuenta. Lo siento.

—Mire, quizás yo pueda ayudar. Soy historiador y estoy recopilando la historia oral de España.

—¿De verdad?

—Mire, si puede esperar hasta que lleve las cosas de papá a mi coche, podemos ir y tomar un café y puede contarme exactamente a quién está buscando. Nunca se sabe, puede ser un nombre con el que me en topado en mi investigación.

—Eso es muy amable por su parte.

—Espere aquí; volveré en un minuto.

Kate se sentó en el muro a esperar. Qué decían: cuando una puerta se cierra, otra se abre; quizás aquel hombre pudiera ayudarle a encontrar a sus parientes. Se preguntaba qué quería decir con «historia oral».

—Siento haberla hecho esperar. Mi nombre es Larry, por cierto, Larry Bristow.

Se restregó la mano en sus vaqueros y se la tendió. Tenía los hombros anchos y los poderosos brazos de un deportista, el pelo castaño y rizado cortado muy corto. Su rostro era cuadrado, muy suave y bronceado y había una profunda hendidura en su barbilla; le recordaba a algún actor que había visto una vez en el aeropuerto. Le cogió la mano y dijo:

—Kate Scott.

—Bueno, Kate, vamos a buscar un café.

La forma en la que pronunció la palabra «café» la hizo sonreír.

—Hay un bonito bar cerca de aquí al que voy mucho o, mejor dicho, solía ir, porque dudo que vaya a volver aquí mucho ahora que papá está muerto.

La cogió del brazo y la guió para cruzar la calle hacia un pequeño bar en el que las mesas y las sillas estaban colocadas sobre la acera y protegidas del sol del verano por sombrillas de colores alegres.

—¿Fuera o dentro?

—Fuera. Aún no me he cansado del sol por el momento.

—¿Acaba de llegar?

—Ayer. Me hospedo en el Parador.

—Bien.

—¿Y usted? ¿Vive aquí?

—Sí, por ahora. Estoy en la vieja casa de papá. Cuando ingresó en la residencia, hace ahora casi un año, decidimos conservarla.

—¿Decidimos?

—Mi hermano y yo. Él vive en los Estados Unidos, en Ohio. No sé qué haremos ahora, probablemente venderla. Solo veníamos a Málaga a visitar a papá.

Una camarera de piernas largas, con una falda vaquera corta, salió para tomarles nota.

—¿Qué quiere? —preguntó Larry.

—Un café solo.

—Café solo y café con leche —pidió, y luego se volvió a Kate y le preguntó:

—Y, ¿a quién busca, a su abuelo, dijo?

—Bueno, no exactamente, él está muerto. Quiero averiguar si hay alguien de su familia todavía vivo. De acuerdo con unas cartas que encontré, su familia era bastante importante en Málaga en aquella época.

—Por supuesto, eso puede haber cambiado; muchas cosas cambiaron tras la guerra. ¿Cuál es el apellido de la familia?

—Bueno el nombre completo de mi abuelo era Juan Francisco Gómez de la Luz de Montevideo Rodríguez. Un trabalenguas, eh.

—En realidad no. Es muy típico; todos los españoles toman los apellidos de ambos padres, primero el del padre y luego el de la madre. Su bisabuela habría sido una Rodríguez y su bisabuelo habría sido un Gómez de la Luz Montevideo. Pero cuando se tiene una familia con un apellido realmente antiguo, normalmente alguien de la aristocracia, les gusta pasarlo de generación en generación, y el apellido se hace cada vez más largo. Es bastante probable que el apellido de su abuelo fuera incluso más largo que eso. De todos modos, le encantará saber que tropecé con ese apellido antes.

—¿Cuál «de la Luz de Montevideo»?

—Sí, así que es posible que tengamos suerte y averigüemos algo sobre ellos.

—Eso sería estupendo.

Le sonrió.

—Y, ¿qué clase de libro está escribiendo?

—Es un libro de historia, como podrá imaginar, material contemporáneo, con entrevistas, recuerdos de gente viva; lo que denominamos historia oral —le explicó—. He pasado casi dos años grabando conversaciones con gente de toda España. Ha sido muy divertido e incluso gratificante. Sabe, a la gente le gusta hablar de su pasado, de su infancia, de la gente a la que amaron, de los lugares en los que vivieron. Puedo decirle que es realmente fascinante.

Hizo una pausa por un instante para encender un cigarrillo y esperó hasta que la camarera les sirvió el café antes de continuar:

—He estado por todo el país; empecé en Asturias y recorrí toda la costa norte, luego avancé hasta Madrid y ahora estoy en Andalucía.

—¿Cómo encuentra gente a la que entrevistar?

—Bueno, es mucho más fácil de lo que se pueda imaginar; empecé con una serie de amigos y luego me sugirieron amigos suyos que a su vez me presentaron a otros; se convirtió en una cadena. El British Council ha sido de mucha ayuda también y, por supuesto, contacté con las universidades; sus departamentos de historia local normalmente tienen nombres de personas a los que vale la pena entrevistar. Pronto te das cuenta de que los españoles son una gente muy abierta; les gusta hablar, así que, como dije, has sido bastante fácil. Y, por supuesto, están muy orgullosos de su país, así que aprovechan cualquier oportunidad para hablar de él.

—Suena fascinante. Tiene que hablar un excelente español.

—La Historia y el Español fueron mis asignaturas principales en la universidad —le explicó.

—Me pregunto si puede encontrar alguna mención de la familia de mi bisabuelo en su investigación.

—Es posible. En cualquier caso vale la pena intentarlo, especialmente si podemos encontrar a algunos de sus familiares y entrevistarlos para mi libro.

Bebió un trago de su café y encendió otro cigarrillo.

—Kate, cuénteme algo de usted.

—¿Qué le gustaría saber?

—Bueno, para empezar, ¿cuánto tiempo se va a quedar? —le preguntó.

—No tengo un plazo definido —respondió—. He reservado la habitación del hotel por un mes, pero planeo quedarme aquí hasta que haya averiguado algo sobre mis ancestros. No voy a irme a casa con

las manos vacías.

—¿Y el trabajo? ¿No tiene que volver al trabajo?

Sacudió la cabeza.

—Guau, tiene que ser un trabajo fantástico. ¿Qué hace, escribe guías hoteleras para los Paradores?

—No, nada semejante. En realidad, por el momento no estoy trabajando. He dejado mi trabajo; jubilación anticipada, supongo que puede llamarle. Así que, ya ve, no tengo obligaciones.

—Fantástico, libre como un pájaro. Bien, entonces, ¿qué puede decirme de su familia? ¿Qué ha averiguado hasta el momento?

Sacó una libreta un tanto maltrecha y un lápiz y escuchó atentamente mientras Kate le contaba sus descubrimientos, incluyendo la parte en la que recientemente había descubierto que su madre era ilegítima. Le tendió una fotografía de Alex y Juan.

—Tengo diarios y cartas en el hotel y unas cuantas fotografías también. Esta es una de las más importantes, creo; muestra a mi abuelo legal y a su amigo Juan, y fue tomada aquí en Málaga. Creo que el tal Juan es mi abuelo biológico, pero no estoy segura.

—Eso suena útil. Si encontramos a alguien de su familia, y todavía tienen fotografías de él, podremos compararlas. ¿Y los diarios y las cartas?

—No creo que los diarios sean de mucha utilidad porque eran de mi bisabuela, pero las cartas pueden contener algo.

—Bueno, por qué no veo qué puedo averiguar en casa; revisaré mis archivos y cintas y veré si surgen esos apellidos. Luego, podemos reunirnos de nuevo y usted puede traer las cartas. ¿Qué le parece?

—Sí, eso suena bien. ¿Cuándo?

—Mañana, ¿está bien?

—Bien. ¿Nos encontramos aquí?

—No, reunámonos en el centro. Supongo que no habrá tenido tiempo para visitar Málaga aún.

—No, solo la he visto desde dentro de un taxi —respondió.

—Está bien. Le digo una cosa, mañana le enseñaré la ciudad. Que un taxi la deje en el McDonald's y allí estaré yo esperándola.

—Fabuloso, lo espero con impaciencia. Quizás pueda invitarle a comer.

—Evidentemente comeremos, pero no me invitará. Tendrá que acostumbrarse a las costumbres españolas; aquí las mujeres no pagan la cuenta.

—Como diga.

Estaba empezando a gustarle aquel enérgico hombre, aunque su adicción al tabaco la hacía toser. Se bebió el resto de su café y dijo:

—Bueno, supongo que es mejor que le deje seguir desalojando la habitación de su padre.

—Casi he terminado, pero todavía tengo que ir a la funeraria a recoger sus cenizas. Las llevo a los Estados Unidos a finales de mes y vamos a ofrecer una misa en su memoria.

—Eso está bien.

—Bueno aquí ha sido todo un poco precipitado; la incineración fue el día después de que muriera. Toda la familia está en los Estados Unidos y no había tiempo para que ninguno asistiera al funeral, así que decidí llevárselo.

Sonrió tristemente.

—Papá tenía montones de amigos allí, aunque vivió aquí la mayor parte de su vida. Por supuesto, la mayoría están muertos ahora, pero todavía quedan unos cuantos vejetes. Mi hermano va a organizar las cosas allí. Yo solo tengo que llevar a papá.

Kate se puso en pie.

—Bueno, Larry, encantada de haberle conocido. Ha sido extremadamente amable de su parte ofrecerse a ayudarme.

—No es molestia, Kate, estoy encantado de ser de ayuda. La veo mañana entonces.

—Sí, ¿a qué hora?

—¿A las once en punto?

—Perfecto —dijo explicando su nueva rutina matutina.

—Sí, bueno, no querrá interrumpirla el segundo día. Eso sería más de mi estilo, cada 2 de enero acabo con mi propósito anual de dejar el tabaco.

Kate sonrió y le estrechó la mano; estaba caliente y seca, y su apretón era firme. Podían haber sido imaginaciones suyas, pero parecía que él se la estrechó una fracción más de tiempo del necesario.

El tiempo se había tornado muy caluroso y no soplaba la brisa, así que decidió caminar de regreso al centro de la ciudad atravesando el parque. Para cuando ingresó en las frescas avenidas de árboles de sobresalientes ramas y plantas tropicales, sudaba copiosamente y una de sus nuevas sandalias le rozaba el talón. Se sentó por un instante al lado de un estanque ornamental a descansar y reflexionar sobre los

acontecimientos de la mañana. Su conversación con Larry sonaba verdaderamente prometedora, pero no quería hacerse ilusiones tan rápidamente. Larry le resultaba bastante atractivo; había algo particularmente seductor en su seguridad y en su vigoroso cuerpo. Sin pretenderlo, se encontró comparándolo con Hugh; era mucho más guapo y probablemente más joven, pero no hacía latir su corazón de la misma manera que Hugh.

Sonrió cuando pensó en su amante; se había mostrado algo contrariado cuando le dijo que se marchaba a España, pero no había dicho nada. La había llevado al aeropuerto y la había telefoneado la noche anterior para comprobar que había llegado bien. De hecho, recientemente se había acostumbrado a telefonearla cada día, la visitaba cada fin de semana y ocasionalmente la sacaba a cenar entre semana también. Después de la tercera cita, Kate lo había invitado a pasar la noche en su casa y, una noche después de una velada en la Ópera Nacional Galesa en Bristol, ella se había quedado en su pequeño apartamento. Gradualmente, habían ido estableciendo una relación cálida y afectuosa, pero sin ataduras. Él era un compañero interesante y vital, un amante ardiente y un buen amigo, pero no le había declarado su amor. Había parecido molesto por que Kate hubiera planeado un viaje a España sin él, pero no le había impedido ir aunque ella había admitido que no tenía idea de cuándo volvería. ¿Habrían variado sus planes si él se hubiera comportado de forma diferente? No podía responder a eso. Se preguntaba qué estaría haciendo ahora.

De repente, se dio cuenta de que alguien estaba de pie delante de ella; era una mujer gitana alta y corpulenta que llevaba un mantón con flecos y una falda acampanada. Su piel era del color de las nueces y sus ojos negros miraban fijamente a Kate sin el menor rastro de calidez. Tenía un amplio pecho embutido en una blusa roja ceñida y sus brazos eran fuertes y vigorosos; extendió su mano hacia Kate, con la palma hacía arriba suplicando. Kate no pudo entender las palabras que pronunció, pero sabía que le pedía dinero. Su voz conseguía ser amenazadora y zalamera al mismo tiempo y su mirada estaba fija en el bolso de Kate. Mientras Kate se levantaba, apretando el bolso contra su pecho, una segunda mujer, más joven y delgada que su acompañante, pero vestida de manera similar y con la misma actitud amenazadora, vino a colocarse a su lado. Ella también extendió la mano de manera suplicante y empezó a recitar con una voz monótona

y nasal:

—Por favor, algo para el niño. Tenemos hambre.

Kate ahora se fijó en un niño esquelético colgado de la falda de la gitana; él la miró con unos grandes ojos marrones que no le dijeron nada.

—No comprendo —dijo Kate firmemente, e intentó hacerse paso.

—Señora, algo para comer. Por favor, señora —continuó la mujer más joven todavía bloqueándole el paso.

Se acercó y su voz adquirió un tono más amenazante. Había un fuerte olor a ajo y un acre olor corporal, y Kate empezó a sentirse ligeramente mareada.

—No comprendo —repitió Kate.

Ahora estaba nerviosa porque estaba rodeada; el banco le impedía retroceder y las dos mujeres le impedían avanzar.

—Largaos —gritó al fin—. Iros. Dejadme en paz.

Las mujeres la ignoraron y se acercaron aún más; Kate sintió que la mujer más joven le tiraba de la manga. Empezó a sentir pánico.

—Dejadme en paz —repitió, su voz crecía a la par que su miedo.

Las mujeres se acercaron más y el niño continuó mirándola desde el refugio de la falda de su madre, sus ojos marrones inamovibles.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una voz profunda—. Fuera. Dejad a esta mujer en paz. Fuera de aquí.

Un anciano había venido en su ayuda; agitaba su garrote contra las gitanas y les gritaba en español. Las dos mujeres le dieron la espalda a Kate y lo miraron con desdén; musitaron algo incomprensible y a regañadientes se apartaron para dejar escapar a Kate. Se quedaron de pie mirando mientras Kate y el hombre salían del parque y se iban por la acera.

—Tiene que tener más cuidado, jovencita —la amonestó hablando con ella amablemente—. No es una buena idea sentarse en el parque sola.

—Pero ¿qué querían? —le preguntó intentando controlar su voz y parar de temblar.

—Pedían limosna —respondió—.Querían dinero para comida, y cuando vieron que estaba sola, intentaron asustarla para que les diera algo. No le hubieran hecho daño, le hubieran robado el bolso, pero no la habrían herido.

—Yo no lo sentí así. Estaba muy asustada —admitió.

—Bueno, por favor, tenga más cuidado la próxima vez. ¿Es nueva

en Málaga? —le preguntó.

—Sí, llegué ayer.

—Ah, bueno, los gitanos son muy listos; saben cómo identificar inocentes extranjeros —dijo—. Encontrará que Málaga es una ciudad preciosa; no es un lugar peligroso, pero, como en todas partes del mundo, siempre hay algún oportunista. Vigile su bolso y no pasee por lugares solitarios sola y estará bien, se lo prometo.

—Muchas gracias por su ayuda. ¿Puedo invitarle a un café? Creo que necesito sentarme un minuto.

Él miró su reloj.

—Es bastante tarde para un café, pero normalmente me tomo una coja de jerez y unas tapas a esta hora. ¿Quiere acompañarme?

La guió a un bar abarrotado en una ajetreada calle comercial.

—Esta es la Calle Larios; en donde todas las mujeres de Málaga vienen a gastar el dinero de sus maridos en estas tiendas tan caras —dijo agitando su bastón en la dirección de la hilera de tiendas elegantes y sonriendo mientras lo hacía.

Era un hombre bajo que, a pesar de su edad, iba bastante erguido; tenía una espesa mata de pelo blanco y su bigote estaba pulcramente recortado en una delgada línea; iba inmaculadamente vestido con unos pantalones finos y una chaqueta de tweed bajo la cual llevaba un chaleco verde cuidadosamente abotonado, con un reloj de oro unido a una cadena que surgía de uno de sus bolsillos. Todo el conjunto se completaba con una pajarita amarilla perfectamente anudada. Mientras caminaba a su lado, golpeaba su bastón de empuñadura de plata, el mismo que había esgrimido contra las gitanas, contra el pavimento al ritmo de sus pasos.

—Sirven las mejores tapas de Málaga aquí —le dijo mientras tomaban asiento en el bar.

Podía creerlo; un surtido de platos refrigerados cubría toda la barra: patas de cangrejo fritas, pescaditos en vinagre y aceite, caracoles en salsa de ajo, torreznos del tamaño de un bocado, diminutas habas mezcladas con trozos de jamón curado, trozos de cerdo con salsa de tomate, gambas, mejillones al vapor, alcachofas fritas.

—¿Qué quiere? —le preguntó.

Eligió una tapa de habas con un vaso de jerez seco; él eligió los torreznos y otro jerez.

—¿Está aquí de vacaciones? —le preguntó.

—Más o menos, estoy intentando encontrar a un pariente —dijo.

—¿Un pariente español?

—Sí.

—¿Cuál es el nombre de su pariente?

—No lo sé exactamente; el apellido es Gómez de la Luz de Montevideo Rodríguez.

—Bueno, hay miles de Gómez y casi la misma cantidad de Rodríguez, pero la Luz de Montevideo, es un nombre que destaca. Ese es el nombre de nuestro alcalde.

Kate dejó su copa en la mesa y lo miró sin poder dar crédito.

—¿El alcalde?

—Sí, Vicente Herrera Gómez de la Luz de Montevideo García. Mantiene el apellido de su abuela; todos lo hacen. Es un apellido que se remonta a generaciones atrás. Bueno, ¿por qué una joven inglesa como usted quiere encontrar a alguien con ese apellido?

Vaciló, sintiéndose extraña por tener que explicar la búsqueda de alguien a quien apenas conocía, pero, después de todo, él había venido en su rescate y, solo por eso, se sentía obligada a darle una explicación. Brevemente le contó cómo se habían conocido sus abuelos durante la Guerra Civil.

—Entonces, ¿está buscando a su abuelo?

—Bueno, a sus descendientes, o quizás a alguien que lo conociera.

—Fue hace mucho tiempo; no mucha gente quiere hablar de aquellos tiempos ahora. La mayoría de la gente quiere olvidar incluso que sucediera la Guerra Civil. Pero puede que tenga suerte; quizás el Señor Herrera pueda decirle algo.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?

—Le sugiero que vaya al Ayuntamiento y pida una cita.

Todo sonaba muy fácil. Cuando se encontrara con Larry al día siguiente, le pediría que la acompañara al Ayuntamiento. Pidió otra ronda de finos y más tapas para ella; su acompañante rechazó las tapas diciendo que no quería que se le quitara el apetito.

—Mi mujer tendrá la comida lista a las dos en punto exactamente y, si no me lo como todo, tendré problemas —le confesó con una sonrisa.

Se quedaron sentados en el bar hablando como dos viejos amigos y observando a la gente ir y venir. Alfredo, porque ese era su nombre, parecía conocer a todo el mundo de Málaga y su conversación estaba constantemente salpicada de pausas mientras saludaba a los recién

llegados, preguntándoles por sus familias o intercambiando opiniones sobre la última corrida de toros.

—Conoce a mucha gente —comentó Kate.

—Bueno, llevo viniendo aquí a tomar mi copa de fino y mis tapas, a esta hora del día, quince años ya —dijo—. Desde que estoy jubilado, y algunas veces incluso antes de eso. Solía trabajar en un banco de por aquí.

—¿Le gustaría otro jerez? —le preguntó.

Se sentía muy tranquila y no tenía prisa por terminar su conversación.

—No, lo siento, señora, tengo que irme a casa a comer ya.

Se levantó, e inclinándose muy ligeramente, le cogió la mano, que alzó hasta un centímetro de sus labios.

—Encantado, señora. Ha sido un placer conocerla. Disfrute del resto de sus vacaciones y buena suerte con su búsqueda —dijo.

—Gracias —respondió ella—. He disfrutado de su conversación.

—No olvide lo que le dije sobre tener cuidado.

En el distendido ambiente del bar casi se había olvidado de su experiencia con las gitanas.

—Por supuesto y muchas gracias por rescatarme —añadió.

Como ya sabía que haría, se negó a dejarla pagar y liquidó la cuenta antes de marcharse. Ella se quedó en el bar un poco más, observándolo abrirse paso entre las mesas, deteniéndose de vez en cuando a estrechar la mano de uno o a intercambiar unas palabras con otro.

Pensó que Hugh había decidido no telefonear y fue a cenar con una vaga sensación de decepción, pero a medianoche, su teléfono sonó.

—¿Kate?

—Hola, cariño.

Se sentía un poco achispada y deseaba que estuviera a su lado.

—Espero que no sea demasiado tarde; he estado cenando con unos amigos esta noche y acabo de llegar a casa.

—No, no es demasiado tarde.

Se esforzó por evitar que su voz temblara. Después de todo, ¿por qué no debía cenar con amigos? No podía esperar que viviera como un ermitaño solo porque ella se había ido a España.

—¿Los conozco? —preguntó intentando sin éxito hacer que su voz sonara normal.

—La conoces, Margery, y su marido, Guy.

—Oh, sí, ¿cómo está?

Margery era la mujer de su primer encuentro en el campo de golf de Devon. Sintió el alivio recorrerle el cuerpo como una manta caliente. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué le importaba tanto a quién viera Hugh cuando estaba fuera? Se suponía que tenían una relación moderna: sin ataduras.

—Está bien. Su marido es un tipo peculiar, mucho mayor que ella. Se parece un poco a un suricato, alto y delgado, con gafas de carey.

—No sabía que los suricatos llevaran gafas.

—Ya sabes lo que quiero decir. De todas formas, apenas dijo una palabra en toda la noche. No es de extrañar que Margary vaya tanto al campo de golf.

—¿A qué se dedica?

—A nada ahora, está jubilado, pero creo que tenía algo que ver con los seguros.

—¿Juega al golf?

—No, lo detesta; lo podría apostar por la forma en que se levantaba a cambiar la música cada vez que Margery empezaba a hablarme del campo de golf. Es ciclista. Sale cada mañana y hace treinta y dos kilómetros, llueva o haga sol.

—Suena como una velada divertida.

—Estuvo bien. Había un par de vecinos suyos allí también, Tim y Roger. Tienen una casa de vacaciones en España, en algún lugar cerca de Málaga. Les dije que estabas allí en este momento y dijeron que iban a ir a finales de mes, así que probablemente se pongan en contacto contigo. Les di tu número.

—Oh, Hugh, ¿por qué hiciste eso? Sabes que estoy aquí por una labor específica; no quiero perder mi tiempo alternando con gente que no conozco.

Intentó controlar la irritación en su voz.

—Pensé que te gustaría un poco de compañía.

—No necesito compañía.

—Bueno, ¿y cómo va, de todos modos?

Intentó dejar a un lado su enfado; no quería discutir con él por teléfono.

—Creo que estoy haciendo progresos. He conocido a un tipo cuyo padre acaba de morir y dice que quizás pueda ayudarme. Está

escribiendo la historia de la zona, o algo parecido; de todas formas ha investigado mucho y parece muy contento de poder hablarme de ello.

—Suena como un comienzo. ¿Quién es? ¿Español?

—No, es yanqui. Su padre ha vivido aquí durante años.

Podía apostar que quería que le explicara más sobre aquel hombre que acababa de conocer, pero en lugar de eso dijo:

—Sí, he hecho dos nuevos amigos hoy —y empezó a hablarle de Alfredo.

Hablaron por un rato, contándose las trivialidades de su día, felices cada uno de oír el sonido de la voz del otro. Ella le contó que jugaba al golf todos los días. Él le contó un chiste que había oído y describió un problema que había tenido con la construcción de un nuevo edificio, luego ambos admitieron que estaban cansados y se desearon buenas noches.

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 26
ELIZABETH

Les costó toda la noche, y un día y una noche más llegar a Almería. Su viaje continuó de la misma forma constante: caminaban por la noche e intentaban dedicarle unas horas al sueño durante el día. Los cañoneros todavía los acosaban y, si tenían suerte, tenían tiempo para esconderse entre las cañas de azúcar hasta que pasaban. Algunas veces los aviones alemanes sobrevolaban por encima de ellos y lanzaban bombas sobre la carretera. Habituados a la muerte y a la destrucción que los rodeaba ya, se abrían paso entre los cadáveres y pasaban de largo de los heridos evitando mirarlos, solo intentando mantener en marcha sus cuerpos exhaustos. Tres días de sal y sol habían provocado que los ojos de Elizabeth se hincharan y habían tornado su delicada piel inglesa en morena y seca; sus labios estaban cuarteados y le dolían cada vez que intentaba hablar, y su lengua parecía demasiado grande para su boca. Su pelo colgaba lacio y grasiento sobre sus hombros y le picaba todo; peor que sus doloridos huesos y sus pies descalzos y sangrantes era aquella incesante comezón. Un baño caliente y una cama blandita eran ilusiones de otro mundo, otra vida, pero continuaban apareciendo en su mente para atormentarla. Unas cuantas veces vieron la furgoneta de la Cruz Roja en su misión de socorro, recogiendo a los niños y los heridos. Alex se acercó una vez para preguntar si sabían algo de Juan, pero la respuesta fue negativa. Atravesaron pueblos pequeños cuyos habitantes salían a verlos pasar. Algunos les traían agua y algunas veces unos cuantos dátiles o naranjas, pero la mayoría no tenía más comida que los pobres viajeros y no podía ofrecerles nada. Para cuando llegaron a la ciudad, su hambre era como un animal salvaje dentro de sus barrigas, desesperado por ser saciado.

—Lo hemos conseguido, Elizabeth, lo hemos conseguido —dijo Alex abrazándola—. Ahora todo estará bien. Encontraremos a Juan y conseguiremos un barco para salir de aquí.

Almería era una ciudad más pequeña que Málaga, pero como su vecina, era un puerto transitado. Estaba en el extremo sur de la zona republicana y allí, al menos, el orden prevalecía. La guarnición del gobernador civil estaba operativa y tanto tropas como policía estaban a plena vista. El Comité Provincial para la Evacuación había organizado un centro para refugiados donde podían conseguir comida. Significaba hacer cola por horas para recibir un vaso de leche y algo de pan seco, la única comida que muchos de ellos habían recibido en días, pero era recibida de buena gana. La ciudad estaba atestada de refugiados, soldados heridos y civiles lesionados, pero sin embargo no parecía haber sufrido ningún bombardeo severo o ataques de mortero.

—Tenemos que encontrar a Juan —dijo Elizabeth—. No podemos estar lejos del hospital. Preguntemos a alguien.

—Espera; lo primero que tenemos que hacer es ir al Consulado Británico y hacerles saber que estamos aquí. Nos ayudarán a encontrar a Juan y también podrán decirnos si hay algún barco que nos saque de aquí.

—Pero, Alex...

—Nada de peros, primero el Consulado, luego el hospital. Juan no se irá a ningún sitio. Una hora más no le hará daño.

Elizabeth estaba demasiado cansada para discutir. Dejó que Alex preguntara y lo siguió atravesando calles atestadas en silencio. Después de tantos días y noches viajando, le resultaba difícil creer que de verdad habían llegado. Había gente en todas partes a las que miraban; deambulaban sin rumbo por la carretera; parados en grupos en las aceras, hablando; sentados en la calzada entre sus escasas posesiones; se tendían en pequeñas extensiones de los jardines públicos para sumirse agotados en el sueño; hacían cola para conseguir comida; hacían cola para conseguir atención médica; hacían cola para conseguir ropa; sus animales bebían en las fuentes públicas en las que sus hijos se mojaban con impúdica delicia. Se sentía una sensación de alivio y posible esperanza en el aire.

—Alex, ¿sabes dónde vamos? —le preguntó.

—Sí, ya estamos.

La guió dentro de un alto edificio de piedra para subir un tramo de escaleras de mármol. Se pararon delante de una puerta que decía «Consulado Británico», tocaron y entraron. Un hombre uniformado les preguntó qué deseaban.

—Queremos ver al cónsul —dijo Alex bruscamente.

—Esperen aquí y veré si está disponible —respondió el hombre mirándolos con suspicacia.

Elizabeth se sentó en una dura silla de madera; estaba tan cansada que, si el hombre no hubiera vuelto casi de inmediato, se habría quedado dormida.

—Vengan por aquí, por favor —les dijo conduciéndoles a una habitación espaciosa pero escasamente amueblada.

Un hombre de unos cincuenta y cinco años, con un imponente bigote y poco pelo, se levantó de detrás de una mesa grande y muy pulida.

—Buenos días —dijo tendiéndole su mano a Alex a modo de saludo—. ¿Cómo puedo ayudarles?

El Muy Honorable Quentin Brooke-Smith llevaba un traje a rayas finas un tanto desgastado y una simple camisa blanca. Su cabeza era como un vaso al que habían sacado brillo y para mejorar su apariencia la había cubierto con los pocos mechones de pelo gris y los había pegado a ella con brillantina; unas gafas de carey le daban a su agradable y algo infantil rostro una actitud más seria. Les indicó por señas que se sentaran.

Alex comenzó a relatarle su historia mientras el cónsul escuchaba seriamente, con los codos en la mesa y la barbilla descansando en sus manos, asintiendo con la cabeza a todo lo que el joven tenía que decir.

—Sí, he oído que las cosas no están bien en Málaga, pero no me había dado cuenta de lo mal que estaban. ¿Así que el cónsul se ha ido, dices?

—Sí, el Consulado está cerrado. Hay un vicecónsul honorario, o al menos lo había cuando nos marchamos. Las cosas cambian muy rápido y, por supuesto, no hemos sabido nada desde entonces.

—No, claro. Bueno, he enviado a la mayor parte de mis empleados a casa; las cosas se están poniendo muy peligrosas aquí. El Gobierno todavía está a cargo, por supuesto, pero los insurgentes se acercan cada vez más. Solo estoy esperando instrucciones de Madrid antes de hacer las maletas e irme también.

—¿Así están las cosas de mal?

—Me temo que sí. De todas formas, ¿qué puedo hacer por vosotros?

—Dos cosas de hecho —comenzó Alex—. Lo primero de todo tenemos que encontrar a un amigo nuestro que fue herido de camino

hacia aquí. Un tipo canadiense y su enfermera lo recogieron a las afueras de Motril y dijeron que lo traerían aquí. Tenemos que encontrarlo.

—Oh, ese tuvo que ser Norman. Él y su equipo han estado haciendo un condenado buen trabajo trayendo aquí a esos pobres diablos; debe haber salvado cientos de vidas. Tipo listo, saben, se le ocurrió la idea de un servicio móvil de transfusión de sangre; es por eso que vino aquí al principio. Bueno, cuando vio el alcance del problema, decidió que tenía más sentido desmontar su furgoneta y llenarla de gente. Los españoles lo consideran un santo.

—Bueno, nos alegró mucho verlo, puedo asegurárselo.

—Bueno pues, con respecto a vuestro amigo, estoy seguro de que lo encontraréis en el Hospital de la Cruz Roja Internacional; puedo deciros cómo llegar allí. Os haré un mapa.

Sacó una hoja de papel de un cajón de la mesa y empezó a dibujar.

—Mirad, estamos aquí, donde he dibujado la X, y este es el hospital.

Le tendió el mapa a Alex.

—¿Cuál era la segunda cosa que queríais?

—Tenemos que salir de España y llevarnos a nuestro amigo con nosotros.

—Por supuesto que sabéis que eso no será fácil. La única forma viable de salir de aquí ahora es por mar. Sin embargo, puede que estéis de suerte; creo que hay un barco que saldrá de Gibraltar en un par de días. Probablemente podamos meteros en él. Supongo que tendréis forma de probar vuestra identidad, pasaportes británicos, por ejemplo.

Alex miró a Elizabeth. Ella asintió con la cabeza y sacó su pasaporte de su bolso.

—Sí, tenemos nuestros pasaportes.

—Bien. Bueno, hay un barco británico no lejos de aquí; ha estado observando la contienda a lo largo de la costa durante la pasada semana.

—¿Qué? ¿Había un barco británico ahí fuera y no hizo nada para detener aquellos barcos que disparaban a mujeres y niños inocentes? —preguntó Elizabeth furiosa—. Estábamos justo allí. Nuestro amigo fue herido en el bombardeo y podía haber muerto.

Alex le puso la mano en el brazo, pero ella se la sacudió.

—¿Por qué no los detuvieron?

El cónsul la miró con el rostro impasible y le explicó como si fuera un niño recalcitrante:

—No era asunto suyo intervenir; estaban allí simplemente para observar. Gran Bretaña está sujeta al Pacto de No-Intervención; no se le permite interferir en la guerra de otra gente. Se dice muy claramente que Gran Bretaña no tiene derecho a tomar medidas policiales en las aguas territoriales de otro país.

—Pero esto no es una guerra; es una matanza.

El cónsul obviamente no iba a dejarse arrastrar a una discusión con Elizabeth sobre lo ético de la actuación de los barcos británicos. Se volvió hacia Alex y continuó:

—Así que, ¿os gustaría obtener tres pasajes en ese barco hasta Gibraltar?

—Sí, por favor, tan pronto como sea posible.

—Bueno, el barco probablemente esté aquí en un par de días, me aseguraré de que vuestros nombres estén en la lista de pasajeros. Bien, dejadme apuntar vuestros datos.

Cuidadosamente copió sus nombres de sus pasaportes.

—¿Y vuestro amigo? ¿Cuál es su nombre?

Elizabeth vaciló; ¿qué nombre debía darle?

—Juan Francisco Gómez de la Luz de Montevideo Rodríguez.

—¿Español?

—Sí. ¿Supone algún problema?

—Ciertamente sí. No se nos permite llevar a ningún nacional español —dijo poniéndole la capucha a su pluma estilográfica y dejándola sobre la mesa—. Lo siento, es imposible. Haré los trámites para facilitaros el transporte a vosotros dos, pero vuestro amigo tendrá que buscar otra solución.

—No me iré sin él —dijo Elizabeth con mucho énfasis.

—Bueno eso es decisión suya. Yo tramitaré los dos pasajes y les sugeriría que volvieran en un par de días para darles los pasajes y decirles cuándo parten. Luego dependerá de ustedes si se van o no. Sin embargo, no puedo recalcarles con más fuerza que esta puede ser su última oportunidad de salir de España con vida. Les recomiendo a los dos partir en ese barco.

Elizabeth estaba a punto de objetar cuando Alex la cogió del brazo y la hizo ponerse en pie.

—Gracias por su ayuda. Volveremos en un par de días.

El cónsul se inclinó sobre la mesa para estrecharle la mano.

—Por cierto, ¿tenéis donde quedaros? —le preguntó.

—No, acabamos de llegar. Lo primero que hicimos fue venir aquí.

—Bueno, intentadlo en este lugar. Es bastante básico, pero lo utilizamos mucho y siempre tienen un par de habitaciones disponibles para nosotros. Tened, dadles esta tarjeta y estoy seguro que os encontrarán algo.

Sacó su tarjeta de negocios del cajón y escribió el nombre del hotel en la parte posterior.

—Gracias. Lo haremos —dijo Alex.

Elizabeth no habló; tenía la sensación de que estaba siendo traicionada.

El hotel parecía bastante deteriorado desde el exterior, con el yeso pelado y los marcos de las ventanas sueltos, pero dentro estaba limpio y ordenado. Una joven española estuvo a punto de hacerlos marchar por donde habían venido hasta que Alex sacó la mágica tarjeta de negocios; aquello lo cambió todo y, milagrosamente, se encontró una habitación de dos camas y con sábanas limpias. No había agua caliente, pero había una palangana y un par de toallas desgastadas; para Elizabeth aquello era un lujo. Estaba tan agradecida que pagó su parte a la mujer y no cuestionó el hecho de que tuviera que pasar las próximas dos noches durmiendo en la misma habitación que Alex. De alguna manera, después de todo lo que había pasado, aquel detalle parecía irrelevante.

Mientras esperaban a que la doncella pusiera sábanas limpias en las camas, se sentaron en el bar a comer pan duro y aceite de oliva y a beber un azucarado café solo.

—Ahora, ¿podemos ir a buscar a Juan? —preguntó quitándose las migas de la barbilla.

—¿No te gustaría descansar primero? No has dormido en casi veinticuatro horas —dijo Alex—. Pareces agotada. ¿Por qué no te echas un rato mientras yo voy al hospital?

No tenía fuerzas para discutir con él. Subieron a la habitación y se tumbó en la cama tal y como estaba y se durmió. No sabía cuánto tiempo habían estado durmiendo, pero el sol estaba bajo en el cielo cuando se despertaron y sus rayos apenas traspasaban las persianas para incidir sobre el suelo embaldosado.

—Alex, despierta. Debemos irnos; está oscureciendo.

Lo sacudió suavemente. Él se dio la vuelta hacia ella y estiró sus largos brazos por encima de su cabeza; parecía tan joven.

—Es cierto. Dios qué bien ha estado.

—Sí, es una delicia dormir en una cama de nuevo, ¿verdad?

Se sentó ahora completamente despierto.

—¿Dónde está ese mapa?

—Aquí. ¿Crees que encontrarás el hospital? —le preguntó Elizabeth.

—Sí, es pan comido. Vamos, vámonos o no pararas de molestarme en toda la noche.

Les costó diez minutos llegar caminando al hospital; era un edificio gris de apariencia amenazadora en el que ondeaba la bandera de la Cruz Roja Internacional. Tan pronto como entraron por las grandes puertas de cristal, supieron que tendrían problemas. Había gente herida por todas partes; algunos tenían suerte y yacían sobre camillas o camas improvisadas, otros se mantenían apoyados en las paredes, mientras que otros yacían en el suelo demasiado doloridos como para importarles. El aire estaba cargado a causa del olor del fenol y el amoniaco, que no podían extinguir completamente el olor de la sangre y el sufrimiento humano. Se abrieron paso por los sombríos y grises pasillos pasando con mucho cuidado por encima de los cuerpos y buscando a alguien que estuviera a cargo. Al fin vieron una enfermera.

—Perdóneme —dijo Alex—. Buscamos a un amigo; llegó hace un par de días. Su nombre es Juan Francisco Gómez.

—Lo siento, no reconozco el nombre. Vayan a ver si alguno de los doctores sabe algo de él.

Señaló la otra punta del pasillo. Continuaron avanzando un poco más hasta que llegaron al dispensario donde otra enfermera estaba distribuyendo medicinas a una larga hilera de heridos que se tenían de pie. Vieron a un doctor, su bata blanca estaba manchada de suciedad y sangre.

—Perdone, doctor —comenzó Alex de nuevo.

—Lo siento, estoy muy ocupado. Hable con una de las enfermeras —dijo pasando de largo a su lado.

—Esto no va a ser fácil, Elizabeth —dijo Alex.

Continuaron atravesando un laberinto de pasillos, doblando una esquina idéntica tras otra hasta que llegaron a lo que asumieron era el mostrador de admisión; una enfermera agobiada estaba de pie detrás

del mostrador intentando apuntar los datos de los heridos. Era una especie de centro de coordinación; los pacientes estaban de pie, tumbados o sentados, con las cabezas bajas, los ojos cerrados, esperando a que alguien los recogiera y los llevará con el doctor. Dos enfermeras se movían entre ellos comprobando su pulso y marcándolos de acuerdo a sus probabilidades de supervivencia; aquellos a las puertas de la muerte o ya muertos recibían una etiqueta negra, los casos urgentes una roja y los menos urgentes una blanca. Un auxiliar apareció empujando una camilla; se detuvo cerca de ellos y examinó la etiqueta de un hombre que sangraba profusamente a causa de una herida en su pierna y luego lo subió a la camilla.

—Perdóneme —lo intentó Alex de nuevo—. ¿Qué sucede con los heridos que trae el canadiense?

—¿Norman? Normalmente los lleva directamente a urgencias y le da una lista con sus nombres a ella.

Señaló a la empleada de admisión. Alex refunfuñó. Le costaría siglos conseguir acercarse lo suficiente para hablar con ella. Se volvió hacia Elizabeth.

—Mira, quédate aquí en esta cola e intenta hablar con la mujer de admisión. Yo continuaré buscándolo. Me reuniré contigo aquí en media hora. ¿Está bien?

Elizabeth asintió con la cabeza. Se colocó detrás de una mujer con el brazo en un cabestrillo improvisado que tenía una etiqueta blanca en su manga.

Entre los dos exploraron el hospital entero, pero no había rastro de Juan; los doctores que encontraron tiempo para hablar con ellos no lo recordaban y la empleada de admisión no tenía constancia de su nombre, ni como Gómez ni como Montevideo. Al día siguiente, regresaron de nuevo al hospital para buscarlo, pero no pudieron encontrarlo tampoco; preguntaron a todas las enfermeras y a muchos de los doctores, pero nadie podía recordar a Juan.

—Lo siento, pero pueden ver como están las cosas aquí. Es perfectamente posible que estuviera aquí y fuera dado de alta; también es posible que muriera a causa de sus heridas. Quizás puedan comprobarlo en el depósito de cadáveres —les explicó un cansado doctor.

Al oír esto, Elizabeth comenzó a llorar y no pudo parar a pesar de los intentos de Alex por animarla.

—Quiero ir al depósito de cadáveres —insistió ella.

—Mira, Elizabeth, no creo que sea una buena idea. No será agradable y, de todas formas, estoy seguro de que Juan no está ahí. Probablemente haya sido dado de alta.

—Quiero estar segura.

—Te diré una cosa, iré y miraré en el depósito.

—No, quiero verlo por mí misma.

Bajaron por la escalera de piedras al sótano siguiendo el letrero que indicaba «Cadáveres» hasta que llegaron al depósito de cadáveres. Cuando estaban a punto de empujar la doble puerta, un hombre en mono verde llegó corriendo hacia ellos.

—Deténganse. ¿A dónde creen que van? No se permite entrar a nadie aquí.

—Lo siento, buscamos a alguien. Mi marido —le explicó Elizabeth—. Lo trajeron al hospital hace unos días, pero no podemos encontrarlo. Pensamos que quizás estuviera muerto.

—Bueno, lo siento, pero no pueden entrar aquí; la entrada está restringida.

—Solo queremos ver si está aquí.

—Señora, no creo que haya entendido; tratamos con al menos cien cadáveres al día. Si su marido murió hace unos días, no estará aquí ahora; probablemente esté enterrado en una tumba sin nombre a las afueras de la ciudad.

Al oír esto, Elizabeth comenzó a sollozar y a reprocharle a Alex:

—Sabía que no debíamos haber esperado. Deberíamos haber venido directamente al hospital en cuanto llegamos aquí. Ahora, ¿qué hacemos? ¿Cómo lo encontramos?

Las lágrimas le caían por el rostro en un flujo constante. Alex la rodeó con el brazo y la apretó contra él dejando que derramara toda su rabia y frustración sobre su hombro. Cuando se tranquilizó un poco, la condujo escaleras arriba al hospital principal. Delante de ellos había una figura familiar con una boina negra.

—Ese es el canadiense —dijo Alex—. Eh, Norman.

El doctor paró y se volvió para ver quién lo llamaba; frunció el ceño ligeramente al no reconocerlos.

—Gracias a Dios que le hemos encontrado —empezó Elizabeth—. No podemos encontrar a mi marido; no parece estar en ninguna parte en el hospital.

—Lo siento, ¿os conozco? —les preguntó educadamente.

—En realidad, no. Nos encontramos hace unos días a las afueras de Motril. Se llevó a nuestro amigo en su furgoneta; estaba gravemente herido. Ahora no podemos encontrarlo —le explicó Alex.

—Lo siento; trajimos a tanta gente aquí en la última semana que tengo problemas para recordarlos a todos.

—Sí, lo entiendo. Mire, mi marido es español; su nombre es Juan Francisco. Tenía rota una clavícula y estaba herido en el pecho y en la cabeza. Le dijimos que podía tener una conmoción cerebral.

—Sí, espera un minuto, lo recuerdo; llevaba tu abrigo.

—Sí, ese es él, un abrigo azul a cuadros.

—Bueno, no estaba bien por lo que puedo recordar. Para cuando llegamos aquí deliraba. Lo dejé en la sala de urgencias y esa es la última vez que lo vi. ¿No tienen constancia de su registro? Siempre les doy una lista de nombres de los heridos: es más fácil así porque alguno de ellos apenas están conscientes cuando llegan.

—No, nadie parece saber nada de él. Oh, no sé qué voy a hacer —lloró Elizabeth.

Se esforzó por contener las lágrimas.

—Lo siento, pero quizás tendrás que asumir el hecho de que probablemente murió a causa de sus heridas. Mucha gente lo hace; no siempre es la gravedad de la herida lo que los mata, es porque ya están muy débiles y no pueden resistir la infección.

Parecía ansioso por alejarse de ellos.

—Lo siento, no puedo ser de más ayuda. Es duro, pero supongo que si no pueden encontrarlo, está muerto.

—Gracias, seguiremos buscando —dijo Alex apretándole la mano a Elizabeth.

Alex la guió aturdida de vuelta al hotel. Ya no lloraba; no tenía más lágrimas que derramar. Era como si tuviera una piedra pesada en su pecho, justo debajo de su corazón; había sido así desde que habían ayudado a Juan a subir a la ambulancia y no se le había pasado. Miró a los niños perdidos vagando por las calles, buscando a sus madres y no sintió nada; pensó en el niño muerto abandonado en su cama de matrimonio y no derramó ninguna lágrima. Juan estaba muerto. Todo perdía importancia ante aquella horrible realidad. Ahora no podría presentárselo a sus padres; nunca podría llevarlo a Inglaterra y mostrarle los lugares especiales de su infancia: el arroyo en el bosque cerca de la casa de sus abuelos donde solía sentarse a leer, las playas a

las que iban en las vacaciones de verano, los senderos que recorría en bicicleta. Ahora nunca se casarían ni tendrían una familia propia; no podrían ver a sus hijos crecer; nunca tendrían nietos. Muy pronto tendría que guardarle duelo sola. ¿Y su familia? ¿Sabrían alguna vez lo que le había pasado? ¿Tendrían que pasar año tras año preguntándose si todavía estaba vivo? No tenía forma de contactar con ellos y ellos no sabían de su existencia.

Dejó a Alex hablando con la dueña del hotel y subió sola a su habitación. Llenó la palangana con agua fría y la colocó en el suelo a lado de la cama. Sus ampollas habían reventado y sangraban pegando la piel a sus zapatos y, mientras intentaba quitárselos con mucho cuidado, empezaron a sangrar de nuevo. Colocó sus pies en la fría agua y se sentó, mirándolos durante unos instantes. Los dedos de sus pies estaban negros a causa de las magulladuras y parecía que hubiera perdido las uñas; las plantas de sus pies estaban duras y la piel estaba cuarteada como el cuero, pero solo sangraban sus talones. Se inclinó para enjabonarse entre los dedos y alrededor de los tobillos; era una agonía tocarlos, pero los restregó con fuerza recreándose en el dolor hasta que sintió que estaban al fin limpios. Escuchó a Alex llegar a la habitación, pero no levantó la vista.

—Había un mensaje del cónsul. El barco llega a Almería esta noche. Dice que tenemos que ir al Consulado a primera hora mañana por la mañana para recoger nuestras tarjetas de embarque. Elizabeth, ¿me estás escuchando? Tenemos que irnos mañana.

—Yo no voy —dijo ella—. No me voy sin Juan.

Sacó los pies del agua y se los secó cuidadosamente. Luego se volvió hacia Alex y dijo:

—Te lo dije, Alex; no puedo irme sin él. Tengo que encontrarlo.

—Elizabeth, de verdad que lo siento, pero tenemos que afrontar los hechos. Si Juan estuviera vivo, lo hubiéramos encontrado o nos habría encontrado. Sabía que iríamos al Consulado a pedir ayuda; estoy seguro de que le habría llegado algún mensaje nuestro si estuviera todavía aquí. Sé que es duro aceptarlo, pero es casi seguro que está muerto.

—Me quedo aquí hasta que averigüe qué le ha pasado —insistió ella.

—No, Elizabeth, te vienes conmigo. Le prometí a Juan que cuidaría de ti y me propongo cumplir mi promesa. Sé realista por un momento; has visto cómo estaban las cosas en el camino hasta aquí y

solo podemos imaginarlos las atrocidades que están sucediendo en Málaga justo ahora. ¿En serio quieres que te deje aquí sola? Los republicanos tienen el control por el momento, pero los nacionales no están muy lejos; podrían estar aquí en un par de días. ¿Qué le sucederá a la ciudad si atacan? ¿Qué te sucederá a ti? No tienes dinero ni ropa y, una vez que el barco parta, no tendrás forma de salir de aquí. No voy a dejarte aquí.

—Tengo que saber qué le ha pasado.

—Mira, ¿crees que Juan querría que arriesgaras tu vida para buscar su cadáver? No puedes ayudarle ahora. Tu lugar está con los vivos, no con los muertos.

—No importa lo que me pase ahora.

—Claro que importa. Solo porque Juan esté muerto, no significa que se le haya olvidado. Siempre y cuando tú y yo estemos vivos, vivirá en nuestros recuerdos y en nuestros corazones. No te sacrifiques por nada, Elizabeth. Juan no lo habría querido.

Ella lo miró con tristeza; tenía razón. No había nada más que pudieran hacer. Si Alex se iba y el Consulado cerraba sus puertas, no tendría a nadie que la ayudara si se quedaba; sabía que nunca lo conseguiría sola. Se iría, pero nunca olvidaría.

Estaban de pie en la cubierta de HMS Hood y miraban la tierra que dejaban atrás. Apenas era de día cuando el barco empezó a alejarse de la playa. Elizabeth podía ver unas cuantas luces en la ciudad al empezar a despertar la gente y el destello repetido del faro avisando a los barcos que se aproximaban. Se dirigían rumbo suroeste, hacía Gibraltar, dejando atrás la árida costa y las heladas sierras. Por un instante, pudieron ver la carretera que habían recorrido, la carretera en la que habían conocido el sufrimiento y la resistencia humana, en la que habían dejado una pequeña parte de sí mismos. Serpenteaba entre la sierra y el mar, una insignificante carretera para un campo de batalla. La gente todavía huía de Málaga y la masacre continuaba; podían ver el «Baleares», «El Almirante Cervera» y el alemán «Graf Spey» navegando tranquilamente a lo largo de la costa disparando a los refugiados. No había nada que pudieran hacer, excepto observar desesperados. Solo unos cuantos días antes habían formado parte de aquello; ahora estaban de camino a casa.

ESPAÑA 2007

CAPÍTULO 27
KATE

A las once en punto de la mañana siguiente estaba de pie fuera del McDonald's esperando a Larry. Él le había sugerido el McDonald's como punto de encuentro, admitió luego, porque estaba céntrico y era fácil de ver, no porque fuera un adicto a las hamburguesas.

—Hola —la llamó subiendo la rampa del aparcamiento subterráneo.

Ella agitó la mano.

—Hola, Larry.

—Caray si es puntual. Se puede decir que es inglesa —dijo inclinándose y dándole un rápido beso en la mejilla.

—Estaba ansiosa por empezar —dijo ella—. Hace un día tan precioso.

Él miró a su alrededor como si se acabara de dar cuenta del tiempo.

—Sí, eso supongo. Es todavía un poco pronto para mí, sin embargo.

Encendió un cigarrillo y soltó lentamente el humo en el aire, obviamente disfrutaba de la sensación.

—¿Café?

—Buena idea.

—Sígame. Conozco un lugar magnífico para desayunar.

—Yo ya he comido —admitió ella.

—Está bien, entonces para tomar el brunch.

El café al que la llevó era todo rococó, crema y dorado, con estuco tallado en el techo y grandes lámparas de cristal. Las escaleras estaban pintadas de dorado y revestidas de damasco rosa y querubines sonrientes colgaban sobre ellas con racimos de uvas de escayola en sus diminutas manos. Era como volver atrás en el tiempo; no sabía si le gustaba o si lo encontraba sencillamente vulgar.

—Aquí hacen un auténtico buen café —dijo él.

—Las pastas tampoco tienen mala pinta —comentó ella examinando el mostrador, en el que diminutas pastas del tamaño de un bocado rematadas con fresas se codeaban con merengues de un blanco brillante rellenos de nata fresca; y galletas florentinas, con frutas que semejaban joyas relucientes, reposaban al lado de tartas de almendras, trozos de mouse de chocolate y pasteles de fruta. Era la muestra más deliciosa de pasteles y tartas que había visto fuera de Francia. Pero, mejor que todo eso eran los bombones: hilera sobre hilera de bombones artesanales. Su fuerte y dulce olor impregnaba el aire.

—Y los bombones tampoco.

—Sí, son bastante buenos. Realmente no son lo mío, pero sé que le gustarían.

Sonrió y le guiñó el ojo.

Escogieron una mesa fuera para que Larry pudiera continuar fumando mientras desayunaba y, tan pronto como hubieron pedido, ella preguntó:

—Bueno, ¿ha averiguado algo?

—Sí, creo que sí. Tenía razón; había una hermana. Juan Antonio Gómez de la Luz de Montevideo tuvo dos hijos. Juan Francisco y Eloísa María. He descubierto bastantes referencias a la persona de su hermana. Fue un personaje bastante importante de la sociedad después de la guerra; su nombre aparecía en todas las columnas sociales. Parece que se casó con un banquero rico, Jorge Herrera Banderas y se fueron a vivir a Madrid. Se movían entre los círculos de la alta sociedad, mezclándose con políticos y aristócratas de menor rango. Tuvieron cinco hijos, dos de los cuales murieron muy jóvenes, pero los otros tres posiblemente estén todavía vivos. Uno de ellos es...

—El alcalde de Málaga —le interrumpió.

Larry la miró sorprendido.

—No exactamente. Iba a decir, el padre del alcalde de Málaga. Él es su nieto. Pero ¿cómo lo sabía?

Le contó su encuentro con las gitanas y la intervención de Alfredo.

—Tuvo suerte de que ese tipo estuviera por allí. Podía haber resultado herida, sabe.

—Bueno, es curioso, siempre pensé que podía cuidar de mí misma, pero ahora no estoy segura. En esos momentos de indecisión, al principio, mientras tratas de averiguar si realmente es una amenaza

o si es solo una reacción exagerada por tu parte, te sientes vulnerable.

—Sí, estoy seguro de que ellas son bien conscientes de eso. Por eso empiezan con suavidad, aparentando normalidad y esperando ganarse tu simpatía. Solo están esperando que bajes la guardia.

—Bueno, dejemos esto. Volvamos a la hermana.

Se sentía tanto avergonzada como incómoda por el recuerdo. Sabía que debería haber estado más alerta y no estaba de humor para que se lo recordaran.

—Bueno, no tengo mucho más sobre ella; parece que su marido murió en... —hizo una pausa y miró sus notas—, murió en 1993, pero no puedo encontrar nada más de ella. Parece haber desaparecido de las páginas sociales después de eso.

—Entonces, ¿todos vivían en Madrid?

—Sí.

—¿Dónde están ahora?

—Todo lo que le puedo decir es que un hijo vive en Londres y una hija soltera todavía vive en Madrid, pero el hijo mayor regresó a Málaga. Debe ser el padre de su alcalde. Se casó con una chica de aquí y ha vivido aquí desde entonces y, como ya ha descubierto, su hijo también está aquí. Suena como si hubiera hecho unas conexiones muy útiles, Kate.

—Y, ¿tiene la dirección de alguno de ellos?

—Aún no, lo siento.

—Y, ¿qué hacemos ahora?

—Supongo que contactar con el alcalde es la opción más obvia.

—¿Vendría conmigo a pedir una cita? —le pidió.

—De acuerdo. Cómase esa cosa blanducha de aspecto asqueroso y no iremos de aquí ahora. El Ayuntamiento está bastante cerca de aquí; está en el parque, probablemente no cerca de donde casi la asaltan.

Kate se puso el resto de la pasta en la boca y la engulló acompañada de café mientras Larry se encendía otro cigarrillo.

—Bien, ¿lista? Vámonos.

Mientras caminaban por lo alto de la Calle Larios y giraban a la izquierda para ingresar en la Avenida del Parque, Larry le ofreció una historia resumida del parque.

—Todo esto era tierra recuperada —le explicó—. Hace más de cien años, el mar llegaba justo hasta aquí, casi hasta los muros del fuerte árabe.

Señaló un inmenso fuerte rojo que se erguía sobre ellos colgando

de la pronunciada pared rocosa.

Caminaron cruzando el parque hasta que llegaron a un edificio clásico con columnas de mármol flanqueando su puerta principal. Un grupo nupcial estaba de pie en las escaleras posando para un fotógrafo.

—Vamos; es esto. Veamos si el alcalde está en casa.

Tras dar un gran número de vueltas y realizar varios cambios de dirección, llegaron a la oficina del alcalde. Una mujer elegantemente vestida, sentada frente a la pantalla de un ordenador, les preguntó qué querían.

—Quiero una cita para ver al alcalde, por favor —explicó Kate.

Su secretaria comprobó la agenda de su jefe y les informó que la cita más próxima que podía darles era en septiembre.

—¿Septiembre? Pero si estamos en julio —se quejó Kate.

—Lo siento mucho, pero la agenda del alcalde está completa para el resto del mes y en agosto está de vacaciones.

—Pero, no estaré aquí en septiembre; me marcho en un par de semanas —protestó Kate con un ligero tono lastimero en su voz.

—Bueno, lo siento; no hay nada que pueda hacer. ¿No puede ayudarle otra persona? ¿Otro departamento, por ejemplo?

—No, es un asunto personal. Tengo que hablar con él yo misma. No le robaré mucho tiempo, se lo aseguro.

—No, lo siento. Es imposible.

Kate estaba a punto de protestar otra vez cuando un hombre con un traje gris abrió la puerta tras la secretaria y dijo algo que Kate no alcanzó a oír. La mujer volvió a mirar a Kate y luego habló con su jefe en español.

El hombre miró su reloj y se volvió a Kate y dijo:

—Estoy muy ocupado esta mañana, pero puedo dedicarles quince minutos.

Su inglés era perfecto, con solo un leve acento español.

—Gracias —respondió Kate y lo siguieron a su oficina ignorando la mirada airada de su secretaria.

Larry habló primero explicando que estaba allí como intérprete y amigo de Kate.

—No necesitamos intérprete, como ve, hablo inglés —les dijo el alcalde.

Era un hombre bastante corpulento apenas entrado en los

cuarenta; su pelo oscuro estaba cubierto de brillantina y peinado contra la cabeza, y su rostro tenía una mirada dura subrayada por unos ojos negros y penetrantes, y una larga nariz aguileña. Su traje y su camisa estaban inmaculadamente planchados y parecían caros. Se sentó detrás de un inmenso escritorio de palisandro invitándolos a sentarse en frente.

—Como mi secretaría ya les ha explicado, tengo una cita en unos cuantos minutos, así que, si no les importa, pueden ir directamente al grano.

Sus modales eran algo bruscos, pero Kate no se molestó; estaba ansiosa por empezar.

—Gracias por atendernos; intentaré no robarle mucho tiempo, señor Herrera. Mi nombre es Kate Scott y, bueno, la razón por la que estoy aquí es que estoy intentando localizar a algún miembro de mi familia. Mi abuela era inglesa, pero creo que mi abuelo era español; su nombre era Juan Francisco Gómez de la Luz de Montevideo Rodríguez.

El hombre se la quedó mirando.

—¿Qué quiere decir con que cree que era español? ¿No lo sabe?

Cogió una pluma estilográfica y la giró entre sus dedos índice y corazón.

—No con certeza. Sabe, mis abuelos se conocieron en Málaga durante la Guerra Civil y, cuando la ciudad cayó en manos de los nacionales, tuvieron que huir precipitadamente. Fue durante su huida a Almería que se separaron. Mi abuela consiguió subir en un barco de vuelta a Inglaterra, pero creo que mi abuelo murió. Algún tiempo más tarde, mi abuela se casó con un inglés y nadie volvió a hablar de mi abuelo español de nuevo. De hecho, solo recientemente descubrí su existencia. De todos modos, he venido a Málaga para ver qué podía averiguar sobre él. Mi amigo, que me está ayudando revisando viejos registros, me dijo que su apellido era similar al de mi abuelo y, como es un apellido poco habitual, pensé que quizás pudiera ayudarme.

—Bueno, yo no nací hasta 1965, así que sé muy poco sobre la guerra, excepto lo que aprendí en la escuela, pero debo decirle que si su abuelo era republicano, dudo mucho que fuera miembro de mi familia. Por lo que recuerdo, toda nuestra familia luchó del bando nacional; no hubiera tenido necesidad de dejar Málaga en aquella época, con o sin una mujer inglesa.

Dejó su pluma y parecía estar a punto de despedirse de ellos.

—Pero, seguro que no puede haber mucha gente con ese nombre en particular —insistió Kate.

Él vaciló por un instante y luego continuó:

—No, eso es verdad, nuestro nombre es muy peculiar; personalmente no conozco otra familia apellidada Luz de Montevideo en España y tengo información de todos nuestros parientes. Si no se equivoca en que ese hombre, que dice que era su abuelo, tenía el apellido que dice que tiene, entonces es muy sorprendente. Mi tía ha elaborado un árbol familiar que se remonta al siglo dieciocho, época en la que nuestros ancestros regresaron de Montevideo, Uruguay. Si ese hombre es familiar nuestro, su nombre estará allí.

El corazón de Kate dio un brinco; aquella podía ser la información que necesitaba.

—¿Es posible conocer a su tía?

—Será un poco difícil; vive en Madrid. Es un poco vieja y apenas sale de casa, pero supongo que puedo telefonearla de su parte.

—Gracias, sería de gran ayuda. Quizás podría enviar por email la parte relevante del árbol familiar.

—Dudo que sepa lo que es un email, pero puede ser posible. ¿Algo más?

Una vez más, el alcalde miró su reloj, pero no mostró un particular interés en librarse de ellos. De hecho, ahora parecía intrigado por su historia.

—Bueno, me preguntaba si su padre todavía vive y si podría hablar con él. Puede que recuerde algo de aquella época.

—Está muy vivo, pero dudo que pueda ser de más ayuda que yo. No nació hasta el fin de la guerra.

—Aún así me gustaría mucho conocerlo.

—Ya no vive en Málaga; se trasladó a Antequera cuando se jubiló. Tenía mala salud y el doctor le recomendó que viviera en las montañas.

—Siento oír eso, pero quizás pudiéramos ponernos en contacto con él —insistió—. Significaría tanto para mí. Me gustaría ir a conocerlo.

El alcalde la miró.

—¿Qué quiere exactamente de nuestra familia, señora Scott?

—Como dije, solo quiero encontrar a mi abuelo.

—¿Y luego qué?

—Y luego nada. No voy tras su dinero si eso es lo que está

pensando.

—El dinero es lo que motiva a la mayoría de la gente, señora Scott. ¿Me perdonara por pensar que eso es también lo que la motiva a usted?

—Bueno, se equivoca.

Se quedó allí sentada en silencio durante un instante y luego continuó:

—Solo necesito averiguar quién soy. Hasta hace unos meses pensaba que sabía quiénes eran mis padres y mis abuelos; ahora no estoy segura. No necesito el dinero de su familia, señor Herrera; ni siquiera necesito que se me reconozca como parte de su familia, pero necesito saber quién era el padre de mi madre y por qué se ha mantenido su identidad en secreto durante tantos años.

Como no respondió, Kate continuó:

—Ni mi madre hablaba de él; no sé ni siquiera si sabía de su existencia. Es como si todo recuerdo de él se hubiera desvanecido con la muerte de mi abuela, y me resulta muy triste. Por favor, señor Herrera, solo necesito saber quién era.

El alcalde golpeó su escritorio con su pluma y la miró por un instante.

—Bueno, puedo telefonear a mi padre para ver qué dice. No puedo garantizarle que esté de acuerdo en verla; es un hombre muy terco y, como he dicho, no está bien. Sin embargo, tengo que admitir que tiene cierto parecido con nuestra familia; nunca la hubiera tomado por una inglesa. Quizás haya algo de cierto en su historia después de todo.

—Gracias.

—No le puedo prometer nada. Déjeme su dirección y me pondré en contacto. Si se niega a verla, tendrá que encontrar otra forma de probar su teoría.

—Eso sería fabuloso. Deje que le dé mi número de teléfono. Me alojo en el Parador de Golf —añadió.

Garabateó su número de móvil y el teléfono de la habitación de su hotel en la parte posterior de una tarjeta y se lo tendió.

—Señora Scott, haré lo que pueda. Ahora, por favor discúlpenme, pero tengo una visita importante en dos minutos.

Se levantó y les estrechó la mano a ambos.

Se quedaron de pie observando el grupo nupcial que todavía posaba ante el fotógrafo en las escaleras del Ayuntamiento mientras

Larry se encendía un cigarrillo. La novia y el novio parecían increíblemente felices, cogidos de la mano y sonriendo mirándose a los ojos. ¿Sería siempre así?, se preguntaba Kate, pensando en su propio y aciago matrimonio. El fotógrafo estaba reuniendo a los invitados de la boda ahora, con una mirada de impaciencia en el rostro; dos de las pequeñas damas de honor se habían escabullido al parque y fingían no oír a su madre que las llamaba.

—Qué desperdicio de dinero —dijo Larry—. Mejor simplemente vivir juntos.

—A alguna gente les gusta la estabilidad del matrimonio —respondió Kate.

—¿Ha estado casada?

—Divorciada.

—Pues vaya estabilidad.

—¿Y usted? ¿Está casado?

—No, por supuesto que no.

—¿Novia?

—No, en estos momentos no.

Inhaló profundamente y luego soltó el humo muy lentamente, produciendo anillos perfectos que flotaron en el aire y se evaporaron.

—Dios, me moría por hacerlo. Condenada prohibición de fumar. Será mi muerte.

Un joven de la boda miró asombrado como producía un anillo de humo tras otro.

—Es muy bueno en eso.

—Años de práctica.

—¿Qué piensa del alcalde? —preguntó Kate.

—El típico político, no deja traslucir nada.

—Tiene razón. No podía decidir si estaba interesado en mi historia o molesto por que andara indagando.

—Probablemente está esperando a saber quién es usted exactamente y si vale la pena relacionarse con usted o no.

—¿Ahora qué?

—Bueno, creo que ya hemos hecho suficiente labor detectivesca por un día; deje que la lleve al museo Picasso.

Expulsó otro anillo de humo. Ella le sonrió; realmente era una buena compañía.

—De acuerdo, y luego comemos. La cultura siempre me provoca apetito.

ESPAÑA 1937

CAPÍTULO 28
ELIZABETH

Juan se hallaba de pie en lo alto de la colina mirando el Golfo de Almería. Podía ver el destructor alejarse de la playa y dirigirse al oeste y sabía que ella estaba a bordo. Sentía un dolor en su pecho que nada tenía que ver con sus heridas, un dolor que sabía que ningún doctor podría curar.

El trayecto en la ambulancia no era más que un recuerdo borroso de haberse sumido alternativamente en la inconsciencia y haber sido bruscamente despertado cada vez que el camión se encontraba con algún agujero o una roca en la carretera, haciendo que se intensificara el dolor de su hombro cada vez que esto pasaba como si fuera una herida reciente. Recordaba a alguien introduciéndolo en el hospital y el destello de las luces del techo, pero poco más desde que se despertó para encontrarse en la cama de una larga y estrecha sala de hospital; a todo su alrededor la gente se quejaba de dolor. Intentó sentarse, pero su brazo bueno le falló y se cayó sobre la cama con una sacudida que le hizo ahogar un grito. Su pecho y su hombro izquierdo estaban bien vendados y otro vendaje parecía estar enrollado alrededor de su cabeza. Se lo tocó cautelosamente con su mano libre. Un doctor avanzaba por la sala atendiendo a cada uno de los pacientes. Cuando llegó a Juan, se detuvo.

—Ah, estás despierto —dijo—. ¿Cómo te sientes?

—Bien, creo.

El doctor se inclinó sobre él y aplicó una luz a sus ojos.

—Bien, no hay signos de conmoción. Has tenido suerte —dijo—. Si alguien no te hubiera sacado esa metralla de tu pecho, dudo que lo hubieras contado.

—¿Estoy bien entonces?

—Has perdido mucha sangre, pero te practicamos una transfusión tan pronto como llegaste aquí. Todavía estás muy débil, pero vivirás;

descansa unos cuantos días y luego podrás seguir tu camino.

Comprobó que los vendajes todavía estuvieran en su sitio y luego continuó con la cama siguiente. El vecino de Juan no parecía tener tanta suerte; el doctor miró sus heridas e inmediatamente llamó para que viniera una de las enfermeras.

—Baja este hombre a quirófano inmediatamente. Se le tendrá que amputar ese pie o perderá la pierna.

La enfermera le quitó el freno a la camilla y en cuestión de minutos ella y el hombre desaparecieron. Un auxiliar iba de cama en cama dándoles agua a los hombres. Se detuvo al lado de la cama de Juan.

—¿Agua?

—Por favor —dijo él intentando levantarse para sostenerse sobre un codo.

El hombre colocó su mano debajo de la cabeza de Juan y se la levantó para que pudiera beber. El agua estaba caliente, pero la bebió agradecido.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó.

El auxiliar miró la etiqueta a los pies de la cama.

—Dos días —respondió—. ¿Más agua?

Juan sacudió la cabeza y el auxiliar se fue a la cama siguiente.

Dos días. Isabela y Alex llegarían en cualquier momento. ¿Qué había dicho Alex? Les costaría al menos tres días llegar allí, y eso fue cuando el bombardeo comenzó. Intentó recordar exactamente dónde estaban cuando Alex había hecho aquella predicción; en algún lugar cerca de Torre del Mar, pensó. Así que si había estado en el hospital dos días, entonces deberían llegar a Almería mañana o, como más tarde, pasado mañana. Irían directamente a buscarlo, de eso estaba seguro. Se preguntaba si estarían a salvo. Cualquier cosa podría haberles pasado en aquella carretera. No debería haberla dejado; debería haber insistido en quedarse. Pero, aunque lo pensaba, sabía que era estúpido; no había estado en condiciones para caminar durante tres días más. Se puso la mano en el pecho; la herida todavía era sensible al tacto, pero no le dolía cuando respiraba. Intentó mover su brazo izquierdo e inmediatamente un dolor intenso sacudió su hombro. Se retorció para colocarse en posición sentada, descansando de cuando en cuando para dejar que el dolor se calmara, hasta que al fin pudo ver lo que estaba a su alrededor. Se apoyó contra la pared y miró a sus compañeros pacientes. A primera vista todo parecía bien; la

mayoría de los pacientes estaban cubiertos de vendajes limpios y blancos, y enganchados a alguna clase de transfusión. Yacían en camas improvisadas o camillas de hospital empotradas las unas contra las otras, dejando solo un estrecho pasillo para que las enfermeras pasaran. Sus ojos estaban cerrados y yacían sumidos en el olvido de la morfina, sus gemidos flotaban en el aire como una sinfonía disonante. Luego se fijó en las heridas: hombres sin piernas, niños sin brazos, ancianas cubiertas de cortes y moratones. El doctor tenía razón; había tenido suerte.

Dos mujeres se abrían paso por la sala con una carrito de comida, estaban repartiendo cuencos de sopa a aquellos que estaban lo suficientemente consientes para comer. El olor de la comida le hizo darse cuenta de lo hambriento que estaba; no podía recordar la última vez que había comido algo, mucho menos algo caliente. Para cuando alcanzaron su cama, estaba salivando.

—¿Puedes arreglártelas? —le preguntó una de las mujeres.

—Creo que sí.

Colocó el cuenco en su rodilla y le puso una cuchara en su mano libre.

—Ten cuidado ahora.

La sopa estaba hecha de patatas y cebollas; era clara, pero para Juan sabía mejor que cualquier cosa que hubiera comido antes. Al principio intentó utilizar la cuchara, pero la distancia entre el cuenco y su boca era demasiado grande, así que desistió y cogió el cuenco con su mano buena. Se la bebió con avidez y al instante se sintió revivido.

—Enfermera —llamó.

Una enfermera que le cambiaba el vendaje de la cabeza al hombre de la cama de al lado levantó la vista.

—¿Cuándo puedo salir de aquí?

Esta se trasladó a su cama y miró su etiqueta.

—Depende de lo que el doctor diga, pero creo que en un par de días.

—Tengo que irme hoy. ¿Puedo hablar con el doctor?

—Todos los doctores están ocupados. Tendrás que esperar hasta mañana. Alguien vendrá y te examinará mañana.

—Pero, me siento bien ahora.

La enfermera no le hizo caso y siguió atendiendo a su paciente. Cuando hubo terminado, se volvió a Juan.

—Voy a retirarle el vendaje de su cabeza. Estese quieto un

minuto.

Se inclinó sobre él para desenrollar la gasa; olía a jabón carbólico y a ajo. La miró; probablemente no tendría más de veinte años, pero el estrés de los últimos días estaba grabado en su rostro. Parecía exhausta. Continuó observándola mientras ella retiraba las vendas de su frente, luego limpió la zona con yodo. El penetrante olor del líquido y su subsecuente picor al hacer contacto con la piel en carne viva hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Está curando muy bien —dijo—. No creo que necesitemos ponerle nada más.

Le dio una friega final con yodo y luego examinó sus otros vendajes.

—¿Siente dolor?

Juan sacudió la cabeza.

—Estos están bien por ahora. El doctor probablemente querrá cambiárselos antes de que se vaya.

—¿Cuándo será eso?

—Tienes mucha prisa por salir de aquí —dijo la enfermera—. Te he dicho que el doctor decide esa clase de cosas. Ahora descansa un poco.

Juan la observó recoger sus cosas y dirigirse a la siguiente cama; caminaba lentamente y sus movimientos eran automáticos.

Juan se tocó la cabeza; parecía haber un corte que partía de su ceja izquierda y que se introducía por el nacimiento del pelo. Nada de lo que preocuparse había dicho. Se quedó allí tumbado observándola mientras se movía por la hilera de camas, cambiando vendajes y, ocasionalmente, pidiendo ayuda con algunas de las tareas que excedían sus responsabilidades. El auxiliar que había estado repartiendo agua reapareció.

—Ven rápido; se te necesita en urgencias —le dijo a la enfermera—. Acaban de traer otra tanda de heridos.

La enfermera terminó a toda prisa de vendar las heridas del hombre, sujetando el vendaje con un gran imperdible y corrió detrás del auxiliar.

¿Quiénes eran esos heridos? ¿Podían estar Isabela o Alex entre ellos? No deberían estar aquí, decidió, su lugar estaba en Inglaterra, no atrapados en una guerra civil en un país extranjero. Si pudiera convencer a Isabela de marcharse, sabía que Alex se la llevaría. Pero Isabela no se iría sin él; vendría a buscarlo y se quedaría. No, era

demasiado peligroso. No podía permitir que se pusiera en tal peligro por él; era una romántica estupidez. Solo había una cosa que podía hacer; desaparecería.

Miró la sala; no había personal médico a la vista. Aquel era el momento de actuar. Si se quedaba y esperaba a Isabela, sabía que ella nunca se iría a casa. Y, ¿a qué se enfrentaría si se quedaba en España, abandonada por sus compatriotas y atrapada entre facciones enfrentadas? Si los nacionales la cogían, la meterían en prisión: existía el riesgo de que fuera herida, violada, que pasara hambre o incluso de que muriera. Ni siquiera podía garantizar su seguridad en la zona republicana; no había lugar seguro. No, no podía arriesgar su vida de aquella manera; la amaba demasiado para ello.

El personal no había tenido tiempo de quitarle la ropa y todavía llevaba sus pantalones y sus zapatos; probablemente habían tirado el abrigo de Isabela cuando llegó. Se levantó, comprobando que sus piernas sostuvieran su peso; estaban bien, un poco flojas, pero parecían trabajar bien. Todas sus heridas parecían estar en la parte superior de su cuerpo. Se palpó los bolsillos; sus papeles y su dinero todavía estaban allí. Miró una última vez la sala y, cuando estuvo seguro de que no había nadie rondando, salió. Se dirigió a lo que asumió era la salida, abriéndose paso a empujones entre colas de gente desesperada, con la desesperanza escrita en sus rostros. Pasó delante de doctores y enfermeras, pero nadie estaba interesado en él; estaban demasiado ocupados con los recién llegados, algunos de los cuales parecía como si no fueran a pasar de aquella noche. De repente estaba en la puerta principal y en la calle. Se paró un momento apoyándose contra la puerta de cristal y respiró profundamente, bebiendo el aire frío y fresco. A pesar del persistente y continuo dolor de su hombro, se sintió lleno de energía. Después, partió en busca de la residencia del gobernador militar.

Al principio, habían sido reacios a admitirlo, pero les convenció de que sus heridas eran superficiales. Le dieron un uniforme y un arma, y le dijeron que se presentará en la Cuartel General del Ejército en Valencia.

Ahora, mientras observaba como el HMS Hood de la marina británica la alejaba de él, sintió una sensación de alivio. Ella estaba a salvo. Eso

era todo lo que importaba. Su Isabela estaba a salvo. Cuando aquella guerra terminara, la encontraría de nuevo; de algún modo la encontraría. Le dio la espalda al mar y descendió la colina rumbo a la estación de tren.

ESPAÑA 2007

CAPÍTULO 29
KATE

No volvieron a saber del alcalde en tres días, así que mientras esperaban, Larry le mostró las atracciones turísticas de Málaga. Visitaron los jardines botánicos, iglesias, un castillo árabe, un museo flamenco, ascendieron al fuerte y admiraron las vistas, exploraron las estrechas y tortuosas calles de la ciudad vieja, deambularon por la catedral, observaron a los arqueólogos excavar el teatro romano; al final sentía que conocía tan bien la ciudad como Larry. Comieron tapas en los abarrotados bares de las calles y pescado en chiringuitos de la playa; bebieron fino a la hora de la comida y un fuerte vino tinto por las noches; por la noche cruzaban el parque del brazo, escuchaban conciertos al aire libre y reían con los artistas callejeros.

Le estaba cogiendo mucho cariño a Larry; era como si se hubieran conocido siempre. Ni una vez le sugirió este llevarla a su hotel; simplemente le llamaba un taxi, la besaba castamente en la mejilla y le deseaba buenas noches. Ella no podía evitar preguntarse si era gay, o quizás era que no pensaba en ella de aquella manera. Lo que era una pena, porque realmente disfrutaba estando con él.

A la cuarta mañana, mientras iba a desayunar, el recepcionista la llamó:

—Señora Scott. Hay un sobre para usted.

Tenía un logo de aspecto oficial en el que se leía: «Ayuntamiento de Málaga»; se lo cogió y lo abrió cuidadosamente. Era del señor Herrera.

«Querida señora Scott:

He hablado con mi padre y no sabe nada de su abuelo. Sin embargo, está intrigado con su historia y le gustaría conocerla. Normalmente viene a Málaga una vez al mes por asuntos de negocios y sugiere que se encuentre con él en el Hotel Málaga Palacio para comer. Estará en Málaga el día 21. Mi secretaria reservará una mesa para las dos en punto. Cuento con su consentimiento.

También le pedí a mi tía que le enviara una copia de la parte del árbol familiar que se refiere al siglo veinte; quizás encontrará lo que está buscando allí.

Me temo que nosotros probablemente no tendremos oportunidad de vernos de nuevo, ya que me voy al norte con mi familia a pasar el verano.

Atentamente,

Vicente Herrera Gómez de la Luz de Montevideo García.

Alcalde de Málaga».

Dobló la carta cuidadosamente y se la metió en el bolsillo; telefonearía a Larry tan pronto como terminara de desayunar. Todo estaba empezando a esclarecerse al fin. Analizó la situación garabateando un resumen de los acontecimientos en la parte trasera del sobre:

1. Alex Reeves no era su abuelo.
2. Su abuelo era español y había muerto en la Guerra Civil.
3. Había encontrado gente con el mismo apellido que él.
4. Había un árbol familiar (copia de camino en el correo)
5. Iba a comer con un hombre que podía ser su sobrino.

Sí; estaba haciendo progresos, pero todavía no sabía otra cosa de su abuelo más que su apellido.

Había quedado en reunirse con Larry fuera del Ayuntamiento a las once. Él estaba de pie en las escaleras fumando uno de sus interminables Marlboroughs cuando el taxi de Kate paró. Sintió que empezaba a sonreír al verlo; estaba comenzando a convertirse en una presencia familiar en su vida. Se daba cuenta de que lo echaría de menos cuando se marchara.

—Hola. Justo a tiempo de nuevo. No sé cómo consigues que estos taxis españoles sean tan puntuales.

—Sale de manera natural.

Él la besó en ambas mejillas, le dio una última calada a su cigarrillo y lo lanzó sobre la acera.

—Bien, veamos lo que podemos averiguar hoy.

—¿Dónde vamos?

—A la Oficina del Registro para ver si la muerte de tu abuelo fue registrada.

—¿Crees que eso es probable? Quiero decir, no sabemos dónde murió, ¿o sí?

—No, pero sabemos dónde nació. Tenemos que empezar por alguna parte.

Un servicial guardia de seguridad les señalo el camino al Departamento del Padrón. Después de las habituales vueltas, llegaron a una ventanilla en la pared y esperaron su turno en la cola. Cuando llegó su turno, Larry le explicó al joven que se sentaba detrás de un panel de vidrio lo que buscaban.

—No creo que pueda ayudarle con eso; nuestros registros no llegan tan atrás en el tiempo. Probablemente precise del Registro Civil; tienen toda la información de nacimientos y defunciones. ¿Era alguien de Málaga?

—Sí, pero no estamos seguros de dónde murió.

—¿Y eso fue en los años 30?

—Sí, probablemente en 1937.

—Bueno, dudo que puedan ayudarle tampoco. Eso fue durante la Guerra Civil, ¿no?

Larry asintió con la cabeza.

—No creo que tengan registros de esa época; casi todo se perdió. Puede intentar en el Registro Civil Central; quizás puedan ayudarles.

—¿Dónde están?

—En Madrid, pero puede telefonearles o consultarlos en internet.

Le garabateó la dirección de una página web y el número de teléfono en un trozo de papel y se la pasó por debajo del cristal.

—Gracias, eso haremos.

—O los archivos de la iglesia, no sufrieron mucho daño. Puede que aparezca allí.

Una vez más se encontraron de pie en las escaleras del Ayuntamiento.

—No ha sido de mucha ayuda consultar aquí.

—Cuando llegue a casa comprobaré esta web y veré si es de alguna utilidad. Mañana, antes de encontrarnos, llamaré a ese sitio en Madrid.

—De acuerdo.

Se sentía desanimada; otro día más que tenía que esperar. Estaban haciendo progresos, pero muy lentamente.

—¿No podemos telefonearlos ahora?

Larry miró su reloj; eran casi las doce en punto.

—¿O esta tarde?

—No, no estarán abiertos por la tarde. Recuerda que estamos hablando de una oficina gubernamental; los funcionarios no trabajan después de comer. Pero podemos intentarlo ahora; puede que tengamos suerte.

—Toma, usa mi móvil.

Le cogió su teléfono móvil y se sentó en las escaleras a marcar el número. Ella se sentó a su lado. Podía escuchar como lo pasaban de un departamento a otro, cada cambio iba marcado por ráfagas de música clásica.

—Cuesta una eternidad —dijo sacando un paquete de cigarrillos y tratando de extraer uno.

—Trae, déjame.

Sacó un cigarrillo, lo colocó entre sus labios y lo encendió, luego se lo dio a él. Se sentía como una estrella de cine en una película de los años cuarenta, Lauren Bacall u Olivia de Havilland.

—Gracias.

Lo cogió agradecido.

—Sí, todavía estoy aquí. De acuerdo, espero.

Al fin parecía haber sido transferido a la persona adecuada y escuchó darle el nombre de su abuelo. Larry buscó en su bolsillo y sacó su libreta, la sostuvo en su rodilla y escribió algo.

—Sí, sí, lo tengo. Sí, entiendo. Gracias por su ayuda.

Colgó.

—¿Y bien?

—Tenemos que llamar más tarde y nos dirán que han averiguado. Me dio un número de referencia; lo mirarán y tendrán algo para mañana o pasado mañana. Eh, no te pongas tan triste; cada paso es un paso en la dirección correcta.

—Eso no lo sabes; podemos estar esperándolos y al final puede que no tengan nada que decirnos.

—Bueno, dijo que no nos hiciéramos muchas ilusiones. Parece que cientos de personas están intentando localizar a familiares perdidos durante la guerra. No es fácil, sabes. Los archivos que existen están incompletos y no tienen por qué contener los nombres de todos los que fueron fusilados, especialmente si no hubo juicio. Si estuvo en prisión, puede que haya registro de él, o si se alistó en el Ejército Republicano, pero si solo murió, como miles más, una víctima de la guerra, probablemente no encontremos nada.

—Así que, ¿esperamos?

—Sí, eso me temo. Miles de personas fueron asesinadas en la guerra, muchas enterradas en fosas comunes. Algunas regiones están intentando reparar los crímenes del pasado, desenterrando los cuerpos para poder identificarlos y dejar que los familiares les den un entierro digno. Pero hay otras personas a las que nunca se las encontrará y sus parientes nunca sabrán a ciencia cierta qué les sucedió. Tienes que aceptar el hecho de que tu abuelo puede ser una de ellas.

—Lo sé.

—Alégrate; vas a comer con el padre del alcalde en un par de días. Quizás él tenga decirte algo.

—Lo dudo.

—¿Y si te invito a una copa de vino blanco bien fresco?

—¿Y unos boquerones?

—O podemos volver a tu hotel. Tienen boquerones, ¿no? Luego una siesta.

Lo miró sorprendida. Aquello era tan inesperado, y ahora que él lo sugería, no sabía qué hacer. ¿Estaba intentando hacer avanzar su relación? Y, ¿realmente ella lo quería? Él volvería a los Estados Unidos en breve; solo sería un romance de vacaciones para él. No estaba segura de que fuera eso lo que ella quería. Y además estaba Hugh. Se daba cuenta de que le tenía más cariño a Hugh de lo que había pensado; no quería perderlo.

—Está bien, puedo ver que no te atrae mucho la idea —dijo apagando su cigarrillo en las escaleras—. ¿Hay alguien más?

—Sí, supongo que lo hay. No me había dado cuenta de lo mucho que significaba para mí hasta ahora. Mira, me encanta tu compañía, Larry, y has sido maravilloso. Nunca habría llegado tan lejos sin tu ayuda. Vamos, dejemos las cosas como están. —Lo cogió por el brazo— Te invito a comer.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Lo sé, las mujeres no pagan…

Él se rio y la hizo ponerse en pie, y juntos partieron rumbo al centro.

ESPAÑA 2007

CAPÍTULO 30
KATE

Como era temporada alta, el Hotel Málaga Palacio estaba lleno de turistas. Se abrió paso por el abarrotado vestíbulo y se dirigió al restaurante.

—¿Puedo ayudarla, señora? —le preguntó el maître.

—He quedado aquí con el señor Herrera —respondió.

—De acuerdo, sígame.

La guió hasta una mesa al lado de la ventana donde un anciano estaba ya bebiendo una copa de jerez y contemplando las vistas.

—Su invitada, señor Herrera.

—Gracias, Jaime.

Se levantó y le cogió la mano.

—Encantado señora. Por favor, siéntese.

Kate se sentó en el asiento que estaba frente a él, de espaldas a la ventana.

—No, por favor, siéntese aquí, a mi lado, así también podrá disfrutar de esta estupenda vista de nuestra preciosa ciudad.

Kate se trasladó al otro asiento.

—¿Qué le gustaría beber?

—Un fino estaría bien, gracias.

—Una excelente elección. Veo que ya ha adoptado nuestras costumbres, señora...

Vaciló.

—Kate, Kate Scott.

—Señora Kate, ¿o debería llamarle señora Catalina?

Sonrió. Su inglés era excelente, pero su acento era típicamente español. Pensó en Manuel de *Fawlty Towers*.

—Kate está bien.

—Y bien, ¿lleva en Málaga mucho tiempo? —preguntó.

—Un par de semanas, eso es todo.

—¿Y piensa quedarse mucho tiempo?

—Eso depende.

—¿De qué, querida?

—De si tengo suerte localizando a mi abuelo.

—Ah, sí, su abuelo. Lo siento, querida, no creo que pueda ayudarle con eso.

Kate estaba a punto de preguntarle por qué parecía tan seguro cuando el camarero llegó con los menús.

—Bien, tengo bastante hambre. Salí bastante temprano esta mañana de casa y no he tenido tiempo de desayunar mucho.

El señor Herrera pasó sus ojos por la lista de platos que se ofrecían y luego cerró el menú de un golpe.

—Puedo recomendarle el rodaballo —dijo—, y el salmonete es muy bueno.

—Creo que solo tomaré una ensalada —respondió ella—, y quizás unas gambas.

—Lo de siempre para mí, Tomás —dijo el padre del alcalde.

Era una versión más vieja y rotunda de su hijo; su pelo era tan negro que Kate pensó que podía ser teñido, y estaba pegado a su cabeza con un aceite de olor dulzón. Obviamente había sido un hombre guapo en su juventud, pero ahora la edad había aflojado la piel de su cuello y esta colgaba en pliegues sobre el cuello de su camisa; tenía pocas arrugas en su rostro, pero la piel ya no era firme y tenía papada. Sus manos, cuidadosamente cuidadas, eran las de un hombre viejo. Sin embargo, era obviamente un hombre para el cual las apariencias importaban, y Kate se alegraba de haber ido a la peluquera el día anterior y de haberse puesto uno de sus vestidos más elegantes.

—Entonces, ¿no recuerda a mi abuelo, señor Herrera?

—Por favor, llámeme Vicente.

—¿No es ese el nombre de su hijo?

—Sí, el de mi hijo mayor, mi primogénito, pero siempre lo llamamos Tito en casa.

Se echó un poco de aceite en su ensalada, luego la espolvoreó generosamente con sal.

—Entonces, está aquí para hacer averiguaciones sobre su abuelo, ¿no es verdad, Kate?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y cuántos años piensa que tendría si todavía estuviera vivo?

—Al menos unos noventa y tantos, diría. Pero estoy bastante

segura de que murió en la guerra.

—¿Qué es lo que la hace estar tan segura?

—Nada en especial, solo evidencias circunstanciales, supongo.

Empezó a contarle cómo había comenzado su búsqueda y, sin darle muchos detalles, le habló de las cartas y los diarios.

Él les sirvió a ambos vino, y se recostó en su asiento para escuchar mientras esperaba que llegara su pescado. Era un oyente atento y Kate tenía la impresión que sopesaba todo lo que ella decía, muy detenidamente.

—Oh, y por cierto, su hermana me mandó esta copia de su árbol familiar.

Abrió el documento y lo extendió en la mesa lo mejor que pudo.

—Mire, este es usted, y sus hermanos y hermanas. Aquí están sus padres. Bien, esto es interesante; esta es su madre y aquí, a su lado, dice entre paréntesis ¿«hermano»? ¿Por qué el signo de interrogación? ¿Su madre tenía un hermano o no lo tenía? ¿Y si lo tenía, dónde está su nombre? Me resulta muy extraño.

—Déjeme ver eso —dijo Vicente cogiendo sus gafas.

—Bueno, no recuerdo a nadie hablar del hermano de mamá. En lo que a nosotros concierne, era hija única. Quizás murió.

—Pero si hubiera muerto, diría eso. Mire en esta entrada de un tal Ricardo Gómez dice «muerto en la infancia». No lo entiendo. ¿Cree que su hermana podría explicármelo?

—Podría; ella lo confeccionó, después de todo. Le llevó años hacerlo.

—Es muy bonito.

Aunque todo lo que tenía era una fotocopia del original, podía ver la caligrafía utilizada al elaborarlo. Los nombres estaban escritos en una delicada letra y al lado de muchos de ellos había dibujos de niños, animales, querubines, barcos e incluso ángeles.

—Sí, ha intentado capturar algo de la persona y su época en esos diminutos dibujos. Mire aquí, esta persona murió muy joven, así que ha colocado un querubín al lado de su nombre; esta era capitán de un barco, de ahí el barco navegando, y aquí hay perros de caza para mi bisabuelo.

—Es exquisito. Supongo que este hombre era agricultor, porque hay haces de trigo, y este de aquí tenía que ser su abuelo. ¿Qué ha dibujado para él?

—Era juez; esa es la balanza de la justicia.

—Muy bonito y muy intrigante. Tengo que escribirle a su tía y agradecérselo y preguntarle por esta extraña entrada al lado del nombre de su madre.

—Buena idea. Ah, aquí está nuestro primer plato. Buen provecho.

Le sirvió más vino.

—De Galicia —le explicó—. Pura uva Albariño.

—Es delicioso.

—Por supuesto que ya sabe que le puede preguntar a mi madre; si alguien sabe si tenía un hermano o no, es ella.

—¿Su madre?

—Sí, no sé por qué no pensó en ello.

—Asumí que su madre estaba muerta.

—No, en absoluto. Es muy vieja ahora, pero todavía lleva una vida independiente.

—¿En Madrid?

—No, aquí en Málaga.

Kate no podía creer lo que estaba oyendo; la hermana de Juan estaba viva. Estaba en Málaga. Por primera vez sentía que iba a resolver aquel misterio.

—¿Cree que podría, podría conocerla? —preguntó titubeando a causa de la excitación.

—No veo por qué no.

—Se da cuenta de que es la misma Eloísa Gómez de la Luz de Montevideo que vivió en Málaga al estallar la Guerra Civil...

Kate hizo una pausa, haciendo cálculos en su cabeza.

—Si es la hermana de mi abuelo, eso la convertiría en mi tía abuela y significaría que mi madre era su sobrina.

Se detuvo triunfante. Vicente la estaba mirando fijamente.

—Tiene la nariz de los Montevideo. La nariz de un conquistador, siempre decimos.

Kate se llevó la mano a la nariz tímidamente.

—Es muy posible; si es que es su hermana —continuó—. Como dije, toda la familia de la Luz de Montevideo está emparentada de alguna forma. Pero tendrá que preguntarle a ella.

—¿Cuándo puedo verla?

—Bueno, es muy vieja. No quiero molestarla. Tendré que pensarlo; después de todo, si tuvo un hermano, tiene que haber habido un motivo por el cual no lo mencionó a su familia —añadió.

—Entiendo su preocupación, pero le aseguro que no haré nada

para molestar a su madre. Solo necesito confirmar que Juan era mi abuelo para intentar entender por qué esta información ha permanecido oculta todos estos años.

—Tengo que admitir que ha despertado mi curiosidad ahora. Hablaré con ella y le haré saber qué dice.

—Muchas gracias.

—Pero déjeme decirle esto; si no quiere verla, se ha acabado. ¿De acuerdo?

—Sí, por supuesto.

—Ahora, cómase sus gambas; están mucho mejor cuando aún están calientes.

Para cuando Kate telefoneó a Larry para darle la noticia, este ya estaba de camino para encontrarse con ella.

—Acabo de llamar al Registro en Madrid. Tienen noticias para nosotros.

—¿Qué dicen?

—Bueno, no tienen constancia de su muerte, pero sí el registro de su nacimiento; nació en Málaga el 21 de marzo de 1917. Y parece que alguien con ese nombre, posiblemente él, fue prisionero en Cuenca.

—Entonces, si fue prisionero, ¿está registrada su liberación o su ejecución?

—Aparentemente no. La única entrada con su nombre es la fecha de su arresto, 12 de agosto de 1937. Después de eso nada.

—¿Preguntaste si su nombre aparecía en otros registros después de la guerra, quizás en el registro de matrimonios?

—Sí, pero no había nada. Lo siento, no es nada muy bueno en realidad.

—Bueno, quizás tendremos más suerte con su hermana.

—Si habla con nosotros.

Dos días después, Kate recibió una carta bastante formal en un sobre grande y blanco con el blasón de la familia Montevideo en él.

«Querida señora Scott:

Mi madre, Doña Eloísa Gómez de la Luz de Montevideo Rodríguez, ha accedido a recibirla mañana a las once en punto. Su dirección es «Los Altos del Puerto, 4, 3b, Paseo de la Farola». Por favor, recuerde lo que hablemos; es una señora mayor y no quiero molestarla.

Espero que encuentre lo que está buscando. Si decide quedarse en

Málaga, me gustaría mucho volver a verla.

Saludos cordiales,

Vicente Herrera Gómez de la Luz de Montevideo».

Al fin. Si la hermana de Juan no podía ayudarla a resolver aquel misterio, nadie podía. Podía sentir su corazón latir acelerado por la excitación al pensar en encontrarse con ella. Quizás ahora descubriera exactamente quién era su abuelo.

ESPAÑA 2007

CAPÍTULO 31
KATE

Eloísa Gómez de la Luz de Montevideo Rodríguez estaba muy delicada, tenía ochenta y cuatro años, pero lo que le faltaba de fuerza física, lo compensaba con la agudeza de su mente. Estaba sentada en una silla de respaldo alto, sus manos reposaban en su regazo y se las miraba a través de unas gafas de cristal tintado que escondían sus ojos al escrutinio. Probablemente no pesaba más de cuarenta y cinco kilos; su piel colgaba en pliegues de sus brazos y cuello, y tenía las mejillas hundidas. Su rostro, a pesar de la red de diminutas arrugas, todavía tenía la forma de su juventud y se había aplicado el maquillaje discreta y expertamente. Sus ropas estaban inmaculadas y evidenciaban buen gusto y dinero; llevaba puesto un vestido de seda color gris pálido y, a pesar del calor, medias a juego y escarpines negros. Alrededor del cuello se había colocado un collar de perlas de tres vueltas, un pendiente de una sola perla en cada oreja y un enorme rubí en uno de sus bastante esqueléticos dedos. Kate se quedó inmediatamente impresionada por ella.

—Buenos días señora —comenzó Larry.

Había venido con Kate para poder servirle de intérprete e incluso había traído una pequeña grabadora. Eloísa no puso objeciones a ninguna de las dos cosas; Kate podía ver que estaba ansiosa por saber quién era. Les indicó que se sentaran e hizo sonar una pequeña campana que había sobre la mesa que tenía a su lado. Una joven colombiana entró.

—Lourdes, por favor, tráenos té helado —dijo.

Su voz era suave y bien modulada; no sonaba como la voz de una anciana. Mientras esperaban a que la criada regresara con el té, Larry le explicó brevemente por qué estaban allí. Kate miró la habitación; estaban en un apartamento muy moderno con vistas al puerto. Podía ver el faro con bastante claridad y los barcos anclados en el puerto.

—Tiene unas bonitas vistas —le dijo a Eloísa.

—Sí, me gustan mucho; siempre hay mucho que ver y, por supuesto, no salgo mucho ahora, solo a la peluquería y ocasionalmente a las tiendas, así que paso mucho tiempo sentada aquí al lado de la ventana.

Señaló un par de antiguos prismáticos al lado de la ventana.

—Hay mucho que ver: cruceros, buques de carga, botes de pesca y pájaros. Me gusta mirar los pájaros, las gaviotas especialmente.

Continuó hablando del apartamento hasta que Lourdes entró portando una bandeja con tres tazas de porcelana en sus platillos, una tetera, una jarra de hielo y un bol de azúcar. Kate observó cómo la criada ponía la bandeja sobre la mesita que se hallaba delante de ellos; estaba desesperada por empezar a interrogar a Eloísa, pero podía ver que no se diría nada hasta que se hubiera cumplido con las formalidades preliminares.

Al fin, Eloísa se volvió hacia ella y preguntó:

—Y, ¿cómo puedo ayudarla, querida?

Kate respiró profundamente y empezó:

—Doña Eloísa, como mi amigo acaba de explicarle, estoy buscando a miembros de la familia Luz de Montevideo para averiguar más cosas sobre mi abuelo.

Hizo una pausa, pero la anciana no respondió.

—El nombre de mi abuelo era Juan Francisco Gómez de la Luz de Montevideo Rodríguez. Me preguntaba si había alguien en su familia con ese nombre.

La anciana se inclinó hacia delante mirándola.

—¿Juanito? Era mi hermano. Mi hijo dijo que usted lo estaba buscando.

—¿Es él? —preguntó Kate pasándole la fotografía de Alex y Juan. Su mano temblaba de la emoción.

La anciana cogió la fotografía y la sostuvo cerca de sus ojos por un instante y luego dijo.

—Sí, es él. Ese es Juanito. Un minuto, querida.

Cogió la campana y la hizo sonar de nuevo.

—Lourdes, ve a mi habitación y en el tocador encontrarás una caja de cuero azul. Por favor, tráemela.

Miró a Kate de nuevo.

—Acérquese, por favor, póngase a la luz —le dijo a Kate.

Le cogió la mano y se la sostuvo con fuerza.

—Se parece mucho a mi hermano, de una manera más delicada,

más femenina, pero la nariz es la misma y tienes los mismos ojos profundos y marrones. Era muy guapo, sabe.

La miró de nuevo y sacudió la cabeza.

—La verdad es que no parece muy inglesa. Podría pasar fácilmente por española. ¿Así que piensa que mi hermano podría ser su abuelo?

Casi parecía alegrarse. Se recostó en su silla y continuó:

—Juan me escribió sobre una mujer; quizás era su abuela. Todavía tengo la carta en algún sitio. Sé que la amaba, pero no sabía que habían sido amantes; nunca lo dijo. Estoy segura de que nunca supo que había un bebé.

—No, no pudo haberlo sabido; no creo que mi abuela supiera que estaba embarazada hasta que llegó a Inglaterra —dijo Kate.

—Ah, aquí está.

Lourdes había regresado portando la caja; se la tendió a su jefa y se fue.

—Aquí, en alguna parte, estoy segura de que tengo una carta. Guardo todas sus cartas, sabe. Me escribía siempre que podía; estábamos muy unidos.

Rebuscó en la caja y finalmente sacó un trozo doblado de papel que le tendió a Kate.

—La mujer se llamaba Elizabeth. ¿Era ella tu abuela?

—Sí, su nombre era Elizabeth Atkins en aquella época.

—Él la llamaba Isabela.

Kate desdobló la carta; la escritura estaba muy borrosa, pero podía distinguir la firma. Era de Juan.

—¿Le importa? —dijo pasándosela a Larry.

Este la leyó en alto traduciendo fluidamente del español.

«Madrid, marzo de 1937

Mi querida Lucía:

Espero que tú y nuestros padres estéis sanos y salvos. Te escribo porque mañana me envían a Guadalajara, al frente; va a haber una gran batalla, pero confío en que les ganaremos a los italianos. Después de todo, luchamos por nuestro país, no solo para ganar unas cuantas liras.

Eres todo lo que me queda, hermanita, y antes de morir, porque estoy seguro de que muchos de nosotros moriremos mañana, quiero despedirme de alguien a quien amo.

Cuando me dejasteis en Málaga, vi mucha miseria y sufrimiento

que no puedo empezar a describir. Vagué por la ciudad durante unos días, asqueado por lo que sucedía. Entonces conocí a Isabela. Isabela, su nombre real es Elizabeth, es una chica inglesa bonita y valiente, y estoy muy enamorado de ella. Desearía que pudieras conocerla, Lucía; su pelo es del color del trigo en agosto y sus ojos azules como el espliego. Pero más que eso, es su alma lo que amo, su valiente y honesta alma que siempre está en busca de la verdad.

Pasamos unas cuantas horas felices juntos, luego tuvimos que huir de la ciudad para escapar de las tropas rebeldes y de los invasores italianos. Viajamos a pie rumbo a Almería con un amigo, un inglés. Fue un viaje duro, sin comida y sin poder descansar, pero Isabela no se quejó. Luego, antes de llegar a mitad del camino, fuimos atacados con fuego de mortero desde unos barcos; fui herido, pero los otros resultaron ilesos. Recuerdo que el inglés me ayudó, pero luego no sé qué pasó. Nos separamos y lo siguiente que recuerdo es despertar en un hospital de Almería y un doctor cosiendo una herida en mi pecho. Me explicó que me habían traído la noche anterior en una ambulancia de las Brigadas Internacionales. Gracias a mis amigos no iba a morir. Estuve en esa cama postrado toda la noche pensando en ellos; todavía tenían al menos otro día de camino por delante. Toda la gente a mi alrededor se moría; algunos llamaban a sus madres, otros solo gritaban de dolor. Era horrible ver tanto sufrimiento y, sin embargo, todo en lo que podía pensar era en Isabela.

Fue entonces cuando lo decidí. Sabía qué tenía que hacer. No quería que ella sufriera más; quería que regresara salva a Inglaterra. Sabía que si me quedaba allí en el hospital, me encontraría y, habiéndome encontrado, querría quedarse conmigo. ¿Era eso lo que quería para mi hermosa Isabela? No, no quería que renunciara a su fuerza, a su belleza, quizás incluso a su vida, por nuestra guerra. No podía dejar que hiciera eso.

Así que cuando el doctor se fue y la sala estuvo en silencio, me marché. Me dirigí directamente a la sede del Gobierno Militar y pedí alistarme. Al principio tenían dudas; decían que estaba herido y que regresara cuando me recuperara, pero insistí. Les dije que quería ir a Valencia para luchar y, al final, accedieron y me dieron los papeles y un pase de ferrocarril; dejé Almería al día siguiente.

No sé lo que le sucedió a mi querida Isabela. Espero que esté sana y salva, y espero que sea feliz. Nunca la olvidaré y mañana, cuando entre en batalla, pensaré en ella y en ti, mi querida hermana.

Que Dios nos reúna de nuevo, tu hermano que te quiere,

Juan».

—Entonces, ¿no murió en Almería? —preguntó Kate.

—No, ¿qué le hizo pensar eso?

—Bueno, mi abuela y su amigo lo buscaron en el hospital y, como no lo encontraron, estaban convencidos de que estaba muerto.

—No, solo se fue para salvar a Isabela; quería que regresara a casa salva. ¿Ella se fue?

—Sí, ella y su amigo consiguieron embarcar en un barco británico en Almería que los llevó a Gibraltar.

—Bien, eso es lo que Juan quería que ella hiciera.

—Pero no se volvió a poner nunca en contacto con ella.

—Bueno, era imposible mientras la guerra continuaba; no había forma de contactar con nadie. Entonces no se podía conseguir un vuelo a Inglaterra como se lo consigue hoy en día; de todos modos, él no tenía pasaporte y ellos no podrían haberle proporcionado uno.

—¿Y qué le sucedió?

—Bueno, como dice en su carta, fue a Valencia para alistarse; lo mandaron a Madrid y luchó en la batalla de Guadalajara. Escribió para contarme su victoria contra los italianos; estaba muy orgulloso. Pero entonces, en abril, lo enviaron a Brunete; la batalla allí fue peor y continuó hasta julio. Las tropas nacionales los superaban en número y Juan fue herido de nuevo y más tarde capturado. Lo tuvieron en prisión durante casi un año y fue solo gracias a los esfuerzos de nuestro padre que sobrevivió. No estoy segura de si ha leído acerca de los infames «paseos», cada noche seleccionaban a una docena de prisioneros de la «lista de la muerte», los sacaban y los fusilaban.

Kate asintió con la cabeza. Había leído acerca de ellos, pero nunca pensó que tuvieran nada que ver con su familia.

—Bueno, mi padre se las arregló para mantener el nombre de Juan fuera de la «lista de la muerte» durante casi un año. Conocía al encargado de la prisión; habían estado en la universidad juntos. Le escribió y le dijo que Juan era su hijo y le pidió que hiciera lo que pudiera por él.

—¿Y qué sucedió? ¿Cómo salió? ¿Se escapó?

—No, nadie se escapaba de esas prisiones. Para empezar, todos pasaban hambre; no tenían fuerzas para escapar. Recuerdo que me escribió una vez que todo lo que había comido en dos días era una peladura seca de naranja. No, fue mi padre de nuevo; tenía muchos

amigos en el gobierno. Desde el minuto en que Juan fue arrestado, mi padre les pidió su liberación. El apellido de nuestra familia se remonta generaciones atrás; mi padre estaba relacionado con gente poderosa. En aquella época había al menos un ministro y varios generales importantes que estaban emparentados con nosotros por matrimonio, y un primo segundo era obispo en Toledo.

Abrió la caja de nuevo y sacó otra carta.

—Consiguió sacar a escondidas esta carta de la prisión. Se les permitía escribir a casa, pero todo era censurado. Sobornó a uno de los guardias con cigarrillos que mi padre le envió para que la llevara a la ciudad y la enviara.

Se la tendió a Larry para que la leyera:

«Cuenca, noviembre de 1937

Mi querida Lucía:

Espero que esta carta te llegue. Le he dado diez de mis preciosos cigarrillos a uno de los guardias para que la envíe en el pueblo y evite al censor.

Empezaré por el principio justo como siempre me pedías cuando te leía un cuento para dormir en nuestro borroso y distante pasado, aunque apenas recuerdo esos días ahora; casi han sido suprimidos de mi memoria por el horror de esta guerra. Inmediatamente después de la batalla de Brunete, intenté regresar a zona republicana, pero apenas podía caminar; me habían disparado en la pierna. No era grave, pero me hacía avanzar despacio y me separé del resto de mi batallón. Estaba escondido en un granero una noche cuando unos nacionales me encontraron y me hicieron prisionero. Tuve suerte de que fueran ellos y no los legionarios; estos no hacen prisioneros. Me llevaron directamente a prisión en algún lugar cerca de Cuenca. Hasta el momento no me han juzgado, pero dicen que lo harán pronto, aunque la verdad es que no tengo prisa, porque sé que el único veredicto será el de muerte.

Me han puesto en aislamiento; no sé por qué. No puedes imaginar lo que se siente en el momento en que cierran la puerta de la prisión tras de ti y te dejan totalmente solo en tu nuevo hogar, una celda diminuta de cemento de no más de dos metros de ancho. Hay un catre de hierro, pero uno de los muelles está roto y el colchón de alambre me corta la espalda. Me han dado una manta y tengo un lavabo y un retrete, pero la mayor parte del tiempo no hay agua. La puerta de mi celda está hecha de cemento reforzado con acero y no tiene picaporte;

el guardia la abre con una llave y la cierra de un portazo. Creo que recordaré toda mi vida el sonido de la puerta al cerrarse; esa es su finalidad. Tengo una ventana, pero está demasiado alta para mirar fuera y tiene barrotes de hierro, pero no cristal, así que el viento y la lluvia se cuelan. He aprendido a subirme agarrándome en los barrotes y apretando las piernas contra una de las paredes, pero no puedo mantener esta posición por mucho tiempo, porque mi pierna no se ha curado bien aún y todavía está muy débil. Sin embargo, esto significa que de vez en cuando puedo atisbar el cielo y mirar a otros prisioneros haciendo ejercicio en el patio que está fuera de mi habitación. Se me permite unirme a algunos de los prisioneros durante una hora cada mañana y caminar alrededor de él. Se supone que no podemos hablar los unos con los otros, pero nos las arreglamos para intercambiar unas cuantas palabras y saber a quién han fusilado y quién acaba de llegar. Este es el único tiempo en que consigo hablar con alguien que no sean los guardias, pero realmente no me importa, porque tan pronto como conozco a alguien, este desaparece y un nuevo prisionero ocupa su lugar.

Es difícil dormir por la noche, no a causa de la horrible cama, sino porque por la noche es cuando vienen a por ti, para llevarte a dar el «paseo»; todo el mundo se queda despierto preguntándose si esa será su última noche. Escuchas los pasos de los guardias aproximarse y, cuando pasan de largo por tu puerta, lloras de alivio; ignoras los lamentos y los gritos de los elegidos y solo entonces te dejas sumir en un gratificante sueño. Algunas veces, sacan a un grupo de prisioneros durante el día para juzgarlos, pero nunca hemos oído que nadie sea liberado; cuando los guardias regresan, se deleitan en hacernos saber que todos han sido fusilados.

Al principio, no tenía nada, pero desde que vuestro dinero y vuestros cigarrillos han estado llegando, la vida ha mejorado un poco; he podido cambiarlos por papel y lápiz, e incluso tengo una hoja de afeitar y un peine roto. Mis posesiones mundanas son como ves muy simples. Utilizo la mayor parte de lo que me mandáis para cambiarlos por comida, porque hay muy poco que comer y lo que hay es horrible. Ha habido días en los que no hemos tenido nada y hemos tenido que confiar en la amabilidad de los habitantes del pueblo, que se cuelan en el perímetro por la noche y lanzan pan negro y patatas por encima del muro. Normalmente, disfrutamos de una comida al día, habitualmente una sopa aguada o alguna clase de gachas, pero nunca carne ni fruta.

Cómo me gustaría un plato de olivas o un poco de delicioso jamón curado. Tantas cosas horribles están sucediendo en el mundo y yo estoy aquí tumbado soñando con comida.

Espero que tu y nuestros padres estéis bien, hermanita. Pienso en ti todo el día. Un día saldré de aquí e iré a Inglaterra a encontrar a mi Isabela, luego iremos a verte.

Querida hermana, cuídate,

Tu hermano que te quiere, Juan».

—¿Pero nunca fue?

—No, nunca fue.

—Creía que Juan y su padre no se llevaban bien —dijo Kate.

—No estaban de acuerdo en cuestión de política, pero eran padre e hijo; mi padre lo quería.

—¿Y qué hizo cuando dejó la prisión?

—No recuerdo exactamente. Quería buscar a Isabela, pero para entonces, aunque la guerra había terminado en España, una nueva guerra arrasaba Europa y era imposible llegar a Inglaterra. Me escribió desde Madrid, desde Barcelona, desde Alicante; parecía estar moviéndose mucho, pero no sé lo que estaba haciendo. Aunque la guerra había terminado, todavía era muy peligroso para alguien que hubiera apoyado a los republicanos; había juicios falsos y ejecuciones en masa cada semana. De la mayoría no se oía hablar, así que estaba constantemente preocupada por Juan y por si había sido arrestado de nuevo.

—¿No regresó a Málaga?

—No. Mi padre quería que viniera a casa; incluso le escribió cuando estaba a punto de ser liberado, después de terminar la guerra, pero se negó.

Cogió la fotografía de Kate en la que aparecían Juan y Alex.

—Pensé que regresaría a ver a su amigo, pero no.

—¿Quiere decir «ir a Inglaterra» a ver a su amigo? —le preguntó Kate a Larry.

Él le repitió su pregunta a Eloísa.

—No, regresar a Málaga —repitió ella—. Su amigo había venido desde Inglaterra a ver cómo estaba, pero, para cuando le escribimos a Juan a su antigua dirección para decírselo, ya se había ido a otro sitio. Le costó tres meses a la carta alcanzarlo.

—Pero Alex nunca regresó a España —insistió Kate—. Pensaba que Juan estaba muerto.

—¿Este es Alex? —preguntó.

—Sí. Se casó con mi abuela, la mujer a la que llama Isabela.

—Bueno, ese es el mismo hombre que vino aquí en 1940. Llevaba un uniforme de soldado y estaba un poco más gordo que en la foto, pero puedo asegurarle que era él. Estaba de permiso por motivos familiares, de regreso del Norte de África, e interrumpió su viaje para venir aquí y buscar a Juan. Pensé que era un poco extraño, pero asumí que tenía que haber sido un amigo íntimo de Juan. Me dijo que lo había conocido en Málaga en 1937.

Le dio la vuelta a la fotografía.

—Sí, mire aquí; dice Málaga 1937. ¿Era su abuelo, dice?

Eloísa parecía confundida, así que Kate le pidió a Larry que le explicara que creía que mientras Elizabeth estaba enamorada de Juan, Alex había estado enamorado de Elizabeth y se había casado con ella. Después, cuando ella tuvo el bebé de Juan, Alex nunca dijo nada, solo permitió que todos pensaran que era su hija. Mientras Larry le hablaba, Kate cogió su taza y bebió algo de té; no sabía cómo actuar ante aquella nueva revelación. En su cabeza las preguntas le daban vueltas. ¿Por qué había venido su abuelo a buscar a Juan? ¿Por qué le había ocultado a Elizabeth la noticia de que Juan estaba vivo? ¿Era porque quería a Elisabeth para él, con hija o sin hija?

—¿Por qué haría eso? —preguntó la anciana.

—Supongo que la amaba y no quería que otra persona se casara con ella —respondió Kate sin convicción.

—Pero Juan también la amaba. La última carta que tengo de él tiene fecha de noviembre de 1945; estaba de camino a la frontera francesa. Dijo que planeaba atravesar Francia y conseguir que alguien lo introdujera en Inglaterra, en donde pediría asilo político. Estaba tan seguro de que encontraría a Isabela.

Paró de hablar y bebió un poco de té, luego se sonó la nariz y continuó:

—Habría sido tan feliz de saber que tenía una hija. Es muy triste pensar que murió sin saber que era padre. Si su amigo me lo hubiera contado, podría haberle escrito y contárselo; pero no lo sabíamos.

—¿Cómo murió Juan?

—Recibió un disparo al intentar cruzar la frontera de Francia. Iba con otros tres hombres; esperaron a que llegara una noche sin luna para pasar a un pequeño pueblo de los Pirineos. Algunos habitantes del pueblo los escondieron en un corral de cabras hasta que cayó la

noche y luego intentaron cruzar. Casi lo consiguen; estaban en suelo francés, bajaban corriendo la colina rumbo a la libertad cuando la Guardia Civil les tendió una emboscada. Hirieron a tres de ellos, incluido Juan, pero el cuarto escapó. Fue él quien me escribió después para contarme lo que había pasado.

Se sonó la nariz de nuevo.

—Lo siento, por favor, discúlpenme, me hace llorar pensar en él. Le tenía tanto cariño a mi hermano, sabe. Lo peor es pensar en su cuerpo tendido allí en la ladera de la montaña para que lo picotearan los buitres. Mi padre escribió al gobernador regional tan pronto como se enteró, pero no recibió nunca el cuerpo de Juan. Supongo que sus huesos todavía están allí, descoloriéndose al sol.

Kate miró a Larry; no sabía qué decir. Transcurridos unos instantes, Eloísa pareció recobrar la compostura y dijo:

—Háble me de su madre. ¿Cuál era su nombre?

—Isabela —respondió Kate dándose cuenta por primera vez del significado del nombre de su madre.

—¿Se parece usted a ella?

Kate se rió.

—No, en absoluto; era muy parecida a su madre, Elizabeth, alta y rubia.

—Bueno, querida, mire esta fotografía de mi hermano cuando era un niño. ¿Ve el parecido familiar?

—Sí, Dios mío, tiene razón. Me parezco mucho a él.

—Quédesela. De hecho, quédese la carta donde menciona por primera vez a Elizabeth también. Me gustaría ser generosa y decir quédese todas sus cartas, pero la verdad es que no me puedo separar de ellas. Es todo lo que tengo de él ahora.

Kate puso la fotografía y la carta en su bolso.

—Discúlpeme, querida, ¿puedo preguntarle algo?

Kate se enderezó y la miró.

—Por supuesto.

—¿De dónde sacó esa cruz?

Kate se tocó la cruz de oro que siempre llevaba, se había asomado por debajo de su blusa mientras se inclinaba.

—Mi madre me la dio. Dijo que era de mi abuela.

—Ya veo. ¿Puedo verla?

Kate la desabrochó y se la tendió a la anciana.

—Sí, era de Juan —dijo sin dudarlo un momento—. Pensé que la

había reconocido. Se la regalaron en su confirmación, ambos recibimos una.

Se quitó la cruz de oro del cuello y se la tendió a Kate. Era casi idéntica.

Los dos crucifijos yacían en la palma de la mano de Kate. La cruz de Eloísa era ligeramente más pequeña y más fina, pero en cualquier otro aspecto era idéntica. Una intrincada talla de hojas se abría paso en la superficie de cada crucifijo.

—Ve, este diseño que hay sobre ella, es parte de nuestro escudo de armas familiar. Nuestra familia siempre ha llevado crucifijos como este. Mi hermano debió habérselo dado a Elizabeth —dijo con lágrimas en los ojos.

Kate no podía hablar. Había pertenecido a Juan. Había estado llevando el crucifijo de su abuelo todos esos años. De repente, sintió la conexión con su pasado. No importaba lo que alguien dijera lo contrario, sabía que era la nieta de Juan. Pero todavía había cosas que aclarar.

—Me preguntaba si podría explicarme algo.

—Sí, querida.

—Su hija nos envió una copia de su árbol familiar; no aparecía el nombre de Juan. Veo que le tenía mucho cariño a su hermano, así que me parece un poco extraño que nadie hablara nunca de él.

—Sí, probablemente sea extraño según su criterio, querida, pero tiene que darse cuenta de que aquí, en España, incluso después de que la Guerra Civil terminara, la gente tenía miedo. Nadie quería confesar haber sido republicano o tener un republicano en la familia. Mi padre tenía miedo por mí y por mi madre; nos prohibió hablar de Juan. Luego, cuando me casé, me dijo que no le dijera nada a mi marido. Dijo que era mejor fingir que Juan nunca había existido, que intentar explicar lo que le había sucedido. Así que eso es lo que hicimos. Al final, aunque ya no importaba, cuando Franco murió, no hablé de él. ¿Cómo podría haberlo hecho? ¿Cómo podría admitirles a mi marido y a mis hijos que les había mentido todos aquellos años? No, era mejor mantenerlo en secreto. Hasta ahora que has aparecido, querida.

Alargó la mano y le cogió las manos a Kate.

Se quedaron en silencio unos instantes y luego Eloísa habló de nuevo:

—Así que su amigo se casó con su mujer y crió a su hija. Qué raro.

—¿Por qué raro?

—Bueno, nunca me lo mencionó. Alex nunca dijo nada sobre Isabela o sobre una hija, ni en 1940 ni años después cuando vino de nuevo. Ni siquiera me dijo que se había casado.

—¿Volvió a verla otra vez?

—Sí, en 1943, y luego otra vez después de la guerra, en 1946; fue entonces cuando le dije que Juan estaba muerto.

—Pero ¿por qué?

—No estoy segura. Creo que esperaba que Juan estuviera aquí. Me pareció que quería contarle algo. Quizás fuera lo del bebé, pero quién sabe.

—¿Volvió a saber de él después de eso?

—No, nunca. Imagínese, para entonces yo estaba casada y vivía en Madrid, así que quizás lo intentó y no pudo localizarme.

—Sabe, siempre pensé que era mi verdadero abuelo —admitió Kate—. Nadie sabía de Juan, ni siquiera mi madre sabía de él; lo mantuvieron todo muy en secreto.

—Qué triste: un padre que nunca supo de su hija, y una hija que nunca supo de su padre.

La puerta de la sala de estar se abrió y Lourdes apareció; había venido a retirar la bandeja del té.

—Bueno, querida, es hora de descansar. He disfrutado de su visita, aunque me ha traído recuerdos muy tristes. Venga a verme de nuevo. Después de todo ahora eres de la familia.

Le tendió la mano; era suave y cálida. Kate la tomó en la suya e inclinándose, besó a la anciana en ambas mejillas.

—Gracias Eloísa. Muchas gracias. Vendré de nuevo.

—Llámame Lucía, querida, él siempre lo hacía.

Cuando salieron fuera, el calor los golpeó de frente; de acuerdo con el letrero luminoso que brillaba sobre la farmacia, se superaban los cuarenta grados.

—Busquemos un bar —sugirió Larry—. Estoy deshidratado.

—Sí, creo que necesito un buen trago después de esto —dijo ella.

Pasaron el faro y descendieron a la avenida paseando tranquilamente por ella en busca de un bar con mesas fuera.

—Larry, ¿en qué dirección está Almería?

Él se detuvo y señaló delante de ellos.

—Sigue la carretera que bordea el mar y finalmente llegarás a Almería.

—Entonces, ¿es esa la carretera que tomaron?

—¿Juan y Elizabeth? ¿Cuándo abandonaron Málaga, quieres decir?

—Sí. ¿Es por ahí por donde caminaron, por allí al lado de la playa?

—Sí, pero estaba un poco diferente entonces, por supuesto, no tantos bloques de pisos y menos tiendas y restaurantes. Pero sí, esa es la vieja carretera a Almería. Hoy en día irías por la autovía, pero en aquel tiempo esa era la única carretera.

Kate caminó en silencio pensando en lo que había sabido por la hermana de Juan. Era duro imaginar miles de personas asustadas y hambrientas huyendo de la ciudad por aquella avenida flanqueada de palmeras que bordeaba una playa plagada de sombrillas de brillantes colores. Aquel día la gente nadaba, tomaba el sol, buscaba lugares a la sombra para refrescarse, bebía en los bares de la playa, estudiaba el menú; el único miedo en sus mentes era no poder sacarle al día todo momento de placer. Cerró los ojos e intentó imaginar cómo habría sido caminar doscientos cincuenta kilómetros sin comida y apenas agua, estar aterrorizada por que en cualquier momento te dispararan o te capturaran, escuchar a tu hijo llorar pidiendo comida y no poder darle nada. A pesar del calor, un escalofrío le recorrió la espalda y por un instante pensó que podía escuchar los llantos y gemidos de los fantasmas del pasado, pero era solo el viento en una palmera.

—¿Estás bien?

Abrió los ojos; Larry la miraba inquieto.

—Sí, estoy bien. Vayamos a tomar una bebida ya.

Eloísa cogió su teléfono móvil y marcó el número de su nieto. Esperó mientras sonaba varias veces, luego una voz soñolienta respondió:

—Dígame.

—Vicente, ¿eres tú?

—Sí, abuela. Estaba echándome una siesta.

Ella miró su reloj.

—¿Una siesta a esta hora? Te estás haciendo viejo antes de tiempo, Vicente.

—Estoy de vacaciones, abuela.

—¿Y?

—De todas formas, ¿qué quieres?

Eloísa podía percibir el tono tenso de la impaciencia en su voz.

—Es sobre esa chica, la nieta de mi hermano.

—¿Qué pasa con ella?

—Creo que deberíamos organizar una reunión familiar para que todos la conozcan.

—¿Es eso sensato?

—¿Por qué no? Es de la familia después de todo.

—Eso dice ella. ¿Qué quiere exactamente esa chica?

—¿Querer? No creo que quiera otra cosa que saber la verdad.

—No veo el motivo de remover el pasado de esta manera. Tienes que recordar, abuela, que nadie de la familia sabía de la existencia de tu hermano hasta el otro día. La gente va a hacer preguntas; van a preguntarse por qué mentiste sobre él.

—No mentí sobre él; simplemente no lo mencioné. Y, de todos modos, no me sermonees, jovencito; si mantuve el silencio respecto a él, fue para protegeros a ti y a tu padre. Incluso tú tienes que recordar cómo eran las cosas antes de que Franco muriera.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea y luego su nieto habló:

—Y, ¿qué quieres que haga yo?

—Ponte en contacto con toda la familia e invítalos a venir aquí para una reunión familiar. Podemos celebrarla en tu casa en el campo; es un lugar grande y viejo que no ha visto mucha vida últimamente.

—Pero Antonia odia ese tipo de cosas.

—Bueno, tendrá que aguantarse por una vez; es tu mujer, soluciónalo tú. La haremos para el 12 de octubre, eso les dará a todos tiempo para organizarse.

—Es un día festivo, la fiesta del Pilar.

—Lo sé, la patrona de la Guardia Civil. Un poco irónico, ¿no crees? Consiguieron acabar con mi hermano, pero no pudieron acabar con sus genes; vivirá a través de su nieta.

—Abuela, creo que estás empezando a desvariar.

Ella empezó a protestar, pero él continuó:

—Está bien, lo haré. Los llamaré a todos este fin de semana, pero creo que vas a lamentarlo.

—Quizás, pero no puedo explicarte lo mucho que significa para mí saber que mi pobre hermano, que nunca le habría hecho daño a nadie, y que fue asesinado por sus creencias, tuvo una hija. Soy una

anciana ya, Vicente. Antes de morir quiero ver que esta chica es acogida en nuestra familia. Se lo merece; después de todo es una Luz de Montevideo.

—De acuerdo, abuela, déjamelo a mí.

—Gracias, Vicente; eres de verdad un buen chico.

El alcalde de Málaga se rió. Su abuela todavía le hablaba como si fuera un niño.

—Oh, Vicente, dile a tu tía que se puede quedar aquí, conmigo, en el piso; pero que no traiga ese sarnoso gato suyo.

—De acuerdo, abuela.

Eloísa apagó su móvil y llamó a su criada. Se sentía alborozada al pensar en la fiesta, y en que iba a ver a sus nietos y bisnietos de nuevo.

—Tráeme papel para escribir y un boli, por favor, Lourdes.

Le escribiría ya a Kate de inmediato y la invitaría a conocer a su nueva familia.

ESPAÑA 2007

CAPÍTULO 32
KATE

Para cuando Kate regresó al hotel se sentía más calmada; un buen gin tonic le había apaciguado sus crispados nervios. Había querido saber de su abuelo y de su familia, y ahora había descubierto más de lo que podía haber esperado. Eloísa le había resultado inmediatamente agradable; era vieja, pero su mente todavía estaba tan aguda como siempre, y se había mantenido fiel al recuerdo de su hermano todos aquellos años a pesar de todo. Kate recordó como le había apretado la mano la anciana y que le había pedido que la visitara de nuevo. Decidió que antes de irse de Málaga volvería a verla. Le provocaba una extraña sensación darse cuenta de que tenía familiares que, hasta hacía unos cuantos meses, nunca había sabido que existían.

Pero no era su abuelo español lo que ocupaba su pensamiento, más bien era su abuelo inglés. Había hablado durante horas sobre aquellas nuevas revelaciones con Larry, pero aún no podía asimilarlas. Desde su punto de vista, parecía como si Alex hubiera mantenido separados deliberadamente a Elizabeth y Juan; si le había dicho a su mujer que Juan estaba vivo, no había prueba que lo evidenciara. Por lo que había leído, estaba convencida de que Elizabeth de verdad creía que Juan murió en el hospital de Almería. Y Alex le había permitido que pensara eso. Entonces, ¿por qué intentó ver a Juan después? ¿Lo acuciaba su conciencia? ¿Aquel secreto se había cernido sobre él y Elisabeth como una nube negra? ¿Fue ese el motivo por el que su abuelo había puesto tanta energía y dinero en los hogares de niños? Se había quedado con la hija de otro hombre. ¿Los hogares para niños abandonados le ayudaban a aliviar su conciencia? No tenía respuesta.

Pensó en los días en los que había asistido a la inauguración oficial de uno de aquellos hogares, Whiteleaf House; había ido solo porque era en Reading, justo a la puerta de casa. Su abuelo se había percatado de su presencia en cuanto entró en la estancia, sus ojos se había iluminado al reconocerla; ella había ido directamente hasta él y

lo había besado en la mejilla, su piel era como un pergamino seco al contacto de sus labios. Él había sonreído y la había saludado calurosamente, luego había continuado conversando con los miembros locales del parlamento. Recayó sobre su secretario, Paul Thomson, la labor de mostrarle todo. Tenía que admitir que se había sentido impresionada; la Fundación había comprado una gran casa georgiana a las afueras de la ciudad y la había renovado completamente. El edificio se erguía en medio acre de jardín rodeado de setos de espino, y recordaba que había un gran carpe que extendía sus ramas en simétrica unidad sobre el escaso césped. La casa tenía diez habitaciones, todas diseñadas para ser ocupadas por una única persona, una cocina común, un comedor y una zona de estudio, habitación de juegos, habitaciones para los empleados, oficinas para la administración y un salón para la tele. Whiteleaf House atendía a niños en edades comprendidas entre los diez y los dieciséis; se les animaba a vivir juntos como si fueran una familia, y a ayudarse y apoyarse entre sí siempre que fuera posible. Sabía que la Fundación tenía varios hogares: algunos para niños pequeños y al menos uno para niños con dificultades de aprendizaje, pero todos estaban diseñados en torno a unidades familiares y los empleados habían sido seleccionados con gran cuidado. Conoció a algunos de los niños aquel día y, cuando estuvieron solos, Paul le explicó las razones por las que estaban allí. La mayoría procedía de familias rotas por la adicción a las drogas y la violencia, pero un pobre chico había perdido a ambos padres en un incendio que había destrozado su casa y lo había dejado huérfano. Llevaba allí casi dos meses y todavía no había hablado con nadie más que con una niña de doce años que lo había tomado bajo su protección.

De repente sintió la urgencia de hablar con Hugh de ello. Sin preocuparse de comprobar el número cogió su teléfono y marcó.

—¿Sí?

—¿Hugh? Soy Kate.

—Hola, Kate. Es una sorpresa; iba a telefonearte más tarde. ¿Está todo bien?

—Bien. Mira Hugh, ¿puedes pedir un permiso en tu trabajo?

—Supongo que sí. ¿Cuándo?

—Ahora, mañana, tan pronto como puedas. Tengo una preciosa habitación con una cama amplia y grande, y te echo de menos. Está todo reservado y pagado hasta finales de mes. ¿Por qué no vienes a

reunirte conmigo?

—Bueno, Kate —vaciló.

Ella esperó conteniendo el aliento.

—Me gustaría. Mira, te llamaré tan pronto como tenga todo arreglado.

—Fabuloso. Oh, y por cierto, trae tus palos de golf.

Sería fantástico verle de nuevo; era cierto lo que había dicho; había echado en falta su compañía, más de lo que pensaba que fuera posible.

Cuando Robert Percy la había telefoneado antes de marcharse y le había pedido que representara a la familia en la Junta de la Fundación de los Hogares Reeves, había dudado. ¿Por qué ella? Era muy sencillo, le había explicado. Jeremy no quería hacerlo y ella era la siguiente en la línea de sucesión, la nieta mayor. Era muy persuasivo.

—Fue la labor de la vida de tu abuelo; quería que alguien de la familia continuara con ella. Eres la opción obvia.

No había estado convencida de que fuera tan obvio en aquel momento, pero ahora veía que era inevitable. ¿Quién más podía tomar el relevo y continuar? Ella más que nadie compartía su pasado; podría no ser su abuelo biológico, pero los lazos del amor estaban ahí. Dos hombres, Alex y Juan, habían amado a la misma mujer y, cada uno a su manera, la habían engañado. Ella había seguido el rastro de Juan por su madre y su abuela; ahora, por Alex, representaría a la familia en la Junta de la Fundación Reeves. Alex había amado a su mujer y había amado a sus hijos. ¿Quién era ella para juzgarlo después de todos esos años?

Ahora, ella, que había sido privada de hijos propios, podría llevar algo de alegría a los niños abandonados por otros. Pensó otra vez en el niño cuyos padres habían muerto en el incendio; cuando lo había mirado a los ojos, había visto el vacío de su propia vida. No sabía qué le depararía el futuro, pero una cosa sí sabía; ya no tenía por qué ser vacío.

El sonido del teléfono interrumpió sus pensamientos y una sonrisa se dibujó espontáneamente en sus labios; sería Hugh devolviéndole la llamada.

NOTA DE LA AUTORA

Aunque los personajes de esta novela son ficticios, los detalles históricos están basados en hechos reales que tuvieron lugar durante la Guerra Civil española en febrero de 1937, en la ciudad de Málaga.

Como mucha gente, nunca había oído hablar de la masacre en la carretera de Málaga a Almería. Sabía del bombardeo de Guernica, inmortalizado por Picasso; había oído hablar del asedio de Madrid y de la batalla del Ebro, pero en ninguna parte había leído nada acerca de mujeres y niños inocentes siendo bombardeados por navíos militares alemanes y españoles mientras intentaban huir para ponerse a salvo. Fue mientras escribía la historia oral de las mujeres de la España contemporánea cuando una de mis entrevistadas empezó a contarme lo que había sucedido; su propio padre se había visto atrapado por los acontecimientos de aquellos terribles días. Estaba tan intrigada por lo que tenía que decirme, que inmediatamente empecé a escribir esta novela.

Estoy en deuda con la gente con la que hablé sobre la Guerra Civil y con un gran número de libros excelentes sobre la materia, entre los que se incluyen:

Málaga en llamas de Gamel Woolsey
Un testamento español de Arthur Koestler
Sangre de España de Ronald Fraser
El laberinto español de Gerald Brenan
Historia de la España franquista de Max Gallo

Gracias por tomarte el tiempo de leer ENTRE LA SIERRA Y EL MAR. Si te ha gustado, por favor considera decírselo a tus amigos o enviar un breve comentario. El boca a boca es el mejor amigo de un escritor y se agradece mucho.

Gracias, Joan Fallon

Descubre otros títulos de Joan Fallon:

Ficción:
AMANDO A HARRY
lA CASA EN LA PLAYA
CUENTOS DE SANTIAGO
LA ÚNICA PUERTA AZUL
PALETTE OF SECRETS
THE THREAD THAT BINDS US
LOVE IS ALL
SOPHIE SIGUE DeSAPARECIDA
CORAZÓN OSCURO
LUNA DE FRESA
Trilogía al-Ándalus:
LA CIUDAD RESPLANDECIENTE
EL OJO DEL HALCÓN
EL ANILLO DE FUEGO
Trilogía la Ciudad de los Sueños:
EL BOTICARIO
EL PIRATA
EL PRISIONERO
No ficción:
DAUGHTERS OF SPAIN

Conecta con Joan Fallon online en:

http:// www.joanfallon.co.uk

***

1 La casita de campo del tejón